HAROLD LAMB

CIRO el GRANDE

Lectulandia

Ciro el Grande, rey de Persia, vivió en el siglo sexto antes de Cristo. De los muchos misterios que contiene la historia antigua, Ciro sigue siendo tal vez, el misterio más desconcertante. En esta obra, Harold Lamb, el distinguido autor de tantas admirables biografías de hombres célebres de la historia, da vida de nuevo a esa gran figura legendaria. “Ciro el Grande” nos presenta una revelación luminosamente sabia y erudita, casi clarividente, de un antiguo mundo de mitos y supersticiones, de historia mezclada con fantasía, de gente que se mueve, en parte, sobre la dura corteza de la tierra y, en parte, sobre las impalpables gasas de los sueños.

Este libro es un intento de retroceder, en la imaginación, al mundo de Ciro el Aqueménida, o sea veinticinco siglos atrás. No se trata de una invención, pues ha sido compuesto uniendo fragmentos de hechos conocidos y descubrimientos de detalles referentes al carácter del pueblo persa de entonces. Naturalmente, la leyenda dotó a Ciro rápidamente de misterio y muy poco se sabe con certeza de su vida, pero todos los personajes de este libro han existido. Otros, como por ejemplo Vishtaspa, han sido trazados a base de leyendas bastante firmes.

Ésta es la historia de un rey —rudo hijo de un rudo padre—, que libertó a su patria de la dominación de los medos, sojuzgó la Media y venció a Creso, conquistó la Lidia, los Estados griegos del Asia Menor y Babilonia, y en lucha tras lucha, logró extender sus dominios desde la India al mar Egeo.

Lectulandia

Harold Lamb

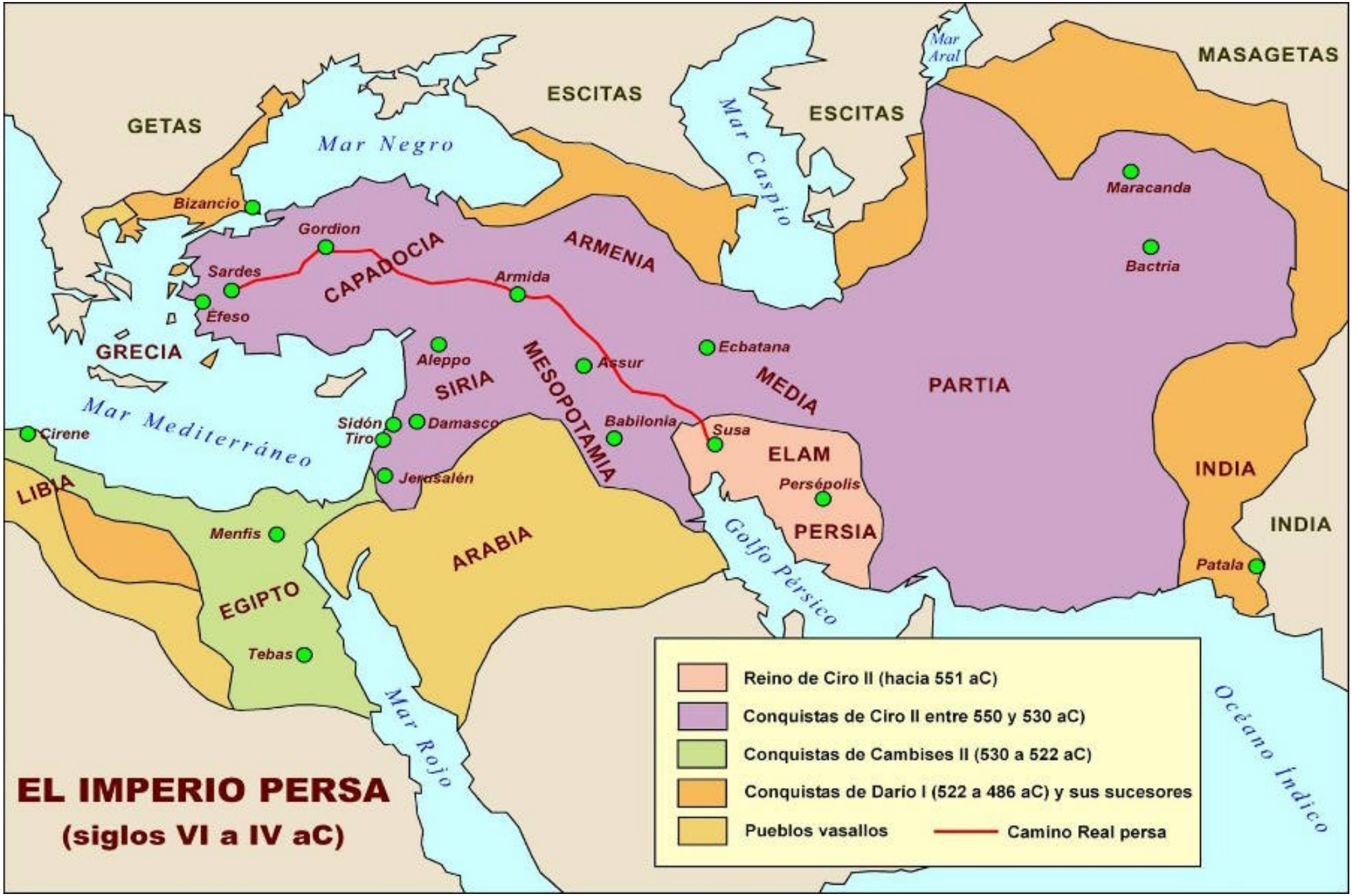
Ciro el grande

ePub r1.0
Titivillus 26.03.16

Título original: *Cyrus the Great*
Harold Lamb, 1960
Traducción: Horacio González Trejo
Diseño de cubierta: Dr.Doa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



www.lectulandia.com - Página 5

Prólogo

Ciro es un nombre muy popular. En tiempos de nuestros abuelos fue, con toda probabilidad, el nombre de pila de hombre más corriente en Estados Unidos. Sin embargo, procede de un rey de Oriente casi desconocido, que vivió en los albores de la historia. Aun así, el nombre está vinculado con comentarios que todos conocemos: las escrituras en el muro, las leyes de los medos y los persas, los magos, que fueron los sabios de Oriente. Otros aspectos de su época se han vuelto proverbiales: las riquezas de Creso, el oráculo de Delfos y la polémica Torre de Babel.

Estos elementos no contienen un gran misterio porque nuestros antepasados los leyeron en el Antiguo Testamento y el conocido Ciro, llamado rey de los medos y de los persas, fue extraordinariamente citado en sus páginas. Al principio del libro de Esdras se cita lo siguiente: «Esto dice Ciro, rey de los persas: el Señor Dios del cielo es el que me ha dado todos los reinos de la tierra, y él me ha mandado edificarle casa en Jerusalén, ciudad de Judá». Eso de «todos los reinos de la tierra» suena fantástico. Sin embargo, al comienzo del Libro de Ester se los describe con más lujo de detalles: «… en los tiempos de Asuero, que reinó desde la India hasta Etiopía sobre ciento veintisiete provincias».

Los profetas de la era de los albores de la civilización dicen la verdad sobre un hombre que conocieron en el mundo, según ellos lo entendían, entre los ríos Indo y el alto Nilo. De los múltiples misterios de la historia antigua, este hombre –Ciro– sigue siendo el más desconcertante. Por fin se ha descubierto el secreto de los desconocidos hititas; la civilización minoica perdida ha adoptado forma tal como existió a orillas del gran mar, el Mediterráneo. Los aqueménidas han escrito con gran lujo de detalles en sus archivos sobre lo que ocurrió *después* de Ciro, pero no se han referido al hombre propiamente dicho. Surge de la nada y deja tras de sí el primer estado mundial organizado. Trae consigo una nueva idea –si no un ideal– y de algún modo trastoca el rumbo de la historia para poner fin al mundo antiguo de Ur, los caldeos, los faraones, Asiria y Babilonia. ¿Por qué y cómo lo hizo y con qué fin? ¿De qué medios dispuso y quién lo ayudó a utilizarlos? Por encima de todo, ¿qué tipo de persona fue en realidad? Aunque no podemos responder a estas preguntas con pruebas históricas, las respuestas existen y sólo podemos encontrarlas a través de una vía.

Podemos indagar en su vida e ignorar en nuestra búsqueda lo que ha sucedido desde entonces. Podemos evaluar únicamente lo que entonces existía, desde las alfombras para dormir hasta las pequeñas sillas de marfil, el cemento asfáltico de

los escalones de piedra que conducían a los altares de piedra caliza de los fuegos y los guardianes de las llamas eternas. Podemos seguir la vía que sale de los altares de fuego y conduce al criadero de los caballos selectos y a la puerta del dominio, que no estaba protegido por murallas, sino por montañas. En nuestro recorrido podemos imaginar que nos movemos por el pequeño reino de Ciro y tratar a sus gentes.

Ocurrirá a principios del siglo VI antes de Cristo, cuando Necao era faraón egipcio de Sais, siete años después de que los carros de Necao fuesen conducidos a la derrota en Karkemish por Nabucodonosor, rey de las tierras, rey de Babilonia. En Judá, Josías había caído ante el mismo faraón en Armageddon y ahora Nabucodonosor guiaba como cautivos a Babilonia al rey de Judá y a su pueblo.

Hacia el este, en las montañas, reinaba el medo Ciaxares. Las montañas estaban muy lejos de las guerras de las grandes llanuras, que provocaron la derrota de las huestes armadas y el abandono de sus hogares por parte de los cautivos.

En esas montañas perdidas nació Ciro el aqueménida.

UNO

El asentamiento en las montañas

Los niños en las puertas

Lo llamaron Ciro por su abuelo. El nombre significa pastor, Kuras en su lengua. Esto no quería decir que el niño tuviese algo que ver con el cuidado de las ovejas. Cientos de rebaños pacían en los pastos altos, trepaban hasta donde las nieves se funden. Los miembros del pueblo antiguo los vigilaban con sus mastines. Era sólo una leyenda el hecho de que un Kuras, un pastor real, cuidaba de su pueblo, lo guiaba hasta el alimento y lo protegía de las bestias salvajes, de los invasores humanos o de los demonios.

Desde la muerte de su madre, ocurrida poco después de su nacimiento, la familia hizo consultas y llegó a la conclusión de que el lugar de nacimiento del niño era desafortunado y, en consecuencia, todos debían trasladarse a otras tierras de pastoreo. Su padre, Cambises, evaluó la situación y dijo:

–No se trata de una elección que sólo haya de hacer la familia; el consejo de las tres tribus debe aceptarla o rechazarla. Yo propongo que no volvamos a desplazarnos. Este valle es bueno para los caballos y para los hombres. Es un auténtico paraíso.

Cambises –Kambuyiya–, el pequeño rey de los persas, era muy testarudo. El valle se extendía por encima del límite de las nieves perpetuas y, salvo en pleno verano, siempre estaba fresco. Las cumbres del noroeste lo protegían y lo atravesaba un río torrentoso, que nunca se secaba y que transmitía los ecos de la voz de Anahita. Cuando Cambises ordenó que en la otra orilla del río se edificaran sendos altares de fuego, las llamas del sagrado Atar se elevaron en la oscuridad. Cambises razonó que, además de los buenos auspicios del agua y del fuego, el valle que ahora ocupaban los persas estaba dotado de defensas naturales contra sus enemigos. Los comerciantes de las caravanas empezaron a llamarlo Pasárgada, el campamento de los persas. No se lo podía considerar una ciudad.

El niño Ciro conoció, en primer lugar, el aislamiento de ese valle de las alturas. Creció entre montañeses que se consideraban superiores a los habitantes de la llanura que se extendía a sus pies. En conciencia no era verdad, pero todos los pueblos de montaña compartían esa convicción. A los cinco o seis años se acostumbró a montar a caballo, edad en que los niños de las tierras bajas aún fabricaban juguetes de arcilla que secaban a orillas del canal. En compañía de sus primos, niños y niñas, Ciro montaba a pelo y los demás se agarraban a las crines del corcel o se sujetaban entre sí. En seguida comprendieron que sólo los cautivos o el pueblo antiguo se movían a pie. Esas cabalgatas incesantes los acostumbraron a realizar largos viajes y también a mirar desde arriba, en todos los sentidos, a

quienes andaban por la tierra. Emba, el hircano que cuidaba del caballo de Ciro, aseguró que cabalgaba como un pequeño monarca, como el mismísimo Cambises.

Ciro agitó la muñeca ante los ojos del esclavo. De su brazalete de plata pendía un cristal tallado con la imagen de alas extendidas, por encima de la figura de Azhi Dahak, el demonio de tres cabezas, el más maligno.

–Emba, por este signo soy hijo de un gran rey. ¿Por qué hablas de un pequeño monarca?

El hircano se limpió las manos en el pantalón de cuero, estudió el sello real y meneó la cabeza.

–Porque también he visto al medo que gobierna tierras lejanas, pobladas por muchos pueblos que hablan lenguas distintas. Ese medo es un gran rey. Tu padre gobierna una tierra, un pueblo y una lengua. ¿Acaso no es un pequeño monarca?

Impresionado por los conocimientos del hircano, el niño pidió a Cambises que le dijese la verdad. Cambises evaluó la cuestión y mesó su corta barba cana. Después sonrío.

–¿La verdad? Verás, en nuestras tribus me consideran un gran rey y los extranjeros me tienen por un pequeño monarca. Depende.

–Y tú, ¿qué opinas?

Su padre guardó silencio tanto rato como el que Ciro era capaz de contener el aliento.

–Digo que a mí, a Cambises, los grandes dioses me concedieron esta tierra de Partia, que gobierno y que tiene buenos caballos y buenos hombres. Es posible que con su ayuda yo, Cambises, pueda conservarla.

Cambises habló como si se dirigiera a sí mismo y, de momento. Ciro se dio por satisfecho. Varios años después ya no tuvo en tan alta consideración la respuesta de su padre, aunque siguió reconociendo que había dicho la verdad.

Decir la verdad era de suma importancia. Era lo que le habían enseñado al niño, al pastor. Esos chavales, que aún no habían alcanzado la edad de esgrimir la espada, escuchaban a sus maestros a la puerta del rey. Se reunían en los escalones de piedra negra con las primeras luces del día, fuera el haz rojo del sol naciente o el velo gris de la lluvia. A ambos lados de la ancha escalinata Cambises pensaba erigir figuras de piedra de los espíritus que cuidarían su puerta. Pero había postergado la decisión porque decía que elegir la mejor pareja de protectores requería demasiados esfuerzos. Ni siquiera los lanceros ni los cazadores montaban guardia ante los escalones. Sólo mozos de cuadra como Emba se acuclillaban allí para coger las riendas de los caballos de los nobles que desmontaban cuando iban a ver a Cambises. Los visitantes trazaban varios cientos de pasos a lo largo de la carretera de ladrillos de barro cocido que conducía a través del paraíso sombreado por los sicómoros. Casi siempre encontraban al rey gritando a los jardineros desde el ancho porche de su casa. Las visitas elegantes de la Tierra de los dos ríos sonreían al ver los troncos redondeados que sustentaban el porche. Cambises puntualizaba

irritado que su casa no era un templo y que por eso no tenía columnas de piedra pulida. Pero la verdad es que no estaba dispuesto a esperar que la piedra pulida fuese acarreada hasta Pasárgada, su paraíso recién construido.

Como los niños reunidos en la escuela de la puerta nada sabían de señales escritas confiaban, por fuerza, en las palabras de sus maestros. Si en esa transmisión oral se colaba una mentira, los niños tendrían un pensamiento equivocado. Asimismo, como no eran capaces de escribir sobre arcilla con un sello en forma de cuña o con tinta negra sobre papiro, habían de guardar en sus memorias lo que oían, cual grano aventado en un recipiente seco. Se sentaban en bancos pelados y escuchaban a los poetas que recitaban leyendas del Irán ancestral, de su antigua tierra natal, *Aryan-vej*, mucho más al norte y hacia levante. Jamás permitieron que Ciro olvidase que era *ario*, jinete y conquistador. Oyó los himnos al sol y a las siete estrellas que protegían el cielo boreal; oyó la sabiduría de curar mediante hierbas que se cultivan y la sabiduría de los números; tuvo que resolver mentalmente problemas de números y responder a los acertijos mas complicados. (¿Qué se oculta en las cimas de las montañas, desaparece para discurrir por los valles y vuelve a desaparecer para que el hombre y la bestia se alimenten? ¡Claro que sí! ¡La nieve que se funde, desciende por los ríos y alimenta el grano que crece!). Los jóvenes mayores, que portaban espadas, se burlaban de la atención y el aprendizaje de los chicos a la puerta. Solían decir:

–Lo único que importa es montar bien, disparar en línea recta y decir la verdad.

Al ser el primogénito de una madre que murió joven, Ciro no tenía hermanos, aunque contó con un grupo de hermanastros y de primos que utilizaron el ingenio en su contra. Los jóvenes, cuasi guerreros, también lo miraban con recelo, sobre todo los hijos de los jefes de otras tribus que no tenían motivos para aclamar a un pasagardiano por cuyas venas corría una sangre que no aventajaba a la propia.

Después del almuerzo los escolares se dirigían a los prados para hacer prácticas de equitación, de natación en el río torrentoso o para utilizar el arco y la flecha. Ciro no superaba a los demás salvo cuando se trataba de nadar en esas aguas impetuosas, y oyó las pullas de los jóvenes que lo observaban. Cierta noche un grupo de jóvenes mayores sostuvo una consulta y, para deleite de Ciro, le pidieron que los acompañase a un baile de espadas. Al llegar a la hoguera se desnudaron hasta el cinturón y bebieron *haoma* antes de cantar hasta que las flautas crearon música y los tambores sonaron cadenciosamente. Los jóvenes saltaron, con las brillantes hojas al vuelo, y los escudos chocaron contra los escudos. Más que una danza parecía un combate y manó la sangre cuando las afiladas hojas de hierro rozaron las carnes. Sin embargo, ningún espadachín cedió ante otro. No denotaron miedo ante las heridas.

La danza de las espadas era un ritual de los jóvenes. Pertenecía a la vida más antigua, en la que los arios habían sido nómadas, deambulaban a caballo, moraban

en tiendas y se reunían en torno a las fogatas. Aunque Ciro, de siete años, apenas entendía de historia, la danza al son de los tambores agitó su sangre. Al final Mitradat, un joven alto, hijo del jefe maspiano, se acerco y le preguntó:

–¿Tuviste miedo?

–No.

Mitradat tenía la costumbre de agitar su rubia cabellera cada vez que hablaba con un niño. Sujetó a Ciro de la muñeca y levantó el brazalete real hacia la luz.

–Llevas la efigie de Azhi Dahak. ¿Has visto alguna vez los tres rostros perversos del dios? ¿Nooo? Los he visto en la oscuridad, muy cerca del sitio desde el que Azhi Dahak acecha. ¿Temes ir en solitario a contemplarlo?

Ciro analizó la pregunta como si se tratara de un acertijo. Aunque estaba asustado, sabía que no podía rechazar un acto que ponía a prueba su valor. Negó lentamente con la cabeza.

–En ese caso, te mostraremos el camino que conduce a su guarida –añadió Mitradat–. Ciro, cuando llegues al final del sendero tendrás que esperar a que acabe la oscuridad o no podrás ver los tres rostros de Azhi Dahak ni las serpientes que se enroscan a su alrededor.

Montaron con naturalidad, el maspiano cabalgó delante del niño y otro joven le cubrió las espaldas. Antes de embridar su poni, Ciro ordenó al chico encargado de los perros que retuviese a Gor, el mastín que todas las noches dormía a su puerta. Se apartaron del resplandor del fuego, se alejaron del río y bajaron largo rato por bosquecillos hasta que Ciro distinguió su entorno gracias a la noche estrellada. Poco después cayó la bruma y sus compañeros le susurraron que no hablase en voz alta. Ciro percibió olor a sal en el aire nocturno y supo que se aproximaban a un lago estancado y rodeado de juncos. Mitradat dio vueltas hasta encontrar dos piedras escarchadas por la sal. Hizo señas a Ciro para que desmontase y cogió de sus manos las riendas del poni.

Mitradat se inclinó para murmurar algo al oído del niño y le dijo que siguiese la senda entre los juncos hasta alcanzar una piedra vertical de tres cabezas. Una vez allí debía arrodillarse, poner las manos delante del cuerpo y no emitir el menor ruido. Si lo hacia sin cometer errores, oiría cómo el dios del mal entraba en su guarida y la voz de Azhi Dahak.

En cuanto los otros dos emprendieron el regreso a caballo, Ciro se abrió paso entre la espesura de juncos, en medio de la cual parecía abrirse una senda. No supo qué dirección tomó porque la niebla oscura lo cubría. Por momentos la capa de sal que lo rodeaba se iluminaba con una luz escurridiza. Cada vez que sus pies quebraban la capa, notaba un líquido helado que los empapaba, el hedor le entraba por la nariz y recordaba que el aliento de Azhi Dahak era ponzoñoso. Sintió en su sangre el frío del miedo.

Reprimió un grito cuando, a tientas, sus manos tocaron una piedra oscura más alta que él. La gran piedra parecía poseer tres cabezas que se inclinaban sobre el

niño. Ciro cayó de rodillas y sus manos extendidas se hundieron en el cieno helado. La espesura de juncos le pareció gigantesca y tuvo la impresión de que, si se perdía, acabaría por hundirse en esas honduras estancadas en las que no podría correr ni nadar.

Esperó, cada vez más aterido, hasta que un sonido quebró el silencio. Algo se movía a sus espaldas, por el sendero que conducía a la piedra, era algo vivo porque emitía jadeos y ronquidos. El chico aferró con dedos temblorosos el brazalete que rodeaba su muñeca.

–Soy Ciro, hijo del gran monarca, el aqueménida, de la raza aria –murmuró, frase que solía repetir cuando estaba asustado.

La bestia que le pisaba los talones tenía más de dos patas que se deslizaban por la salina. La bestia bufó y olisqueó el trasero de Ciro. Éste ahogó un grito y rió. Gor, su mastín, le dio un empujón. El potente perro de caza había escapado y rastreado a los caballos y a su amo hasta la piedra negra de la salina. Gor jadeó, echó un vistazo a su alrededor y se tendió en un lecho de juncos rotos. Poco después se quedó dormido. Ciro perdió el miedo porque el can percibiría la llegada de cualquier deva maligno. De hecho, casi de inmediato Gor alzó la cabeza. Se oyó un sonido entre los juncos, tras el velo de la niebla. Ciro aguzó el oído y permaneció atento a la actitud del mastín. Gor giró lentamente la cabeza, olisqueó y la apoyó sobre las patas. Gor reconoció lo que se había movido cerca de ellos y no se preocupó.

Los movimientos cesaron. Una voz aguda grito:

–¡Oh, hombre! ¿Qué regalo pones a los pies de Azhi Dahak, el de las tres cabezas, protector de la oscuridad que se encuentra bajo la tierra? Deja tu ofrenda y reza para conservar la vida.

Ciro prestó atención sin dejar de vigilar a Gor. El mastín ni se movió. No llevaba ningún regalo y pensó que el perro le había evitado muchas angustias.

Cuando la alborada aclaró la bruma, Ciro retrocedió lo andado por la espesura. Mitradat lo esperaba con su compañero y los tres caballos embridados al borde de la salina. Los jóvenes miraron con atención al niño y al perro, al tiempo que Mitradat preguntaba a Ciro si había contemplado los tres rostros del deva y oído su voz.

Ciro analizó la pregunta antes de responder:

–No. Vi una piedra vertical y oí tu voz.

–¿Mi voz? –Mitradat se mostró sorprendido–. ¿Por qué dices semejante cosas?

–Mitradat, nadie más que tú sabía dónde encontrarme ni dónde estaría hasta la llegada del día.

Mitradat giró colérico la cabeza y se alejó sin decir nada más. Un rato más tarde advirtió a su compañero:

–¡En cuanto empiece a pensar, habrá que tener cuidado con Ciro el aqueménida!

A partir de esa experiencia, el hijo del jefe maspiano volvió a hablar con frecuencia en contra de Ciro, pero nunca más intentó tenderle una trampa. El malestar entre ellos se convirtió en una enemistad hereditaria.

Para librarse de la ojeriza de los jóvenes guerreros, Ciro buscó su propio refugio. Cruzó el río de aguas rápidas, alcanzó la otra orilla y escaló las rocas de la delgada garganta hasta una cueva. Al encontrarse cerca de la cima de la garganta, la cueva daba a la arboleda de Pasárgada e incluso se divisaba la cumbre pelada de los dos altares de fuego. Ciro se ocultaba en el interior y observaba lo que ocurría alrededor del palacio de su padre y las ceremonias que se celebraban cuando se encendían los altares de Atar. Al permanecer inmóvil entre las piedras, Ciro lograba oír la voz de Anahita, que lo llamaba.

Sabía que la hermosa diosa de las alturas moraba en los manantiales de los ríos de montaña y que rara vez aparecía ante ojos humanos. En ocasiones, para divertirse, saltaba en medio de la espuma de una cascada y a menudo dispersaba colores deslumbrantes en el rocío, a través de la potente luz del sol. Ciro captó su voz en los susurros y las risas del agua que bajaba por el barranco. El sonido retumbó musicalmente en el interior de la cueva, motivo por el cual era sagrada para Anahita. Los arios devotos hacían grandes esfuerzos por no ensuciar jamás el agua que fluía. Con sólo diez años Ciro juró devoción a la bella diosa. Tal vez la confundió con su joven madre, de la que no guardaba recuerdos, salvo que la habían enterrado en una cripta cercana a la cueva de Anahita. Imaginó que las manos de la diosa lo sostenían cada vez que se golpeaba con los cantos rodados o que los rápidos lo arrastraban. Ciro no temía al agua torrentosa.

–Es excesivamente soñador –comentó Mitradat–. Todos tenemos nuestras ideas, pero Ciro intenta hacer realidad un sueño.

Una flecha en el camino

Hubo otros que también dijeron que Ciro creía muy poco y soñaba demasiado. Aproximadamente en esa época se sumó a las habladurías su hazaña acerca del leopardo derribado. Como entonces contaba diez años, el pastor tenía el privilegio de montar los corceles nisayanos, peligrosos para los niños más pequeños.

Los caballos nisayanos provenían de los pastos más lejanos de los persas. No eran de pie tan firme como los ponis peludos del pueblo antiguo; mucho más pesados, de torso grande y gran velocidad en las patas, servían de montura para los guerreros y en el campo de batalla desgarraban a los enemigos con los dientes y los golpeaban con los cascos porque no temían al hombre. Al cabalgar por campo abierto, mantenían un buen paso porque alternativamente avanzaban con el lado de la mano del arma y luego con el de la rienda. De todos modos, a Ciro no le resultó fácil mantener el equilibrio a lomos de un caballo nisayano. En cierta ocasión en que persiguió a un leopardo con un grupo de jóvenes, sufrió la peor caída de su vida. El leopardo huyó por la maleza, bajo los peñascos, y evidentemente buscó refugio en una guarida entre las rocas. Esquivo entre los arbustos, no se dejó alcanzar por la jabalina y Ciro intentó darle alcance a caballo. Su nisayano se internó entre los espinos y quedó por encima de la veloz bestia. Ciro se inclinó para clavarle la jabalina, perdió la sujeción de la rodilla en la manta sudadera y cayó de cabeza.

Durante unos instantes, magullado y arañado, miró cara a cara el morro gruñón de la bestia. Atemorizado, el leopardo retrocedió de un salto. Cuando los compañeros se apearon de los caballos para auxiliarlo, Ciro se reía de la expresión de miedo de aquel animal frenético. Su piel sólo estaba rasgada por los espinos sobre los que cayó.

–No, los leopardos no harán daño a mi familia –aseguró a los cazadores azorados–. Mi antepasado, Aquemenes, cubría sus hombros con una cabeza y una piel de leopardo.

–El león es el protector de mi familia –intervino un joven–, pero no por eso tengo que encontrarme cara a cara con uno de ellos. Tu bestia escapó.

Ciro se incorporó para mirar los peñascos de piedra caliza que se alzaban sobre sus cabezas y afirmó:

–Sé donde fue, dónde está su guarida.

Como los compañeros no le creyeron, Ciro los guió a través de las rocas y les pidió que se apeasen de los caballos. Giró hacia el abismo y, en medio de la tenue luz, escaló hasta un recodo en el que una ladera rocosa prácticamente impedía el

paso. Aunque no había indicios del leopardo, en la roca se veía una pintura a la altura de los ojos: una tracería de animales a la carrera y guerreros montados. Los compañeros la observaron con atención pues la pintura tallada en la roca no parecía representar una cacería. Los animales salvajes corrían junto a los jinetes en lugar de huir.

–¿Y esto qué es? –preguntó alguien.

–Oídme –recitó Ciro a la manera del bardo–. En tiempos de nuestros primeros antepasados, cuando los hombres dejaron de ser bestias y aprendieron el uso del fuego y el dominio del agua, el rey era Kaymars, el que los dotó de leyes. Entonces aconteció la invasión de los demonios de la oscuridad del norte, los mismos que mataron al hijo de Kaymars. Cuando éste se rodeó los brazos y llamó a los guerreros a su lado, marcharon por el camino del norte para vengar a su hijo. Se dice que, una vez en marcha, los leones, las panteras y los leopardos corrieron a reunirse con ellos. Las bestias bien dispuestas los acompañaron a la guerra y ayudaron a nuestros primeros antepasados a vencer a los demonios y a vengar la muerte del hijo del rey.

Aunque conocían esa leyenda perpetuada por los poetas, los presentes quedaron impresionados por la desaparición del leopardo perseguido y por la pintura rupestre del silencioso abismo. Ignoraban que Ciro la hizo pintar gracias a la habilidad de dos picapedreros de Pasárgada. Una antigua costumbre de los arios nómadas consistía en dejar huellas de sus hazañas o de sus dioses –sobre todo del dios guerrero Mitra– en cavernas o en acantilados, donde perduraban. Cuando se enteró del episodio del leopardo, Mitradat el maspiano comentó furioso:

–Si seguís al pastor, sólo os conducirá hasta Kangdiz.

Como Kangdiz era la tierra del nunca jamás, el castillo mítico de los espíritus que moran en los sitios elevados, el comentario sugería que Ciro guiaría a sus seguidores a una búsqueda quimérica.

En aquel mismo mes lunar de la cacería del leopardo, Ciro asestó un golpe a Mitradat, su burlador. Sucedió en el sendero estrecho que salía del campo de tiro con arco y que también servía para cabalgar, pues los persas siempre practicaban a caballo con el arco, disparaban a las marcas mientras pasaban al galope. Cuando Ciro salió a pie del campo, cansado tras una tarde agotadora, llevaba su poderoso arco escita todavía tensado. Oyó las pisadas de un corcel nisayano de combate y cuando alzó la mirada vio que Mitradat lo montaba y lo conducía a toda prisa por el sendero.

El príncipe maspiano ya había hecho los votos de guerrero, por lo que lucía un cinturón de dos espadas y un escudo redondo colocado en el mismo brazo con el que llevaba las riendas. Nada más reconocer a Ciro, Mitradat gritó secamente:

–¡Niño, apártate de mi camino!

Como Ciro permaneció en la senda, Mitradat levantó la jabalina de caza e hincó las rodillas en el caballo. El corcel nisayano no se apartaría ante ningún

hombre.

La cólera alertó a Ciro, que tensó los músculos. Irreflexivamente sacó una flecha del cinturón y, con todas sus fuerzas, la puso en el arco tensado. La flecha dio en el blanco, por encima del caballo y por debajo del escudo de Mitradat. Ciro se apartó de la arremetida del corcel. El maspiano resbaló por la manta sudadera y, gimiente, quedó tendido.

Bastó un movimiento para que la flecha con punta de bronce arrojase al suelo al altanero jinete como si fuera un jabalí herido. La profunda alegría que Ciro experimentó hizo desaparecer su cólera. Mitradat vacía desvalido, con la flecha clavada en el muslo. En el sendero no había nadie que fuese testigo de esa herida, salvo la chica aqueménida que equilibraba un cántaro de agua sobre su oscura cabellera. Ciro sabía que era Kassandan y que con frecuencia se rezagaba en sus faenas para contemplar a los guerreros en el campo de entrenamiento. Dijo a Kassandan que buscara esclavos para trasladar a Mitradat a un sitio seguro; dejó caer el arco y sujetó las riendas del brioso corcel. Logró montarlo.

–Ciro, ve a la puerta de tu padre, rápido, rápido –imploró la muchacha.

Ciro hizo algo totalmente distinto. Salió al galope de la garganta de entrada a Pasárgada y dirigió el caballo por la llanura hacia la aldea más próxima de los maspianos. Toda alegría había desaparecido y le preocupaba sobremanera que ese flechazo provocara una enemistad mortal entre las tribus. Sin duda la historia de la herida de Mitradat llegaría a oídos de todos los guerreros maspianos, por lo que decidió ser el primero en comunicarla. El joven pastor tenía el defecto de actuar irreflexivamente. Llegó a la aldea por la tarde, a la hora de recoger los rebaños, y guió al veloz nisayano a través de las nubes de polvo levantadas por las ovejas. Se detuvo ante una casa de piedra de un bosquecillo, donde residían los nobles. Una vez en el porche, no aceptaría agua ni pan hasta transmitir su mensaje.

–He venido porque una flecha lanzada por mi mano hirió a Mitradat, el hijo de vuestro jefe –informó a sus anfitriones–. No tenía motivos para hacerle daño, salvo que intentó atropellarme. Pero sois vosotros los que debéis juzgar.

Desarmado y cubierto de polvo, con la gorra redonda de fieltro y la capucha en el cuello, ceñida la túnica por un cinturón de niño, y con los pantalones de cuero y las botas altas y flexibles de montar a caballo, Ciro narró a los oyentes el encuentro en el sendero y se expresó con cuidado para poner de manifiesto lo que había ocurrido. Los nobles maspianos se consultaron entre sí y replicaron que no les correspondía juzgar esa cuestión; que decidieran los *kavis*, los jefes. Antes de partir Ciro bebió un sorbo de agua y probó el pan que las mujeres le ofrecieron.

Aunque no murió a causa del flechazo en el muslo, Mitradat quedó lisiado, por lo que no pudo volver a montar un caballo de combate ni reunirse con los *asvaran*, los guerreros montados. Desde entonces caminó con bastón. Los kavis maspianos no pidieron, compensación por esa lesión a la familia de Cambises.

–Actuaste enfadado. –De esta manera más tarde Cambises sintetizó la situación

ante su hijo–. Sólo mostraste tu astucia cuanto te dirigiste directamente a los parientes de Mitradat. Es posible que Mitradat espere que se le presente la oportunidad de matarte. Aunque en realidad no creo que lo haga –añadió Cambises pensativo–. Tu castigo será una cicatriz que muy pronto llevaras.

–¿A qué te refieres, padre?

–A tu memoria.

A pesar de que en ese momento no dio importancia a esa respuesta, Ciro acabó por comprender que su benigno padre había hecho una correcta predicción. Su temperamento irreflexivo le produjo desdichas con la misma rapidez con que el trueno sigue al relámpago. Aquel otoño, después de la fiesta de la cosecha, su padre le hizo prestar el juramento del guerrero antes de la edad acostumbrada. En los altares de fuego idénticos le entregaron la larga espada de hierro afilado, el cinturón doble y un casco de hierro: las armas rituales de los asvaran. Después de que los acólitos purificaran sus manos con agua del río, Ciro montó guardia en solitario, salvo por los sacerdotes del altar que se limitaron a cuidar de las llamas. Los sacerdotes, silenciosos y ataviados con túnicas blancas, contemplaron el cielo estrellado en busca de alguna señal que pudiera considerarse favorable para el hijo del rey. Estuvieron atentos al paso de un cometa o a vislumbrar el Toro de Oro entre las constelaciones. Entretanto, Ciro llegó a la conclusión de que la espada era un arma antigua de los arios, mucho menos eficaz que la lanza larga o que los nuevos arcos escitas. En ese momento recordó la noche que había pasado en la salina a la espera de Azhi Dahat, en la que sólo oyó la voz de Mitradat.

Fue extraño el sino que, en contra de sus aspiraciones, apartó al poderoso Mitradat de la compañía de los asvaran, mientras que él –Ciro el aqueménida– se convirtió en guerrero contra sus deseos. Miró nostálgico a través del barranco en dirección a la silueta borrosa de los peñascos, entre los que había hallado refugio en la caverna de Anahita. ¿Acaso los dioses invisibles decidían realmente el destino de la vida humana? Ciro no estaba convencido de que fuese así. Su destino dependía de su mente y de sus manos y no confiaba demasiado en la espada de hierro que no sabía utilizar con gran presteza.

Portaba la espada cuando volvió a encontrarse con el lisiado Mitradat en el sendero de las cuadras. El cojeante príncipe maspiano se apoyaba en el hombro de la joven Kassandan, pero en cuanto vio a Ciro apartó la mano e intentó caminar solo. Ciro abandonó el sendero. La mirada de Mitradat rebosaba mudo odio y no dirigió una sola palabra de saludo al hijo del rey. En cuanto pasaron, Kassandan volvió su bella cabeza para mirar a Ciro.

Cuando Ciro cumplió quince años, su padre tuvo que llevar una ofrenda de caballos a la corte meda y, antes de emprender la travesía, Cambises comunicó a los portadores de la ley y a los jefes que el joven pastor no sólo era su heredero, sino su

hijo de su primera esposa. A continuación Ciro se arrodilló y puso las manos entre las nudosas manos de su padre para jurar que serviría, con la mano y con el corazón, a la gloria del rey, que mantendría la paz real y que nunca levantaría la mano contra Cambises, rey de Ansan. Así llamaban a las tierras de pastoreo que se extendían entre Pasárgada y las piedras que señalaban la frontera de la todopoderosa Media. De acuerdo con una antigua ley de los persas, antes de abandonar su tierra el monarca debía nombrar heredero para que, en el caso de que lo matasen durante la travesía, los nobles persas no tuviesen que elegir un heredero luchando entre sí. Los portadores de la ley se encargaban de que se cumpliese y decían que por eso había reinado la paz entre las tres tribus desde Aquemenes hasta Cambises. Ciro se preguntó si la mayoría de los jefes realmente deseaba ponerse la extraña corona de plumas anilladas y la cresta de alas de plata rematada por un dorado rayo de sol.

Había que reconocer que casi todos los jefes cabalgaban entusiasmados cuando se encendían hogueras de señales en las cumbres que rodeaban Pasárgada. Esas llamas convocaban a los asvaran para que se armasen y viajaran hacia el norte, hasta la ciudad meda, para participar en la guerra de los medos. Los que estaban al mando en esas guerras se convirtieron en los *khshatras*, los señores comandantes. Y los demás regresaban con botines para adornar a sus mujeres y sus hogares, después de entregar la tercera parte al erario real. Algunos no volvían jamás; las hazañas de esos muertos se recitaban en las reuniones familiares y terminaban siendo conocidos como héroes.

Cambises, que no había querido ser un jefe guerrero, comentaba secamente que tenía mas sentido ser un cultivador vivo que un héroe muerto.

Emba el hircano no estaba totalmente de acuerdo. Señaló:

–El gran monarca de los medos, el que se hace llamar arrojador de lanzas, ha cobrado el botín de ricas tierras, hasta sus criados huelen a ungüentos exquisitos y los techos de su palacio están revestidos con el mejor oro. *Ahí…*, es más agradable y rentable espantar moscas para el arrojador de lanzas que sujetar caballos a tu puerta.

Nadie espantó moscas de la mesilla baja ante la que Ciro se sentó a comer, en el sillón real de marfil, durante la ausencia de su padre. Mirlos y golondrinas descendían en busca de las migas caídas sobre el empedrado, pues las mesas se encontraban en el patio interior que tendría que haber sido la sala de audiencias, con un trono de mármol tallado en el extremo por el que salía el sol. Pese a que las aves dejaban sus deposiciones allí donde se posaban, una ley persa impedía que se las persiguiera. El fornido Cambises se movía tanto que ordenó a los sirvientes que lo siguiesen con el taburete de marfil a fin de sentarse a juzgar dondequiera que estuviese.

Antes de llevar los alimentos a las mesas, los sirvientes esperaban a que Ciro repitiese el ritual de los aqueménidas. El joven alzaba los brazos, inclinaba la cabeza

de cara al cielo y decía:

–Saludamos a los espíritus de los animales domesticados y de las hierbas silvestres que curan; saludamos a nuestro pueblo, hombres y mujeres doquiera que estén, que piensan correctamente y no tienen sucia la conciencia. –Alzaba una copa de turquesa azul y añadía–: Hacemos un sacrificio por él, que nos creo a todos, nos dio la luz del fuego y la del sol, hizo fluir los manantiales, que las carreteras confluyan en los vados de los ríos y que los torrentes desciendan por las montañas para bienestar del hombre.

Una vez pronunciadas esas palabras, Ciro dejaba que el agua gotease hasta el empedrado como si fuera la tierra.

Por lo general, una vez terminada la comida con delicias de pasteles de miel, frutas azucaradas y queso, sonaba una flauta y un viejo bardo se incorporaba para extender la mano e inclinar la cabeza al tiempo que entonaba:

–¡Óyeme, Ciro, hijo del rey aqueménida!

Esos poetas errantes cantaban la vida y las hazañas de Aquemenes para halagar a sus anfitriones. Ciro estaba realmente harto de los actos de su legendario antepasado. Aquemenes derrotó a todos sus enemigos con la ayuda de su noble corcel y su espada sanguinaria. Incluso cortó las tres cabezas de Azhi Dahak. Algunos poetas afirmaban que lo hizo de una sola vez, mientras otros decían que le asestó tres golpes. Pero Ciro sabía que el Mal no había muerto; el Mal acechaba cerca y exhalaba ponzoña en las horas de oscuridad. Pensó en Aquemenes y llegó a la conclusión de que el héroe bélico no era más que un recuerdo de los tiempos en que los persas nómadas habían descubierto los magníficos corceles nisayanos y las largas espadas de hierro forjadas por los herreros de las montañas del norte. Montados y armados de esta manera, los persas ancestrales se dedicaron a derrotar a sus enemigos en la batalla. El primer Ciro, antepasado del pastor, había reclamado a los hircanos del norte las fértiles orillas con huertos del Mar de Sal. Ese territorio, como se apresuró a puntualizar Emba, actualmente era el corazón del gran dominio de los medos.

–Yo lo recuperaré –afirmó Ciro, que manifestaba sus pensamientos ante el cuidador de caballos–. ¿Acaso no fue la tierra de mi abuelo?

–El perro ladra al toro salvaje…

Desde que se convirtió en heredero de Cambises, Ciro disfrutaba menos de la vida. Tenía que asistir a ceremonias desde que se levantaba hasta que se iba a dormir. Se convirtió en la sombra de Cambises, con la misma capacidad de expresión que una sombra. Si un pastor se presentaba en los escalones del porche para protestar contra un mastín de Pasárgada que mataba ovejas, Ciro oía su queja, pero eran los legisladores –los portadores de la ley– los que resolvían el problema. Si Ciro deseaba entregar un siclo de plata a un cultivador de fruta al que la escarcha había arruinado la cosecha, el cuidador del erario declaraba que debía tener una orden de Cambises para abonarlo. Sin embargo, el cuidador se limitaba a

guardar los lingotes de plata –con otros dones para gloria del rey– en cofres apilados en torno al pórtico del comedor al aire libre. Sólo por la noche cerraba con llave los cofres del tesoro y llevaba mentalmente las cuentas de la plata que entraba y salía. Ciro se quejaba de que la plata almacenada en los cofres no servía de nada y el cuidador del erario replicaba que allí se guardaba de acuerdo con la ley de los persas.

Ciro se vio obligado a aprender de memoria todas las leyes de los persas y los medos, que nunca se habían escrito. Por lo que logró averiguar, dichas leyes jamás cambiaron en la memoria desde el antepasado más antiguo. Daba la impresión de que se habían convertido en patrimonio de los más viejos y de que se utilizaban para contener a los jóvenes. Cuando una costumbre alcanzaba la solera suficiente, se convertía en ley. En cierta ocasión Ciro se encolerizó y ordenó a un portador de la ley que las modificase. Los legisladores se llevaron los dedos a los labios rodeados por las barbas y se quedaron atónitos. Preguntaron quién se atrevería a cambiar las leyes de los persas y los medos.

Durante generaciones dichas leyes se habían escrito en tabletas de arcilla con ayuda de cuñas, pero muy pocos salvo los portadores estaban en condiciones de leerlas.

Muy pronto la joven Kassandan acrecentó las inquietudes de Ciro. El muchacho tuvo la sensación de que se cruzaba con ella cada vez que le llevaba frutas y cosas parecidas al lisiado Mitradat. No se le ocurrió pensar que Kassandan lo hacía de esa manera para que él la viese. Le resultó extraño que esa muchacha silenciosa fuese tan atenta, a menos que perteneciera al maspiano. Kassandan era de noble cuna aqueménida –de hecho, su prima segunda– y su padre poseía uno de los cerezales más extensos río arriba. De acuerdo con la ley ancestral, los aqueménidas sólo tomaban esposas entre las mujeres del clan y, en ocasiones, con un grado de parentesco más directo que el de primos segundos. Gradualmente Ciro se dedicó a observar a la muchacha de cabellera oscura y ondulante. El pelo corto de Ciro era rojizo como el de un león.

Cierta vez Ciro trepó hasta la otra orilla del río a fin de contemplar la tierra natal de Kassandan. Era un día cálido, de principios de verano, época de recogida de las cerezas, y Ciro se alegró al encontrar una cascada alborotada encima de una poza de aguas agitadas, sin duda un sitio frecuentado por Anahita, su diosa protectora. El rocío se encrespaba y casi ocultaba la otra orilla. Mientras contemplaba el agua expectante, Ciro entrevió a una muchacha sonriente del otro lado. La túnica blanca que cubría su cuerpo se agitaba con las ráfagas del viento y Ciro reconoció a Kassandan, que sostenía una cesta con cerezas y se la ofrecía. No pudo oír su voz a causa del tumulto del río crecido. La joven lo provocaba porque el río le impedía aceptar el regalo, o al menos eso era lo que ella parecía creer.

Ciro dejó caer la lanza, se quitó el manto y se sacó el pantalón y las botas. Se sumergió en el vórtice de la poza y notó que las piedras le arañaban el cuerpo. Nadó contracorriente y salió entre los cantos rodados, por debajo del cerezal. La muchacha dejó la cesta en el suelo y huyó. Cuando Ciro se acercó, ésta echó a correr por un costado de los tupidos árboles. Las sandalias escaparon de sus pies menudos y tropezó en la penumbra de la arboleda. Ciro la alcanzó y la arrojó al suelo.

La larga cabellera le cubría la cara como un velo. La cólera que discurría por las venas de Ciro dio paso a un júbilo frenético. Cuando sus manos percibieron la calidez del cuerpo terso de la joven, ésta gimió suavemente. Ciro la dominó deprisa y gozó plenamente con su cuerpo.

Kassandan se quedó quieta cuando Ciro la liberó y miró hacia el cielo, más allá del rostro del joven. Murmuro:

–Tengo miedo. Había alguien encima de ti.

Antes de dejarlo, Kassandan le ofreció un regalo, el broche que sujetaba el cuello de su quitón. Había sangre de su seno en el broche de plata. Cuando al día siguiente volvieron a encontrarse en el cerezal, Ciro le llevó el broche redondo del cinturón de su espada, que portaba las alas aqueménidas. A Kassandan le gustó y afirmó que, como habían intercambiado regalos, ahora estaban unidos. A partir de entonces, por alguna razón, la joven perdió el miedo.

Cada vez que acudía a las celebraciones de palacio en compañía de otras mujeres, Kassandan llevaba sobre el seno, muy lustrado, el broche de Ciro. El joven sintió el aguijón del orgullo porque esa muchacha bonita e inteligente le pertenecía. Una noche, antes de que Cambises realizase los sacrificios ante la mesa, Ciro la cogió de la mano, la apartó de las mujeres y pidió a todos los aqueménidas que fueran testigos de que tomaba como esposa a Kassandan, hija de Farnaspes. De inmediato la joven se arrodilló ante el sorprendido Cambises, que durante unos segundos acarició en silencio su oscura cabellera. A continuación el rey de los aqueménidas la besó en la frente, la reconoció como nuera y le entregó una copa, de la que tanto ella como Ciro bebieron. Cambises rascó su frente arrugada, se mesó la barba y dijo:

–Es una auténtica belleza aqueménida…, te dará muchos hijos guapos. –Suspiró–. Ciro, tu madre fue así para mí. Por las siete estrellas que aún recuerdo el calor de sus muslos. –Frunció el ceño–. Ahora que va has probado mujer, piensa y consúltame antes de tomar una segunda esposa.

Personalmente había pensado en cierta princesa meda…

Ciro no respondió a esas palabras pomposas. No le interesaba tener otra mujer a su lado, menos aún una meda arrogante.

Kassandan recogió su hermosa cabellera y lució sobre la frente, en su diadema de matrona, el broche alado; bajaba decorosamente la mirada cada vez que otros hombres la observaban y no volvió a dirigir la palabra a Mitradat, que la

contemplaba con el odio que sentía por su marido.

Kassandan llevó una infinidad de telas bordadas y adornos de plata en baúles de madera de sándalo tallada cuando se trasladó a las cámaras de Ciro en compañía de dos silenciosas criadas caspias; también portó el regalo de su padre: un kilómetro y medio de tierras de cultivo a orillas del río. Se arrodilló agradecida ante el fuego de la sala para dar a entender que ese hogar se había convertido en su morada. Y se volvió deseable en todos los sentidos.

–Ahora va no temo a la otra mujer –dijo a Ciro.

Como los maridos han hecho desde el día en que fueron esclarecidos de la ignorancia bestial, Ciro replicó:

–*No existe* ninguna otra mujer.

Por la noche, cuando la voz del río se apresuraba en medio del silencio, Ciro se limitaba a soñar con Anahita, su diosa. La figura onírica acabó por fundirse con la de Kassandan, que respiraba viva a su lado. ¿Acaso no había contemplado a su esposa en aquella primera cópula en medio del rocío de la catarata de la diosa? ¿No era una señal de buena voluntad por parte de Anahita?

En ese sentido, Kassandan no expresó sus opiniones, a menos que se refiriesen a Ciro en cuestiones prácticas. En cierta ocasión comentó que cabalgaba solo por sus tierras, sin la compañía de otros jefes. Era verdad. Ciro se desplazaba con los vigilantes, con Emba para que se ocupase de los caballos y con el escita Volka, una especie de guardaespaldas por elección propia. Otros jefes estaban ocupados, lo que generalmente consistía en entrenar a los asvaran y viajar al norte para participar en las guerras lejanas de los medos.

–Sin embargo, Ciro, no existe compañerismo como el de los guerreros –opinó su esposa–. Claro que me refiero a los nobles persas. Los otros jefes lo comparten y tú no.

–No me desean ningún mal.

–No es el caso de Mitradat. Los demás te siguen la corriente porque Cambises no los agobia con impuestos. Pero tu padre morirá. Cuando llegue el día, ¿qué harás para conservar la lealtad de los demás? Recuerda que todavía no te has hecho famoso en la guerra.

–¿Los demás? ¿De quiénes hablas?

Kassandan lo miró con afecto y levantó un dedo.

–En primer lugar, de los maspianos y los marafianos, que con nosotros componen las tres tribus. En segundo lugar, como sabes mejor que yo, me refiero a las otras siete tribus, incluidos los germanios del Desierto de la Sal, los bandidos mardianos que osan llamar a su territorio Ciudad de los Persas…, no, si hasta he oído que los comerciantes griegos la llaman Persépolis…, y los dayanos nómadas. ¿Has hecho algo por unirlos a ti con alguna esperanza?

Ciro no había hecho nada semejante y la preocupación de su esposa le causó gracia. Se rió de Kassandan y respondió que vaciaría el erario de Pasárgada en las

manos de los jefes. A Kassandan esa respuesta no la serenó.

–Aunque la plata es satisfactoria para todos los jefes –dijo pensativa–, los persas siempre dicen que desean la fama más que los tesoros. Sólo hay un modo de obtener beneficios y, además, fama: mediante la conquista de tierras lejanas y pueblos remotos. –Kassandan parecía hablar con las llamas del hogar–. Desde los tiempos de nuestros antepasados la gloria de los reyes ha surgido de la conquista.

Era la primera vez que Kassandan utilizaba esa expresión antigua: la gloria de los reyes. Los poetas la incluían en su canto de Aquemenes. Ciro perdió la alegría y se molestó por la perseverancia de su esposa.

–Ignoro qué haré el día en que Cambises muera –replicó secamente–. Cuando ocurra lo sabré.

En realidad, Ciro era incapaz de hacer planes y llevarlos a la práctica. Actuaba instintivamente cada vez que se planteaba una emergencia. No había pensado en casarse con Kassandan hasta que la tomó de la mano. Cuando le dio un hijo, la joven dejó de preocuparse por los compañeros de Ciro. El niño consumió todos sus planes. Lo llamaron Cambises, en honor de su regio abuelo.

La advertencia del mago

Sucedió porque Ciro gustaba de explorar las cuevas. Nunca se cansaba de seguir los ríos hasta las peladas cumbres montañosas. Así fue como tropezó con las cavernas ocultas por los pinares, a una altura en la que el viento achaparraba los árboles y hasta la que los cazadores no se aventuraban como no fuera en pos de íbices. Allí, cerca de los ríos producto del deshielo, divisó agujeros en los peñascos, detrás de los cantos rodados. Las oquedades le parecieron naturales hasta que reptó hacia el interior de una y se encontró en una caverna con los lados cortados con picos de piedra. El suelo estaba ennegrecido por el carbón de innumerables hogueras y en las esquinas aún se veían restos de juncos, como remembranza de lechos. En varias cavernas escondidas Ciro encontró puntas de lanza de pedernal. Dedujo que en algún momento del pasado la gente se había refugiado en esas cuevas y se había esforzado por ocultar las entradas. En Pasárgada nadie sabía nada de las cavernas ocultas. Se percató de que, al narrar el hallazgo a su esposa, las jóvenes criadas caspias lo escucharon con interés.

En el caso de que conociesen el secreto de las cavernas, ciertamente las caspias no dirían nada.

Los caspios eran un pueblo oscuro y débil, habitantes originarios de la gran meseta. De pequeño Ciro los había llamado el pueblo antiguo y, en ocasiones, el pueblo de la tierra. Moraban en la tierra, como las marmotas; plantaban semillas, recogían las cosechas, fabricaban con las manos cacharros de barro húmedo e incluso construían sus moradas con ladrillos de adobe secados bajo el ardiente sol. Cambises intentó convencerlos de que cocieran los ladrillos en el fuego, porque éstos soportaban las inundaciones y las lluvias, mientras que los de adobe se deshacían con el agua. Asimismo los obligó a construir embalses con mimbres y piedras a fin de que almacenasen agua para la estación seca.

Los caspios hablaban un idioma que no se parecía a ninguna de las lenguas civilizadas y no contaban con leyendas heroicas; en este sentido, se diferenciaban de sus conquistadores, los arios. Eran más hábiles para robar que en el combate con armas honrosas; cuando los atacaban, huían de sus aldeas en las tierras bajas y se dispersaban por los bosques de las altas. Al descubrir las cavernas ocultas, Ciro dedujo que había encontrado un refugio de los caspios. Pero hacía mucho tiempo que ningún hombre utilizaba esas cuevas.

Habitualmente los amos persas apenas se comunicaban con los nativos, a menos que los cazadores o los guerreros quisieran divertirse con las jóvenes campesinas en los cebadales. Existía una gran distancia entre la noble cuna aria y

un caspio innoble. Los iranios –nombre que se dio a los arios de la meseta persa– montaban los corceles nisayanos; los aborígenes contaban con ponis peludos y trasladaban cargas sobre las espaldas; sus herreros forjaban metales preciosos –hierro y bronce– para fabricar armas o avíos para los caballos, mientras que los iranios fabricaban cosas inteligentes con metales más blandos, la plata y el brillante cobre. En lo que a los animales domesticados respecta, los conquistadores tenían nobles vacas lecheras y bueyes, mientras que los sumisos nativos criaban ovejas y cabras negras y sus mujeres se cubrían con prendas impermeables que confeccionaban con la larga lana negra. En cuanto a los dioses, los caspios los mantenían en secreto y realizaban sacrificios en los bosques. Pese a que en Pasárgada no entraba un solo caspio, salvo como esclavo de una casa, Ciro notó que parecían aumentar en sus aldeas de adobe. Lo comentó con Cambises, que se limitó a replicar que era bueno. Ciro le preguntó por qué era bueno que unos pocos iranios dominaran a tantos caspios.

Su padre pestañeó con su estilo profético y le planteó un acertijo:

–¿De qué cinco cosas vivimos los iranios?

A Ciro se le ocurrieron más de cinco cosas, pero sabía que su padre no esperaba una respuesta a sus conjeturas, sino a sus propias cavilaciones. Recordó la réplica de sus días de estudiante:

–De las simientes, de las herramientas para plantarlas, del agua que les permite crecer, de los animales domesticados que las cultivan y del esfuerzo humano que las cosecha.

Cambises asintió con la cabeza.

–Préstame atención: de esas cinco cosas, no poseemos ninguna, salvo el grano que yo he almacenado, mientras que los caspios las tienen todas. Sabes perfectamente que ellos viven sobre la tierra y nosotros sobre ellos. ¿Te has parado a pensar cuál es la consecuencia de esta situación? Nos odian y nos temen. No puedo cambiar la opinión que tienen de nosotros, pero si engendran familias numerosas y tienen muchas manos para trabajar y el estómago lleno, nos odiarán menos.

Ciro recordó el comentario profético de su padre la mañana en que, en compañía de Volka, fue a cazar íbices. El escita había avistado un ejemplar por encima del límite de la vegetación arbórea y soñaba con abatirlo de un flechazo. Sólo un escita era capaz de intentarlo…, y de conseguirlo. Montaban ponis de la aldea y se ocultaban en la arboleda al tiempo que vigilaban la ladera rocosa. En semejante sitio, los devas podían hacerse eco de sus voces con gritos burlones, razón por la cual los pasargadianos rara vez se acercaban tanto a las cumbres sagradas. Volka, oriundo de las estepas, no temía a los dioses de la montaña. De repente los mastines que los acompañaban adelantaron a los ponis y siguieron un rastro.

Aunque los mastines podían seguir la huella de una pantera, eran prácticamente

incapaces de perseguir un íbice. Ciro aferro la lanza, azuzó al poni en pos de los perros y se encontró con un viejo caspio, vestido de harapos, que huía de ellos. Apenas llegó a tiempo para golpear a los grandes perros con el mango de la lanza mientras se abalanzaban sobre las piernas del campesino, que bajo el tocado protegía la blanca cabellera de un patriarca. Llevaba en los brazos un hato envuelto en trapos. Ciro lo obligó a abrirlo para comprobar si había robado algo, pero sólo contenía pasteles de cebada recién hechos, granadas y queso blanco. Le llamó la atención que un patriarca de la aldea trasladase la comida de todo un día a una cumbre pelada. Ciro alzó la vista y estudió la boca de una caverna en la que otro hombre, que no era caspio, permanecía de pie y lo observaba.

–Me alegro de que los perros no devoraran a mi amigo –dijo el desconocido–. ¿Compartirás la comida conmigo?

Era tan joven como Ciro, estaba desarmado y tenía el rostro curtido por la intemperie. Un cordel de crines ceñía su túnica gris y calzaba sandalias en vez de botas de montar con cordones. Habló en el suave dialecto de las tierras del este. Ningún adorno brillante ponía de manifiesto su rango o dignidad. Ciro desmontó, le acercó el hato y se percató de que, después de olisquear al desconocido, los mastines no le hicieron más caso. Lleno de curiosidad, el aqueménida le preguntó cuál era su apellido, su tribu y a dónde se dirigía. El viejo caspio y el joven parecieron cruzar una mirada. El desconocido respondió que ya no tenía familia ni tribu y que se proponía descansar al cabo de su viaje.

–¡Di la verdad! –exclamó Ciro–. Eres un fugitivo de las tierras del este y te proteges en uno de los refugios de la gente de la aldea, que te trae comida en secreto.

La cólera iluminó los ojos grises del desconocido. En seguida sonrió apesadumbrado.

–Sucede que la verdad es más difícil de creer que las mentiras útiles. Joven cazador, la verdad es que este mago ya no tiene familia ni tribu.

Pensativo, el desconocido extendió un trozo de tela en el suelo y dividió en dos el alimento. Junto a la entrada de la caverna había un cántaro de barro con agua y un cuenco. El mago, como se hacía llamar, no llevaba mucho tiempo huyendo pues sus manos y sus pies delgados estaban limpios.

–Supongo que soy fugitivo de la muerte. Vine a este refugio porque los aldeanos del valle me dijeron que tal vez aquí encontraría lo que busco.

De alguna manera hablaba como un poeta y, sin embargo, los bardos siempre buscaban la puerta del palacio real.

–¿Qué buscas? –quiso saber Ciro.

–La paz de los aqueménidas –replicó el mago y sirvió agua cristalina en el cuenco.

Era evidente que el desconocido no se había dado cuenta de que hablaba con el hijo del rey.

–¿Esperas que crea que los aldeanos saben algo sobre mi pa…, sobre los aqueménidas, tanto en la guerra como en la paz?

–Parece que sí. Relatan toda una saga. Dice así…

El mago repitió con gran serenidad que las hordas arias habían invadido con la espada y con el fuego todas las tierras caspias y habían seguido su camino. Sin embargo, en territorio del monarca aqueménida los invasores se habían asentado en la paz real y respetaban la vida.

–Veo que luces las alas aqueménidas. ¿No sabes nada de los refugiados que llegan desde las Montañas Azules o de la muerte de la tierra en Susa? –preguntó el mago, desafiante.

Muy pronto se disculpó –casi con los modales de un noble– por lo descortés de su pregunta y rogó a Ciro que se sentara y compartiesen la comida, aunque no pudieran compartir los pensamientos. Ciro estuvo a punto de aceptar, pero se negó porque no estaba dispuesto a vincularse con un fugitivo mediante la división del pan. Percibió un orgullo recóndito en el supuesto mago que no llevaba cinto para la espada. Hizo un gesto de despedida y fue en pos de Volka, que seguía rastreando al íbice. Miró atrás y comprobó que el forastero y el patriarca de la aldea compartían la comida. Por encima de ellos, la cumbre gris destacaba como una defensa tras las nubes en movimiento.

Ciro pensó fugazmente que, pese a la poesía de su relato, el mago había eludido la puerta de Pasárgada.

La ciudad de la muerte

En lugar de evitar la puerta, otro refugiado llegó hasta el umbral de Ciro. Los porteadores que lo seguían depositaron en el suelo fardos de mercancías que habían viajado en una caravana de burros y el hombre se presentó como habiru –o hebreo – y dijo que sólo era refugiado en el sentido de que su monarca estaba cautivo por las aguas de Babilonia, que en realidad eran canales y se diferenciaban mucho del río diáfano y caudaloso de Pasárgada. Este barbudo mercader hebreo lucía en la oreja una anilla de plata, muestra de que estaba en semicautiverio, y obsequió a Kassandan una envoltura de hojas que contenían dulce mirra antes de extender una pieza de magnífica lana púrpura y decir que se trataba de la púrpura real arrancada a las entrañas del Gran Mar y muy adecuada para una dama aqueménida de la realeza. Kassandan deseó en el acto esa tela rara, pese a que costaba dos siclos el codo, pero a Ciro le desagradó y escogió para su esposa un par de brazaletes a juego de oro blando, adornados con diminutos grifos alados. Dijo que esos eran verdaderos adornos, en lugar de un vestido que cualquiera podía ponerse.

Cuando acabaron las transacciones y después de relatar las nuevas de tierras lejanas, el hebreo –como era habitual en el caso de los mercaderes– deambuló por los límites de Pasárgada como si buscara algo que no encontró.

–¡No hay murallas! –exclamó ante el aqueménida durante la noche. Añadió que hasta ese día no había contemplado una ciudad sin murallas…, ni siquiera la abandonada Nínive ni la poderosa Babilonia, donde Nabucodonosor erigió en la ciudad propiamente dicha las fortificaciones de Imgur Bel y Nimitti Bel. El hebreo agregó con tono de plegaria–: Que Yahvé se convierta en escudo de los que aquí moran.

Ciro no conocía ningún dios que respondiese al nombre de Yahvé pero, en su condición de forastero, cabía esperar que el hebreo adorase una deidad desconocida.

–Hasta en el camino de Shushan hasta aquí están reconstruyendo la muralla de la ciudadela con sólidos ladrillos cocidos –añadió el hebreo, meditabundo.

Ciro recordó lo que el otro caminante, el mago, había dicho acerca de Susa: que se encontraba en los estertores de la muerte de la tierra. Lo había visto con sus propios ojos mucho antes, cuando con los amigos de la infancia se apartó de la senda de los pastos nisayanos a fin de explorar las ruinas de la antaño gloriosa ciudadela de Elam, entre las montañas y la meseta. Vio que las malas hierbas asfixiaron los campos cultivados y que talaron los bosques para convertirlos en madera seca mientras las avenidas de los embalses rotos arrasaron la tierra ardiente.

Los zorros huyeron de las estructuras de los edificios quemados. Los salteadores de caminos buscaron refugio en los salones de los grandes reyes de Elam. El motivo de esa muerte de la tierra habitada fue inscrito en una tablilla de piedra que colgaba de la puerta vacía. Un escriba errante leyó el mensaje y Ciro lo grabó en su memoria: «Yo, Asurbanipal, gran rey de todas las tierras, saqué los muebles tallados de estas cámaras; yo saqué de las cuadras los caballos y las mulas con bocados con adornos de oro. Yo quemé con fuego los pináculos de bronce del templo; yo llevé a Asiria al dios de Elam, con todas sus riquezas. Yo me llevé las estatuas de treinta y dos monarcas, además de los poderosos toros de piedra que guardaban las entradas. De esta forma he asolado totalmente esta tierra y matado a los que en ella moraban. Yo he abierto sus tumbas al sol y me he llevado los huesos de los que no veneraban a Assur y a Ishtar, mis señores…, dejando eternamente sin reposo a los espectros de esos muertos sin ofrendas de alimento ni agua».

Los asirios marcharon sobre Elam a partir de las pruebas de esa inscripción. Desde entonces sólo habían transcurrido tres generaciones. Y Nínive, la ciudad de Asurbanipal, yacía desierta y desvalida ante el calor del sol.

–Como puedes ver, esas grandes ciudades se han convertido en grandes desiertos poblados por fantasmas. –Ciro concluyó su relato.

El hebreo sacudió su cabeza untada de aceite y alzó las manos.

–¡Cuán grande es la sabiduría del ilustre hijo de Cambises! ¡Su memoria es, en verdad, como un pergamino escrito! Sin embargo, los espectros de Shushan me compraron arados para sembrar y me pagaron con una orden de plata de la casa babilonia de Egibi.

Al concluir la velada y entrar en sus aposentos, Kassandan dio expresión a sus pensamientos.

Si un pueblo desconocido reconstruía las ruinas de Susa y si tenía dinero suficiente para tratar con los banqueros, debía pagar tributos a Pasárgada.

–Dime, la más bella de las esposas, ¿por qué tendrían que pagar tributos? –preguntó Ciro distraído mientras pensaba en los arados capaces de sembrar.

–Por protección, es evidente. No me dirás, tú el más sabio de los esposos, que una ciudad nueva no necesita protección contra los bandidos y los conquistadores de fuera. ¿Acaso Susa, la que el mercader llamó Shushan, no se encuentra dentro de los límites de Ansan? ¿Existe alguna protección equiparable a la de los arqueros persas de a caballo?

Ciro sonrió ante el razonamiento de su mujer.

–Si reclamo tributo, como acabas de proponer, ¿qué soy, un bandido o un conquistador de fuera? ¿Qué diría Cambises, mi padre?

No estaba dispuesto a que su esposa siempre dijese la última palabra.

–Ciro, podrías pensar en Cambises, tu hijo.

A la postre, el pastor cabalgó hasta Susa. Tenía por costumbre analizar personalmente toda cuestión dudosa. Entre los varios centenares de asvaran que le

servían de escolta, Ciro escogió a varios héroes nobles germanios que estaban hartos de colgar las espadas sobre los hogares mientras esperaban a que los medos desencadenasen otra guerra. La larga carretera serpenteaba las montañas y descendía por una «puerta» o desfiladero que conducía a la meseta occidental. En esa puerta natural una tribu de salteadores se lanzó sobre ellos como lobos, pero huyeron cual cabras atemorizadas cuando vieron a los arqueros persas. Los germanios no desperdiciaron una sola flecha con ellos. Cuando abandonaron las colinas y levantaron calientes nubes de polvo, los asvaran se taparon las bocas con los pañuelos de cuello y lanzaron maldiciones. Los montañeses nunca descendían voluntariamente al calor de las tierras bajas.

Poco después el sendero discurría junto a las cascadas del río Susa y Ciro reparó en el verdor de los campos cultivados en medio del yermo pardo de abajo. Susa se alzaba en un recodo del río y habían reconstruido el puente de piedra roto. Los espectros habían hecho varias obras útiles. Al ver a los jinetes, los pastores se apresuraron a ocultar sus rebaños de ovejas y vacas. Ciro condujo a los guerreros hasta el puente y sólo entonces los germanios alzaron sus espadas contra los fugitivos para imponer respeto. Murieron muy pocos antes de que los persas refrenaran sus monturas bajo la ciudadela, en el punto más alto de la ciudad. Tal como había dicho el hebreo, nuevas murallas de ladrillos rodeaban las ruinas dejadas por los asirios. En lo alto de la muralla y en la entrada, en la que aún no habían colocado puertas, aparecieron hombres provistos de escudos y de lanzas. Los héroes germanios comentaron que, más que de metal brillante, los escudos de los susanos eran de cuero; propusieron que Ciro los cubriera con las flechas de sus guerreros para tomar la puerta y garantizarle una entrada segura. Con esa maniobra los veteranos serían los primeros en elegir el botín o los cautivos que tomasen en el interior de la ciudadela.

Ciro estudiaba un arado abandonado en un campo regado del que, a juzgar por las huellas, el labrador había huido con sus bueyes. El arado disponía de una caja sobre el mango vertical y la caja contenía simientes. El hueco del mango permitía que las semillas descendieran hasta la tierra removida. En consecuencia, el hombre que tiraba del arado podía sembrar a medida que recorría el surco. Era toda una novedad. Cuando terminó de examinarlo, Ciro ordenó a sus jinetes que rodearan la muralla de la ciudadela y evaluaran las fuerzas de los defensores antes de tomar la puerta por asalto.

No tuvieron tiempo de hacerlo pues una figura solitaria, a pie y sin guardias, franqueó la gran puerta. Vestía la túnica larga y con flecos del dignatario, pero sin corona, báculo ni insignias doradas de su rango, salvo por la medalla que le colgaba del pecho y que resultó ser la imagen de Shushinak, el dios supremo de los elamitas, una deidad solar con ciertos atributos de justicia. Caminó con paso marcial y mantuvo la cabeza en alto al tocar, como muestra de respeto, las riendas del nisayano de Ciro.

–Una tregua, hijo de Cambises –solicitó en buen persa–. La próxima vez haz que alguien acuda al galope con tu nombre y saldré a recibirte al puente. Soy Gubaru, señor de Susa, de las Tierras Marinas y de las Aguas Amargas.

Por extraño que parezca, Gubaru no se presentó como gobernador de un monarca ni como rey. Invitó al aqueménida a apearse del caballo y a compartir con sus guerreros un modesto banquete en el palacio a medio terminar. Como los persas intercambiaron miradas dubitativas al oír la invitación, Gubaru se apresuró a añadir que, en el caso de que sus invitados prefirieran comer fuera, sus sirvientes les acercarían los manjares. Ciro dedujo que ese señor de una ciudad en ruinas tenía la mente ágil y podía convertirse en un anfitrión peligroso. Propuso que Gubaru sacase a todos los criados armados, después de lo cual los persas entrarían a inspeccionar la ciudadela.

–Siento curiosidad por las obras que has hecho –aseguró Ciro–, pues la última vez que estuve aquí, en estos muros sólo habitaban los zorros.

Gubaru apenas vaciló antes de inclinar su bonita cabeza y declarar que los deseos de su glorioso invitado eran ley para él. Evidentemente dio órdenes en elamita para que desalojasen el palacio. Los guardias armados marcharon hasta la orilla del río. Ciro dejó a la mitad de sus guerreros con los inquietos germanios para que defendieran la puerta y los caballos. Los restantes persas entraron detrás de él pues temían que les hubieran tendido una trampa. En la entrada de baldosas azules cuyo cemento aún estaba húmedo, se sorprendieron al ver una fuente que arrojaba rocío y a su lado una muchacha alta y expectante, semivelada en tela regia, con las cejas cual arcos oscuros, de cuyo cuerpo esbelto emanó un dulce aroma cuando se arrodilló ante Ciro y se incorporó para ofrecerle una bandeja con pasteles y un cuenco de mosto. El rostro a medias oculto le recordó a Kassandan cuando rió a través de la espuma de la catarata de Anahita y lo consideró un buen presagio. Gubaru dio que era su hija y que había renunciado a los deleites de Babilonia a cambio del yermo de su Elam ancestral, que jamás había visto.

Era cierto que no debían tener muchas riquezas porque las columnas de las paredes no eran más que troncos de palmeras encajados en el asfalto pesado. Ciro bebió del cuenco, se lo pasó a sus jefes y alabó los milagros de la fuente y la belleza de la princesa elamita; llegó a la conclusión de que Gubaru decía la verdad y de que nada debían temer mientras la muchacha estuviese al alcance de sus espadas. Gubaru comentó que había aprendido a crear juegos de agua mientras servía como ingeniero en el ejército de Nabucodonosor.

También explicó que el misterio de la vida volvió a las ruinas de Susa. Después de que los asirios quemaran su territorio, algunos supervivientes de Elam huyeron hacia el gobierno aqueménida de las montañas del este y unos pocos, incluida la familia de Gubaru, pusieron rumbo oeste, hasta las potentes murallas de Babilonia. A la caída de Nínive, la cólera de los conquistadores asirios se convirtió en polvo arrastrado por el viento y la enemistad desapareció. En ese momento Gubaru

renunció a su cargo con el espléndido Nabucodonosor y retornó a su arrasada tierra natal. Intentaba que esos campos volviesen a producir alimentos.

–En un caso semejante, ¿no regresarías a los sepulcros de tus antepasados si tu magnífica Pasárgada yaciera en ruinas? –preguntó a Ciro.

Ciro pensó que era muy poco lo que se podía demoler en su heredad persa y que todavía ningún antepasado había dejado su sepulcro junto al río. De todos modos, comprendió los sentimientos del elamita.

–Sí –respondió.

Por sorprendente que parezca, la bella Amitis quebró el silencio del decoro y murmuro:

–¡Oh, hijo de un gran rey, apiádate de nosotros! Ya has visto nuestra pobreza.

Cuando cayó la noche, los jefes se reunieron en torno a Ciro para analizar el lugar de acampada más ventajoso. Durante el día, a lomos de sus corceles, tenían a los susanos a su merced.

Por la noche, mientras dormían, podrían morir bajo el filo de los cuchillos de los elamitas. Ciro ordenó que montaran alrededor de la puerta abierta de la ciudadela las tiendas que llevaban en el tren de carros. En ese caso, si los atacaban desde fuera podían replegarse al interior de la muralla y, si el ataque procedía de palacio, montarían y saldrían. Dispuso que los guardias de los caballos realizaran las rondas acompañados de mastines. Explicó cortésmente a Gubaru que no podía utilizar los aposentos de palacio con su excesiva cantidad de toscos guerreros. El señor de Susa manifestó su reconocimiento por la amabilidad del regio aqueménida y ordenó a los sirvientes de cocina que sirvieran el banquete apresuradamente preparado y compuesto por corderos asados con clavos y montículos de arroz blanco aderezados con compota de frutas. Sabía que los persas nunca aprendieron a beber vino. En un intervalo amable posterior a la cena, se acercó con los mayores y los nobles para conocer el motivo de la visita de Ciro.

El joven ario pensó que los elamitas se parecían al mercader hebreo: ocultaban sus pensamientos tras la cortesía. Como no estaba acostumbrado al lenguaje diplomático, Ciro expresó francamente su opinión, alabó los esfuerzos por devolver la fertilidad a Elam que, al fin y al cabo, era una dependencia de Ansan, y les ofreció la protección de Cambises a cambio de un tributo anual.

Más que jefes, los elamitas parecían portadores de la ley. De repente Gubaru preguntó si Ciro le llevaría anualmente una caballada de magníficos nisayanos. El ario explicó que la ley de los persas le impedía regalar caballos de esa raza. Gubaru sonrió al oír esas palabras.

–Sin embargo, cada primavera Cambises en persona conduce yeguas de cría y sementales a la corte del rey de los medos. Eso es un tributo.

–Mi regio padre gobierna Ansan por derecho propio –replicó Ciro–. El regalo de caballos blancos no es más que una muestra de su amistad hacia Astiages, el arrojador de lanzas.

Tuvo la sensación de que Gubaru apuntaba a que Elam debía pagar tributo a los medos regentes en lugar de a los persas.

–Y nosotros ofreceremos muestras de amistad a los ilustres y victoriosos aqueménidas –replicó Gubaru. Del bolsillo del cinto extrajo una pequeña piedra negra y siguió con el dedo las marcas escritas dejadas por la cuña. Repitió la inscripción–: *Soy Nabucodonosor, el caldeo. Mi justicia se extiende hasta la luz del sol; que todos los débiles y oprimidos apelen a mi justicia, lo digo yo.*

Explicó con gran afabilidad que el estado redivivo de Elam contaba con la protección de Nabucodonosor, en la poderosa Babilonia.

Ciro ya no tuvo nada más que discutir. Obviamente, al día siguiente guiaría a los asvaran para saquear las moradas de Susa. Recordó la súplica de la muchacha y decidió ser misericordioso.

Repentinamente rió y se animo.

–¡De acuerdo, señor Gubaru, seamos amigos! Dame como muestra uno solo de tus nuevos arados para sembrar.

El astuto Gubaru fingió sorprenderse.

–¡Por el sol de Shushinak! La palabra del aqueménida es más comprometedora que una ley tallada en piedra. Ciro, te he oído prometer amistad.

Al alba siguiente, cuando los jinetes persas aprestaron los carros, Gubaru ya había preparado un arado para Ciro, así como varios sacos de delicioso arroz y especias. Dijo que eran un presente para Cambises. Luego apartó a Ciro de sus hombres y lo condujo hasta el puente, donde el bullicio del agua amortiguó sus palabras. En un primer momento pareció que el señor de Susa entraba en comunión con el río y se desdibujaron las arrugas de su rostro tenso.

–Pastor –dijo en voz tan baja que Ciro tuvo que hacer un esfuerzo para entenderlo–, no soy profeta de los hebreos ni adivinador del destino que figura en las estrellas, como los caldeos. Mi alma está en Elam. Serví lealmente a Nabucodonosor, el poderoso constructor y planificador…, ¡que los dioses le concedan muchos años de vida! Pero lo acosan los siete males de la enfermedad. Cuando te enteres de que Nabucodonosor ha muerto, monta un corcel veloz, ven a verme y hablaremos de cosas aún más grandiosas. –Su voz se había convertido en un susurro. Contempló sonriente el río–. Podrás venir solo sin correr riesgos.

Gubaru el elamita ofreció el vínculo de la comprensión al aqueménida.

Los jinetes persas se alegraron de abandonar el calor y el polvo de Susa; estaban hartos de espantar moscas y rascarse las picaduras de las hormigas. A su regreso a Pasárgada, Ciro contó la verdad de cuanto había ocurrido en la ciudad que se recuperaba de los estertores de la muerte, con excepción del último comentario personal de Gubaru. Kassandan derramó lágrimas y se lamentó de que los elamitas hubiesen cubierto con lana los ojos de Ciro. No podía mostrar ningún tributo. Cambises quedó encantando con el nuevo arado, aunque reconoció que seria difícil enseñar al campesino caspio a realizar la faena que siempre habían

hecho dos personas.

Al repasar el viaje, Ciro decidió acompañar a su padre a la corte de los medos en la siguiente maduración de la hierba. Se proponía ver con sus propios ojos lo que significaba ser tributario de los medos. No se preocupó por elaborar un plan. Si lo hubiera pensado dos veces, quizás habría evitado el peligro.

Canción del saqueo de Nínive

Ecbatana, la ciudad del monarca que gobernaba muchos reyes, se encontraba lejos, hacia los fríos del norte. Las nuevas defensas de piedra gris se alzaban más allá de los oscuros pinares, bajo una solitaria cumbre nevada. El nombre significa lugar de reunión y los medos decían que su primer antepasado distinguido congregó allí por primera vez a todas las tribus médicas nómadas, al pie del sagrado monte de Alwand. Por lo demás, Ecbatana (Hamadán) se alzaba en la confluencia del gran camino este-oeste de caravanas que iban del Mar de Hircania hasta la «puerta» que bajaba hasta Nínive, en la meseta.

Los medos eran iranios y parientes de sangre de los persas (ellos decían que eran *gen*) y todavía se dividían en tribus. Medos y persas hablaban el mismo idioma pero no veían las cosas de la misma manera porque la realeza meda había conquistado tierras durante tres generaciones, mientras que los arqueros persas de a caballo no habían conquistado nada, ni siquiera la ruinosa Susa. O sea que los medos habían sido vencedores desde la época de Ciaxares –de Uvakhshatra, el guerrero–, que estableció el primer ejército regular según el modelo asirio y con la notable excepción de utilizar la caballería persa. Consecuentemente, los medos consideraban a Ciaxares fundador de su imperio, pese a que todavía no tenían una idea clara de lo que era un imperio. Era mucho más fácil conquistar el ejército asirio que copiar su dominación.

Astiages, el arrojador de lanzas e hijo algo mayor de Ciaxares, hizo hacer una placa de plata en la que inscribió las hazañas de sus tres famosos antepasados; la placa era trasladada al comedor y exhibida ante todos los comensales, supieran o no leer. Astiages podía repetir la historia familiar porque la sabía de memoria; ya no se le ocurría pensar que Ciaxares, su padre, había pasado la vida montado a caballo y que él repartía casi todo su tiempo entre las mesas de los banquetes y los aposentos de las mujeres, ocupados por varias princesas de las cortes vecinas, incluida la dedicada Mandane, hija del célebre Nabucodonosor. En esas condiciones, Astiages estaba convencido de que la gloria de su realeza era equiparable a la de Nabucodonosor y que la paz entre ambos se basaba en el respeto mutuo y era consecuencia del equilibrio de poderes. El medo poseía unas huestes armadas invencibles mientras que, por su parte, el caldeo era amo de fortificaciones inexpugnables. La verdad era que el recién ennoblecido Astiages sufría un complejo de inferioridad que requería adulaciones, mientras que Nabucodonosor trabajaba como un poseso para construir barricadas de protección en las carreteras e incluso obstáculos fluviales en forma de embalses.

El mercader hebreo errante que había vendido a Gubaru los arados para sembrar se postró ante los pies de Astiages, calzados con babuchas; no tuvo dificultades para vender su tela de color púrpura real en el palacio de Ecbatana. Los medos nobles jamás regateaban porque no entendían el comercio. Pero en un ataque de cólera eran capaces de coger las existencias de un mercader y arrojar al hombre a los sabuesos. Al referirles las noticias de la carretera, el hebreo se ocupó de describir la burda ciudad aqueménida como un paraíso. Como era hábil para las lenguas, había aprendido la palabra irania para referirse a un jardín regado por un arroyo y sombreado por los árboles, *firudis*, que pronunció paraíso. Las palabras *firudis-i-adam* aludían al jardín recoleto de un hombre. Como era inevitable, los mercaderes hebreos que relataron sus viajes por Babilonia contaron que Yahvé había creado un jardín hacia el este, un paraíso para Adán. Se convirtió en un dicho de sus profetas. Pero todo eso ocurrió después del gran cambio y del fin de la muerte en la tierra.

De acuerdo con el calendario aún más tardío de los cristianos, Cambises y Ciro partieron hacia Ecbatana en el año 563 anterior al nacimiento de Cristo. Corría el año que precedió a la muerte de Nabucodonosor, dos antes de que saliera de la cárcel Joachim, rey de los hebreos, hecho que no puso fin al cautiverio de su pueblo.

El valle de Pasárgada nunca había estado tan hermoso. Cuando penetraron por la garganta que servía de puerta norte, Ciro contuvo su caballo y se volvió para mirar el verde frescor de la hierba de primavera, salpicada de azul y del fuego de las amapolas.

–Abandonar el valle es como el dolor de una herida –comentó.

–Hijo mío, si eso es lo que sientes, ¿por qué partes? –se apresuró a preguntar Cambises–. El que habla debe de ser tu espíritu protector, por no decir que la ley prohíbe que viajes conmigo allende las fronteras. Ahora recuerdo que anoche soñé que el aliento ponzoñoso de Azhi Dahak te alcanzaba y te llevaba a enfermar durante el viaje.

Cambises solía recordar los sueños cuando le convenía tener un determinado augurio. Ciro ardía en deseos de emprender el regreso, pero no estaba dispuesto a ceder ante un augurio. Rió y dijo:

–Yo soñé que una multitud se postraba en tierra cuando refrené mi caballo a la puerta de Ecbatana.

–Antes de verlo saldrá fuego de tu cuerpo. A menos que hagas caso de tu espíritu protector –añadió su padre, taciturno–, uno de los tres demonios que te siguen como a una sombra pondrán fin a tu vida.

–¿Tres demonios? ¿A qué te refieres?

Ciro seguía contemplando el valle.

Cambises aferró a su hijo por los hombros para interrumpir sus pensamientos.

–A la ira. A una mujer desconocida. Al valor ciego. –Como Ciro guardó

silencio, su padre agregó pensativo–: De los tres, el último es el peor. El guerrero sabio estudia sus armas y al enemigo antes de plantar cara. El necio muere muy pronto.

Ciro azuzó su corcel. Es verdad que en ese momento prevalecía el mal de su sino. Interrumpieron el viaje en los pastizales de los nisayanos y seleccionaron dos sementales blancos y veinte yeguas de cría para ofrecérselos a Astiages como tributo. Los tasadores medos que los aguardaban con los escribas escogieron lo más selecto de las caballadas porque los potros ya habían nacido. Ciro se dio cuenta de que los escasos nisayanos que llevaron al norte no eran más que una parte de la quinta de caballos que los medos reclamaban a los persas. Accedió a otro amargo conocimiento en medio del esplendor del palacio de Ecbatana, en el que su padre y él se perdieron en medio de la multitud que corría para ver al gran rey. Se exasperó al comprobar que su ocupado padre se apresuraba a tocarse con la desgarbada corona ceremonial de plumas y a abrochar el impecable manto de blanco bajo su barba alborotada. Ciro ni se molestó en quitarse las botas de montar puntiagudas y la gorra decorada con borlas. Hasta Volka, su guardaespaldas escita, se había adornado los brazos con pulseras de oro para mostrar el botín tomado antes de que los condujeran al salón de Astiages.

Una vez en la entrada, los guardias con cascos de bronce y escamadas armaduras plateadas no retiraron las lanzas cruzadas hasta que un chambelán de báculo con cabeza de león se apresuró a dar la bienvenida a los aqueménidas de sangre real. Los guardias obligaron a Volka a quitarse el arco y el carcaj de flechas bélicas, cosa que hizo a regañadientes antes de seguir a Ciro hasta la sala del banquete.

El bullicio del gran salón semejaba el de una jauría de mastines a la hora de comer. Los celebrantes, estuvieran de pie o reunidos en bancos, mascasen carne o chuparan golosinas, chillaban en lenguas extrañas. El incienso y el humo de los fuegos de cocinar empañaban una maraña de túnicas púrpuras, resplandecientes de plata o brillantes con joyas. Astiages presidía el pandemonio desde lo alto de su trono de mármol blanco, con su rostro ancho y pálido, su barba corta y puntiaguda y su tiara azul y dorada. Estaba sentado en solitario sobre una plataforma, ante un círculo de de medos en pie, cuyos adornos ponían de manifiesto su rango y cargo. Cuando Ciro lo escrutó azorado, el chambelán que lo guiaba le asestó un codazo y exclamo:

–¡No mires! –Señaló con su gorro alto hacia arriba y susurró–: ¡Las damas imperiales!

Por encima y por detrás se extendía una galería protegida por un biombo de marfil calado. Aunque Ciro no vio a las mujeres, evidentemente estaban ocultas en la galería y miraban el banquete. Un poeta situado a los pies del monarca se hizo oír por encima de griterío. Nada más ver que Cambises agitaba su corona de plumas, Astiages ordenó que se hiciese silencio y se puso en pie para saludarlo:

–¡Contemplad a mi primo, rey de Ansan! –Buscó rápidamente a Ciro con la mirada–. Mirad a su real hijo.

Para sorpresa de Ciro, ése fue el saludo. El chambelán esgrimió el báculo para abrirse paso en medio de los celebrantes hasta una pequeña mesa próxima al poeta, justo debajo del trono de Astiages, colocado sobre la plataforma. Allí sentó a Cambises. Guió a Ciro hasta un banco que se encontraba a cinco largos de lanza de la plataforma. Mediante golpes de báculo el chambelán le hizo sitio entre un jefe amorita que olía a camellos y un callado caldeo que, para realzar su dignidad, lucía una barba rizada postiza sobre la cadena con talismanes de oro. Volvió a sonar la voz del inagotable poeta:

–… en las calles de Nínive la sangre se elevó hasta los menudillos de los caballos de las triunfales huestes medas… Sesenta mil e incontables centenares fueron atados como cautivos en presencia del victorioso rey de los medos. ¿Quién pudo contar la cantidad de carros adornados con oro, las mulas, el ganado, los burros? El sonido del llanto sonó como música de flauta en los oídos del poderoso rey de los medos, monarca de tantas tierras…

El parloteo ahogó las palabras del bardo. Para Ciro, esa canción sobre el saqueo de Nínive se parecía mucho a la tablilla de la victoria que Asurbanipal, rey de Nínive, había colocado sobre las ruinas de Susa. Como el innoble trato al que sometieron a su padre le molestó, Ciro procuró mantener la calma y ser cortés con sus nuevos compañeros de mesa.

–¿Aquella mujer de piedra también es un botín asirio?

Frente a Astiages, junto a la pared, se alzaba una piedra purpúrea plana, que sostenía la figura de una mujer con túnica y corona, en la pose de un león rugiente, con la cabeza rodeada de estrellas y la lanza en la mano. El velloso amorita miró por encima del hombro, escupió amablemente el bolo de carne y replicó:

–¿Ésa? No, debe de ser una diosa del poder porque monta un león.

–A decir verdad, Ishtar posee poderes protectores y destructores –le corrigió el caldeo, que habló a través de la barba–. Además, es la guardiana de nuestra reina, Mandane, que trajo consigo a esta gran dama de Babilonia.

–He oído cómo la llamaban gran puta de Babilonia –comentó el amorita y hundió sus dedos llenos de anillos en una fuente con higos.

El caldeo se quejó como un caballo sobresaltado.

–Piensa dos veces antes de hablar mal de Ishtar, cuya estrella es Venus y cuyo amor pretenden muchos dioses. Cierta vez los elamitas osaron llevarse su estatua como trofeo y la muerte les pisó los talones. Posee muchos nombres porque está presente en todas las tierras. Las mujeres guardan sus secretos y es posible que las proteja, al tiempo que podría destruir hombres. –Clavó en Ciro sus ojos oscuros y bajó la voz–. Príncipe de Ansan, apresúrate a comer algo. El rey Astiages ha mirado dos veces en tu dirección.

En medio de su entusiasmo, Ciro no había experimentado el menor deseo de

probar la comida que tenía delante, si bien Volka respiraba hambriento junto a su oreja. Escogió deprisa una pata de avutarda y se la pasó a Volka por encima del hombro. En ese momento oyó la voz del monarca:

–Ciro, ¿tan desagradable te resulta nuestra comida…, o temes que esté envenenada?

Reinó el silencio mientras Astiages lo observaba con el ceño fruncido. Cambises se incorporó preocupado. Era más que una descortesía negarse a comer a la mesa; daba la sensación de que Ciro no estaba dispuesto a convertirse en invitado de Astiages. Pero en ese momento no estaba en condiciones de probar bocado. Decir que se encontraba mal seria una mentira. Mientras intentaba buscar una excusa, una mano lo aferró del brazo y lo empujó hacia los platos. Uno de los guardias armados había abandonado su sitio junto a la pared para persuadirlo de que comiese.

Todo sucedió en lo que dura un suspiro. Colérico, Ciro se zafó del brazo del guardia. Volka sujetó al guardia y le propinó un fuerte empujón, por lo que el escudo de bronce resonó en el suelo de piedra. Dos soldados abandonaron su puesto y hundieron sus lanzas en la espalda del escita desarmado, que saltó convulsivamente Ciro abandonó el banco, desenfundó la espada y acuchilló a los asesinos de Volka por encima de los escudos. Cayeron y su sangre manchó las piedras. Un grupo de guardias medos se acercó deprisa, formó un muro con sus escudos largos, encerró a Ciro y lo arrinconó contra la pared. Presa de la ira, Ciro había derramado sangre y violado la paz real. El ario se apresuró a desviar las lanzas en ristre de sus antagonistas. Astiages se limitó a mirar en silencio.

Una voz femenina resonó musicalmente en el salón.

–Digo yo, Mandane, que ahora éste es mi hijo. Bajad las lanzas y no hagáis daño al joven aqueménida, mi hijo.

La oradora se mantuvo oculta tras el biombo de la galería. Pero la obedecieron como si Astiages en persona hubiese dado esa orden. Ciro no pensó a conciencia en su sino, salvo el hecho de que se debía a su empleo de la espada. Soltó el arma e indicó a los medos que se llevaran a Volka. El escita murió antes de que franquearan la puerta. Ciro lo miró y avanzó ciegamente por los pasillos, en busca de una salida. Oyó suaves pisadas que lo seguían, se volvió deprisa y se encontró con un eunuco de túnica y babuchas que jadeaba tras él.

–Señor Ciro, has cometido un grave mal –murmuró el fornido eunuco–. Pero el corazón de la reina, tu madre, se inclina hacia ti… Ay, te ordena que te ocultes hasta el cierre de las puertas, después de la caída de la noche. ¡Ven, te llevaré a un lugar seguro!

A continuación el siervo de Mandane se adelantó e indicó a Ciro que lo siguiese.

La misericordia de la gran diosa

En los pasillos del palacio medo el pastor percibió la presencia de su espíritu guía; ese *fravashi* lo acompañó, oculto junto a su mano derecha, y lanzó la voz de alarma sin palabras audibles: lo acechaban peligros por delante y por detrás.

Hasta entonces Ciro había estado protegido como un niño en el útero de esa fortaleza montañosa. Jamás sufrió daño alguno pese a que cabalgaba por donde se le ocurría. Ahora la piel le escocía como si estuviera en carne viva y su fravashi le ordenó que corriera a las cuadras para regresar con Emba a la protección del paraíso de Pasárgada. Optó por correr tras el eunuco jadeante, sabedor de que sólo el ingenio lo protegería en medio de esa emboscada de enemigos extraños. De esta forma se convirtió en fugitivo y así abandonó para siempre su niñez.

El eunuco lo hizo cruzar una puerta hasta un jardín sombreado por un emparrado. En el otro extremo se alzaba una empalizada con una puerta de piedra rematada por una talla del rey Astiages que, a caballo, alanceaba a un león. En un primer momento Ciro no reparó en la importancia de la talla. El eunuco echó un vistazo a su alrededor y trotó hasta la puerta que se abría en el muro de estacas. Estaba atrancada, pero el eunuco movió el eje de un pequeño enrejado e hizo señas a Ciro para que pasase.

–Aquí nadie te buscará. –Señaló la pared gris del palacio, más allá del jardín, y la terraza situada en lo alto, cubierta por un toldo semejante a una tienda. Murmuró–: Los aposentos de Mandane están vigilados por armas afiladas. Te ordena que la busques después de la hora en que la luz estelar es completa. Si tienes valor para llegar hasta Mandane estarás a salvo.

En cuanto Ciro franqueó la empalizada, el eunuco de la reina cerró el enrejado deprisa y volvió a colocar el eje. Miró al joven aqueménida con expresión divertida y se perdió entre las parras. Ciro reparó en las huellas de cascos en la tierra y en la vegetación salvaje de la empalizada; buscó refugio entre los enebros y un par de antílopes emprendieron la huida. Un asno salvaje alzó la cabeza y lo siguió. Conocedor del comportamiento de los animales de las montañas, Ciro supo que el recinto no era un jardín, sino un parque de caza. Astiages prefería cazar bestias cautivas en los terrenos palaciegos. Ciro acababa de tenderse bajo el amparo de los enebros cuando apareció un león adulto, caminó hasta la puerta y olisqueó la parte inferior.

Pese a que ya no llevaba armas colgadas del cinto, a Ciro no le preocupó que el león rondara la puerta. Un buey salvaje o un jabalí eran capaces de atacar a un hombre, pero no era posible que esos animales se encontrasen en el recinto porque

no se dejaban capturar vivos. Claro que si estaba herido el león podría atacarlo, pero el rey de las bestias –como lo llamaba los habitantes de la ciudad– estaba más interesado en la puerta que en el ser humano encerrado con él. Un rato después el león trazó círculos hasta tenderse en el suelo, con la cabeza apuntando al enrejado. Ciro se quedó quieto, a la espera de que el sol cayese detrás de la nevada cadena montañosa. Ciro oyó las risas de los guardias que aparecieron en el jardín exterior, caminaron de a pares con las lanzas al hombro e hicieron un alto para mirar el parque de caza. De pronto se le ocurrió que los medos sabían dónde se ocultaba. En ese caso, el eunuco había revelado su escondite. Seguramente la gente de palacio se divertía con esa broma. Al mismo tiempo, sería muy difícil pasar por delante de los centinelas advertidos de su presencia, sería muy difícil incluso en plena oscuridad.

Mientras esas ideas cruzaban su cabeza, Ciro lloraba la muerte de Volka, su guardaespaldas. Sabía que, en lugar de seguir al moribundo, tendría que haber mantenido la espada enfundada y desafiado a los guardias de Astiages por haber asesinado a su sirviente. Había actuado irreflexivamente y al meditar tranquilo se dio cuenta de que el eunuco en apariencia benévolo prácticamente había imposibilitado su regreso a palacio. Ciro no se preguntó qué tipo de mujer era Mandane ni por qué lo había ayudado repentinamente pues no tenía ni la más remota idea de lo que era una dama real de Babilonia.

Se dedicó a hacer planes para pasar desapercibido entre los vigilantes del jardín. Llegó a la conclusión de que lo mejor era que buscasen otra cosa. Cuando los últimos reflejos abandonaron el cielo y brillaron todas las constelaciones, Ciro esperó a que la pareja de guardias se acercara a la puerta. Ciro también se aproximó y quitó el eje del enrejado. La franqueó deprisa. El león también cruzó.

Cuando rugió en el sendero, los guardias armados gritaron y echaron a correr. A juzgar por el tumulto que se desencadenó, el león debió de moverse por todo el jardín en busca de una salida. Como era un disparate correr a oscuras por terreno desconocido, Ciro caminó hasta la pared del palacio. Buscó la aspereza de las filas inferiores de piedra, mal adheridas con cemento, se agarró con los dedos, colocó los pies en las grietas y escaló a gran velocidad. Debajo ondeaban las teas y en el jardín se había desatado la caza del león. Por encima de Ciro, varias cabezas femeninas asomaron sobre la barandilla de la terraza. Supo que eran esclavas porque no llevaban velo. Cuando saltó al otro lado de la barandilla, las mujeres gritaron y huyeron.

Ciro se apresuró a seguirlas para no perderlas de vista. Las jóvenes corrieron entre las cortinas ondulantes. De pronto, lo cegó la luz blanca de un aposento. Procedía de las llamas de muchas lámparas que brillaban delante de los cortinados de seda blanca e iluminaba a la mujer erguida e inmóvil sobre un trono de alabastro, cuyos pies reposaban en las cabezas enmarañadas de dos leones de mármol. A primera vista parecía la estatua de una diosa. Bajo el arco de las cejas,

sus ojos podían haber sido ópalos rojizos, pero estaban vivos.

Las esclavas se apiñaron a su alrededor sin tocarla. En la oscuridad del exterior resonó el colérico rugido del león y Ciro tuvo la certeza de que lo habían herido y de que poco después le darían muerte en el jardín. La mujer abrió los ojos y el ario oyó su voz:

–El hierro atraviesa a mi siervo, que no hizo daño alguno a los hombres. –La mujer dirigió su airada mirada hacia Ciro–. ¡Límpiate!

En seguida dos esclavas se incorporaron, sujetaron a Ciro por los brazos y lo condujeron afablemente a un rincón del aposento, en el que trapos de hilos colgaban junto a una palangana inclinada y llena de agua. En lugar de fluir, el agua estaba estancada en la palangana de oro. Las esclavas le quitaron prestamente el manto y, luego de limpiar la tierra y la sangre de sus brazos y piernas desnudos bajo la falda, frotaron su cuerpo con aromáticos puñados de cedro e incienso en polvo. Quitaron de sus cabellos las agujas de enebro. Las esclavas se movieron con gracia y sus manos delgadas y suaves acariciaron las carnes de Ciro. Era evidente que Mandane las había formado bien. Aunque la mujer entronizada se había referido al león sacrificado como su siervo –y, a decir verdad, el león era el animal de la gran diosa Ishtar–, su voz era la de la reina Mandane.

Cuando Ciro regresó al aposento blanco y sus pies no produjeron el menor sonido en la alfombra mullida, las lámparas se apagaron y el ligero brillo del cortinado se reflejó en las guirnaldas de incienso que se movían. El olor penetró en sus fosas nasales. Mandane seguía sentada y cubierta por el velo: un pañuelo con flecos que le tapaba la coronilla y la boca y que descendía por los hombros a lo largo de su cuerpo. Polainas con flecos cubrían sus rodillas. Ciro fue consciente de la belleza de esa mujer, pero no pudo deducir su edad ni su disposición hacia él. Mandane encajaba perfectamente en ese escenario.

El azorado silencio del ario pareció divertirla.

–Ciro, hijo mío, no sé por qué cedí ante ti en el salón de banquetes, si exceptuamos que tu insensato valor te dejó indefenso. Y no tengo más hijos. Una señal se ha cruzado entre nosotros y en la muerte del león a tu llegada veo que dicha señal procede de tu divina madre, la gran diosa. –Mandane guardó silencio y se quedó pensativa. Abandonó la pose de diosa–. Ojalá pudiera estar segura del significado de la señal. Seguramente la divina está presente para velar por nuestra relación y es posible que, al protegerte, involuntariamente nos haya dotado de poder a los dos.

Ese comentario sorprendió a Ciro y se preguntó por qué Mandane no dijo nada acerca de la enemistad de Astiages, su marido y señor. Puesto que era una esposa política de la corte de Babilonia, probablemente Mandane se ocupaba de otras cuestiones. En esa luz tenue era difícil ver sus ojos y el incienso le cerraba la garganta. Mandane se comportaba como una adoradora que interpreta el augurio del sacrificio de una víctima. Ciro se acordó de que no le había dado las gracias.

–Desde que nací no he tenido madre viva –afirmó–. Por eso te brindo reverencia, con el corazón, por la buena voluntad de la más gloriosa reina de los medos.

Tuvo la sospecha de que Mandane reía. A decir verdad, su comentario había sonado burdo. Mandane inclinó la cabeza y la caída del pañuelo descubrió la blancura de su tez.

–Joven aqueménida, ¿alguna vez habías salido de tus montañas y te habías apartado de tus manadas de caballos de guerra? ¿Sólo has estado en Susa? Es un mal sitio. Creo que viajarás lejos, hasta las grandes ciudades; por lo demás, no tengo idea de tu sino, aunque todo indica que no será corriente. Sea como sea, me alegro de tenerte por hijo. –Se acercó a Ciro y le tocó la muñeca–. ¿Sólo llevas este talismán alado para protegerte del Mal? No, déjame verlo. Diría yo que es una chuchería infantil. ¿Qué poder alado bajó del cielo y qué poder puede vencer al Mal, profundamente arraigado en la tierra?

El brazalete no era más que un obsequio familiar y Anahita, la diosa protectora de su valle, sólo se revelaba en las aguas heladas de los torrentes. La cabellera oscura y rizada de Mandane acarició el rostro de Ciro.

–Señora –declaró inseguro–, he visto a menudo el Mal, la sequía y el suelo desértico, la peste y el hambre.

–¿Sólo eso, hijo mío? –Aunque físicamente muy próxima a él, daba la impresión de que los pensamientos de Mandane se hallaban muy lejos–. Sólo existe una señora, la gran diosa que las mujeres conocen mejor que los hombres porque únicamente los castrados atienden su altar. Y tú no eres un castrado. Con frecuencia ella acepta la sangre de otros hombres como sacrificio y suele arrancarles la simiente para dar a luz a otros. Es evidente que la fertilidad está a su disposición porque cuando Ishtar, como la llaman en Babilonia, desciende a *arallu*, el otro mundo de la inmensidad regido por Nergal, la fuente del Mal, el sol quema la tierra, las cosechas se marchitan, el agua deja de fluir y la superficie de la tierra muere, como has visto.

Mandane se dejó poseer por sus pensamientos y su suave voz siguió fluyendo; le explicó que sólo la bella Ishtar osaba cruzar las siete puertas del infierno hasta el trono de Nergal, que desde los torpes evos del tiempo aguarda la muerte de la tierra y el triunfo del infierno. El guardián de cada una de las siete puertas del infierno le cerró el paso, pero la bella señora lo sobornó y siguió su camino.

–Entonces era valiente –murmuró Ciro.

–No, apeló al ingenio. Al primer y feroz guardián le entregó su corona enjoyada; al segundo dio sus pendientes; al tercero, su collar de perlas…

A Ciro le hirvió la sangre porque Mandane se dedicó a representar el relato a medida que lo desgranaba. Su oscura cabellera tapó su cuello blanco y desnudo y el pañuelo cayó cuando arrojó al suelo su collar de perlas.

–Se quitó la pechera, cargada de oro, en presencia del cuarto guardián; al

quinto entregó los brazaletes de sus muñecas y sus tobillos… –Mandane se agachó ágilmente para tocarse los pies–. Al sexto ofreció el cinturón de piedras del parto y entregó al séptimo la prenda que cubría sus muslos.

El pañuelo cayó al suelo y se puso de puntillas para estrechar su cálido cuerpo con el de Ciro. El aqueménida la abrazó y se sorprendió al comprobar cuán menuda era Mandane.

Era muy tarde cuando Mandane se cubrió los hombros con el pañuelo y se vistió sin recabar la ayuda de las criadas.

La oscuridad dominaba la terraza cuando salieron cogidos de la mano. Ciro apenas reparó en el movimiento salvo cuando Mandane se movió. El joven se atrevió a hablar en la terraza, pero sólo hizo una pregunta ridícula:

–¿Qué fue de la…, de la señora cuando por fin llegó al trono de Nergal?

Mandane suspiró y le apretó la mano.

–Ciro, hijo mío, tienes mucho que aprender…, también en lo que concierne a estrechar a una mujer en tus brazos. Si has de saberlo, cuando por fin Ishtar se presentó desnuda ante Nergal, la reina que éste tenía a su lado gritó de celos y desató sobre Ishtar, cual una jauría de sabuesos, plagas y enfermedades mediante sus sortilegios. La señora estuvo cautiva en el infierno hasta que los dioses de las alturas enviaron a la tierra la sequía y la peste. También mandaron a los infiernos un cántaro con aguas encantadas que debían verterse sobre la señora y para la tarea decidieron sacrificar un mortal con el propósito de que ella alcanzase la libertad de retornar a la tierra y devolverle su verdor y fertilidad.

En aquel momento Ciro no supo si la mujer que tenía al lado se inventó ese relato. Más adelante comprendió que la reina babilónica le había dicho la verdad según se la enseñaron. Estaba convencida de que había que sacrificar una vida a Ishtar y es posible que entonces supiera a quién pertenecía esa vida.

La modorra desapareció de su expresión cuando lo despidió.

–Ciro, gracias a que mi mente se ha despejado, finalmente comprendo el significado del augurio del león cazado. Viajarás lejos y padecerás mucho hasta que la gloria de los reyes descienda sobre ti. Luego volverás a mí, a esta misma terraza.

El padre del aqueménida sabía invocar presagios que se inclinaban en favor de sus proyectos. Mandane creía en ese augurio. Y parecía gozoso regresar en solitario a ese palacio, a Mandane, sin que su padre y Astiages estuviesen de por medio.

–Si, volveré –aseguró.

Mandane asintió con la cabeza como si también estuviera convencida.

–De momento, lo que tienes que hacer es continuar con tu vida, a diferencia del león que dejaste en libertad. Aqueménida –exclamó secamente–, despierta de tus sueños. Coge esto.

De algún lugar a oscuras Mandane extrajo un puñal enfundado; la empuñadura era una cabeza de mujer con cuerpo de leona y estaba forjado en oro, cosa que Ciro percibió por la suavidad del metal. Mandane le pidió que llevase su regalo en

el cinto porque representaba la amorosa protección de la reina de los medos, si bien como arma no servía de mucho.

–Hijo mío, vete ya al encuentro del único hombre que puede guiarte sin desafiarte. Ese hombre, Hárpago, es kavikhshatra, comandante de todas las fuerzas armadas, y todos los que están bajo el cetro del rey acatan sus órdenes. No intentes jugar sucio con Hárpago. Seria mucho más fácil y más sencillo retorcer la cola de un buey salvaje.

Ciro no respondió, por lo que Mandane apoyó la cabeza en su pecho y suspiró.

–Vete y sueña con retornar vencedor, que yo seré lo bastante insensata para compartir el mismo sueño.

Ciro cruza la torre

Cuando Mandane lo arrojó a las penumbras, Ciro se movió atontado, con el cuerpo jubiloso y la mente confusa. Una criada lo cogió de la mano y lo condujo por una estrecha escalinata que desembocaba en la llama humeante de una lámpara. Por encima dormitaba un eunuco y de detrás salió un hombre grueso que escrutó a Ciro frunciendo sus tupidas cejas. Vestía una basta túnica de piel y un collar de pesado oro y su cara ancha y pálida estaba arrugada por el cansancio. Hizo señas en silencio al eunuco, que cogió la lámpara y salió deprisa al jardín, después de lo cual el oficial se puso el casco y cubrió sus hombros anchos con una capa bordada; embozó a Ciro. El impasible oficial –que debió de ser Hárpago– se adelantó e impidió que Ciro fuese avistado hasta que se internaron en un patio en el que las mulas blancas dormitaban en el varal de un carro. El conductor despertó y cogió las riendas. Ciro calculó, por la posición de las estrellas, que era la hora que precedía al alba. El aire fresco lo despejó y se detuvo. En las montañas de su tierra no utilizaban incómodos carros ni mulas.

–¿Dónde me conducirá esta cosa con ruedas? –quiso saber.

Pareció que el oficial arrugaba la nariz en medio de la barba revuelta y espetó colérico:

–Donde *ella* quiere que vayas.

Su pulgar ensortijado tocó la empuñadura de oro del puñal que Ciro llevaba en la mano y a continuación el aqueménida lo guardó en su cinturón y dio rienda suelta a su cólera del mismo modo que la espada golpea el escudo.

–Señor Hárpago, iré donde quiera a menos que convoques a más hombres armados para que me mantengan cautivo. Desde que mi padre y yo franqueamos la puerta de tu rey, nos han tratado como a perros a los que se alimentan según los caprichos del monarca. ¿Acaso soy tu prisionero?

–No. –Por primera vez Hárpago miró directamente a los ojos al joven–. Ciro, príncipe de Ansan, puedes ir a donde tu padre se mesa las barbas inquieto y te llevará rápidamente de regreso a tu tierra. O puedes presentarte ante Astiages a la hora en que despierta y disculparte por haber derramado sangre en su palacio y por haber entrado en los aposentos de sus mujeres. Pues sí, puedes elegir cualquiera de estos dos caminos. Desde luego, Astiages palmeará tu hombro inclinado y te concederá su perdón…, se lo dará al heredero de los caballos de Ansan. Ciro, luego se ocupará de enfermar tu alma pues has cometido un delito más grave que el asesinato o el adulterio. Irreflexivamente has mancillado su dignidad en la majestuosidad de la gran corte de Ecbatana.

Ciro dio rienda suelta a su mal humor.

–La majestuosidad de Ecbatana no es más que una palabra en boca de los tontos, es la espuma que escapa de un cuenco con cerveza, no vale nada. ¿Acaso la dignidad puede cubrir el miedo, del mismo modo que la fina capa que llevas oculta tu suciedad? ¿Se ocultan los hombres tras poderosas murallas a menos que teman un ataque? Los guardias que vigilan las puertas son extranjeros que cobran en plata. Astiages no puede enfermar mi alma porque ya está atiborrada de desdén.

Hárpago meditó unos instantes y las arrugas se dibujaron en sus ojos entrecerrados.

–Tu retórica es honrada –reconoció a regañadientes.

–Dame mil asvaran persas y cabalgaré con tus regimientos de lanceros. Rodearé la corte dentro de las murallas.

Una sonrisa asomó tras las barbas de Hárpago.

–Te conduciré hasta mil arqueros montados persas.

Desconcertado, Ciro reclamó una explicación y Hárpago se expresó con dificultades. La reina Mandane había decidido que Ciro no buscaría la ayuda de su padre ni la misericordia de los medos; rechazaría esos dos caminos seguros y buscaría un tercero, una vía personal. ¿Cuál sería?

–En mi opinión –concluyó Hárpago–, estarás a salvo entre tus compatriotas, que sin duda te saludarán con entusiasmo como estás acostumbrado, y que se desharán de todo enemigo que pretenda acercarse a ti. Hasta aquí, no hay ningún problema. Sin embargo, señor Ciro, es evidente que no puedes permanecer a las puertas de Ecbatana como hiciste en Susa. –Los oscuros ojos de Hárpago relampaguearon–. En consecuencia, este regimiento concreto tomará el campo. De hecho, esta misma mañana cargará sus equipos.

–¿Y a dónde irá?

Hárpago señaló hacia el norte.

–Hacia allá. Cruzará la puerta rumbo a las montañas nevadas. Al otro lado de la luz de nuestra civilización y del Mar de la Sal vagabundean incontables tribus bárbaras. Alcanzarás gran gloria atacándolas porque nadie sabrá con exactitud lo ocurrido… y acrecentarás la dignidad de Astiages, rey de los medos, pues sus fronteras se ampliarán gracias a otra conquista. Al menos constará como conquista. De esta forma, dentro de un año habrán olvidado tu conducta en el palacio real, en el parque de caza y en el harén o, al menos, quedará desdibujada por otros acontecimientos. ¿Estás de acuerdo?

Ciro fue consciente de la voz de advertencia de su fravashi, que sonó a la altura de su mano derecha. La propuesta de Hárpago le resultó familiar; la reina en persona se había referido a su retorno victorioso. ¿Acaso habían hablado de su destino? Si lo hicieron, fue sin duda antes de la caída de la noche.

–Si dudas de mi lealtad –añadió Hárpago sin dilaciones–, te acompañaré personalmente al campamento de los persas y mi hijo se reunirá contigo en el cruce

de las montañas.

Ciro no se detuvo a analizar el significado de las palabras de Hárpago. Lo fatigaba pensar en planes tan complicados. La mención de las lejanas montañas acentuó sus anhelos. El peligro siempre lo había atraído.

–En ese caso, comandante de los medos, iré –replicó.

Ciro subió al carro de un salto y el cochero agitó las riendas. Bajaron a toda velocidad por la ladera del palacio mientras una luz gris iluminaba el cielo por la derecha. A la izquierda, el lado del Mal, un rayo de sol golpeó la cumbre nevada del excelso Alwand y lo tiñó de color rojo sangre. Ciro ignoró esa señal agorera porque aún conservaba el calor de los brazos de Mandane. Tampoco pensó dos veces en el presagio de la atalaya.

La torre de la atalaya se alzaba junto a la puerta norte. En Ecbatana sólo los medos estaban autorizados a morar intramuros; los demás montaban fuera sus pueblos, sus campamentos y sus caravasares. La torre se construía para gloria de Astiages, hijo de Ciaxares, aunque en realidad era una copia del gran zigurat de Babilonia, que se elevaba hacia el cielo, y que muchos conocían como Torre de Babel, es decir, puerta de los dioses. La primera planta de asfalto oscuro creaba sólidos cimientos; la segunda resplandecía en blanco, como señal de pureza; el tercer piso ahusado era rojo como la sangre de la humanidad, se elevaba hasta la cuarta planta escarlata y –con el cielo como fondo– el quinto piso era de un púrpura profundísimo y el sexto de pura plata. En la torre de Astiages todavía no se había levantado la cima definitiva de oro.

A esa hora no había trabajadores en los andamios. Sólo se divisaba un ser vivo, evidentemente un peregrino que rezaba al amanecer.

Hárpago hizo detener el carro junto a ese hombre silencioso y lo examinó con atención mientras los guardias apostados en la muralla se apresuraban a abrir la puerta a su comandante. Ciro no supo cómo interpretar la estructura multicolor que, como una espiral, trepaba hacia el cielo por la izquierda.

–Hay un largo camino para llegar a lo alto de la atalaya –comento.

–Pues recuerda a todos los que aquí acuden la gloria del rey de los medos –explicó Hárpago, distraído–. El imperio de los medos será creado cuando se coloque en su sitio la cúpula de oro.

Al oír esas palabras el peregrino de túnica gris se volvió hacia ellos con los brazos en alto.

–¡Cuando se coloque en su sitio la cúpula de oro, el reino de los medos se desmembrará y dejará de existir! –exclamó.

–¿Quién lo dice?

–Así hablaba Zaratustra.

Ciro reconoció al peregrino: se trataba del joven mago que se había refugiado en la cueva de las colinas de Pasárgada. Hárpago llamó en el acto a los guardianes de la puerta, que se acercaron a la carrera, tan asustados ante su comandante en

jefe que intentaron bajar simultáneamente las cabezas y las lanzas. Les ordenó que desnudaran al mago, que ataran sus brazos a un yugo colocado sobre sus hombros y que lo flagelasen hasta que su cuerpo blanco se tiñera de rojo.

–Zaratustra fue un profeta de la chusma –aseguró a Ciro y lo miró fugazmente –. Fue un rebelde testarudo.

Ciro reprimió el impulso de hablar en favor del peregrino porque pensó que el mago, en su condición de fugitivo, no había compartido la hospitalidad de la heredad aqueménida. Como los soldados trataron violentamente al joven para satisfacer a su jefe, Ciro comentó:

–Si yo fuera Astiages, convocaría a este errabundo a mi presencia para preguntarle qué lo llevó a rebelarse contra mi gobierno.

Después de que le colocaran el pesado yugo sobre el cuello, el mago buscó la mirada de Ciro con sus ojos oscuros, pero el aqueménida no dijo nada.

–Pues no eres Astiages –replicó Hárpago e hizo señas para que el carro franquease la puerta.

Ciro tendría que haber captado el mensaje de ese acontecimiento. Pero aún sentía la falsa seguridad de su vida en tanto hijo del monarca que deambula por las montañas que rodean las ciudades. Tuvo la sensación de que los medos de Astiages mentían a voluntad y de que Mandane, por alguna razón femenina, había intentado atarlo, mientras que Hárpago le ocultaba muchas cosas. No relacionó el asesinato de Volka, su guardaespaldas, con el hecho de que lo alejaban de la zona de influencia de su padre, fuera de la ciudad de Ecbatana, para viajar por alturas extrañas hasta las praderas de los nómadas, «donde nadie sabrá jamás lo que ha ocurrido».

Ciro el aqueménida no estaba destinado a regresar de ese limbo. La malevolencia de Astiages, ese viejo politiquero, había decretado su muerte por considerarlo indigno heredero del bondadoso Cambises. Astiages prefería que un nieto impotente sucediera a Cambises.

Cuando entró en el campamento de los arqueros montados, todos los recelos de Ciro desaparecieron. El tumulto sobre las bestias de bagaje y los relinchos de los orgullosos corceles nisayanos lo alegraron como una bocanada de aire de montaña. Los guerreros persas se acercaron a su carro y gritaron:

–¡Alabados sean los dioses, el pastor esta aquí!

En primer lugar Emba, el cuidador de sus caballos, corrió hasta el carro y se arrodilló para sujetar el pie de Ciro. Los que ya habían montado lanzaron al aire sus lanzas adornadas con pendones y fue un encuentro de amistad y buena voluntad.

–¿Crees ahora en mi buena fe? –inquirió Hárpago–. Mi hijo te espera en el norte, en compañía de guías. Espero que Ishtar y Shamash os protejan a los dos.

Después de esa despedida y como era un agudo juez del momento oportuno, Hárpago se alejó en el carro.

Así fue como Ciro, con toda la buena voluntad del mundo, volvió a ceñir una espada y emprendió el viaje que también era una guerra de los medos, aunque reducida. Siguió luciendo el puñal de Mandane porque muchos guerreros lo admiraron.

En cuanto se puso en camino recibió buenas noticias. Un correo de Ecbatana alcanzó al regimiento, transmitió las felicitaciones del rey Astiages y el mensaje de que, después de su trigésimo año de vida, en Pasárgada había nacido un segundo hijo de Ciro. Su esposa le había puesto el nombre de Bardiya, que significa fructífero. A Ciro no le gustó, pero no podía hacer nada para cambiarlo.

Cuando las tormentas del invierno cerraron los desfiladeros a espaldas de los guerreros en marcha, Ciro ya no recibió noticias de las ciudades. Se convirtió en una especie de ciego que seguía un camino desconocido. No se enteró de la muerte de Nabucodonosor, ni de que en Babilonia había salido de la cárcel Joachim, el rey de los judíos. El mensaje que Gubaru envió desde Susa para advertir a Ciro, según lo prometido, sólo encontró a Cambises haciendo cosillas de poca importancia en los jardines. Como Astiages el medo creció en fuerza y poder a la muerte del gran rey de Babilonia, Gubaru dio unos cuantos rodeos y finalmente envió tierra y agua a Ecbatana como muestras de sumisión.

En Babilonia estallaron conflictos entre los sacerdotes de Marduk y los descendientes de reyes anteriores. Un profeta hebreo, un tal Isaías, el segundo del mismo nombre, lanzó una carga sobre Babilonia. Isaías alzó la voz: *Llorad todos, pues el día del Señor está muy cerca. Cada hombre se volverá hacia su propio pueblo y cada uno huirá a su propia tierra. Y Babilonia, gloria de los reinos, belleza de la excelencia de los caldeos, quedará como cuando Dios echó abajo Sodoma y Gomorra.*

Muy pocos se detuvieron a escuchar a Isaías en los callejones de Babilonia. Hablaba como si las palabras procedieran de Yahvé, el Señor. *Levantaré a los medos contra ellos. Sus arcos también matarán a los jóvenes y no tendrán compasión.* Isaías azuzó a quienes lo escuchaban para que mirasen al norte y se reuniesen en las montañas. *El ruido de la multitud en las montañas, de reinos de naciones que se han reunido. El Señor de las huestes reunió a la hueste de la batalla.*

A decir verdad, el poderío de Astiages creció en las montañas y se difundió por Ararat, entre los urarteanos, los maneanos y los escitas.

Cambises murió enfermo en Pasárgada y junto al diván sólo estaban sus nietos, que no entendieron nada.

DOS

El juramento de Ciro

El camino de los arios

Ciro había terminado por creer que las montañas servían de refugio a los pueblos. Descubrió que era tan cierto en el lejano norte, entre las grandes Montañas Azules, como en las tierras altas que rodeaban la pacífica Pasárgada. Las guerras, las epidemias y las migraciones parecían seguir su curso como los grandes ríos que atraviesan las extensas llanuras, sobre todo los que desembocan en los mares. Otro tanto ocurría con la civilización en el seno de sus ciudades amuralladas y de sus transitados caminos. Cuando por las razones que fuesen querían librarse de los conflictos de las tierras bajas, los pueblos buscaban el aislamiento de las alturas y tenían buena fortuna siempre que lograsen seguir vivos.

Ciro había abandonado los límites de la civilización en las Montañas Azules. Desde lejos estas montañas alcanzaban tanta altura que semejaban defensas azules. Se internó por esa extensión sin caminos con su ejército, guiado por una señal de Ishtar, la gran diosa. Mientras seguían un barranco rumbo al norte, los jinetes pasaron bajo una ladera rocosa en la que otras figuras talladas en la piedra blanca marcharon junto a ellos. Algunos parecían dioses de las alturas porque estaban de pie sobre figuras agazapadas que representaban montañas. La mayoría de los acompañantes eran mujeres con las cabezas tapadas y faldas largas. Seguían a una diosa coronada que mantenía el equilibrio a lomos de un león. Ciro reconoció a Ishtar de Babilonia pese a que llevaba una vestimenta distinta y estaba casi cubierta de líquenes. Vartan, que cabalgaba a su lado, reconoció que no sabía nada de esos dioses porque pertenecían al pueblo antiguo, ya desaparecido del territorio, el mismo que sólo había dejado el nombre de Hatti o hititas, sólo su nombre y las ruinas de poderosas ciudadelas de piedra. Vartan no tenía una gran opinión de los dioses que permitían que sus adoradores se dispersaran como polvo agitado por el viento. Reconoció que cabía la posibilidad de que las deidades hititas estuvieran descontentas. Tenía entendido que la gran diosa era difícil de contentar y que su poder abarcaba todas las tierras.

–Hasta el señor Ciro el aqueménida luce su señal en el puñal –afirmó de manera indirecta.

Vartan era hijo Hárpago y se había reunido con los jinetes persas en las estribaciones. Era armenio…, lo que significaba que su padre –otro armenio– estaba al mando de las fuerzas armadas de los medos. Al igual que su padre, encubría sus pensamientos y parecía demasiado afligido para reír de alegría. Frunció el ceño cuando explicó la omnipresencia de Ishtar, la madre.

–No son los hombres, sino las mujeres, quienes conocen sus misterios. Y las

mujeres no tienen nación ni fidelidad a ningún monarca. Cuando se conquista un territorio, se mata a los hombres o se los lleva a trabajar como esclavos, pero las mujeres sobreviven, llevan sus cacharros de cocina y sus hijos a los hogares de los conquistadores y engendran nuevas criaturas. Tal vez lanzan hechizos contra sus nuevos esposos o los envenenan, pero ellas perduran. Nunca me sorprende ver una moza samaritana recogiendo agua en Ur de los caldeos, sobre todo si es bonita. Puede que la gran diosa tenga algo que ver con este asunto. Me han dicho que al otro lado de las Montañas Blancas, en las estepas, sobrevive una tribu de mujeres que cabalga alrededor de las tumbas de sus maridos. En este sentido, no conozco los hechos, pero sospecho que la gran diosa será muy poco compasiva con todo hombre que la ofenda.

Era evidente que Vartan no temía a la diosa. Hacía sólo unas pocas generaciones los armenios habían invadido las Montañas Azules y todavía construían torres de piedra como moradas junto a sus tierras de cultivo; hoscos y valerosos, marchaban deprisa a pie y se cubrían con buenas armaduras de metal, pero no llevaban arcos. Varios regimientos siguieron voluntariamente a Vartan por la meseta, donde el pueblo antiguo reverenciaba una solitaria montaña blanca a la que llamaban Urartu o Ararat. Desde la cumbre nevada del Ararat, el humo se elevaba hacia las nubes, como una almenara, aunque era imposible que un ser humano hubiese encendido esa hoguera. Los armenios no deseaban marchar contra las tribus del otro lado del Ararat pues decían que esos kurdos eran bárbaros sin riquezas en las aldeas y, por tanto, no había botín que valiera la pena cobrarse.

Hárpago había ordenado a Ciro que castigase a todas las bandas salteadoras de caminos mientras transportaba los estandartes vencedores de medos y persas hasta el Mar de Hierba, en el lejano norte. Empero, para Vartan no tenía sentido portar los estandartes reales a nuevas tierras a menos que al cabo del camino se obtuviesen riquezas. Con esta palabra se refería al precioso hierro, al oro o a las joyas valiosas para hacer trueques con los bárbaros que anhelaban esos ornamentos. A no ser que la larga marcha los enriqueciera, sostuvo, sus guerreros estarían mejor en sus tierras, plantando cereales de invierno. Ciro tuvo la impresión de que los armenios servían a Astiages más de palabra que con el corazón; admitían su autoridad, pero no hacían el menor intento de reforzarla. Empezó a preguntarse por qué razón Hárpago, el jefe, estaba al servicio de Astiages.

–Tu padre me ha dado una orden y la cumpliré lo mejor que pueda –replicó.

Los guerreros persas avanzaron de buena gana hacia el norte porque a finales de aquel primer verano la caza era buena, los venados estaban gordos y Ciro se ocupó de atravesar buenas tierras de pastoreo en los altos valles. En seguida se percató de que la conquista consistía más en mantener los caballos en condiciones y planificar la alimentación de sus partidarios que en esgrimir armas y lanzar gritos bélicos. Ante la menor perspectiva de combate, los aguerridos jefes asumían el mando de los jinetes pues sabían que el joven pastor carecía de astucia bélica. Pese a

ser verdad, Ciro se dio cuenta de que no podía permitirlo: debía conducirlos en todas las situaciones o en ninguna.

El conflicto que previó entre sus oficiales y Vartan estalló mientras cruzaban el río de la Tierra Hueca.

La expedición había franqueado la línea divisoria de las aguas de las Montañas Azules y los torrentes fluían hacia el norte. Por debajo de los pinos se extendía la Tierra Hueca: un profundo valle, recorrido por un único río, dorado por el grano maduro y salpicado de gris por los rebaños de ovejas que pastaban entre una aldea y otra. Allende este valle hundido se alzaban montañas más elevadas con las cumbres cubiertas de nieve.

Los invasores siguieron una senda hasta el río y arribaron a un vado. Los habitantes del valle montaban guardia en la otra orilla, con las armas prestas. Eran bárbaros fornidos que se cubrían con pieles de animales, esgrimían lanzas de caza y no llevaban escudos. Ciro notó que, cuchillo en mano, las mujeres se apiñaban detrás de los hombres. Eso significaba que los pobladores del valle presentarían una resistencia desesperada a la altura del río que, probablemente, era su única línea de defensa. Las rápidas aguas grises se arremolinaban entre las piedras del vado. Vartan dijo que eran pastores iberios, demasiado estúpidos para tener miedo; llamaban Pastor al río porque daba vida a sus rebaños.

Los jefes persas se acercaron a caballo para estudiar la barrera ribereña y consultar con los capitanes armenios sobre el mejor modo de superarla. Llegaron a un acuerdo y explicaron a Vartan que sus guerreros armenios simularían que cargaban a través del vado. Entretanto, los mardianos y los dayanos de los arqueros montados se separarían, se desviarían deprisa hasta otro vado río arriba y cruzarían sin que nadie los viese. Se presentarían por sorpresa en la otra orilla, los persas atacarían a los iberios con sus flechas y bajo esta protección los infantes armenios atravesarían el vado protegidos tras sus escudos de hierro. Atrapados entre los atacantes, los bárbaros darían media vuelta y serían presa fácil de los soldados.

Ciro llegó a la conclusión de que el plan era eficaz pero muy cruento. Tuvo que actuar en el acto para abortarlo pues los soldados adiestrados ya se habían puesto en movimiento y se aprestaban para la batalla.

–¡Un presagio! –gritó. Cuando lo miraron, añadió–: Este río lleva mi nombre y me llama. ¡Permaneced donde estáis!

El ejército se agitó inquieto. Un comandante mardiano orgulloso de su valor tiró de las riendas con impaciencia, su caballo cambió el paso y tropezó. Ese movimiento llamó la atención de Ciro. Lo sujetó de las riendas, se agachó para alzar la pata del nisayano y, como esperaba, vio una grieta en el borde de la pezuña, grieta provocada por una piedra afilada.

–Tú, que has sido capaz de dar un latigazo a un caballo cojo…, desmonta –ordenó al jinete.

El mardiano rió.

–No, Ciro. ¿Pretendes que luche a pie?

Ciro aprovechó esa respuesta.

–Sí, lo mismo que yo. ¡Miradme! –Se dirigió a los demás, que lo miraron sorprendidos–: Permaneced donde estáis. Lo digo yo, Ciro el aqueménida.

Bajo hasta el río, se quitó el cinto de la espada y dejó caer la capa que cubría sus hombros. No era momento de discutir, sino de actuar en solitario. Notoriamente desarmado y con las manos vacías extendidas, Ciro se metió en el caudaloso río y el agua le golpeó las rodillas y la cintura. Estaba seguro de lo que hacía, como si su fravashi lo urgiera a avanzar. Otro hombre chapoteó a su lado y vio que Vartan hacía esfuerzos por seguirlo. Intentaron no perder pie en el agua y Ciro fue el primero en alcanzar la orilla opuesta, donde los iberios se apiñaban, aferrados a sus lanzas. Evidentemente los bárbaros no consideraron peligroso que dos hombres desarmados se mezclaran con ellos y cuando Ciro se sentó en una roca, inclinaron sus cabezas barbudas para estudiarlo de cerca.

–Oídme y que haya paz entre nosotros mientras discutimos la división en cuatro de las tropas del rey Astiages.

Como no entendieron su lengua, los iberios guardaron silencio hasta que Vartan, que se encontraba de pie junto a Ciro, les dirigió la palabra. El pueblo de la Tierra Hueca se reunió para escuchar. En la otra orilla, guerreros persas y armenios guardaron forzosamente silencio y no se movieron. A su debido tiempo, con la ayuda de Vartan se llegó a un pacto para establecer una tregua y abastecer a las fuerzas armadas de Ciro, incluidos los pastizales para sus caballos.

–Habría sido un error atacar a estas gentes sin hablar antes –comentó Ciro satisfecho y rió impulsivamente–. Por las siete estrellas que nos protegen, vaya suerte que hemos tenido.

Vartan meneó caprichosamente su oscura cabeza.

–¡Ya lo creo! –Tocó la brillante empuñadura del puñal de Mandane, que colgaba del cinto de Ciro–. Levántalo y lo comprobarás.

Sorprendido, el aqueménida alzó la empuñadura con la figura de oro. Los bárbaros apiñados suspiraron como un solo hombre y clavaron la mirada en el puñal.

–Acatan la señal de la gran diosa –añadió Vartan y sonrió.

Disgustado, Ciro estuvo a punto de arrojar el puñal al río que llevaba su nombre. No quería que lo obedeciesen porque portaba el regalo de la reina. Pensó que lo había ayudado a que sus seguidores cruzasen sanos y salvos el disputado vado y volvió a colgarlo de su cinto.

Cuando llegaron a su lado, los comandantes de los asvaran protestaron porque se les había adelantado en el cruce del río. Ciro accedió a consultarlos en el futuro antes de actuar. A partir de ese instante sujetó con sus manos las riendas de las decisiones, tanto en el campo de batalla como en el campamento, y jamás las soltó.

La tierra hueca

Ciro ofreció regalos a los expectantes jefes iberios, obsequios que sacó de los carros de bagaje: brillantes cuencos de alabastro para beber el licor de uvas que le ofrecieron y lámparas de plata para iluminar el banquete de aquella noche. Los bárbaros tocaban música de flauta y los jóvenes bailaban torpemente, saltaban al tiempo que balanceaban grandes escudos sobre sus brazos. Como eran bárbaros, sin solución de continuidad pasaron de querer matar a los invasores a brindarles toda su hospitalidad. Ciro tuvo el tino de advertir a los héroes de los guerreros persas que ahora eran invitados de los pobladores de la Tierra Hueca y que, en consecuencia, debían mantener enfundadas sus armas. Para compensar al orgulloso mardiano al que acusó de dejar cojo al caballo, Ciro le concedió autoridad para que mantuviese la buena conducta entre todos los persas.

No fue una tarea difícil. La tierra estaba preñada de cosechas maduras y los verracos y los alces eran un entretenimiento para los cazadores de las tierras altas. Además, las iberias tenían caras frescas y la gracia de los animales en sus cuerpos esbeltos. Durante el banquete de bienvenida las mujeres se apiñaron en torno a los guerreros para tocar los bordados de sus camisas de hilo. Pese a las barreras de las lenguas, las sinceras iberias dieron la bienvenida a los guerreros en sus propias casas. Al franquear el umbral, las mujeres colgaban sobre la puerta el estuche del arco del invitado. Con ese acto de desarmar al guerrero no hacían daño alguno pues sus maridos se mantenían solícitamente apartados mientras colgara sobre la puerta el estuche de un arco. De todos modos, Ciro notó muy pronto que las iberias más bonitas llevaban brazaletes de soldado en las muñecas.

Por su parte, los armenios no estaban tan contentos. No les apetecía cazar jabalíes ni alces, pues echaban de menos sus hogares en esas chozas de piedra de las colinas iberias. Vartan meditó en silencio ante el brasero humeante de la morada que le adjudicaron. Después de pensarlo mucho, observó:

–Ciro, me han dicho que los persas sólo dicen la verdad y supongo que no debe ser tan fácil. Tú no sólo eres persa, sino aqueménida, el más orgulloso de todos los clanes, y no sólo eres aqueménida, sino hijo de rey.

Ciro asintió y esperó. Había descubierto que los armenios no expresaban de buenas a primeras aquello que los preocupaba profundamente.

–Ahora bien, si regresas a Ecbatana y dices que has conquistado para Astiages la tierra de los iberios será una mentira, ya que no lo has conseguido.

–Es verdad, no lo he hecho.

–Te las has ingeniado para que los iberios compartan su amistad con Ciro, no

con el rey de los medos.

–Así es.

–¿Me permites preguntar por qué? –Las arrugas surcaron el rostro cetrino de Vartan.

Ciro no hizo caso del sarcasmo del armenio.

–Las leyes de los medos sólo llegan hasta sus fronteras y en mi opinión esas fronteras son bastante imprecisas. De todos modos, las cruzamos a la altura del sagrado monte Ararat. Más allá de las fronteras rige otra ley, conocida como ley del rey. Si alguna vez Astiages cabalgara hasta…, hasta el Mar de Hierba que se extiende más lejos, juzgaría desde su trono basándose exclusivamente en la ley del rey. Ahora estoy solo aquí y como hijo de Cambises debo juzgar todas las cuestiones que se me plantean. Por lo tanto, tomaré mis propias decisiones en estas tierras de bárbaros y lo que diga en Ecbatana será la verdad. –Ciro tocó la mano del armenio–. ¿Qué te preocupa?

Vartan replicó que el invierno los encerraría en la Tierra Hueca pues las nieves impedirían cruzar los desfiladeros. Para sus seguidores no tenía sentido hibernar como osos entre los salvajes iberios hasta el deshielo de primavera. Ciro era consciente de que a los armenios no les había gustado su prohibición de saquear los pueblos del valle. Además, eran demasiados y los iberios no podrían alimentarlos todo el invierno.

–Si es así, llévalos de regreso a sus aldeas y a sus familias –decidió.

Ciro estaba convencido de que no habría estado de acuerdo si a Vartan se le hubiera ocurrido reclamar para sí el hermoso valle. Vartan volvió a guardar silencio y acarició la lanza de caza de Ciro, que tenía sobre las rodillas. En el primer encuentro que tuvieron habían intercambiado lanzas como prenda de buena fe.

–Ciro –dijo por fin–, eres un insensato que sigue su camino en pos de un sueño o uno de los hombres más astutos que conozco. Si eres el insensato que creo que eres, me ocuparé de que tu cuerpo sea dignamente embalsamado y devuelto a Pasárgada con todos los honores, para acabar en una tumba aqueménida y en el olvido.

Ciro rió.

–¿Y si soy astuto?

Vartan se comunicó con los rescoldos del brasero.

–En ese caso me llevaré una gran sorpresa –reconoció.

Por la mañana Vartan reunió sus bandas guerreras, con los equipos prestos, y comenzaron a cruzar el vado. Avanzaron a paso rápido con el rostro vuelto hacia sus hogares. Una vez acabado el cruce, el hijo de Hárpago no los siguió. A su lado sólo quedaban su criado personal, el cuidador del caballo y media docena de arqueros escitas que durante el viaje se habían mantenido apartados.

–Permaneceré a tu lado –informó al pastor–. ¿Acaso no intercambiamos lanzas como señal de amistad?

–¿Y los escitas?

Durante la marcha Ciro se había extrañado de su presencia.

Vartan explicó que eran los guías enviados por Astiages para conducirlos por las estepas.

–Ciro, al igual que tú, yo también obedezco órdenes, pero a mí manera – comentó pensativo.

Ciro no comprendió el significado de esas palabras. Los escitas escogidos como guías por Astiages se parecían al resto de los nómadas escitas: pasaban horas almohazando sus veloces caballos o lustrando los adornos de sus mantas. A veces desaparecían durante días, probablemente iban a cazar a las tierras altas, pero siempre regresaban al campamento de los persas. Emba el hircanio, el criado de Ciro, decía que contaban los días que faltaban para avistar el Mar de Hierba que los había visto nacer. Volka le podría haber dicho mucho más sobre esos cazadores, pero lo habían matado en el palacio de Astiages.

Aquel invierno Ciro no hibernó como un oso porque hizo muchos descubrimientos en la acogedora Tierra Hueca. No creía que el río llevase su nombre por una mera casualidad. Seguramente algunos arios que estaban de paso pusieron el nombre de Pastor a ese río. Como sospechaba, los iberios le aseguraron que en tiempos remotos los arios habían migrado por el valle y que habían tardado una generación en recuperarse de su paso.

Exploró el valle para conocer los motivos de su bonanza. No había esclavos que arasen la tierra que, en realidad, casi no requería trabajo para sustentar las cosechas. Al parecer, no padecían enfermedades. A Ciro le pareció muy distinta de la tierra de los elamitas, también cálida y fértil, pero que aún mostraba las cicatrices del paso del ejército asirio. Aquí la tierra no agonizaba. Los iberios se divertían con el vino que obtenían de sus parras. Ciro fue consciente de que las montañas los protegían y fugazmente soñó con aliarlos con otros pueblos montañeses bajo el gobierno, probablemente, de medos y persas. Pero ni siquiera en sus fantasías deseó alterar el bienestar de los iberios, que disfrutaban de los beneficios del creador de la tierra. Hasta los contó: el calor del sol, las aguas cristalinas, el trabajo de animales domesticados en un terreno ubérrimo.

Vartan se quejó de que esas gentes dejaban los bajos de sus viviendas a los animales y dormían en la planta superior; se quejó de que no podía dormir mientras los cerdos hozaban; además, los iberios tenían pocas cosas valiosas para intercambiar, salvo pieles y algo de cobre, que no sabían trabajar; no habían construido carreteras, ciudades ni templos. En cuanto a las apasionadas mujeres, en opinión de Vartan eran tan inteligentes como los carabaos.

Vartan no podía creer que esas mujeres estuvieran al servicio de la gran diosa. Al parecer, no faltaban hombres a los que se hubieran llevado para sacrificarlos. Quizá miraron sorprendidas el puñal de Ciro simplemente porque poseía el brillo de oro. Cuando Vartan les preguntó dónde podían encontrar oro, las mujeres se

limitaron a señalar hacia el oeste y exclamaron:

–¡Allá!

El vellocino de oro de Vartan

Después del deshielo de primavera, Ciro condujo su fuerza expedicionaria en dirección oeste, en parte para satisfacer a Vartan y, por otro lado, para explorar por su propia cuenta el nacimiento del río que llevaba su nombre.

Encontraron un territorio inmenso. Escalaron por debajo de las cumbres nevadas hasta que el terreno descendió hacia el oeste y llegó a orillas de un apacible mar azul. Esa orilla llevaba el nombre de Cólquida y sus habitantes se desbandaron al ver a los jinetes armados. Los caballistas no pudieron perseguirlos por los despeñaderos. Fue extraño contemplar las llamaradas del crepúsculo sobre las aguas inmóviles.

Encontraron dos cosas todavía más extrañas: en los bajíos de los riachos caudalosos habían colocado pieles de ovejas, como alfombras sobre las cuales caminar –en todos los casos la parte del vellón estaba hacia arriba y no lograron saber el motivo–, y los asvaran persas avistaron por primera vez embarcaciones, pequeños transportes de madera que se desplazaban lentamente en medio de la brisa, con telas de tienda de campaña sujetas a los mástiles. Más tarde, cuando convencieron al tímido pueblo de las ovejas de que les hiciera ofrendas de frutos y cereales en la orilla, los soldados descubrieron que las naves pertenecían a comerciantes que hablaban una lengua desconocida.

Ciro llamó pintores de vasijas a esos navegantes porque cambiaron sus recipientes primorosamente pintados por el oro de los colquianos. Los pintores de vasijas tenían la barba rizada y el rostro atezado y despierto; olían a aceite de sésamo y comerciaban con las armas prestas, atentos a la posibilidad de vencer a los comerciantes colquianos y ofrecerlos como esclavos para las embarcaciones de remos. Cuando no soplaba el viento, los pintores de vasijas impulsaban sus naves mediante remos. Eran agresivos y convincentes y parecían arios, pues se llamaban arios a si mismos y decían proceder de las ciudades de Mileto y Esparta. Aparentemente los espartanos eran guerreros más que comerciantes. Cuando se enteró de que los espartanos no entraban en las batallas a caballo, Ciro perdió todo interés por ellos. Esos comerciantes occidentales le desagradaron pues se esforzaban por montar una plaza de mercado en la que no hacían más que discutir acaloradamente el precio de sus vasijas y demás fruslerías. Se dedicaban a beber vino y a discutir sobre diosas desconocidas y sobre la belleza de sus ciudades. De todas maneras, soltaron un comentario al que Vartan concedió mucha importancia.

Esos comerciantes nómadas se refirieron al «vellocino de oro». Cuando Vartan dijo que quería verlo, se limitaron a señalar a un grupo de colquianos que se

encontraba a cierta distancia y que sacudían badanas secas sobre un enorme caldero de bronce. Después de ver esa operación, Vartan recordó las pieles de oveja húmedas colocadas sobre los riachos caudalosos y dedujo que los colquianos obtenían el oro –o buena parte de este metal– recogiendo las pepitas más grandes, arrastradas por el agua, en la lana basta de los pellejos. En cuanto hizo este descubrimiento, se mostró impaciente por regresar a las laderas más altas a fin de recoger el vellocino de oro de los ríos colquianos.

Emba también suplicó a Ciro que marcharan al este en lugar de al oeste. El fornido hircano había nacido a orillas de un mar que denominaba Mar de Hircania. Emba degustó el agua de la orilla colquiana y afirmó que no era la de su mar. Juró ante Ciro que en la orilla que lo había visto nacer extraños dioses surgieron de las profundidades de la tierra para calcinaría con fuego y que esas hogueras seguían ardiendo con llamas eternas.

Ciro los guió hacia el este, con la intención de explorar el nacimiento del río de su nombre. Durante la travesía, Vartan recogió las pieles de oveja de los riachos que cruzaron. Al fundir las partículas de oro que rescató de las pieles secas, sólo obtuvo un pequeño lingote fácilmente transportable en una mano.

–¿Qué harás con el oro? –preguntó Ciro, divertido de que tanto esfuerzo hubiese producido tan poco metal precioso.

–Pagar a otros para conseguir más oro –replicó Vartan.

Durante el resto del verano la expedición luchó con bárbaros más feroces que los iberios y más salvajes que los colquianos. Ciro tuvo que apelar a todas sus habilidades para conseguir alimento para sus hombres y pastizales para los caballos a medida que avanzaban hacia el sol naciente, hasta que dejaron de ver seres humanos y la fauna mermó. Los vendavales los azotaron cuando descendieron en dirección al Mar de Hircania; las tormentas de polvo los dejaron sin aliento y la tierra se convirtió en polvo amarillo que olía a azufre y en lava negra sobre la que los caballos resbalaban y caían. Más adelante el viento arremolinaba humo y bajo éste se vislumbraba el rojo de las fogatas que ardían sin cesar. Los asvaran avanzaron a regañadientes, pues estaban convencidos de que esa orilla era una de las entradas al otro mundo, donde hasta el fuego estaba maldito. Evidentemente se aproximaban a la guarida de Azhi Dahak. Emba les había dicho la verdad.

Cuando el verdor de la tierra se marchitó y desapareció, Ciro dio la orden de retroceder para mantener vivos sus queridos caballos.

–Aquí no hay nada que indique un buen augurio –declaró–. ¡Conducidme al Mar de Hierba, que tal vez nos ofrezca un buen final de nuestra travesía!

Al oír esas palabras Vartan convocó a los guías escitas. Después de recibir la orden, se dirigieron en silencio hacia un desfiladero que conducía al norte. Después de muchos días escalaron alturas que se elevaban hacia las nubes. La tierra volvió a ser húmeda y la nieve brillaba a través de la cubierta de nubes; los caballos desmocharon líquenes y musgo. Cuando las nubes del norte se separaron, los

escitas recogieron las riendas y señalaron con la mano. Por delante y debajo de la fuerza expedicionaria se dibujaba una línea verde y uniforme que no era mar, sino tierra.

(Es evidente que la expedición de Ciro cruzó el sector sur de la cadena del Cáucaso para pasar el invierno en el valle de la moderna Tiflis, situado a poca altura, donde el río aún lleva el nombre de Kuras. En su marcha hacia el oeste Ciro llegó a orillas del mar Negro, donde los jonios tenían asentamientos comerciales. La marcha oriental de los persas los condujo inequívocamente a la orilla desnuda y saturada de petróleo próxima a la moderna Bakú, en el mar que entonces se llamaba de Hircania y que hoy es el Caspio. Durante muchos siglos, sobre la superficie había ardido petróleo. Al poner rumbo norte, Ciro cruzó la cadena más alta del Cáucaso y llegó a las estepas rusas).

La tumba escita

En la primera luna de su cabalgar por la gran meseta, los persas se percataron de que los habitantes humanos huían nada mas verlos. Encontraron cenizas de fuegos que había ardido mucho tiempo en campamentos nivelados por los cascos de los caballos y del ganado y por las rodadas de los carros. No quedaban nativos para darles la bienvenida o para atacarlos.

En un campamento aún humeaban las brasas en medio de una confusión de tiras de cuero, cacharros de arcilla y las brillantes telas de crin roja de las tiendas. Ciro recogió una piedra de afilar con la empuñadura adornada con oro y llegó a la conclusión de que los desaparecidos habitantes de ese sitio eran nómadas escitas que habían escapado pocas horas antes. Como de costumbre, los guías escitas cautivos no hicieron el menor comentario. Mejor dicho, le respondieron como siempre que, después de unas pocas jornadas, arribaría a un asentamiento real con viviendas techadas.

Ciro meditó la cuestión. No había visto una sola casa en cuanto se alejaron del último río de montaña. Evidentemente, los moradores del Mar de Hierba eran nómadas que se defendían alejándose al galope con sus propiedades. Los asvaran estaban de excelente humor porque nunca habían visto semejantes pastos; la hierba llegaba hasta las rodillas de los jinetes y los tréboles asomaban a través de la malla gris de los tamariscos. Bajo el viento, la inmensidad de hierba ondulaba como las aguas de un río tranquilo agitado por los saltos de los antílopes. La carne abundaba y los nisayanos se movieron inquietos. Los asvaran hablaron de cabalgar por ese nuevo paraíso que no parecía tener fin.

Una noche, cuando los oyó bromear, Ciro logró identificar el motivo de su propio desasosiego: no sabía con exactitud dónde estaba. En sus montañas natales jamás le habían faltado hitos conocidos. En los últimos días hasta las cumbres nevadas de las Montañas Blancas habían desaparecido en la llanura. Cada noche, en cuanto aparecían, Ciro estudiaba la disposición de las siete estrellas guardianas y sabía casi con certeza su posición: un poco al este del norte. Según la tradición, el hogar ancestral de los arios se encontraba mucho más al este del norte. ¿A qué distancia? Los guías, como era de esperar, no decían nada. La intuición aconsejaba a Ciro que se dirigiera al este, que también era el lado de los buenos presagios de su mano derecha. ¿Por qué los escitas lo guiaban hacia poniente? Parecían avanzar de buena gana porque, si así lo deseaban, cualquier noche podían perderse en el Mar de Hierba. En el caso de que desaparecieran, ¿a dónde conduciría Ciro a sus hombres?

–¿De qué te preocupas? –preguntó Vartan cuando Ciro se refirió a la ruta que seguían–. Si emprendes el regreso, no dejarás de ver las Montañas Blancas. Si no las ves, acabaremos en alguno de los mares interiores. Ahora que lo dices, creo que no ganaremos nada si seguimos avanzando. Ciertamente, podemos garantizar a Astiages que hemos arrasado a los escitas de las grandes llanuras y se alegrará de añadir el Mar de Hierba a sus conquistas.

Ese comentario agudizó la ansiedad de Ciro. Vartan no tenía por costumbre ser indiferente, aunque quizá el armenio estaba harto de la monotonía de las marchas mientras que Ciro, en su condición de jefe, se sentía responsable de sus hombres. Ya se había dado cuenta de que no estaría libre de angustias mientras comandase un ejército.

Poco después cayeron en una emboscada.

A la caída del sol los asvaran descargaban los carros junto a un manantial de una hondonada y Ciro desmontó para conducir su corcel hasta un sitio protegido donde encerrar a los nisayanos durante la noche. Emba y otros lo siguieron sin prisas. Las flechas zumbaron en el aire. Un flechazo desgarró la capa de cuero de Ciro y le arañó dolorosamente el brazo.

Al parecer, los proyectiles salían de un montículo cubierto de robles que se encontraba frente a los persas, que lanzaron exclamaciones de sorpresa. Ciro recogió la flecha que lo hirió y se dio cuenta de que se había clavado en el suelo, un paso más adelante. Montó deprisa y se volvió para mirar a Emba, a un escita y a los pocos germanios que se aprestaban a cabalgar hacia el robledal, donde sin duda se apostaban los arqueros hostiles. Sin embargo, la flecha que lo hirió parecía haber llegado por detrás.

Ciro impidió que sus seguidores cabalgasen en medio de la luz decreciente. Esa noche ataron los caballos en el interior del círculo formado por los centinelas.

En las llanuras ventosas no había bruma. El sol naciente hacía desaparecer las sombras en el acto. En cuanto hubo luz, Ciro envió a derecha e izquierda dos compañías de guerreros, como si salieran de caza. Los arcos colgaban de sus cinturas, protegidos en los estuches; Ciro dirigió un grupo y, cuando llegaron al montículo arbolado, los persas se desplegaron deprisa, lo rodearon y prepararon los arcos como si quisieran sacar de su guarida a las bestias salvajes.

En lugar de bestias, tres jinetes delgados abandonaron su escondite e intentaron escapar. Los experimentados nisayanos giraron como halcones y alcanzaron a los ponis peludos de los moradores de las estepas. Uno de los jinetes de la emboscada fue traspasado por una flecha; los demás fueron derribados de sus monturas por la embestida de los nisayanos y atrapados con cuerdas de nudos corredizos cuando intentaban huir. Se debatieron ferozmente con cuchillos y con los dientes hasta que los ataron. Daba la sensación de que tenían la piel clara y de que eran pequeños; oscuras prendas de lana ceñían sus extremidades y los cabellos largos escapaban de los tocados plateados. Poseían las rubias cabelleras de los arios.

Cuando retiró su flecha del cuerpo del escita abatido, el guerrero se dio cuenta de que tenía pechos de mujer. Resultó que los dos cautivos también eran mujeres que no hablaron salvo para lanzar desafíos. Ciro estudió las flechas que aún llevaban en los carcajes y comprobó que los adornos eran distintos a los de la que había estado a punto de matarlo. Las mujeres habían cometido la insensatez de montar guardia durante la noche en su escondite.

Los guerreros persas se preguntaron qué tribu enviaba a sus esposas a la guerra en lugar de mandar a los maridos.

–Cabe la posibilidad de que estas mujeres combativas no tengan marido –observó Vartan.

Vartan había oído hablar de una tribu del Mar de Hierba, compuesta por mujeres que atacaban a los intrusos y que también abatían sus caballos, probablemente para realizar un sacrificio de sangre en honor de su gran diosa. Los guías insistieron en que las arqueras formaban parte de una tribu antigua hostil a la propia, la de los escitas reales.

Después de meditar la cuestión, Ciro mandó llamar a las cautivas y les ofreció alimento y bebida, que rechazaron. Las miradas de las mujeres le recordaron los ojos de los ciervos atrapados. Gesticuló para preguntar en qué dirección se encontraban las Montañas Blancas, pues deseaba abandonar la gran llanura. Lo entendieron porque una señaló en dirección contraria a la de la salida del sol. De improviso, inmediatamente los guías escitas le rogaron que liberara a las cautivas y sus monturas.

En lugar de aceptar, esa misma mañana Ciro en persona condujo a los asvaran hacia la salida del sol.

–¿Tu fravashi te ha señalado el camino o acaso el señor Ciro el aqueménida busca más guerreras? –preguntó Vartan. El armenio sólo se dirigía a Ciro de esa manera cuando pretendía ser sarcástico–. Ni tus cautivas ni tus guías están contentos.

–Nunca está de más hacer lo contrario de lo que desea tu enemigo –replicó Ciro, distraído.

Esa decisión desembocó en una calamidad. A mediodía avistaron un extraño montículo en medio de la estepa. Era redondo, como un cuenco invertido, y estaba rodeado de objetos oscuros desde los cuales emprendían el vuelo aves de alas anchas. Al cabo de un rato comprobaron que los objetos eran guerreros montados y apostados, como si estuviesen de guardia. Ciro rodeó el montículo antes de acercarse y comprobó la patética verdad de que los centinelas eran difuntos montados sobre los lomos de cadáveres de caballos sostenidos por estacas. Las lanzas y los escudos colgaban de los cuerpos resecos y los pequeños cascabeles tintineaban cada vez que soplaba el viento.

Debía de hacer años que montaban guardia. Sin embargo, cada guerrero estaba sobre su corcel con las armas sujetas al sitio que correspondía. Ciro se preguntó

quién cuidaba de los difuntos guardianes del montículo y por qué. En ese momento Vartan lanzó un alarido de entusiasmo y, en medio de los vigías ciegos, lo llevó hasta la cumbre de la cúpula herbosa. Miraron hacia abajo y vieron que la hierba de la cúpula era distinta de la de la llanura y que en torno al gran túmulo de tierra había otros montículos más pequeños que formaban un círculo.

–¡Una tumba escita! –exclamó el armenio–. A juzgar por su tamaño, calculo que a nuestros pies yace enterrado un jefe rico y poderoso.

Ciro miró en lontananza y no vio a ser humano alguno en la estepa. No obstante, sabía por experiencia que numerosos moradores de la estepa podían desplazarse por las hondonadas sin ser vistos, al amparo de la salvia y los tamariscos. Desplegó observadores en la cima del montículo sepulcral antes de descender y encontró que Vartan, con la colaboración de conductores y mozos de cuadra, despejaba la maraña herbosa que cubría una única losa de granito gris. Vartan afirmó que era imposible encontrar ese tipo de piedra en la meseta, de modo que los escitas la debían de haber trasladado de otra parte para cerrar la entrada del sepulcro. La retiraron mediante cuerdas y palos y los trabajadores se pusieron a cavar. Los asvaran se acercaron y miraron curiosos. Como eran guerreros natos, a ninguno se le habría ocurrido empuñar una pala.

Al cabo de un rato los cavadores se toparon con una puerta de madera. Los centinelas lanzaron un grito de advertencia. Ciro giró su corcel y vio a las guerreras que surgían de la maleza. Varios centenares dirigieron sus caballos peludos en dirección al túmulo, con las lanzas y los arcos prestos. Fue extraño contemplar a esas caballistas de pelo largo que salieron de la nada. Ciro calculó que tenían pocas posibilidades frente a su regimiento de veteranos.

Una de las caballistas se puso a medio tiro de arco. Su cabellera resplandecía con el dorado del trigo maduro, su escudo lucía un dibujo de testa de venado y su cuerpo esbelto estaba envuelto en seda china de color azul. Parecía tener la misma edad que Ciro. Aunque la mujer gritó, el aqueménida no la entendió y llamó a un guía escita para que le tradujese esas palabras, cosa que el hombre hizo hasta cierto punto.

La caballista solicitaba una tregua entre el rey de los invasores y ella. Dio su nombre y título: Timiris, hija de Gesir, rey de los escitas de Sármata. Timiris afirmó que estaban en tierra sármata y que su padre aguardaba en la tumba para retornar a la vida.

–Acepta la tregua –ordenó Ciro al escita–. ¿Qué más pretende esta mujer?

Timiris se echó la cabellera hacia atrás y habló deprisa, como un río torrentoso. El intérprete explicó de mala gana que estaba narrando su vida y que lo hacía en nombre de su madre, la reina, que también aguardaba en el túmulo. Al parecer, Gesir, su padre, había regido con los sármatas de las Montañas Blancas el desierto de las Arenas Rojas, hasta que los escitas reales les pisaron los talones. Durante una temporada los sármatas repelieron a los invasores. Luego los escitas del este

pidieron la paz y un festín para celebrarlo. Durante el banquete mataron a Gesir, así como a todos los señores y jefes. De esta forma la traición puso fin a los héroes sármatas. A continuación las esposas embalsamaron los cadáveres y los enterraron con todos los honores. Las mujeres que quedaron con vida montaban guardia sobre las tumbas para que, cuando llegase el día de la nueva vida, sus maridos regresaran a la tierra y a su lado.

Ciro pensó que sin duda era la verdad del relato acerca de la solitaria tribu de mujeres que guerreaba contra los invasores. Aunque honrosa, se habían propuesto una tarea difícil y dedujo que la joven Timiris no estaba en condiciones de librar una guerra defensiva contra los nómadas salvajes.

Las consecuencias habrían sido muy distintas si hubiese podido hablar sin impedimentos con la princesa sármata. Meditó y preguntó dónde se encontraba el hogar de los sármatas.

Timiris replicó que más allá de las Arenas Rojas, más allá del camino de Coara, bajo el nacimiento del sol.

–En ese caso, dile que debe guiar a sus mujeres en dicha dirección –ordenó Ciro–. Es evidente que no vivirán mucho sin hombres que las protejan.

Nada más enterarse, la guerrera lanzó una sucesión de palabras melodiosas. Jamás lo haría, a menos que violaran y profanaran las tumbas. ¿De qué serviría vigilar una casa vacía? Se acercó a Ciro con la mirada encendida.

–Aqueménida –gritó–, es verdad que tú eres fuerte y que yo soy débil. No puedo enfrentarme a ti. Si profanas la tumba de mi padre, mi odio te acompañará como a la sombra de tu bonito cuerpo. Averiguaré a dónde vas y en mis sueños procuraré hacerte todo el daño que pueda. Seré amiga de tus enemigos y enemiga de tus amigos. No volveré a aparecer ante tus ojos hasta el día en que estreche tu cuerpo en mis brazos y vea cómo tu sangre fluye hacia la tierra…

Inesperadamente, Timiris cubrió su rostro brillante con las manos, se echó a llorar e inclinó la cabeza hacia las crines del caballo para ocultar sus lágrimas. Ciro no tuvo tiempo de responder pues la joven azuzó el caballo y se alejó. Las guerreras la siguieron y se internaron por la maleza. Las dos cautivas corrieron tras sus compañeras y Ciro no las detuvo.

El aqueménida pensó que era típico de una mujer amenazar con hacer daño y ponerse a llorar al comprobar que no podía salirse con la suya. De todos modos, en ningún momento dudó del valor de la muchacha.

Ciro se dirigió a la excavación del túmulo y descubrió que Vartan y los cavadores habían atravesado la puerta y encendían teas para internarse en la cámara sepulcral.

–Esto no me gusta nada –dijo.

Recordó la tablilla de Asurbanipal el asirio en las ruinas de Susa: el triunfalismo del asirio al profanar los sepulcros de los elamitas con el fin de privar a sus espectros de un descanso pacifico y de las ofrendas.

–Hablas por boca de tu caballerosidad persa. –La dentadura de Vartan rutiló en medio de su barba enmarañada–. Dime, ¿qué hay en el túmulo salvo unos pocos esqueletos y un tesoro que los bárbaros supersticiosos enterraron con los muertos? ¿Tienes tanto miedo de la sármata como para no enriquecer a tus hombres?

–No le temo.

Al oír esas palabras algunos asvaran se internaron impacientes, en pos de Vartan y los cavadores.

A decir verdad, la gran cámara sepulcral, cubierta por un techo de madera, había sido minuciosamente preparada para el retorno a la vida de un jefe poderoso. En primer lugar, los intrusos encontraron restos de buenos caballos con arreos lujosos y mozos de cuadra muertos a la altura de sus cabezas. Más adentro, en la cámara central, yacían varios guardaespaldas que sujetaban en sus manos cuernos de plata para beber. En la plataforma reposaba Gesir y parecía casi natural gracias a su barba amarillenta; lucía corona y los atributos del cinturón y los brazaletes enjoyados; el casco repujado en oro que se encontraba junto a su cabeza mostraba una testa de venado en oro con astas de cuerno. A su lado había todo lo necesario –de botas de caza a látigo con empuñadura de oro–, embellecido para estar a la altura de Gesir. Ciro llegó a la conclusión de que con Gesir habían enterrado todo el tesoro de Sármata. Había que reconocer que Timiris, su hija, no lucía semejantes adornos.

Como el aire viciado les dificultaba la respiración, Vartan y los cavadores retiraron deprisa los elementos valiosos y los acumularon en un caldero de bronce lo bastante grande para cocinar una oveja.

A la derecha del jefe sármata yacía una mujer más o menos de su edad, todavía elegante con sus prendas de raso y de seda, con una lámpara de plata llena de aceite y un espejo de mano a su lado. Evidentemente, se había suicidado para que la enterrasen con su marido. En ese caso, debía de ser la reina y la madre de Timiris.

Ciro lanzó una exclamación y alzó el espejo de bronce. El mango de oro mostraba la leona y la cabeza de mujer de la gran diosa…, tan parecido a la empuñadura de su puñal que se diría que fueron moldeados por la misma mano.

Después de vaciar el sepulcro, Vartan tuvo dificultades para pasar el pesado caldero de bronce por el túnel de la entrada. Algunos persas lo consideraron un mal augurio. Vartan, por su parte, calculó que se habían enriquecido con un quintal de oro puro, para no hablar de las piedras preciosas.

Ciro aún esgrimía el puñal de Mandane. Presa de un súbito impulso, lo arrojó sobre el tesoro de oro escita. Notó que todos los objetos estaban bellamente fabricados por excelentes artistas.

Como el día tocaba a su término, Vartan hizo trasladar el caldero a su tienda. A la caída del sol Ciro tomó la precaución de duplicar la guardia emplazada tras las

hileras de caballos. En medio de la oscuridad las mujeres de la estepa podrían hacerles bastante daño, incluso a los guerreros mejor adiestrados. La princesa parecía decidida a cometer una maldad, siempre y cuando estuviese dentro del poder de una mujer.

Ni una sola alarma perturbó el sueño de Ciro. Como de costumbre, despertó en medio del frío de las primeras luces. Pasó por encima de Emba, que roncaba en la entrada. Nada más salir de la tienda tropezó con una masa pesada.

Era el caldero de bronce. En lo alto reposaba la cabeza de Vartan y los dientes resplandecían en medio de los pelos de la barba. Debajo de la cabeza, el tesoro en oro brillaba por su ausencia. El cuerpo desnudo del armenio yacía sobre el caldero, cortado extremidad por extremidad y articulación por articulación, como la carne de un animal preparada para guisar.

Antes de encender las hogueras, Ciro convocó a los guardias de la noche y se enteró de que no habían visto a nada ni a nadie entrar o salir del campamento. Los guías escitas, desplegados junto a los caballos atados con ronzal, se habían esfumado con sus monturas.

Ciro tuvo claro qué había ocurrido. Las guerreras no osaron emprender el regreso después de ser testigos de la expoliación de la tumba. Sin embargo, ello debió de encolerizar a los silenciosos escitas… Ciro lamentó no haber comprendido todas las palabras que Timiris cruzó con su intérprete. Después vieron el tesoro de oro en el caldero y comprobaron que podía trasladarse en las albardas de unos seis caballos. Y los cazadores nómadas eran capaces de atravesar un cordón de soldados.

Ciro y sus oficiales decidieron que las cosas habían sucedido de esa manera. Mucho después se enteró del secreto de los guías escitas: fueron contratados a muy buen precio por el rey de los medos para que dieran muerte a Ciro en el Mar de Hierba. Alguno debió de intentarlo mediante un flechazo antes de que capturasen a las mujeres. Movidos por la cólera o la codicia, a continuación dirigieron sus armas contra Vartan. Ese asesinato les reportó mejor paga que la proveniente de Astiages.

Ciro quedó junto a la tumba saqueada sin compañero ni guías. A su cargo quedó el deber de entregar el cadáver cortado de Vartan a Hárpago, su padre, para que fuese enterrado como correspondía.

Ciro recordó que Vartan se había comprometido a hacer lo mismo por él y no intentó prever las consecuencias de su regreso en esas condiciones a la corte y al monarca de Ecbatana. Las noticias procedentes del lejano sur apartaron de su mente otras angustias.

* * *

(Las leyendas del Oriente ya se habían abierto paso hasta las ciudades de los griegos de Occidente, de donde partieron los viajeros en busca del vellocino de oro

de Cólquida. Regresaron para contar leyendas sobre el Mar de Hierba, por el que erraban nómadas adheridos a los lomos de sus caballos; poco después los ciudadanos de Grecia, amantes del hogar, hablaban de tribus con cuerpo humano unido al cuerpo de sus caballos, en realidad, centauros. La leyenda más popular era, de lejos, la referente a una tribu de mujeres que luchaba contra los hombres, las auténticas amazonas. En menos de un siglo los artistas atenienses representaron la batalla entre los héroes y las amazonas en los frontispicios de piedra de sus templos. Antes Timiris y las mujeres que vigilaban las tumbas de sus maridos habían partido rumbo al este, a su tierra natal, situada más allá del Mar de Hircania).

Ciro llega a Pasárgada

La expedición persa recibió la noticia a medida que se desplazaba presurosamente hacia el sur.

Tal como había prometido en el río iberio, Ciro consultó con los comandantes más antiguos lo que debían hacer. Hubo consenso en el sentido de que el Mar de Hierba era una tierra amarga y de que no deseaban permanecer allí. Ciro pensó fugazmente que el mal los acosaba desde el momento en que arrojó el puñal con la imagen de la gran diosa sobre el oro escita. Luego preguntó a cada comandante qué camino escogería para abandonar la estepa; tal como esperaba, todos apuntaron al sur, aunque en direcciones distintas. Cada uno tenía su propia idea acerca de dónde se encontraba la puerta fluvial de las Montañas Blancas. Ciro aceptó la ruta que ya había calculado a partir de la posición de las estrellas que cada noche había observado, contando el número de marchas realizadas y añadiendo su estimación de la distancia recorrida en cada una. Para cerciorarse, repitió varias veces esta búsqueda en su memoria. No podía correr el riesgo de cometer un error.

Los jinetes corrían presurosos hacia el este del sur cuando notaron que a sus espaldas se alzaba polvo. La tierra estaba seca pues faltaba poco para la llegada del invierno. Los persas dieron media vuelta y se aprestaron a tomar las armas hasta que vieron que los jinetes eran menos de diez y que llevaban igual número de monturas de recambio. Vestían los gorros con capucha y los pantalones estrechos de los persas que viajan deprisa y muy lejos. El cabecilla, un aqueménida joven, tensó las riendas y lanzó un grito de alegría. Sus ojos parecían ranuras y tenía la piel oscurecida por la polvareda.

–Por el sol que nos alumbra y por el fuego de Atar –los saludó–, habéis dejado una huella tan intensa como la de un caracol. –Se incorporó altivo en las lazadas de cuero que sujetaban sus pies–. Juro que en dos meses os hemos alcanzado, pese a que cabalgasteis durante dos años… Vengo de Pasárgada.

Al ver que Ciro se encontraba entre los comandantes, el joven jinete se arrojó al suelo, corrió a cogerlo del pie e inclinó la cabeza.

–¡Ciro, hijo de Cambises! Me inclino a los pies de Ciro, mi señor, rey de Ansan.

Montaron el campamento para escuchar las noticias del mensajero: Cambises yacía en su tumba, encima del río, y de Ecbatana había llegado el rumor de que Ciro había muerto en las guerras. Su esposa, Kassandan, lo había negado y juró ante los portadores de la ley que en un sueño vio a Ciro vivo y viajando de regreso a Pasárgada. Mitradat el Cojo añadió que reconocía al hijo de Cambises como

único y legitimo monarca de Ansan. Como los aqueménidas y los maspianos estaban unidos, los jefes marafianos se sumaron a ellos. En consecuencia, las tres tribus aguardaban la llegada de Ciro y las otras siete tribus iranias esperaban noticias de su sino. El mensajero añadió que Ciro debía dejar de errar en pos de la gloria de la realeza y retornar en seguida a su propia tierra.

Entonces Ciro el aqueménida tomó su primera decisión como rey. Cabalgaría directamente hasta Pasárgada con los guerreros de las tres tribus. El resto del ejército escoltaría el cadáver de Vartan hasta Ecbatana a través de la Tierra Hueca y Armenia. El cadáver cortado había sido limpiado y, a su manera, embalsamado con aceites acres y cubierto de hierbas. Fue cuanto pudieron hacer.

Por mucho que corrió Ciro, el invierno llegó antes. En compañía de sus seguidores se vio obligado a esperar a que la nieve se derritiera en los desfiladeros de las Montañas Azules. Preocupado por la tardanza, Ciro escogió a Emba y a diez hombres con remontas y siguió avanzando hacia el amanecer invernal.

Entró en su valle, tal como lo había dejado, en el momento en que la hierba empezaba a madurar. Al desmontar en los escalones de palacio vio que, después de todo, su padre no había erigido las estatuas guardianas. En el porche del palacio de piedra encontró a Kassandan, que lo aguardaba con sus dos hijos, niños pequeños pero fuertes. Kassandan lucía un nuevo manto púrpura abrochado con las alas reales aqueménidas e inclinó la cabeza ante Ciro.

–Tuviste un sueño feliz en el momento más afortunado –le comentó Ciro.

Cuando quedaron a solas frente al hogar, Kassandan expresó su opinión. Las lágrimas escaparon de sus bellos ojos.

–¡Es sorprendente lo que tus enemigos han tramado sobre mi señor esposo! ¡Qué agotado, delgado y cansado estás, qué prendas tan raídas llevas!

Ciro aseguró a su esposa que en su vida se había sentido mejor; ocurría, simplemente, que para conquistar algo de fama en las guerras de los medos –tal como ella deseaba– había tenido que soportar algunas incomodidades. Después de compartir el lecho, Ciro contó a Kassandan toda la historia de su expedición. Ella se emocionó y volvió a llorar, pero discretamente.

–¿Y qué tipo de fama has conseguido? –se lamentó–. No has conquistado un solo pueblo, has convertido en enemigo al rey Astiages y has perdido el tesoro de oro de los escitas. ¡Además, has regresado con sólo diez hombres! –Suspiró y habló con franqueza–: Mi señor marido, a partir de ahora debes actuar con la sabia prudencia de Cambises, rey de los persas, o el mal caerá sobre tu pueblo.

El mal que a lo largo de los años siguientes recayó sobre Ciro se debió, exclusivamente, a que fue incapaz de regresar a Ecbatana…, se debió a esta circunstancia y a su propia testarudez.

La orden de Astiages

El pastor tenía treinta y ocho años cuando lo consagraron rey de Ansan, titulo que, en realidad, sólo significaba el reinado sobre las tres tribus que rodeaban Pasárgada. Ciro decidió prestar juramento en el nuevo santuario de Anahita. Como siempre, entonces también sintió que el agua fluyente estaba a su favor. Además, la esquiva Anahia era la única mujer que se las ingenió para no preocuparlo después de abrazarlo. Una vez que los sacerdotes y los jefes de alto rango se reunieron en la cripta de mármol blanco, Ciro compartió los alimentos que le ofrecieron: higos, terebinto molido y leche agria. De acuerdo con el antiguo ritual ario, esa ceremonia le recordó que no era superior a los campesinos que labraban la tierra. A continuación los portadores de la ley le tomaron el juramento de rigor: se volcaría hacia el bien tanto de palabra como en sus actos, sería amigo de sus amigos, juzgaría a los débiles con la misma ecuanimidad que a los poderosos y salvaguardaría en todo momento a su pueblo antes que a sí mismo. Ciro comprobó en seguida que esas sencillas promesas eran muy difíciles de cumplir. Lo mismo que cualquier otro monarca recién coronado, se dejó absorber por las obligaciones de regir su propio dominio y apenas tuvo tiempo de pensar en lo que acontecía en otras partes.

Al ofrecer ricos regalos de plata a los jefes que asistieron a la coronación, el callado Mitradat se quejó de que vaciaba los cofres del tesoro de su padre. Ciro meditó y nombró conservador del tesoro a su viejo rival.

–¿Por qué me escoges? –quiso saber el cojo príncipe maspiano.

Ciro no replicó que lo eligió porque, presa de la cólera infantil, había lisiado a Mitradat, ni porque estaba imposibilitado de llevar a cabo una tarea que exigiese montar a caballo.

–Porque me odias y, a pesar de todo, mantienes la lealtad del pueblo maspiano hacia mí –replicó Ciro–. No conozco a nadie tan integro como tú.

Al igual que otros príncipes que acceden al poder, Ciro soñaba con construir un palacio muy distinto al de su padre. Deseaba que los visitantes distinguidos entrasen en una verdadera sala de audiencias aqueménida más que en un patio comedor plagado de cuervos Cuando explicó sus planes a los arquitectos de Babilonia y Menfis, los maestros de la técnica puntualizaron que no se podía modificar un edificio sin colocar nuevos cimientos y que para hacerlo debía derribar la vieja estructura. Ciro estuvo de acuerdo con que colocasen nuevos cimientos de mármol –y columnas del mismo material en el porche– y construyesen un salón tan espacioso como el de Astiages en Ecbatana, con

columnas de doce metros de altura, esbeltas como un árbol que cualquiera podía abarcar extendiendo los brazos. Como los arquitectos adujeron que columnas tan delgadas no soportarían el peso del techo plano, Ciro propuso que colocaran un techo puntiagudo, al estilo ario, por el que la nieve cayera. Los arquitectos procedentes de las llanuras quemadas por el sol no habían pensado en la nieve.

Como durante la reconstrucción Kassandan tuvo que cambiar de vivienda, Ciro ordenó que a cuatrocientos pasos del gran salón construyesen un palacio heredad de ladrillos cocidos para su familia. En seguida comprobó que era más adecuado mantener a su familia alejada de las sesiones de la corte, por lo que Kassandan continuó en su nuevo palacio, como las reinas en la ciudadela de los medos. Además, para la mentalidad persa debía existir un par de cosas preciosas en lugar de una sola, por lo que se erigieron dos altares de fuego iguales en el montículo que Ciro embelleció con una terraza de templo. En algún momento del pensamiento ario había surgido la costumbre de crear cosas de a pares. ¿Acaso el hombre no necesitaba de la mujer para dar a luz a su simiente? ¿Acaso la luz no requería la oscuridad para llamar la atención? ¿Acaso el principio del bien en la vida no estaba en conflicto con el mal? Ciro recordó que Cambises había pensado darle otra esposa, extranjera y de sangre real.

Tuvo que hacer frente a la tarea de cabalgar hasta los límites de su reino, por lo que llamó a los diez fieles guerreros que le guardaron las espaldas durante el trayecto del Mar de Hierba a su tierra; encomendó a cada uno que eligiera diez más para que lo escoltasen en sus recorridos a caballo. (Este núcleo de cien hombres de noble cuna se convertiría en los mil incólumes que mas adelante los griegos llamarían los inmortales del rey persa).

Ciro realizó su primera gira en compañía de esa magnífica escolta de cien héroes juramentados. En cada aldea de las tres tribus, tanto los nobles como los caspios ofrecieron sus regalos de frutos y exquisiteces, telas bordadas y pequeños tesoros. A cambio, Ciro entregó a cada persa una moneda de oro de Creso de Lidia. Eran las únicas monedas grabadas en oro y casi nunca se veían en las montañas.

Ciro cabalgó más allá de las tres tribus, hasta los pueblos de las afueras. Lo consideraron apuesto y de labia persuasiva; no les pidió nada, salvo que se convirtieran en «amigos del rey». Los despidió con una broma: «Hasta los animales domesticados, que cuando se sienten seguros pastan donde les viene en gana, se reúnen y siguen a un jefe cada vez que surge un peligro. ¿No haremos lo mismo si algún peligro perturba la paz de nuestras tierras? Llamadme para que os proteja siempre que sea necesario».

Los germanios eran los más feroces iranios de las afueras. Moraban muy lejos, en las altas tierras rojas que bordean el gran Desierto de la Sal. (Estas cumbres aún llevan el nombre de Kerman). Tabal, el jefe, establecía sus propias leyes. No había acudido a la coronación de Ciro pues afirmaba que no era un *khshatra* del señor

aqueménida, sino gobernante por derecho propio. Cuando Ciro se presentó en persona a los pies de su ciudad, que se extendía en un despeñadero sobre un recodo del río, Tabal se limitó a observarlo desde la torre situada encima de la puerta cerrada. Al otro lado de la puerta aguardaban varios millares de espadachines germanios.

Ante el aqueménida avanzaban abanderados y flautistas montados; tras él aguardaban los cien héroes, con sus crestas en los escudos. Después de escudriñar el acantilado, Ciro frenó su nisayano –engalanado como para una fiesta– frente al vado del río y llamó al vigilante Tabal.

–¿Por qué sigues ahí y te niegas a bajar?

Tabal miró más allá de Ciro y sólo vio criados y animales de bagaje tras el reducido grupo de aqueménidas.

–Porque no sé qué más puedo hacer –replicó con hábil franqueza.

Ciro le explicó que le habían dicho que Tabal no se consideraba jefe de guerreros, sino rey de un pueblo.

–Y es verdad.

–En ese caso, baja y realiza tu prueba.

–¿Qué prueba?

–La referente al gobierno de tu pueblo, los germanios.

Tabal se quedó pensativo. Aunque no tenía ningún miedo, resultaba difícil entender a Ciro.

–¿Quién me juzgará? –pregunto.

–Aquel que puede condenarte sin juicio ni prueba.

–¡Ajá! ¿De quién hablas?

–De mi, Ciro el rey.

Tabal se dio cuenta de que estaba entre la espada y la pared. En tanto gobernante, no podía rechazar esa audiencia. Meditó y descendió a caballo por la senda del despeñadero en compañía de cien espadachines, los portadores de la ley y sus consejeros. Montaron la corte a orillas del río. Tabal, veterano de muchas guerras, tuvo que permanecer de pie para presentar sus argumentos ante el persuasivo aqueménida, sentado en una piedra. Según la ley persa, todo acusado tenía derecho a presentar pruebas de sus buenos actos. Si el bien superaba el mal, lo absolvían. Tabal podía citar muchos actos valerosos y de sagaz dirección en el campo de batalla, además de que había salvado varias vidas.

–He oído el testimonio –aseguró Ciro a la atenta corte–. Como comandante de los germanios, Tabal no ha hecho nada malo. Sin embargo, como gobernante Tabal tiene muchas quejas en su contra.

El decidido germanio se irguió.

–¿Y cuáles son?

Ciro replicó, al tiempo que las contaba con los dedos:

–El mal gobierno de agricultores, alfareros, pescadores, tejedores, herreros,

comerciantes, pastores y caspios.

Sucedía que no eran muchos los beneficios que Tabal había ofrecido a este último pueblo. Los caspios habían abandonado sus tierras. Ciro, que era perfectamente consciente de la situación, lo escuchó con paciencia y dio su veredicto en tanto juez.

–En tanto jefe de guerreros, este hombre no tiene tacha. En tanto gobernante de su pueblo, ha ignorado el bienestar de los que dependían de él y ha sido corto de miras a la hora de crear cosas mejores para ellos que, por su culpa, han sufrido.

Los portadores de la ley no apelaron el veredicto. Ciro se explayó sobre las medidas que influirían positivamente en los agricultores germanios. Habló largo y tendido sobre la falta de drenaje de los ríos. Al final de la audiencia Tabal cambió de actitud y suplicó a Ciro que franquease su puerta, comiera en su palacio y le transmitiese personalmente cualquier otra idea que tuviera.

Después de ese episodio los miembros de las tribus empezaron a llamarlo el «rey del pueblo».

Durante el recorrido por sus territorios, Ciro preguntó a cada jefe por qué contribuía con una cuota anual de caballos y arqueros persas montados al servicio del rey Astiages. ¿Por qué los persas seguían sirviendo a los medos? Ciro añadió que estarían mucho mejor si se sirvieran a sí mismos.

Desde las tierras marinas hasta el Desierto de la Sal se supo que Ciro en persona se negaba a enviar a Ecbatana corceles nisayanos y arqueros de las tres tribus.

–Quien gobierna no se muestra nunca como es realmente hasta que ha cumplido su propósito –le comentó amargado a Mitradat.

–Tu padre lo sabía. Mientras simulaba atender los jardines y temer a Astiages, en realidad creó un escudo para proteger a su pueblo de las invasiones. ¿Acaso tu propósito es tan sabio como el de tu padre?

Ciro llegó a la conclusión de que el lisiado veía las cosas con mirada más penetrante que los hombres fuertes. Fue consciente de que Mitradat no le era fiel a él, sino a la tradición persa.

Cada año de aquellos primeros años el nuevo rey de Ansan se negó a enviar caballos u hombres como tributo a los medos. No reveló con qué fin lo hacia. En realidad, no era más que uno de sus sueños: despertar a las tribus iranias para que se rebelasen contra el yugo de Astiages. Percibió la fuerza de cada nación bajo el mismo yugo: semejaban muchos caballos fuertes sujetados a un carro por una rienda débil. ¡Si esa rienda pudiera romperse…!

Un mes de nisán, el mes de la hierba temprana, en la puerta de Pasárgada se presentó un heraldo de Astiages. En esa puerta Ciro había hecho colocar dos losas de piedra caliza sobre las que tallar sendos espíritus guardianes. Comprobó, lo mismo que Cambises antes que él, las dificultades de decidir qué espíritus divinos protegerían su palacio. El heraldo, Abradat –el jefe del consejo se presentó sin

regalos y en compañía de dos escribas barbudos para anotar todas las palabras pronunciadas. En su largo báculo resplandecía un águila de oro con las alas extendidas. Joven y directo, transmitió el mensaje con voz clara:

–En el primer día de nisán, la palabra del gran rey, el rey de las tierras, de todas las tribus médicas, de Armenia, Hircania, de los maneanos, los urarteanos, los elamitas… –El heraldo enumeró los pueblos que estaban bajo la égida de Astiages. El mensaje tocaba a su fin–: Para que Ciro, rey de Ansan, se presente ante Astiages, su señor, el último día del mes de nisán.

Después de que los escribas tomaran nota de las palabras, Abradat se acercó al trono de Ciro en el salón de audiencias, que aún no estaba techado.

–Astiages ha esperado demasiado para darte la bienvenida –dijo en voz baja.

Al oír el retruécano una llamarada de cólera traspasó a Ciro.

–¡Cuando me vea no me dará la bienvenida! –exclamó.

El heraldo titubeó.

–¿Es tu respuesta?

–Sí –replicó Ciro.

Aquel mes el aqueménida no salió del valle. En medio de los calores del verano apareció el mercader hebreo que había ofrecido a Kassandan tela de color púrpura real. En esta ocasión fue a verla a su palacio y la felicitó por el nuevo esplendor que la rodeaba: ¡como las azucenas del campo! Mientras le ofrecía joyas raras a un precio altísimo, se inclinó y le susurró al oído algunas noticias del camino del norte:

–Me crucé con las huestes armadas de los medos, cuyos pasos eran como el rugir de la rompiente. Si, marchaban hacia el sur y Hárpago, señor de las huestes médicas, cabalgaba con ellos.

Esa noche Ciro ordenó que encendieran almenaras en las cimas que rodeaban su valle.

Convocó a los persas para que se aprestasen a la guerra, no al servicio de los medos, sino contra ellos.

La venganza de Hárpago, el señor de las huestes

El pastor de los persas nunca se había sentido tan orgulloso como aquel amanecer, en la gran carretera del norte, en las praderas de los nisayanos. Cuando las últimas estrellas se apagaron, seis mil asvaran estaban junto a las bridas de sus corceles bélicos, mirando hacia el sol naciente. Brillaban los cascos en sus cabezas en alto, los adornos de plata de los escudos y las placas de metal que cubrían sus cuerpos. Cuando el borde del sol asomó, rezaron al unísono a fin de tener fuerzas para expulsar el Mal de sus tierras del mismo modo que el astro rey quitaba la oscuridad de la tierra. Las flautas tocaron una alegre tonada cuando los asvaran montaron en sus corceles y se volvieron hacia la oscura masa del enemigo, que permanecía inmóvil en la carretera, entre el río y la cadena montañosa.

Ciro azuzó a su corcel blanco para conducir a los guerreros de las tres tribus contra las huestes de los medos. Apremió al caballo pues deseaba adelantar a los oficiales. Los guerreros trotaron tras él con los arcos guardados en los estuches. En ese instante Ciro habría sido capaz de gritar de alegría. Los inquietos corceles se lanzaron al galope en dirección a los bronceados estandartes de los medos y las filas de soldados de infantería que aguardaban impávidos tras una muralla de grandes escudos y apretadas líneas de erizadas puntas de lanza.

Cuando el sol se puso, Ciro se balanceó y aferró la manta sudadera. Las heridas quemaban su carne como su estuviera en llamas. Su caballo cubierto de sudor tropezó pese a la lisura del camino. Los guerreros presionaban a su alrededor y lo ayudaban a mantenerse sobre el caballo, cabalgaban en silencio con el sol poniente a la derecha. Detrás dejaron el campo de batalla y el botín a los medos.

Ciro sólo tenía visiones fugaces de la jornada bélica, del siseo de las flechas que pasaron a su lado, de la sangre que manaba de las hachas que cortaron las cabezas de los equinos, de una pared de escudos de cuero que se alzó ante él cual una muralla de piedra.

En el momento de la caída del sol hizo un esfuerzo por sentarse derecho y gritó con voz clara:

–Nos alzaremos contra los medos a las puertas de Pasárgada. Los expulsaremos de nuestra patria tal como hoy nos han echado.

La respuesta de los jinetes sólo fue un murmullo. El sol se puso y la oscuridad ocultó la retirada de los persas. Ciro se tambaleó de debilidad y los supervivientes de sus cien guardias lo sujetaron de los brazos. Se obligó a planificar la defensa de

su valle y de su ciudad, en la que no había más murallas que las colinas.

Llegó otro día en el que Ciro y sus oficiales aguardaron en las colinas y observaron la columna de los medos que escalaba la ladera cual una serpiente lenta que busca una senda.

Ciro supo que esa posición sería, necesariamente, la última. Aquí era menos fuerte que en las praderas del norte. A la segunda convocatoria habían respondido menos jinetes de los pueblos de las afueras. Además, la derrota había mermado las filas de las tres tribus.

Los comandantes más viejos le aconsejaron que retirase su pueblo a las extensas llanuras occidentales, en dirección a los dayanos nómadas y la ciudadela de los germanios. Los persas se desplazarían deprisa con los rebaños. Los medos no encontrarían mucho que saquear e incendiar en Pasárgada.

Pero Ciro no estaba dispuesto a hacerles caso. Se acordó de que Cambises decía que el valle siempre sería un refugio seguro. Si migraban, volverían a convertirse en nómadas, lucharían con Otras tribus por los pastos… o buscarían territorio ignoto. Simultáneamente fue consciente de que su pueblo no tenía más defensa que su dirección. Y ésta no había servido de nada ante la habilidad de Hárpago.

Hárpago, el armenio al servicio de Astiages, conocía el secreto de conducir a la victoria a las tropas adiestradas. A medida que meditaba, Ciro creyó encontrar un modo de detener al ejército médico, una acción desesperada pero no imposible. Por lo menos lo conduciría, sin más dilaciones, a la muerte o a la victoria.

No comunicó el plan a los oficiales mientras lo evaluaba mentalmente. No tenían por qué saberlo y, en el caso de que fracasase, serían libres de actuar como mejor les pareciera. Mantuvo el campamento de los asvaran fuera de la vista del enemigo. Varias patrullas a caballo hacían guardia alrededor del barranco mientras la formación de los medos se acercaba lentamente y montaba el campamento junto a un arroyo.

Esa noche, después de que las lámparas ardieran tres horas en su tienda, Ciro se acercó a los guardias de la entrada. Les pidió que despertaran a los relevos sin hacer ruido hasta reunir a una veintena, que se reunieran con él en plena oscuridad y que dejaran los escudos y las lanzas para coger únicamente cuchillos largos y cortas hachas de mano.

Se reunió con los veinte guerreros que acababan de despertarse y les explicó lo que se proponía. Los conduciría a pie hasta el campamento de los medos. Se abrirían paso entre los centinelas que estarían atentos, sobre todo, a la llegada de jinetes. Al amparo de la noche, una veintena de hombres aparentemente desarmados accederían al pabellón de Hárpago, donde estaban los estandartes del ejército. Atraparían al señor de las huestes médicas y se las ingeniarían para salir del campamento con el prisionero. Ciro estaba convencido de que, privado de su comandante, el metódico ejército medo no sería capaz de vencer por segunda vez a los persas. Preguntó a esa veintena de sus cien guardias si estaban dispuestos a

jugarse la vida en esa empresa.

Todos aceptaron en el acto e insistieron en que Ciro no debía ir. El aqueménida se acordó de dejar a dos oficiales en la entrada de su tienda, como si estuviera durmiendo en el interior. Condujo a los dieciocho restantes, trazando un amplio circulo, más allá de los centinelas persas. Ciro ya había aprendido que habitualmente los centinelas montaban guardia de cara a las líneas enemigas. Había hecho decisivas observaciones sobre el terreno que lo separaba del gran pabellón del general armenio.

Como la mayoría de los planes de gran osadía, al principio el de Ciro tuvo éxito. El grupúsculo de incursores se mantuvo en contacto mientras se alejaba de los centinelas, visibles bajo los reflejos del firmamento. Pese a que sus heridas habían curado lo suficiente para moverse sin dificultades, Ciro se debilitó rápido, lo que influyó en su ánimo. Cuando llegaron a las tiendas de cuero de los soldados, los incursores se dividieron en grupos de tres o cuatro y avanzaron indiferentes. Los que portaban hachas las mantuvieron a ras de tierra. Llegaron al pabellón iluminado del comandante enemigo en esa hora tranquila que precede al alba. Media docena de lanceros estaban sentados o de pie delante del pabellón. La luz brillaba a rachas, como si en el interior hubiera teas, y Ciro pensó que podrían serles útiles.

Encabezó el ataque que superó a los guardias y cruzó los cortinajes. Comprobaron que el enorme pabellón se dividía en compartimientos. Hárpago se encontraba en un compartimiento, despierto y en pie entre dos teas humeantes. Cuando corrieron hacia él, varios espadachines salieron de detrás de los cortinajes. Las armas sonaron al chocar y se oyeron los gritos de los heridos cuando los incursores lucharon con los guardias. Hubo un debilitamiento de las llamas, el hedor a humor y una oscuridad casi total. Hárpago había arrojado las teas sobre los combatientes. Su voz sonó estentórea:

–¡A las armas, idiotas!

Como sorpresa o reacción ante esa orden tajante, la lucha ceso y en ese instante Ciro se percató de que había fracasado. Mediante una triquiñuela veloz como la picadura de una serpiente, el armenio se había hecho con la situación. Por sorprendente que parezca, Hárpago dio la orden de que todos salvo Ciro el aqueménida se retirasen a la antecámara. Cuando lo miraron boquiabiertos, el armenio exclamó:

–¡Se ordena una tregua! Despellejaré personalmente al que no la cumpla.

En cuanto los guerreros medos y persas se retiraron, Hárpago pidió a sus criados que acercasen lámparas encendidas y un cuenco de vino jónico. Poco después bebió vino y una mueca torció su rostro cetrino.

–Ciro, supongo que a partir de ahora recordarás que los que llegan de la oscuridad quedan deslumbrados por la luz. ¿Creíste que dormía sin un guardia al lado?

Ciro llevaba un cuchillo y podría haber matado al armenio, que no tenía puesta la armadura. No le quitó la vida porque Hárpago había ordenado una tregua. Después de tantos esfuerzos la debilidad hizo mella en sus extremidades. Estaba medio cegado por las brillantes luces. Hárpago no le concedió un solo instante para pensar. El armenio no se refirió a él dándole un título honorífico.

–¿Creíste que seria incapaz de vengar la muerte de Vartan, mi hijo, cuyo cuerpo fue troceado como carne para el carnicero? –Sus ojos oscuros relumbraron –. Ciro, ordené a Vartan que te acompañase para cuidarte y protegerte.

Ofendido, Ciro soltó el cuchillo y contó a Hárpago la verdad sobre la muerte de Vartan en las estepas. El armenio lo escuchó con suma atención. Una extraña sensación de familiaridad se apoderó de Ciro, como si volvieran a estar ante la lámpara del eunuco, lo mismo que aquel amanecer en el patio de Ecbatana. Lo que allí había comenzado parecía concluir aquí y Hárpago era consciente de lo que ocurría. El general ofreció secamente asiento a Ciro y apartó el cuenco de plata vacío, al tiempo que las arrugas de su rostro se acentuaban.

–Creo que dices la verdad. Dime algo. Si un compañero con los huesos de la cabeza rotos recabara tu ayuda, ¿cogerías los instrumentos del médico y lo operarías con tus propias manos?

–No. Sólo el médico puede hacerlo.

El armenio rió sin emitir sonido alguno.

–Sin la menor experiencia en la guerra, hace quince días asumiste el mando de seis mil guerreros. Lanzaste a los asvaran, los mejores arqueros armados, contra mi formación de lanceros, apoyados por armas arrojadizas. A raíz de tu insensatez, ¿cuántas mujeres lloran a sus muertos en tu ciudad? Te diré el total de manos cortadas a los cadáveres y apiladas ante mi tienda. ¿Dónde estaban los arcos de los asvaran? ¿Te faltaron horas, acaso días, para rodear a mi formación y ralearla a flechazos? ¿Podríamos haber obstaculizado el rodeo de tus corceles nisayanos, los caballos más veloces que existen? ¿Teníamos alguna posibilidad de escapar?

Ciro se dio cuenta de que el armenio no hablaría así si esperara volver a encontrarlo en el campo de batalla como enemigo. Hárpago siguió expresándose ferozmente:

–Sin duda Ciro, rey de Ansan y amo de las tres tribus, sintió el orgullo de los héroes al galopar por la hierba a lomos de su corcel, rumbo al desastre. El héroe es el débil que sólo piensa en morir para alcanzar un poco de fama. –El sarcasmo de Hárpago era como el de Vartan–. He de apelar a las palabras más sencillas para hacer mella en tu insensatez caballeresca. El comandante que conduce a sus hombres al peligro no puede permitirse el consuelo de la debilidad. El comandante debe desarrollar la astucia para parecer débil ante sus enemigos si es fuerte y fuerte si realmente es débil; debe tejer una red de mentiras alrededor de sus actos, tramar traiciones ocultas, robar secretos hostiles, saquear riquezas y ser implacable hasta conseguir cuanto busca.

Ciro esperó a que el armenio se refiriese al significado de lo que se ocultaba tras sus palabras.

–Todavía tienes lengua. ¿Qué prefieres ser a partir de ahora, un aqueménida cubierto de gloria o un sabio dirigente? –Ciro siguió esperando–. Mi aqueménida real, ¿tu inteligencia ha captado el hecho de que Astiages marcha detrás de mí, a una semana de distancia? ¿No te has enterado? Astiages lo hace para mantenerme vigilado o para regocijarse con tu caída. Has mancillado su dignidad cuando te negaste a responder a su llamada y demostraste que no eras un fiel rey vasallo, como tu padre. Francamente, no sé a qué lo atribuye… Con toda probabilidad a las dos cosas. Fue lo bastante sagaz para quedarse con la formación más poderosa, con las caballerías persas y la peligrosa hircania bajo su estandarte. –Hárpago frunció el ceño, pensativo–. Tengo sobradas razones para suponer que cree que yo he alcanzado excesivo poder en las fuerzas armadas médicas y que pretende una parte en el triunfo sobre ti, ya que de lo contrario no habría abandonado su palacio, triunfo que significará el último sello en el imperio de los medos.

Un recuerdo casi olvidado iluminó a Ciro.

–En ese caso, se ha colocado la cumbre de oro sobre la gran torre de Ecbatana.

Hárpago alzó la mirada sorprendido.

–Así es. Vaya, recuerdas al mago vidente de la puerta. Es verdad. ¿Te acuerdas de su profecía, según la cual el imperio de los medos se derrumbará cuando se coloque el último piso de la torre?

–En eso estaba pensando.

Hárpago tomó asiento junto a su cautivo y contemplo en silencio la llama de la lámpara.

Sufrió un sutil cambio.

–Señor Ciro, posees una peculiaridad…, además de decir siempre la verdad. Haces cosas inesperadas, lo que molesta al comandante enemigo. Hace media hora pasé unos instantes de incomodidad. –Miró el reloj de agua que se encontraba junto a su diván–. Es posible que el mago sea un enviado del dios que, sin que yo lo sepa, te protege, y que en este momento te protege más que nunca. ¿Te proponías vencer al ejército de los medos y quitar el poder a Astiages?

–Todavía me lo propongo.

Las barbas de Hárpago se separaron en algo parecido a una sonrisa.

–Ciro, con esas palabras te has ganado las cadenas hasta que te pongan en la hoguera a las puertas de Ecbatana, para que te retuerzas hasta perder la vida como un pez. Si Astiages fuera Ciaxares, acabarías así. –Si tenía la pretensión de inculcar el temor en la debilidad de Ciro, el armenio no lo consiguió. El aqueménida no dejó de sondear el propósito que se ocultaba tras esas palabras–. Astiages no es más que un cerdo rico que se revuelca en la basura. Pagó a una banda de escitas cautivos para que te quitaran la vida en las estepas. Debió de intervenir tu dios, porque en tu lugar mataron a mi hijo Vartan. –Hárpago elevo sus pesadas manos y

las dejó caer–. Mi casa está arrasada y ahora mi vida sólo tiene un único fin: poner de rodillas a Astiages. –Se puso de pie bruscamente y gritó a través del cortinaje de la entrada–: Perros, dejad de lameros las heridas y corred a los comandos para informar que la tregua concertada en esta tienda vale para el ejército y para los persas. Ciro me pide que haga correr la voz.

El armenio escuchó las carreras en la antecámara y se acercó en silencio para espiar a través de las cortinas. Volvió a tomar asiento y nuevamente se dedicó a contemplar la lámpara.

–Concédeme unos instantes para pensar en el modo de acabar con el imperio de los medos –murmuró y se rascó la barba.

–Te doy todo el tiempo que necesites.

–De acuerdo. En este momento concreto, al otro lado de los cortinajes nadie puede estar seguro de si tú eres mi cautivo o yo estoy en tus manos. Tomé la buena precaución de librarme de testigos. Ciro, recoge el cuchillo y digamos que soy tu prisionero. –Hárpago frunció sus cejas tupidas–. Exigirás la rendición de mi campamento. Mis armenios obedecerán y los medos tendrán que hacerlo, les guste o no. Veamos supongamos que mis fuerzas se dividen en cuatro detrás de las tuyas, con las armas apiladas a su alcance. Dentro de una semana, Ciro, al amanecer de otro día. Supongamos que Astiages nos ataca. Como me mandó en la vanguardia para hacer el trabajo sucio, no tiene una observación directa de nuestros actos. ¿Y los espías? Me rodean por todas partes, pero no será negativo que informen de lo que han visto. Astiages lleva demasiado tiempo acariciando a sus mujeres y han pasado muchos años desde que estuvo al mando en una batalla. Se lanzará directamente para aplastarte y sus jinetes protegerán su avance.

–Si me ven cabalgar en solitario, mis persas vendrán al galope a saludarme –apostilló Ciro.

–Es verdad. Y los hircanios los seguirán para ver qué ocurre. Te rodearán…, detrás tendrás la caballería…, mis armenios armados…, rodearán al gran monarca y sus guardias medos…, ¿acaso no les gustaría tener un jefe más sagaz? Nosotros podemos ofrecérselo: Ciro, rey de los medos y de los persas.

Ciro rió.

–Hárpago, ¿no me has dicho que un jefe sabio teje alrededor de sus actos una trama de mentiras? ¿Haces esto para engañarme?

El armenio meneó sin ira su cabeza entrecana.

–Ciro, aprendes muy rápido las lecciones sencillas. Sin duda te preguntas por qué razón, si he decidido traicionar a Astiages, hace dos semanas libré contigo una cruenta batalla. Era necesario engañar a Astiages. El hijo gordo de Ciaxares puede ser indolente, pero no tiene un pelo de tonto. No debe tener ni la más mínima idea de la trampa que le tendemos en las colinas. –Hárpago se acercó a la cortina y la abrió. Salvo algunos persas heridos, no había nadie. Satisfecho, añadió en voz baja –: Hijo de Cambises has de aprender una segunda lección. Cuando capturemos a

Astiages, te parecerá muy glorioso. Sin embargo, sólo habremos atrapado a un hombre de paja, a un actor que sigue disfrazado después de terminada la obra. Sólo alcanzaremos la victoria cuando nos apoderemos de su ciudad, con sus tesoros y con la corte de los medos, antes de que otros puedan hacerse fuertes en Ecbatana. –Alzó su rostro cubierto de cicatrices hacia la débil luz del día–. ¡Que tu dios te ayude a convertirte en rey de los medos y los persas! Ciro, supongo que entonces creerás en lo que ahora te digo.

Como Ciro estaba cansado y agotado de tanto escuchar, sólo pudo hacerse ilusiones.

Diez días después los jinetes de los caravasares y los espías extranjeros se desplegaron por las carreteras que salían de las montañas de Pasárgada con sorprendentes noticias. *El gran ejército de los medos se rebeló y sus guerreros depositaron las armas ante el pequeño rey de Ansan. Astiages el medo fue capturado por Ciro el persa. Ciro no mató a Astiages ni quemó los ojos de su cautivo con un hierro candente. Ciro mantuvo como rehén a Astiages en su palacio.*

Los mensajeros de la carretera del oeste comunicaron la noticia en Susa y se dirigieron apresuradamente a Babilonia, donde reinaba Nabunahid. Pero los de la carretera del norte, la de Ecbatana, fueron alcanzados antes de transmitir la noticia.

El juramento en el palacio de los medos

Sucedió porque Ciro no podía conciliar el sueño la noche posterior a su victoria incruenta en las colinas que servían de puerta a Pasárgada.

Los poetas habían terminado sus cantos de alabanza, los oficiales habían buscado alojamiento en el nuevo campamento y las hogueras de la alegría chispeaban en las colinas oscuras. Una visión perturbaba a Ciro: el rostro regordete de Astiages, surcado de lágrimas cuando los criados le quitaron la armadura de placas de hierro y quedó ante ellos en sucia camisa y pantalón de montar. Un recuerdo aguijoneaba a Ciro, pesado como un moscardón. Se relacionaba con algo que Hárpago, el señor de los ejércitos, le había dicho aquel amanecer en su pabellón.

Todo sucedió como el armenio había previsto, de ello no cabían dudas. Hárpago dormía en el mismo pabellón mientras Ciro meditaba en el salón de audiencias sin techo, bajo la mirada de los guardias curiosos. Ciro volvía a estar cansado y en medio del silencio podía buscar en su memoria las esquivas palabras que lo atormentaban: las mentiras dichas como verdades. Era verdad que Astiages se había convertido, simplemente, en un actor despojado de su disfraz. Y después la victoria, la victoria que sólo se produciría cuando Ciro y Hárpago tomasen Ecbatana.

Ciro meditó hasta que las palabras crearon una cantinela como las ondas en el río. Escuchó el sonsonete del agua y se relajó. Hablaba con una voz nueva, con una voz que lo protegía. Percibió que su amistoso fravashi se acercaba para darle calor.

Una luz alumbró la oscuridad de sus pensamientos. Rió y levantó los brazos. La victoria sólo se produciría cuando tomaran Ecbatana, pero no sería la de Ciro, *sino la de Hárpago*. En esa ciudad meda Hárpago, el gran comandante, proclamaría la rebelión de los persas –¡ay!, después de haberlos reducido personalmente en la primera batalla– y la captura de Astiages. Una vez en su ciudadela, el señor de los ejércitos se rodearía de partidarios y tal vez –seguro que sí– nombraría como gobernante títere a algún mocoso de Astiages para ignorar a Ciro el aqueménida como actor insensato que, después de interpretar su papel, pretende convertirlo en realidad. Hárpago había ocultado este propósito tras una pantalla de verdades a medias, más engañosas que las mentiras. Podía tener la certeza de que se cumpliría porque Astiages era impopular y Ciro un desconocido en Ecbatana, la ciudadela de los medos.

El hijo de Cambises actuaba de inmediato siempre que veía claro el camino. El gran campamento de Pasárgada dormía con excepción de Mitradat y los jefes de las

tres tribus, que caminaron y hablaron apremiantes a su lado a medida que guiaba un caballo descansado hacia el barranco del norte. Lo seguían los supervivientes de los cien, cada uno en compañía de un camarada despertado para esa misión, y todos llevaban una montura adicional. Portaban algunos estandartes capturados a los medos y la armadura con incrustaciones de oro de Astiages –que dormía a pierna suelta en el palacio residencial de Ciro–, cuyo grotesco casco ostentaba una cabeza de grifo con brillantes piedras preciosas a modo de ojos. Ciro sólo vestía una capucha persa y un manto sencillo y se mantenía en el seno del grupo de ciento cuarenta jinetes selectos.

Al día siguiente alcanzó a los mensajeros extranjeros de la carretera del norte, los hizo desmontar y les ordenó que los siguiesen a pie. Había aprendido que no era fácil cortarle el paso si nadie sabía de su llegada.

Una caravana demoraba treinta días en cubrir las etapas de Pasárgada a la ciudad del gobierno de los medos. La quinta mañana del viaje, Ciro y sus seguidores se presentaron en la puerta, bajo la cumbre de granito de Alwand. A esa hora temprana nadie les impidió el paso porque parecían un destacamento de jinetes persas que portaban los estandartes con el águila de bronce del ejército médico. Una vez en las calles se quitaron los mantos y se dividieron en patrullas, convocando a oficiales y terratenientes a que se dirigiesen sin demora al salón de festejos del palacio por orden del gran rey, del rey de las tierras.

Durante generaciones los audaces medos habían copiado el protocolo de los antaño espléndidos asirios y se habían acostumbrado a asistir a las ceremonias según les daba la gana. Disfrutaban del placer de levantarse sin prisas y de dejarse vestir por las manos hábiles de los esclavos. Muchos de los que a lo largo de la mañana entraron en el salón de Astiages se habían puesto barbas postizas para acrecentar su dignidad y largas túnicas trenzadas para hacer alarde de su riqueza. No llevaban más armas que puñales de gala.

Se encontraron con que Ciro los esperaba, instalado en el trono de mármol tallado y con la armadura bélica de Astiages ante el reposapiés.

Los habituales lanceros con túnicas habían desaparecido de su puesto junto a las paredes laterales, en los que unos cuarenta persas con los arcos tensos vigilaban a los visitantes. El propio Ciro llevaba vestimenta de batalla y sus palabras resonaron como el choque de las armas. Comunicó a los oficiales y a los señores de las plantaciones la rendición y el cautiverio del último gobernante, Astiages, hijo de Ciaxares; les ordenó que le prestasen juramento de fidelidad como rey de medos y persas, como sucesor de Ciaxares.

–Hacedlo, hombres de nombre excelso, y vuestras vidas y hogares, vuestras mujeres y riquezas seguirán como siempre –garantizó al primer grupo de grandes–. No tendréis tantos banquetes y os aseguro que cumpliréis vuestros deberes. Eso

digo yo, Ciro el rey.

Mientras luchaban por combatir su asombro e intentaban comprender lo ocurrido, la voz diáfana de una mujer retumbó por encima de los grandes:

–Ciro, hijo mío, has regresado vencedor, como esperaba y por lo que tanto he orado. Eso digo yo, Mandane la reina.

La mujer observaba desde la galería cerrada de las mujeres. Temerosos, muchos medos dirigieron la mirada hacia la imagen de piedra de Ishtar, diosa de Babilonia. La mayoría prestó juramento de inmediato Uno de ellos, Abradat, que había sido heraldo en Pasárgada, se negó y sostuvo que estaba destinado a servir a Astiages mientras viviera.

Ciro lo reconoció.

–Señor Abradat, te aseguré que el propio Astiages no me daría la bienvenida al verme y así ha ocurrido.

Ordenó a los soldados que desnudasen al testarudo medo y lo encerraran en el parque de caza de las bestias salvajes. Abradat no tardó en protestar y pidió que le diesen armas para morir con honor en el salón de los nobles en lugar de ser arrojado a las bestias.

–Cuando hace años me arrojaron a las bestias salvajes, no me pareció muy peligroso –aseguró Ciro y se ocupó de que cumplieran sus órdenes. Íntimamente respetó al heraldo porque había hablado sin miedo. Dijo a los demás medos–: Cuando llegue el momento, valoraré la fidelidad de ese hombre más que la vuestra.

Los grandes tuvieron la sensación de que Ciro el aqueménida poseía la finalidad implacable y el juicio presto de Ciaxares, el fundador de su dominio. De momento se dieron por satisfechos con doblegarse ante él. Debido a la indolencia de los cortesanos, transcurrió la mayor parte de la jornada hasta que los últimos prestaron juramento de fidelidad a Ciro y se sirvieron alimentos. Para entonces las calles bullían con rumores y preguntas. La autoridad parecía emanar del salón de palacio y sólo los asvaran persas respondían a las preguntas mientras patrullaban por las calles.

Después del crepúsculo y, hasta cierto punto, para sorpresa de Ciro, Hárpago entró apresuradamente en el salón en compañía de sus guardaespaldas. El señor de los ejércitos observó a los reunidos en torno a los cuencos de vino y a Ciro, solitario en el trono, con los arqueros a su espalda. Hárpago suspiró de cansancio y extendió sus manos abiertas; se acercó a la plataforma, miró de derecha a izquierda y habló en voz baja:

–Ciro, eres mejor jinete que yo.

Ciro asintió con la cabeza y aguardó.

El armenio rascó su barba enmarañada y acarició la cadena de oro con la cabeza de león que colgaba de su cuello. Parecía viejo y cansado.

–Es verdad que deseaba una cosa por encima de todas las demás: poner de rodillas a Astiages –declaró roncamente–. Lo he visto llorar. En este sentido,

conservo la confianza en ti. Recuerda que en una ocasión te salvé la vida en mi tienda. Piensa ahora de qué manera puedo ayudarte como comandante del ejército de los persas y los medos. No tengo nada más que decir. –Se quitó la cadena con la insignia, la dejó en el suelo, se postró a los pies de Ciro y dijo en voz alta–: Yo, Hárpago, señor de Ani, señor de los ejércitos médicos, pongo mi vida y todas mis posesiones en manos de Ciro, nuestro rey.

Ciro lo ayudó a levantarse y le permitió permanecer de pie detrás del trono; a partir de ese momento mantuvo a Hárpago a su lado, aunque durante tres años no concedió al armenio mando autónomo. A medida que envejecía y como tal vez era indiferente al poder político, el astuto Hárpago acabó por conceder al joven aqueménida la devoción que había sentido por su hijo asesinado. Es posible que a través de Ciro cumpliera vicariamente sus propias ambiciones. Como estratega era extraordinario y Ciro resultó ser igualmente excepcional como gobernante.

La reina Mandane le dio su opinión. Cuando por la mañana despertó en Ecbatana, Ciro se encontró con esclavos inmóviles que aguardaban para echarle agua limpia sobre las manos y la cabeza. Al salir a la terraza para orar ante el sol naciente vio que lo esperaban Mandane, hija de Nabucodonosor, sentada delante de sus criadas, y varios eunucos. Pese a que la reina llevaba corona y medio velo, la luz del sol dejaba ver la pintura que ocultaba las arrugas de su rostro maduro. En este caso Mandane quiso presentarse bajo la forma de mujer de la realeza, en lugar de como la ramera consagrada a la gran diosa. Cuando Ciro terminó de orar, Mandane inclinó la cabeza hacia él.

–Hijo mío, has cambiado. La sabiduría ilumina tu mirada y en ti se nota la fuerza de Marduk, adalid de los dioses. Precisamente por esto temo todavía más por ti. ¡Ay!, has perdido mi regalo mientras combatías el Mal, del mismo modo que Marduk luchó contra la monstruosa Tiamat, que creó la vida con la oscura fuerza del Mal. –Mandane lo observó atentamente y suspiró–. Lo que más temo es que la gran diosa se haya ofendido por algo que has hecho. Tal vez heriste a alguna de las mujeres que aprecia. Tu ofensa no me ha sido revelada. Ciro, hijo mío, una mujer, una mujer que envejece, como yo ahora, no entra en razones sobre la voluntad de los dioses ocultos. Posee una comprensión inaccesible para los hombres o no entiende nada. Ya no puedo ver qué dicen las tablillas de tu destino. Sólo deseo protegerte, como lo hice durante tu osado arrebato en el gran salón y nuevamente ayer, cuando los grandes de la corte no sabían qué hacer contigo.

Ciro pensó que Mandane no estaba muy dolida por haberse convertido en una esposa afligida. Le prometió que conservaría sus cámaras, sus criados y sus tesoros personales y que sería tratada con los honores debidos a su madre adoptiva. Esas palabras parecieron satisfacerla, pero frunció el ceño, volvió a suspirar e irguió orgullosa su esbelto cuerpo.

–Te agradezco semejante decisión. Sin embargo, el recuerdo de Astiages perdura en estas cámaras de piedra como el olor de un jabalí en celo. Así es,

Astiages atiborró su cuerpo hinchado con carnes preparadas con especias y descargó su lujuria en los cuerpos de las esclavas disciplinadas en los placeres lidios. Fue una mota de polvo en mis ojos, una costra dura en mi garganta. Su muerte animaría mi corazón. –Los ojos oscuros de la princesa caldea miraron suplicantes a Ciro por encima del delgado velo–. En Babilonia mi padre, Nabucodonosor, favorecido por Nabu, dios del destino escrito, triunfador incluso sobre Marduk…, en cierta ocasión mi padre fue muy considerado con una novia que era princesa meda, de cuerpo rollizo, pese a que tenía el pelo sedoso y magníficos dientes, como todas las arias. Cuando echó de menos las montañas en las que había nacido, mi padre le construyó un jardín sobre la cumbre del techo más alto, un jardín colgante en Babilonia, desde el cual la princesa podía contemplar la gran ciudad hormigueante como si estuviese en la cima de sus colinas. ¡Ay!, Ciro, ¿acaso soy menos que ella? Es verdad que mi corazón anhela Babilonia. El consuelo del excelso jardín calmaría la pena de la anciana que sigue siendo tu madre y protectora.

Durante la primera sesión de la corte de esa mañana, Ciro ordenó que honrasen a Mandane en sus aposentos y que la mantuviesen dentro de los límites de Ecbatana. Los escribas anotaron sus palabras y los oficiales inclinaron la cabeza para demostrar que aceptaban las órdenes escritas. Semejante ceremonia llamó la atención en el salón del rey medo. Cuando los medos se dirigían a él, se ponían la mano derecha ante los labios como si quisieran protegerlo de los vahos de su aliento…, o tal vez para demostrar que no llevaban armas ocultas. Fue un gesto que exasperó a Ciro, que gustaba de resolver las cuestiones prestamente.

Cuando montó a caballo para inspeccionar la nueva torre de zigurat[1] los trompetistas trotaron a sus espaldas y emitieron un sonido metálico mientras los escribas se recogían las túnicas y apretaban las tablillas en pos de Ciro al tiempo que el gentío se apiñaba junto a las fachadas para mirar con curiosidad al nuevo monarca.

Ciertamente, la nueva torre estaba terminada; su cumbre de oro puro brillaba. Ciro se detuvo para estudiarla y un grupo de cavadores se arrojó al suelo boca abajo, con excepción de un hombre con cicatrices profundas que entrecruzaban los huesos salientes de su cuerpo desnudo. Se apoyó en la pala de pedernal junto a un árbol a medio plantar y miró a Ciro mientras las moscas se apiñaban sobre las llagas de sus hombros, irritados por el yugo. Ciro lo reconoció a pesar de lo desfigurado que estaba.

–Mago, tu profecía se ha cumplido –declaró el aqueménida.

El prisionero sometido a trabajos forzados meneó la cabeza.

–Lo dijo Zaratustra. –Alzó la vista hacia la brillante torre y añadió casi con desdén–: No hacia falta poseer una gran sabiduría para prever que un monarca humano que buscaba tesoros en lugar de su propio destino pronto dejaría de gobernar.

Al oír la voz del cavador, un capataz se acercó con el látigo en alto, pero Ciro lo obligó a retroceder.

–Mago, en cierta ocasión me invitaste a compartir tu comida. Te ordeno que te reúnas conmigo y mis amigos para discutir los misterios que me son desconocidos.

El hombre cubierto de cicatrices acarició la pala y su voz sonó agitada:

–No, Ciro, el reino que busco es muy distinto. Sólo se trata de la vida eterna.

–¿Dónde?

El mago se apartó las moscas de los ojos y respondió:

–No lo sé, a menos que se trate del reino que contempla el sol, hacia el este.

Esas palabras despertaron el recuerdo de la patria aria bajo el sol naciente, recuerdo que siempre acompañaba al aqueménida.

–¿Por qué ruta realizarás el viaje hasta ese reino?

–¿Ruta? –El esclavo lleno de cicatrices abandonó su meditación, rió y alzó la pala de pedernal–. Cógela con tus manos. Desmonta y ocúpate del crecimiento de las plantas de la vida. De lo contrario, quien quiera que busque mi reino no encontrará nada.

A Ciro el rey le molestó que sólo ese hombre le hablase desafiante. Se dijo que, al igual que los sacerdotes del templo, el mago repetía las frases que algún maestro le había enseñado. De todos modos, creyó entender su significado.

–Ponlo en libertad –ordenó Ciro al capataz–. Báñalo, vístelo y llénale de plata las manos. –Frenó el caballo y se dirigió al escriba que tenía dudas–: Mira qué ruta coge y dímelo.

Muy poco después el escriba informó que la orden se había cumplido.

–Gran rey, el mendicante preguntó por el camino de Bactria en el caravasar. Luego pagó dos siclos de plata por un burro de morro blanco y partió por la carretera de Hircania, hacia el este.

Sucedió que años después el propio Ciro viajó hacia el oeste.

No pudo evitarlo. Como los medos eran parientes próximos de los persas, aceptaron sin protestar que el joven Ciro reemplazase al envejecido Astiages siempre que no se modificaran sus costumbres. Ciro se ocupó de respetar este deseo. No obstante, el dominio de los medos se extendía casualmente por montañas y desiertos, sin más centro que Ecbatana. Astiages se había dado por satisfecho con dormitar cómodamente, pero Ciro no estaba tan contento. De momento, no podía convertir a su lejana Pasárgada, asolada por la pobreza, en el centro de su reino. De hecho, la elección de capital perturbó a Ciro y a sus descendientes durante muchos años. Aún poseía el instinto del nómada y resolvió el problema gobernando a caballo.

Ciro ordenó que trasladasen a Mitradat a la ciudad de los medos en una parihuela tirada por caballos y le entregó el gobierno en tanto *khshatra pavan* –o

comandante del rey–, al que los griegos llamaron *sátrapa*. Simultáneamente Ciro envió el tesoro de Ecbatana –los lingotes de plata, los metales preciosos y las joyas– a su ciudad natal para ponerlo bajo custodia. También mantuvo allí Astiages, rodeado de todas las comodidades imaginables en cuanto a alimentos y bebidas. Al parecer, el vino de los forasteros tenía una virtud: embotaba la mente del bebedor.

Ciro se propuso cabalgar por su dominio ampliado para comprobar de qué forma actuaba el gobierno –copia de los distritos asirios– en las tierras más remotas. De esta manera quiso satisfacer su deseo de actuar, pero no llegó muy lejos.

Las noticias sobre su toma del trono se transmitieron velozmente a los reinos de las afueras y llegaron a la corte de los faraones, a orillas del Nilo. Como de costumbre, los rumores viajaron con las noticias y llegó a decirse que Ciro se había presentado como el rayo con un ejército de conquistadores, lo cual no era cierto. Llegaron emisarios de Tiro, hacedor del tinte púrpura, y de Gaza –el tesoro–, hacedor de cristal, para conocer las fuerzas y las intenciones del usurpador del gran trono. Esos embajadores-mercaderes poco averiguaron, salvo que las fuerzas armadas se desplazaban por las montañas.

En los ardientes callejones de Babilonia, junto a las aguas del río, el profeta Jeremías había declarado que el Señor reunía un conjunto de grandes naciones en el país del norte. Les había enviado su mensaje. Disponeos contra Babilonia. *Los que tensáis el arco disparadle y no ahorréis flechas, pues ha pecado contra el Señor. Vengaros de Babilonia; hacedle lo que ella ha hecho.*

Los hebreos apenas llamaron la atención porque estaban acostumbrados a despotricar de esta guisa contra sus amos. El primero en estorbar a Ciro fue Creso de Lidia, el monarca más cultivado y más acaudalado de la época. De todo ello surgieron los inicios de la perturbación que provocó un gran cambio sobre la tierra.

TRES

El tesoro de Creso

La profecía del oráculo de Delfos

En Samos, una isla del Egeo, un ingenioso esclavo llamado Esopo había alcanzado cierta fama como narrador de fábulas. Es probable que no inventara las fábulas de los animales parlantes, pero Esopo las narraba con gracia y en un rincón del mercado el gentío solía reunirse para escucharlo. En el mismo año en que Ciro se convirtió en rey de los medos –el año 550 antes de Cristo, según el calendario cristiano posterior–, el esclavo Esopo murió en extrañas circunstancias.

Al parecer, una de las fábulas de Esopo tuvo importancia política. Se refería al pueblo de las ranas, que se hartaba de tener como rey a un leño estúpido e invitaba a una apuesta cigüeña a convertirse en monarca de las ranas; el rey Cigüeña gobernaba devorando a sus súbditos. Mejor dicho, el relato pareció contener una moraleja política para el enérgico tirano de Samos que había reemplazado al antiguo consejo de los ancianos. Como no estaba dispuesto a ejecutar al narrador popular, el eficaz tirano consintió el oráculo de Apolo, en el valle de Delfos, y acompañó su consulta con un generoso donativo en dinero. Claro que el juicio salió de la boca de la pitia, sentada sobre los vapores del abismo, si bien los sacerdotes perfectamente informados lo escribieron de antemano e instruyeron a la mujer para que repitiese el texto. En este caso, la respuesta del oráculo decía que Esopo debía morir y que sus herederos, si los tenía, habían de ser recompensados con oro rojo. Todo se hizo de acuerdo con las exigencias del oráculo.

Dicen que cuando conoció la sentencia, el esclavo Esopo narró la fábula del viejo perro de caza que, paralizado por la vejez, no pudo perseguir un conejo y atraparlo, razón por la cual su amo lo apaleó implacablemente. La moraleja consistía en que un sabueso fiel era descartado cuando le fallaban las fuerzas. Esta penosa fábula no postergó la ejecución de Esopo. Poco después llegó al santuario de Delfos una consulta mucho más importante, acompañada por un extravagante regalo de lingotes de plata para los sacerdotes. La pregunta, planteada por Creso de Lidia, rezaba así: *¿Qué consecuencias sufriré si guío al ejército a través del río Halys contra los persas?*

No era una consulta tan simple como parecía. El río Halys había constituido la frontera entre Lidia y Media desde que un eclipse de sol paralizó a los ejércitos enfrentados en el campo de batalla y el político Nabucodonosor intervino para concertar una tregua entre los lidios y los medos. En realidad, el vencedor Creso deseaba saber si debían mantener la paz existente o atacar de inmediato a Ciro, que no era más que un advenedizo y un persa casi desconocido. ¿Obtendría beneficios del desorden del gran imperio médico?

La alta estima que Creso tenía por el oráculo no correspondía a la superstición, sino al profundo respeto por la habilidad política de los sacerdotes que estaban al tanto de los acontecimientos. Los acaudalados reyes Midas de las montañas allende Sardes habían establecido la práctica de hacer analizar los problemas por el oráculo; Creso, afortunado hijo de un padre conquistador, poseía actualmente la tierra de los Midas y el Oro del río que lo vio nacer, el Pactolo; empero, el grueso de sus riquezas legendarias correspondía al control lidio de la ruta comercial por la que se trasladaban materias primas del Lejano Oriente a los puertos jónicos del Gran Mar. Desde esos puertos las flotas comerciales fenicia y griega transportaban las mercancías acabadas hacia el oscuro y bárbaro Occidente.

Los lidios que se desplegaban de esa manera habían creado una gran metrópoli en la ciudad interior de Sardes, un emplazamiento muy antiguo a los pies del sagrado monte Tnolos. En Sardes habían cultivado el arte de vivir. En este sentido sólo los egipcios los superaban y el pueblo de los faraones –fueran quienes fuesen los faraones– se aferraba al Nilo dador de vida. Los lidios habían actuado como defensores en la guerra de Troya, que alcanzó fama imperecedera gracias a los cantos de los poetas homéricos. Los lidios también deseaban la fama, pero se consagraron a vivir plácidamente. Acuñaron la primera moneda comercial grabando discos de una aleación de oro y plata; también crearon juegos de dados y de pelota, importaron cocineros extranjeros, fabricaron pequeños vasos para hacer brindis, arpas para sus cantantes y exportaron eunucos a pueblos más salvajes, como los medos. Las mozas de la clase vulgar reunieron la dote matrimonial haciendo de prostitutas. Se dice que cuando los ciudadanos de Sardes erigieron una cúpula sobre cimientos de piedra en memoria de los dioses que habían sido sus antepasados, las prostitutas fueron quienes más contribuyeron a los fondos para el edificio. No eran arios.

Para gobernar las ciudades sometidas, los lidios establecieron el cómodo método de regirlas por medio de un tirano local, el modo en que denominaban a un dictador inteligente. Un hombre de autoridad tan singular de Éfeso o Samos podía satisfacer los deseos de Sardes –en ese momento, los de Creso– siempre y cuando no resultase lesionado ni se impusieran impuestos excesivos a sus súbditos. Y Sardes, representada por Creso, tuvo el buen tino de ser tolerante y perspicaz.

Sucedió entonces que Creso solicitó consejo al oráculo de Delfos. Era un hombre complicado en virtud de su cultura. Había aprendido a usar las riquezas en lugar de desperdiciarlas en adornos o de atesorarlas –pese a lo que de él se decía–, como hacían los monarcas escita o medo. En su comedor los adornos eran fragmentos de mármol o de bronce modelados por los artistas. Sus estatuas poseían una cualidad singular, totalmente novedosa: semejaban seres humanos más que dioses benévolos o monstruos malignos. También estaban dotadas de belleza. Crear algo simplemente bello era algo insólito, salvo en la olvidada Creta de Minos.

Aunque ávido de victorias, el lidio Creso temía las calamidades; presa de sus

propios deseos, todavía soñaba con elevar a sus súbditos; su orgullo anhelaba rodearse de esplendores y el ingenio le advertía que los dioses castigan la grandeza en los seres humanos. Tenía miedo de la diosa Némesis. Tal vez su gran debilidad consistía en que era incapaz de tomar una decisión.

Al analizar la respuesta del oráculo, la encontró críptica: *Si cruzas el río Halys destruirás un gran imperio*. A Creso ni se le pasó por la cabeza la idea de que ese imperio podía ser el propio. Sabía que sólo poseía un reino acaudalado y, en consecuencia, el gran imperio tenía que ser el dominio de los medos. Al menos eso pensó.

Por eso Creso reunió un ejército y lo condujo hacia el este, contra los persas.

La revelación de Gubaru

Un correo dio a Ciro la noticia de la marcha de los lidios cuando el aqueménida se encontraba en los pastizales de los nisayanos y se disponía a viajar hacia el este, rumbo al Desierto de la Sal. En lugar de consultar el oráculo, Ciro cabalgó inmediatamente hacia el sur para recabar el consejo de Gubaru, señor de Susa. Hacía años que no pisaba el cálido sur de Elam y lo encontró fresco y verde de cereales jóvenes. Como en la primera visita, Gubaru salió de la puerta de palacio abierta a su encuentro y en esta ocasión portaba cuencos iguales con tierra y agua como señal de sometimiento pacifico. Al envejecer, Gubaru había ganado en dignidad; esperó respetuosamente en silencio a que el joven vencedor lo saludara y Ciro pensó que el elamita estaba tan viejo como su padre, pero que era más tranquilo.

–¿Qué me ofreces? –preguntó el aqueménida.

Gubaru le replicó con ceremoniosa voz baja: el sometimiento de la tierra de Elam, que había rendido tributo a los medos, se ofrecía ahora a Ciro, rey de los medos y de los persas.

Ciro tocó la tierra y el agua y las dejó a un lado. Dijo para que todos los oyesen que a partir de ese momento Gubaru se convertía en *khshatra payan* de Elam y que nada más cambiaría.

–Señor Gubaru, has alimentado esta tierra, has aumentado los rebaños y los trabajadores cantan en tus campos. Se ha convertido en una tierra feliz…, y espero que siga así. Eso digo yo, Ciro el rey.

Es posible que Gubaru estuviera sorprendido, pero sólo manifestó su alegría, estrechó la mano de Ciro entre las suyas y preguntó qué servicios podía prestar al real invitado pues sabía que el aqueménida no se había desplazado a Susa sólo para admirar su agricultura.

–En cierta ocasión, a la muerte de Nabucodonosor, me dijiste que te consultara –le recordó Ciro–. Fui incapaz de hacerlo. Ahora tengo que decidir cómo comportarme con el gobernante de los lidios, al que no conozco.

Después de enterarse de las noticias del norte, Gubaru no dijo nada hasta agasajar a su real invitado, mientras su hija Amitis le ofrecía exquisiteces como dátiles acaramelados y pasteles de miel. A continuación dijo que los dos apelarían a la sabiduría continua de sus consejeros. Ciro supuso que lo conducirían a la presencia de los ancianos y los portadores de la ley de Elam, pero Gubaru lo llevó a una nueva estancia palaciega, donde varios eruditos estudiaban pieles de cordero escritas y grababan tablillas de arcilla. Cual fragmentos de un tesoro, los escritos

estaban colocados en atriles junto a las paredes y Gubaru explicó que contenían un caudal de sabiduría porque albergaban el registro del pasado.

–Asurbanipal, el último asirio, poseía una biblioteca aún más inmensa. Más le habría valido permanecer entre sus paredes en lugar de subir al carro de la guerra.

Ciro, que no sabía leer, aguardó pacientemente a que el elamita erudito respondiese a sus preguntas pero, como si cumpliese un ritual, Gubaru cogió una lámpara, acarició los pergaminos y las tablillas y explicó sus mensajes.

–Éstos guardan el secreto de la caída de los hititas, grandes en valor, y después de ellos la de los belicosos asirios. Sus fuerzas no pudieron soportar calamidades. Lucharon entre sí, como la Babilonia de los Sargones, y fueron ciegos a males mayores.

Sobre sus tierras, insistió Gubaru, cabalgaron los salvajes cimerios y los gimirrai, que salieron de la lejana oscuridad del norte. Los cimerios saquearon cuanto estaba construido, tanto templos como palacios. Gubaru leyó un pergamino de antigua escritura aramea curva: *Son crueles; montan en caballos dispuestos como hombres para guerrear contra ti, oh, hija de Sión. La angustia se ha apoderado de nosotros, y también el dolor, como el de una parturienta. No avances hacia el campo porque la espada del enemigo y el temor te rodean por doquier.*

Así rezaban los lamentos del hebreo Jeremías. El miedo dejó impotente al pueblo durante una generación y la peste siguió a los jinetes.

–Dos adalides se alzaron contra los jinetes –añadió Gubaru, pensativo. Si, Ciaxares el medo y Aliates, padre de Creso el lidio. Aunque combatieron la calamidad de la invasión, el miedo y la peste persistieron. Los medos lucharon contra los lidios. Nabucodonosor, mi señor, venció a los egipcios. Quiso fortificar Babilonia para protegerla de toda invasión futura. Yo trabajé con sus ingenieros en la construcción de la muralla contra los medos mientras el clarividente Nabucodonosor, que sobreviva en paz su alma perturbada, establecía con Lidia un tratado de amistad. Lo llamaron el caldeo porque compartía la perspicacia de los astrónomos. Dicen que dilapidó las fuerzas de su pueblo en la construcción de las fortificaciones, pero tras ellas Babilonia prosperó durante una generación, hasta ahora, en el comercio y la riqueza.

Gubaru dejó la lámpara y cruzó las manos.

–¡No me has dicho nada! –se quejó Ciro, exasperado.

–Señor Ciro, te lo he dicho todo. Lo que ha ocurrido volverá a suceder a menos que se modifique con un nuevo rumbo que supere al viejo.

Ciro meditó y comprendió que el anciano elamita le había descrito el conflicto de una ciudad contra otra, de Babilonia contra Nínive, de Ecbatana contra Sardes, y la calamidad todavía peor de la invasión de los nómadas del norte, fuesen escitas o cimerios. En ese momento Ciro sólo deseaba replegarse en su propio valle y cuidarlo como Gubaru había atendido la antaño la desolada tierra de Elam.

Cuando se lo explicó, el viejo estadista meneó la cabeza.

–Lo único que no puedes hacer es replegarte. Tengo entendido que tu padre lo intentó con rara habilidad. Sin embargo, el rey de los medos debe proteger a todos sus súbditos, que son muchos. En este momento parece que los lidios asedian a tus capadocios en su remota ciudadela, que por casualidad se encuentra entre las ruinas de los hititas. –Gubaru sonrió al evocar un fugaz recuerdo–. ¿El sucesor de Ciaxares tiene alguna opción que no sea marchar en auxilio de los bárbaros capadocios? Haga lo que haga, ¿podrá evitar el mal de una nueva guerra?

Ese razonamiento implacable agobió al aqueménida, que declaró:

–Puedo convocar a mis asvaran, cabalgar hasta esa frontera, resolver los problemas por mí mismo y hacer luego lo que me parezca mejor.

Las arrugas del rostro inexpresivo del elamita se acentuaron.

–Lo temía. He intentado poner en claro algunas consecuencias. La cuestión que realmente ronda tu mente es ésta: ¿cómo puede ayudarte el indigno Gubaru en tu primera empresa bélica? –Suspiró–. Si no quieres hacer caso de las lecciones del pasado, sígueme y escucha la voz de la experiencia.

Llevó a Ciro y a Hárpago a la presencia de los ancianos de Elam. Después de escuchar a qué se enfrentaba el aqueménida, los ancianos meditaron, sentados como jueces que atienden una súplica. Juntaron sus viejas cabezas y mascullaron antes de transmitir su decisión a Gubaru.

–Estos sabios ven en tu camino una dificultad grande y oculta –anunció Gubaru–. El lidio Creso se ha fortalecido mediante alianzas con el faraón de Sais, que se beneficia de su comercio, con los reyes de Esparta que lo admiran y con Esagila, la ciudadela de Babilonia. Por consiguiente, tendrías que afrontar cuatro enemigos en lugar de uno. Además, las flotas de los espartanos y los carros de los egipcios se encuentran muy lejos y tardarán muchas lunas en llegar a Sardes. Empero, la poderosa Babilonia está cerca. Los ancianos te aconsejan que, sin más dilaciones, ofrezcas a Babilonia un tratado de defensa mutua. Con esa propuesta en la mano, los estadistas caldeos estarán dispuestos a aguardar vigilantes hasta comprobar si Creso puede derrocarte o a la inversa. Pase lo que pase, contarán con un tratado con el vencedor y obtendrá ventajas de la guerra de los otros.

Ciro interrumpió los argumentos sobre los detalles del tratado con Babilonia para decir que no estaba dispuesto a firmarlo. En su opinión, un amigo debía ser tratado como amigo y un enemigo como tal, sin la cobertura del engaño. Los ancianos menearon desaprobadores las cabezas hasta que Hárpago encontró la solución. Dijo que Elam, actualmente tributaria de los medos y los persas, podía ofrecer a Babilonia el tratado de no agresión. De esa forma Ciro no se comprometía y los caldeos supondrían que Gubaru buscaba alguna ventaja para sí y que estaría atento para comprobar si de ese modo obtenían más beneficios que por sí mismos.

Ciro dejó que Hárpago analizara con los ancianos los pormenores del tratado con Babilonia, condujo a Gubaru fuera de palacio y bajaron por el puente hasta el agua que fluía. Necesitaba despejar de su mente el clamor de la controversia.

–Mi padre está en su tumba –dijo–. Gubaru, te adopto como padre. De esta forma el vínculo entre nosotros jamás se romperá.

Gubaru quedó sorprendido y conmovido. Esa noche dio pruebas de que había aceptado el vínculo de sangre.

Esa noche, cuando fue en busca de su aposento, Ciro encontró que el interior estaba iluminado por una lámpara. La hija de Gubaru sostenía la lámpara con las dos manos y le habló:

–Señor aqueménida, estoy convencida de que serás clemente con nosotros. –Miró a Ciro a los ojos y sonrió ligeramente–. Ahora que soy tu hermana, si lo deseas puedes encontrar placer en mí.

De esa forma aquella noche Amitis proporcionó a Ciro consuelo y placer. Con sus actos se convirtió en su segunda esposa, aunque un hijo suyo sería inferior a los que Ciro ya tenía. Estaba claro que Gubaru no lo traicionaría.

Con esa certeza, Ciro emprendió su viaje al encuentro de Creso a principios del mes de nisán (546 a. C.), cuando las caballadas podían alimentarse con hierba nueva. Envió un emisario con una oferta de conciliación: *Que el rey lidio se reconozca como comandante y protector de Ciro, rey de los medos y los persas. Si así lo hace, podrá gobernar sus pueblos y la ciudad de Sardes como ahora; su vida y su familia seguirán como siempre y no cambiarán por su sometimiento a Ciro como jefe supremo.*

A su debido tiempo, Creso envió su respuesta lacónica y desdeñosa: *El rey Creso jamás ha acatado las órdenes de otro. Menos aún hará caso de la orden de los persas, que fueron esclavos de los medos y que serán esclavos de los lidios.*

–Pretende añadir una tablilla escrita a su fama –comentó Hárpago. En seguida añadió–: Es evidente que se ha preparado para la batalla y no veo que tú lo hayas hecho.

–Pues hazlo ahora.

Hárpago envió sucintas convocatorias a las fuerzas armadas desplazadas por la gran carretera del norte. Sus montañeses armenios marcharon para reunirse con ellos en la «puerta de Asia», el desfiladero gris que descendía hasta el río Zab. En ese punto los salvajes kardachi –los kurdos– cabalgaron tras los jefes tribales con penachos de crin sobre sus turbantes con flecos. Ciro los saludó y les preguntó qué les faltaba. Plata, replicaron los impacientes kurdos –a los que Astiages había bautizado las tribus ladronas–, por lo que Ciro dejó en sus manos varios cofres con siclos de plata.

–Tendrían que ganársela –protestó Hárpago.

Ciro pensaba en el desprecio que el mago sentía por el gobernante que prefería acumular tesoros en lugar de seguir su destino.

Los guerreros experimentados lo llamaron soñador y lo observaron impartir justicia con la pesada tiara meda resplandeciente sobre sus ojos grises, su nariz aguileña y su barba corta y rizada.

Aparentaba más edad de la que realmente tenía. Cuando corrió la voz de que el

aqueménida repartía regalos entre todos los que solicitaban una audiencia, los patriarcas de las aldeas se abrieron paso en medio de los guardias para solicitar justicia y ayuda. Ciro los recibió y los cofres de plata del tren de bagaje se aligeraron un poco más. Durante las últimas guardias de la noche, el realista Emba se enfadó e intentó que su amo se fuera a dormir. En cierto momento el hircano escupió un bocado de caña de azúcar, carraspeó y protestó:

–Si eres tan dulce, estos perros te devorarán.

–Y si soy amargo me escupirán.

Pese a que no se lo recordó a su siervo, a Ciro lo consoló la certeza de que los mismos que le habían plantado cara ahora estaban celosamente a su servicio: Tabal el germanio y Hárpago, que había intentado provocar su caída. Hasta Astiages, que había pretendido aniquilarlo, moraba ahora en Pasárgada, en medio de los inofensivos efluvios del vino. De todos modos, Ciro jamás imaginó que el destino lo alejaría de su valle.

Cuando el tesorero le informó que los cofres de plata estaban tan vacíos como los avisperos del año pasado, Ciro asintió con la cabeza.

–Mejor. Ya no tendrás que preocuparte por esta cuestión. Me han dicho que Creso posee una gran cantidad de riquezas.

Los militares empezaron a soñar con liberar al altanero lidio de su gran cantidad de riquezas. Marcharon sobre la llanura de la orilla izquierda del Tigris y mostraron a Ciro las oscuras murallas que se alzaban sobre un montículo cubierto de hierba. Eran los restos de Nínive y junto a la ancha puerta se alzaban dos genios de piedra, hombres toro con coronas de rey y las alas extendidas de los espíritus. En el interior los bloques de asfalto de las calles se veían vacíos, azotados por el viento de las montañas, que levantaba polvaredas a través de las cuales los mendigos y los leprosos huyeron hacia el interior de los edificios derruidos para escapar de los soldados, que no les hicieron el menor caso. Un espectro barbudo, que todavía hablaba caldeo antiguo, condujo a los oficiales por salones con mosaicos vidriados que mostraban escenas de caza. Por fin arribaron a las palmeras secas del jardín de palacio. El guía señaló una imagen grabada en piedra gris en medio del jardín abandonado.

–Era la preferida de Asurbanipal.

Allí estaba sentado, mejor dicho, reclinado, en el retrato en piedra. Asurbanipal se había quitado la tiara y soltado su larga cabellera para estar cómodo; se cubría las rodillas con un mantón y bebía un vaso de vino; una de sus mujeres también bebía mientras esclavos con túnicas espantaban las moscas e interpretaban apacible música de flauta. Ciro notó que el diván del hombre y la silla de la mujer estaban colocados sobre piñas que impedían que los espíritus malignos de la tierra escalaran hasta la pareja real. También notó que la cabeza cortada de un monarca elamita colgaba del revés de una de las palmeras. Por lo tanto, Asurbanipal había ordenado que le hiciesen ese retrato descansando en el banquete posterior al triunfo. ¿Cuánto

tiempo había transcurrido? Hacía menos de tres generaciones había clavado su tablilla de la victoria después de asolar Susa, pero ahora las palmeras de su jardín se habían convertido en tallos secos y la arena se apilaba contra su retrato, sin que nadie se tomase la molestia de quitarla.

¿Qué había dicho el sabio Gubaru acerca de este rey? *Más le habría valido permanecer en la biblioteca en lugar de subir al carro de la guerra.* Gubaru estaba convencido, y lo había recalcado ante Ciro, de que la guerra suponía calamidades aún mayores. Aquel que desenfundaba la espada moriría a manos de una espada invisible. A menos que contase con la ayuda de los dioses más poderosos, ¿qué ser humano podía estar en conflicto y librarse de las calamidades que se desataban? Ciro nunca había pensado tanto en las consecuencias de sus actos.

Miró tanto rato la pétrea imagen de los asirios que los oficiales se preguntaron si había sufrido un encantamiento y el anciano guía dejó de mendigar una moneda.

Los recién incorporados al ejército durante la marcha se sorprendieron al saber que no portaba oro, ni siquiera la imagen protectora de Nabu o de Ishtar, fuera como cautivos o guardianes. Al parecer, Ciro carecía de una imagen semejante. Tampoco hacía caso de los augurios de animales sacrificados ni liberaba pájaros al nacer el día. A lo largo de la escarpadura de las grandes colinas, condujo hacia el oeste veinte mil hombres con sus rebaños, sus carros tirados por bueyes y sus camellos. En la cabecera del Éufrates se internó por las colinas. El ejército puso rumbo norte y escaló hasta los valles sombreados por los pinos. El sagrado monte Ararat se encontraba muy lejos, hacia el este. Esas tierras que habían sido hititas y después asirias quedaron bajo el gobierno de los medos, es decir, del propio Ciro. En esa carretera lo alcanzó Euribato el efesio.

Euribato, que era griego, acarreaba carros ligeros cargados de monedas lidias, que ofreció a Ciro. Contó que Creso le había dado el dinero con el pretexto de enviarlo al oráculo de Delfos pero que, en realidad, pretendía alistar mercenarios griegos en los puertos. Parece que a Euribato le desagradaban los tiranos que gobernaban en nombre de Creso y le complacía el rumor según el cual el poderoso monarca de medos y persas era extraordinariamente clemente. Como prueba de su buena fe, proporcionó a Hárpago detalles sobre las fuerzas armadas acaudilladas por Creso. Tantos soldados griegos de infantería contratados, tantos soberbios jinetes lidios…

A Ciro le resultó extraño que un lidio traicionase a los suyos. El general armenio meneó la cabeza ante el contingente enemigo y sus espías verificaron los datos.

–¿Qué me dices? –inquirió Ciro.

Como de costumbre, Hárpago replicó indirectamente. Durante la marcha se había animado pues no tenía más responsabilidades que transmitir al aqueménida sus propias experiencias. Relató una fábula del esclavo Esopo acerca de un lobo y una cabra que se peleaban. El lobo intentó atrapar a la ágil cabra, que lo eludió en

la ladera de la colina. Guerrearon y ninguno de los dos alcanzó la victoria, hasta el día en que la cabra contempló su imagen en un charco de agua. Se admiró a si misma y dijo: «¡Qué magníficos cuernos luzco en la cabeza y qué patas finas y veloces sustentan mi cuerpo! Ciertamente he utilizado muy poco mis fuerzas». Imbuida de ese nuevo orgullo, la cabra buscó al lobo y lo atacó. Y el lobo la agarró del cogote, la mató y devoró su magnífico cuerpo.

Ciro, que gustaba de los relatos, comentó:

–La moraleja es que yo soy una especie de cabra y admiro mis propias fuerzas. ¿Qué pasará si sigo escapando a mis colinas en lugar de hacer frente al enemigo?

–Que todos viviremos más.

Estaban a punto de entrar en la oscura meseta de Capadocia, donde los aguardaban los lidios.

El casco que cayó en Sardes

Capadocia –a la que los persas llamaron Katpatuka– era el corazón de la extensa península de Anatolia. Su altiplanicie, que rozaba las nubes, creaba una avenida que por el sur conducía a las cabeceras del Tigris y el Éufrates, por el este a las montañas de los armenios y por el norte a los puertos comerciales griegos de la orilla del Mar Euxino. Los primitivos argonautas griegos pusieron a la península el nombre de Anatolia o tierra del este; mucho después, cuando descubrieron el tamaño del continente, la llamaron Asia Menor. Por esa razón Creso hizo una conquista estratégica al tomar la meseta capadocia, pero lo cierto es que no era muy rentable.

Su ejército comprobó que las ciudades fortificadas eran las ciudadelas en ruinas de los hititas, aquellos laboriosos constructores. La capital, si es que se la podía llamar así, era la amurallada Alaja y en la entrada montaban guardia esfinges con cabeza de mujer. Al parecer, la profecía del oráculo de Delfos se había cumplido: Creso conquistó Capadocia después de cruzar el río Halys. Los habitantes huyeron hacia las tierras montaraces de los peñascos y las torres de roca roja. Se ocultaron en cavernas con sus rebaños. Aunque indudablemente vencedora, la soldadesca lidia conquistó un modesto botín formado por cueros, vasijas de los comerciantes griegos y varias muchachas a las que se llevaron. Semejante botín no alentó a los mercenarios civilizados de los prósperos puertos jónicos ni a la animosa caballería lidia, que buscaba un digno enemigo al que arrasar.

El verano siguió su curso y el ejército de Ciro no presento batalla. Grupos de hombres armados acosaron a los forrajeadores lidios o atacaron a flechazos las caravanas procedentes de Sardes. Cuando una columna lidia se desplazó en busca de los persas, los guerreros a lomos de nisayanos hicieron una incursión contra los campamentos de Creso a la hora de comer. Era inútil perseguir a esos jinetes bárbaros; aunque los caballos de guerra lidios, perfectamente entrenados, podía avanzar con la misma rapidez que los nisayanos, los jinetes enemigos lanzaban flechas letales y los lanceros lidios no portaban arcos. Pese a que reclamaron la victoria en todos los combates, medos y persas les impidieron retirar alimentos de los escondites capadocios y se hartaron de comer cebada seca y carne de delfín en escabeche. El oscuro terreno volcánico no permitía cosechar nada. Al parecer, medos y persas no tenían un botín por el que valiese la pena combatir.

Cuando las tormentas otoñales inmovilizaron a los lidios en sus campamentos de ocupación, los generales recordaron a Creso que el invierno pondría fin a la campaña y que los corceles no soportarían esa temporada en la meseta bloqueada

por la nieve. En consecuencia, Creso erigió enguirnaldadas columnas victoriosas en Alaja y su ejército emprendió la larga marcha del retorno a su tierra y a mejores cuarteles, a fin de prepararse para la reanudación de la guerra el verano siguiente.

Cuando el cielo gris descargó los primeros copos de nieve, los comandantes medos recordaron a Ciro la misma y dura realidad. Los lidios habían despojado de provisiones esa meseta infértil que, en el mejor de los casos, también era magra en cosechas. Los labriegos capadocios podían sobrevivir al invierno moliendo bellotas o pescado seco, pero como no tenían nada más que compartir con medos y persas, éstos deberían buscar valles más cálidos.

Ciro escuchó a sus comandantes mientras pasaba revista a las murallas abandonadas de Alaja y a las columnas triunfales de Creso. Los armenios querían pasar el invierno en sus aldeas natales, los medos echaban de menos los cálidos salones de Ecbatana y los asvaran evaluaban cuál era el camino más rápido para regresar a Pasárgada. Después de que todos los portavoces dijeran su palabra, Ciro meditó y tomó una decisión. Por primera vez no hizo caso de sus comandantes veteranos.

–Pasaremos cómodamente el invierno en Sardes –informó.

Sus hombres tomaron conciencia, también por primera vez, de la firmeza de sus propósitos.

Los condujo hacia el oeste por la congelada tierra roja, vadearon el Halys, abandonaron las nieves arremolinadas y descendieron hasta el calor de los olivares, donde se alzaba el sagrado monte Tnolos.

Cuando llegó sano y salvo a sus aposentos que, a través del barranco, daban a la cumbre del Tnolos, Creso pagó y despidió a los mercenarios, que regresaron a sus puertos de la costa jónica. Como se había ahorrado esa paga de invierno, advirtió a sus aliados del otro lado del mar y de Babilonia que esperaba que los ejércitos y las flotas se reuniesen dentro de cinco meses, prestos a invadir la Tierra de los dos ríos, el Tigris y el Éufrates. Después se ocupó de revisar las cuentas y ordenó a sus artistas que hiciesen un escudo de oro sólido como digno regalo para los sacerdotes de Delfos, de los que esperaba otros servicios.

De todas maneras, el astuto lidio guardó para sí otra profecía del afamado oráculo. Mejor dicho, jamás la mencionó ni los cortesanos se refirieron a ella en su presencia. Entre las numerosas preocupaciones de Creso, su mayor inquietud se centraba en su hijo más joven. El muchacho, bello como un efebo griego, era sordomudo de nacimiento. Ninguna intervención de una deidad amable había curado al mudo, pese a que Creso consagró muchas horas a la plegaria y envió regalos al templo de Artemis en Éfeso y al santuario de Apolo, junto al manantial del monte Micala. Se había hecho grandes ilusiones con respecto a la última ofrenda, pues perduraba la leyenda de que junto al manantial Apolo había

engendrado a su hijo Branco. El gran faraón Necao lo había honrado regalando las prendas que llevaba cuando venció al rey judío Josías en Armageddon. Más adelante murieron millares de esclavos judíos durante los trabajos de construcción de un canal para que los barcos de Necao pasaran del Gran Mar al Mar Rojo. Es posible que los despiertos sacerdotes de Delfos se hubiesen enterado de la donación de Creso al oráculo rival de Apolo Branquidae, pues la respuesta a la consulta acerca de su pobre hijo había sido enigmática, si no hostil…, hasta el extremo de que Creso no volvió a mencionarla.

No desees oír la voz de tu hijo, por la que tanto has orado.
Porque ese día todos los males caerán sobre ti.

Esa respuesta perturbó la ordenada mente de Creso y se sumó a la desconcertante sentencia de los filósofos griegos –entre los cuales figuraba Solón–, según la cual no podía esperar alegría en la vida hasta después de la muerte. Había decorado el magnífico entorno a su gusto, adornó la ciudad y no se olvidó de añadir columnas –acanaladas al estilo de Mileto– al sepulcro con cúpula de sus antepasados, en cuya construcción tanto habían colaborado las prostitutas. Ciertamente encontraba suficiente alegría de una manera saludable, con excepción de su amado hijo sordomudo…

Descartó como rumor las primeras noticias que recibió: que medos y persas bajaban por el camino de la montaña. Creso estaba convencido de que ningún ejército seria capaz de atravesar en invierno la cadena montañosa capadocia. Claro que Creso nunca había estado cara a cara con esas huestes esquivas. Pero el siguiente mensaje procedía del vigía apostado en el sagrado Tnolos: los jinetes bárbaros, cual centauros famélicos, estaban en el valle. Estaban en su valle, oscurecido por las olorosas vides.

A medida que la crisis se ahondaba, Creso experimentaba la extraña irrealidad de la situación y la inutilidad de eludirla. Los mercenarios griegos no llegarían a tiempo. Las galeras veloces que había despachado desde Esmirna no estarían de regreso con la suficiente presteza, junto a las flotas de sus aliados espartanos y egipcios. Escuchó las invocaciones de las bacantes en la ladera de Tnolos y los impacientes consejos de sus asesores militares para que aprestase la caballería lidia para la batalla. Los oficiales se alegraron de que, por fin, la horda bárbara se hubiese concentrado en los campos abiertos, a los pies de la ciudad, para enfrentarse con las lanzas de la triunfal caballería lidia…

Las novedades de la batalla que se desencadenó también parecieron irreales. Creso, que esperaba en el santuario de Cibeles, erigido en el jardín de palacio, supo que sus lanceros habían arremetido contra el enemigo con su habitual animosidad, pero los corceles se espantaron y huyeron a causa de la aparición de bestias monstruosas que rugían. Sus valerosos lidios lograron desmontar y mezclarse con las filas de los soldados de infantería, sin abandonar lanzas ni espadas. Pero no

pudieron permanecer de pie a causa de los letales flechazos de medos y persas, que cabalgaron a su alrededor como si reunieran ganado.

(En la avanzada por el valle lidio, Hárpago notó que los caballos autóctonos huían nada más ver y oler a los camellos que portaban su bagaje. Era la primera vez que aparecían en esa costa las bestias de carga de Elam y de los desiertos iranios. Al desplegar sus fuerzas para la batalla, Hárpago se ocupó de situar delante de los jinetes persas una fila de camellos sin carga, acompañados por sus guías. Los corceles nisayanos conocían perfectamente los camellos. La confusión original, provocada por la espantada de los equinos lidios, se convirtió en desorden cuando los lanceros desmontados intentaron mezclarse con los que iban a pie). Los fugitivos de las fuerzas lidias se refugiaron dentro de las murallas de Sardes y cerraron las puertas. Después de un intento infructuoso de tomar a saco las puertas, el ejército de Ciro montó sus tiendas en el amplio campo de batalla, junto al lago, para que los caballos descansaran y forrajearan en esa fértil campiña. A partir de entonces ese llano se conoció como «campo de Ciro».

Mientras Creso vigilaba desde su aguilera, el valle que se extendía a sus pies pareció convertirse en terreno de pastoreo de Ciro. Ni una sola conflagración calcinó los alrededores del jardín, no manó sangre de los umbrales ni los grupos de cautivos fueron atados como esclavos, tal como había sucedido durante la invasión de los cimerios. Los invasores se comportaron como si se hubieran olvidado de la guerra. Celebraron carreras hípicas en el amplio campo que se extendía más allá de sus tiendas; treparon por las laderas escalonadas para ayudar a los campesinos a recoger la cosecha de uvas de finales de otoño. Hicieron caso omiso de las jarras de vino y llenaron sus botijos con el agua límpida del arroyo Pactolo.

El angustiado Creso se enteró de que sus enemigos practicaban un extraño ritual a orillas del arroyo. Después de construir dos altares de piedra exactamente iguales, encendieron sendas hogueras y los sacerdotes con capuchas de fieltro blanco avivaron las llamas con varas de álamo temblón y se taparon la boca mientras hacían ofrendas simbólicas de agua y miel. Un capadocio cautivo en palacio explicó a los lidios que lo hacían en honor de Anahita, la diosa del agua preferida de Ciro.

Creso se sintió obligado a practicar su propio ritual. Sin duda, la gran diosa era omnipotente en manos lidias, a la que veneraban como Artemis, la arquera, la hermana gemela de Apolo, o bajo el nombre de Cibeles, la madre tierra. Su santuario en el palacio de Creso estaba en manos de eunucos y de sacerdotes que llevaban prendas de mujer. En el santuario sus esposas y acompañantes se quitaban el velo para orar y para cotillear sin que él pudiese oírlos. Tal vez esa diosa, protectora de las mujeres, tenía más poder del que Creso le atribuía. Por eso preparó un sacrificio simbólico en el patio descubierto, ante el pórtico del santuario.

Ordenó a los esclavos que construyesen una pira de madera seca entrelazada con broza e hizo correr la voz de que se inmolaría allí en el caso de que sus enemigos entraran en la ciudad. No esperaría, como el anciano Príamo, a que lo descuartizase la espada de un soldado.

Ordenó a los eunucos que, en cuanto vieran la pira encendida, matasen a sus esposas y hetairas.

Aunque recabó ayuda celestial, Creso se tranquilizó apelando a la lógica. Si las flotas espartana y egipcia no llegaban a tiempo para levantar el sitio de Sardes, la muralla de la ciudad podría contener al enemigo; si caía la ciudad exterior, su palacio, elevado sobre el río, podría resultar inexpugnable. Y si no era así, podría huir. La idea de fugarse como un esclavo atormentaba a Creso.

La catástrofe estalló en menos de dos semanas y se debió al silencio de las murallas.

Al anochecer de un día ventoso un centinela de palacio caminó al desgaire por el parapeto exterior. Se detuvo y se asomó, momento en que se le cayó el casco, rebotó por la ladera rocosa y se detuvo varios largos de lanza más abajo. Como los edificios palaciegos coronaban las alturas de Sardes, no habían erigido murallas en el borde del acantilado que descendía hasta el arroyo. Como no quería perder el casco, el centinela lidio dejó las armas y descendió por los peñascos mediante puntos de apoyo en la piedra blanda. Recuperó el casco y escaló la ladera. Un guerrero mardiano que estaba de guardia debajo observó interesado y dedujo que si un hombre podía escalar, otro podía hacer lo mismo El mardiano montañés se convenció de que los peñascos blandos eran escalables si se tallaban algunos escalones. Y allí donde podía ir uno lo podían seguir cien.

El mardiano explicó esa maniobra a su comandante, que lo llevó a la presencia de Hárpago. Éste decidió que merecía la pena intentarlo porque el fracaso sólo supondría la pérdida de una veintena de vidas, mientras que la captura de la cumbre del palacio con el rey lidio en su interior probablemente desembocaría en la rendición de la ciudad. Ciro ofreció recompensas a los primeros en practicar la escalada.

En medio del silencio de la tarde siguiente los combatientes mardianos escalaron la parte posterior de esa atalaya y se pertrecharon en el parapeto, dejando caer cuerdas para que subiesen los demás. Pasó un rato hasta que los centinelas lidios, que apenas hacían caso de los peñascos, se percataron de que en palacio entraban guerreros extraños. El alboroto y el choque de las armas resonaron en los aposentos reales, todavía iluminados por la luz crepuscular. El chisporroteo de las teas recién encendidas, los gritos de las mujeres y la espantada de los esclavos asustados poblaron los pasillos. Cuando Creso y los nobles salieron corriendo al patio, la pira funeraria estalló en llamas, encendida según sus órdenes.

La indecisión lo atenazó; reparó en que los eunucos corrían a las puertas de los aposentos de las mujeres y desenfundaban los cuchillos para cortar los cuellos de

las ocupantes; los guardaespaldas se apiñaron azorados a su alrededor. Fue incapaz de dar una sola orden. Los oficiales gritaron a los hombres armados y volvieron a gritar al ver que se trataba de persas encapuchados. En medio de la confusión sonora chilló una voz estridente. Era su hijo sordomudo que, aferrado a su brazo, emitía palabras sin sentido.

El conflicto que se desencadenó a su alrededor poseía la irrealidad de un sueño. Creso alzó los brazos y permaneció inmóvil. Los eunucos guardianes dejaron las armas. Los guerreros persas repararon en la pira en llamas, la dispersaron con las hachas y arrojaron agua sobre el fuego.

Así cayó la ciudadela de Sardes, sin que se librara una batalla que pueda considerarse como tal. Años después los poetas griegos la adornaron con la leyenda que sostenía que Creso se sacrificó en la pira, si bien algunos añadieron que Apolo se presentó y convocó misericordiosamente la lluvia para salvar la vida del lidio.

Tal como Hárpago había previsto, la mañana siguiente la ciudad baja abrió sus puertas. Un grupo de medos y persas nobles ascendió por los escalones del patio. Hicieron un alto en el pórtico para admirar la panorámica. Creso estaba en el umbral, ataviado con vestimenta de gala; llamó a los vencedores y les pidió que no quemasen el palacio después de saquearlo. Por la fuerza de la costumbre, los intérpretes que estaban a su lado tradujeron su mensaje.

Un militar bronceado por el sol, inquieto y con pantalón y capa de montar, se volvió para mirarlo y preguntó:

–¿Por qué quemaría lo que me pertenece?

Indeciso, Creso los condujo al salón que albergaba los raros cuadros en mármol y las bellas vasijas decoradas. Una vez en la biblioteca señaló las pinturas corintias de nuevo estilo, entre las que no había ni una sola falsa. Una vez en el salón de fiestas, condujo a los vencedores hasta el inmenso cuenco de oro para carne en forma de embarcación nicea, con Neptuno en la popa y ritones de plata dispuestos a su alrededor. Al bajar a la cripta de su tesoro en lingotes, abrió las puertas de latón hábilmente trabajadas para cerrarse a cal y canto cuando se retiraban las tres llaves. Con cierto orgullo, indicó a sus captores que cogieran lo que quisiesen de los brillantes lingotes de oro puro, plata y aleación de oro y plata. Con incierto alivio se figuró que tal vez los bárbaros dejarían las pinturas cuando se llevasen sus metales preciosos.

Medos y persas echaron un vistazo a su alrededor y se rieron de un comentario que hizo alguien. Parecían contentos. Desde detrás de ellos el traidor Euribato –que se había fugado con el dinero que le confiaron– se acercó a Creso y murmuró:

–Ciro el aqueménida pregunta por qué tendría que liberarte del cuidado de una carga tan pesada como ésta.

Después de que Ciro y el estado mayor partiesen para reconocer las calles, Creso cogió de la mano a su hijo y se recostó en el diván. El chiquillo por fin hablaba en ese día de infortunio, tal como había vaticinado la pitia del oráculo.

Creso recordó que debía hacer un regalo extraordinario a ese santuario, pero entonces se dio cuenta de que esa donación era imposible pues ya no poseía ni un miserable talento de plata. Al igual que Príamo, acababa de perder la ciudad que había sido su vida. Por si eso fuera poco, fue incapaz de inmortalizar sus últimos instantes y de alcanzar la fama introduciéndose en la pira funeraria. Meditó y llegó a la conclusión de que los persas se lo habían impedido. Imaginó que construiría un mausoleo extraordinario tallado en la cumbre rocosa del sagrado Tnolos, por encima de los túmulos de sus antepasados. Una idea reconfortante se coló en el letargo de su fatiga. Creso, último rey de Lidia, ya no podía ni necesitaba hacer nada más. No tenía que tomar más decisiones. Ignoraba cuál seria su destino.

Durmió serenamente, tendido en el diván junto a su hijo sordo.

Aunque no le concedió la menor autoridad, Ciro mantuvo al lidio a su lado para interrogarlo. Libre de su melancolía, Creso se convirtió en un compañero ingenioso y con buen oído para tocar el arpa. El aqueménida vencedor mantuvo el gran tesoro en la cripta y nombró al señor Pactio, recaudador de ingresos durante el reinado de Creso, como receptor del dinero que entrara en Sardes, al tiempo que encomendaba al leal Tabal el germanio que comandase la guarnición y vigilara a Pactio.

Creso aprovechó para enviar un emisario sin regalos al oráculo de Delfos y se quejó de que la ambigua profecía lo había llevado a perder su dominio en lugar de conquistar el de los persas. Los sacerdotes de Delfos enviaron una respuesta cáustica: Creso no había tenido la sensatez de preguntarles qué imperio seria destruido. De esta forma Creso se enteró de que un rey cautivo no gozaba de las cortesías que el santuario prodigaba al monarca reinante. Nunca más consultó un oráculo y halló cierto contento al convenirse en cautivo-huésped del imprevisible aqueménida.

Por su parte, Ciro quedó muy desconcertado por la conducta de los griegos en ese sector de la costa de Anatolia.

El encuentro de Ciro con los espartanos

El resplandor del crepúsculo pendía sobre la costa. Cuando el ocaso iluminó los jardines enrejados, la luminosidad de una era pretérita alcanzó las moradas tanto de los eolios como de los jonios. En medio de las sombras del teatro vacío de la ladera, jóvenes y doncellas se cogieron de las manos para bailar al son de una música casi olvidada. Un actor se puso la máscara de sátiro, pese a que ninguno de esos seres sobrevivía en la madura costa de Anatolia. El brillo crepuscular procedía, lo mismo que el ocaso, de la mar y sus islas. En la cretense Cnosos los espectros se cernían sobre las tumbas y los osados jóvenes y doncellas que habían danzado ante los reyes de Minos abandonaron los lisos suelos de yeso, ocupados ahora por piratas organizados. La costa jónica estaba profundamente viva, al tiempo que las riquezas recién descubiertas mantenían su antigua herencia cultural. Los habitantes eran conscientes de dicha herencia y temían perderla. En los pastizales los niños canturreaban: *Cuarenta y cinco artesanos y sesenta aprendices trabajaron tres años para tender un puente sobre el río. ¡Cada día lo levantaban y cada noche se venía abajo!*

En cuanto pudo dejar Sardes, el pastor de Pasárgada se trasladó al puerto de Esmirna, que enlazaba a los lidios con el gran mar occidental. Contempló las aguas sin mares de la bahía, coronadas por un par de cumbres montañosas iguales; lo sorprendieron las circunstancias bajo las cuales se demolieron los edificios blancos, exceptuando los muelles, ocupados por galeras griegas y negras embarcaciones de carga de los fenicios. Los intérpretes explicaron que, una vez conquistada la costa, los monarcas lidios quisieron impedir que la ciudad de Esmirna rivalizase con Sardes, pese a que querían utilizar el puerto. En cuanto a las cimas sagradas, una contenía el santuario de Neptuno, que detentaba el poder sobre las aguas, y la otra estaba al servicio de Némesis, una diosa nacida del mar que se vengaba de los mortales que se enorgullecían de su poder. Los intérpretes ni siquiera mencionaron a Creso.

Si los habitantes grecoparlantes de esas diminutas y bellas ciudades situadas a orillas del mar desconcertaron a Ciro, a su vez ellos quedaron sorprendidos por su insólita aparición. *Kyrios* –así lo llamaron– parecía un caballero con camisa de mangas largas de lana y pantalón de montar propios de un bárbaro; hizo preguntas a los filósofos y los estadistas no pudieron evaluar su poder ni la política que se proponía practicar con ellos. Por decirlo de alguna manera, había surgido de la nada. Los naturales de Anatolia y los griegos inmigrantes no conocían el yugo de los asirios ni de los babilonios. Es verdad que todas las ciudades –a excepción de la altiva Mileto– se habían sometido con más o menos resistencia a los lidios

conquistadores, pero éstos habían sido muy comprensivos y, para beneficio de todos, habían enlazado el comercio marítimo de la costa fértil con el comercio de las caravanas del interior. Y ahora el interior se les había aparecido en la persona de *Kyrios*, con el bagaje acarreado en camellos.

Las ciudades jonias conocieron la exigencia de que se sometiesen a su gobierno. Replicaron que, ante todo, querían garantías de que se mantendrían las condiciones que habían tenido con los reyes lidios. Ciro contó una historia a los emisarios: «Un flautista acudió a la orilla de este mar y tocó música para que los peces salieran a bailar con él. Los peces replicaron que no lo harían a menos que disfrutasen de las mismas condiciones que tenían en el agua. Por eso el flautista dejó a un lado su caramillo y cogió la red. Con ésta sacó a los peces del agua y entonces sí que bailaron animadamente para él». A diferencia del difunto esclavo Esopo, Ciro no explicó la moraleja de la fábula a los jonios que, de todos modos, la comprendieron perfectamente. Contemporizaron pues habían enviado una súplica urgente a los lacedemonios de Esparta para que reuniesen la flota –en tanto aliados de los lidios vencidos– a fin de defender la costa de esos persas extraños.

Los espartanos evaluaron la situación y se negaron a reunir la flota. Delegaron un enviado con un mensaje de advertencia a Ciro, que recibió al espartano Lacines con todos los honores en el salón del palacio lidio, ataviado con la alta tiara y la túnica púrpura trenzada de un rey medo. Lacines transmitió el mensaje al pie de la letra: Que Ciro el aqueménida se ocupase de no hacer daño a las ciudades griegas de la costa de Anatolia porque, de lo contrario, desataría las iras de los espartanos.

Cuando le tradujeron el mensaje, Ciro montó en cólera. Recordó claramente que en las orillas de Cólquida había visto a los mercaderes espartanos regateando oro, así que replicó:

–No tengo motivos para temer a los que sólo se reúnen en el mercado para tratar sobre alimentos y para intentar engañarse mutuamente en sus transacciones dinerarias. Si conservo la salud el tiempo suficiente –aseguró a Lacines–, tal vez los espartanos tengan que quejarse de sus propias desdichas más que del infortunio de los jonios.

Lacines llevó su respuesta a Esparta y relató lo que había visto en la costa de Anatolia. De Esparta no zarpó una sola expedición punitiva.

Ciro jamás olvidó ni perdonó el absurdo reto de los espartanos. Si se hubiese desplazado hacia el oeste, quizás se habría adueñado de su ciudad y escrito nuevas páginas de la historia, pero el mar se le impuso y los asvaran no estaban dispuestos a dejar sus caballos sobre una cubierta de madera para que cabalgasen sobre el extenso mar. En cuanto a los restantes aliados de Creso se refiere, en lo inmediato no le causaron ninguna preocupación. Los caldeos estaban unidos a él por un pacto de no agresión y los confusos egipcios no se mostraron propensos a enviar un ejército para auxiliar a un monarca plenamente derrotado. Los barcos del Nilo siguieron amarrando junto a las embarcaciones griegas y trasladaron cargas de ocre

y alabastro, madera y hierro, vino y frutos secos de esa costa fértil.

De todas maneras, la mente de los griegos sorprendió a Ciro aún más que el mar.

–Aquí parecemos peces fuera del agua –comentó a sus asesores.

Ocurría lo mismo cada vez que los persas –y, si a eso vamos, que los medos– osaban salir de sus montañas natales. En el remoto Mar de Hierba habían encontrado moradores de las llanuras tan extraños como las guerreras. Ciro se había movido con pies de plomo por las tierras bajas de Susa y había confiado en la sabiduría de Gubaru, su padre adoptivo. Por lo demás, el dominio que tenía tras de sí permaneció como había estado bajo el gobierno de los reyes médicos, con las grandes tierras altas que los enlazaban por encima de los llanos: Pasárgada misma, Media propiamente dicha, Armenia y Capadocia. Todas estaban separadas y por encima de los centros de la civilización antigua. Ciro había dejado cada una al cuidado de un persa de confianza, con el cargo de *khshatra payan* o *sátrapa*, como lo pronunciaban los griegos. Aquel invierno mantuvo en su poder la nueva satrapía de Saparda y utilizó a Creso como mentor. El agradable valle que se extendía a los pies de la cumbre del palacio produjo deliciosos alimentos, queso en lugar de leche, aceite de oliva y no de sésamo, faisanes en vez de gallinas iranias. Creso se enorgullecía de los cocineros que preparaban platos picantes sazonados con salsas dulces y que, más que con agua, se regaban con vino. Desde el valle de Sardes no se divisaba el mar y los lidios eran eolios, gente del este que tocaba música con arpas y desdeñaba las flautas y caramillos de los griegos bárbaros que se habían entrometido en la costa jonia, a la que Ciro denominó *Yavana*.

Creso le refirió la tradición eolia, que hasta cierto punto se parecía a la aqueménida, pues en los albores los jefes héroes habían sido arios; habló de los reyes Midas, de los frigios «mita» que despojaron a los hititas «de la tierra de Hatti», y del rey Príamo, que durante mucho tiempo defendió las murallas de los bárbaros merodeadores marinos de Agamenón, el rey occidental. Creso dijo que había durado diez años y a Ciro le costó creerlo.

–Una vez que capturaron Troya, ¿qué hicieron con ella los merodeadores marinos?

Creso tenía entendido que habían sacrificado varias troyanas a sus dioses y zarpado victoriosos con un rico botín. Troya ya no era más que una ruina pintoresca y tenía un puesto de aduanas en el agua. Explicó que en el puesto de aduanas se cobraba el peaje de los barcos mercantes que pasaban.

–Un lugar abandonado se convierte en un desierto –comentó Ciro–, pues nadie cultiva la tierra.

Durante sus viajes había visto muchas ruinas; daba la impresión de que los moradores de las tierras bajas construían permanentemente grandes baluartes y los atiborraban de tesoros, después de lo cual las ciudadelas eran asaltadas precisamente por sus riquezas.

–Es el Destino.

–¿Y qué es el Destino?

Creso suspiró y afirmó que era un misterio que no se revelaba a los mortales, si bien los filósofos helénicos –griegos– creían que varias diosas invisibles hilaban, enrollaban y cortaban los hilos de la vida humana. A Ciro le pareció pueril pensar que deidades ocultas y con formas de hombres y mujeres manipulaban las vidas humanas cual hilos de un telar. Después de interrogar a Creso y a los lidios, Ciro previó que no tendría muchas dificultades para hacerse cargo de los eolios, amantes de los lujos, y mentalmente individualizó su sector costero como una satrapía que debería gobernar un funcionario comprensivo. Eolia incluía la isla de Lesbos, próximo a la costa, donde hasta las mujeres escribían poesía; al menos había una, Safo, que respondía en verso a las insinuaciones de los hombres y desafiaba al destino asociándose con otras lesbianas.

El aqueménida había aprendido a no alterar las costumbres de cada sitio. Las tribus de Ansan habían administrado sus asuntos y sus juicios. El pastor había aceptado sus presentes y los había guiado masivamente en tiempos de peligro; las leyes que intentó poner en práctica eran las de los persas. En esa orilla fértil y pródiga no parecía existir la menor amenaza de peligro. Los cimerios –según los griegos, seres infernales– se habían perdido en el horizonte hacia tres generaciones. Por lo tanto, para la mentalidad rigurosa de Ciro, el gobierno de la costa no planteaba ningún problema salvo lograr que sus habitantes obrasen de común acuerdo para su propia protección y bienestar.

Sólo les pidió una cosa: sometimiento incondicional a su autoridad exclusiva. Lo necesitaba para contener tantas ciudades y tierras bajo las riendas de un único poder.

Cuando analizó a los yavanos de la costa meridional, Creso osó disentir.

–Los griegos sólo se pondrán de acuerdo en una cuestión: en que nunca estarán de acuerdo –opinó.

–Deberían reunirse en un consejo tribal.

Creso sostuvo que los jonios sólo se reunían en Sardes, donde sus artistas estaban mejor pagados. Él mismo había pagado el peso en oro de un cuadro en madera. Celebraban una fiesta religiosa al pie del monte Micala. Ya no formaban tribus; cada uno moraba en su *polis* –ciudad comunal– y ocasionalmente guerreaba con otra *polis*, al tiempo que mantenían las rivalidades con las demás. Esa rivalidad también incluía su comercio por las rutas marítimas. Creso insistió en que había tratado magnánimamente a los jonios y que construyó en Éfeso un templo porticado para Artemis la de muchos pechos, incluso cuando no tuvo más remedio que asediar Focea. Además, nuevas oleadas de inmigrantes griegos buscaban la costa desde su madre patria, desde Corinto y desde la Atenas de la diosa Atenea. Sí, el tirano Pisístrato, de la *polis* ateniense, se desembarazó de sus adversarios políticos enviándolos por barco a Jonia, barcos que regresaron con asfalto, yeso y

troncos de cedro para construir un nuevo pórtico en la escalinata irregular de su acrópolis.

Ciro llegó a la conclusión de que los griegos eran decididos e imaginativos. Sobresalían como picapedreros y pintores; aunque capaces de transmitir belleza a objetos pequeños, ¿cuál era el propósito de sus construcciones y, en conjunto, qué pretendían crear?

Para averiguarlo mandó llamar a Sardes a los tiranos y filósofos jonios. Pero los convocó por separado desde Esmirna, Focea, Teos, Éfeso, Mileto y la isla de Samos, que había sido hogar del esclavo Esopo.

Los sabios de Mileto

Cuando se encontraron cara a cara, persas y jonios tomaron conciencia de sus semejanzas.

Por decirlo de alguna manera, vieron los rostros de primos lejanos y oyeron palabras familiares. Sin embargo, ese parentesco de sangre de su remota ascendencia aria prácticamente se perdía en virtud de las enormes diferencias en los estilos de vida. La migración de los iranios había tenido lugar por el extenso interior y se desplazaron con sus rebaños; la migración condujo a los dorios a orillas del mar y se asentaron en los pequeños puertos que se convirtieron en prósperas ciudades. Habituados a las emergencias, los persas eran más polifacéticos y dinámicos; los griegos estaban más disciplinados y eran más codiciosos. En lo que a guerreros se refiere, los espadachines griegos de a pie, cubiertos de metal y con escudos, diferían enormemente de los arqueros persas montados.

Desde el primer momento Ciro desconfió de esos negociantes que revoloteaban sobre el mar y vendían frágiles mercancías. Hasta la aristocracia, como denominaban a las familias nobles, parecía estar formada por mercaderes, mientras que sus trabajadores eran esclavos. Los foceos y los ciudadanos de Teos se jactaban de sus puertos comerciales. En Pasárgada el comercio quedaba en manos de los caravaneros que desde el lejano Indo llegaban a Susa y a Babilonia. Euribato, el primer griego que conoció, le pareció un astuto traidor. No obstante, Euribato podía haber traicionado Sardes con tal de servir a Éfeso, su ciudad. Insistió a Ciro para que honrase como aliados a los efesios al tiempo que trataba como súbditas a las demás ciudades.

Pactio, el recaudador de ingresos, también alababa a Éfeso como santuario de Artemis, la de muchos pechos.

–Si esa es tu gran diosa, ¿por qué allí es distinta a la de aquí, donde la llaman madre tierra? –preguntó Ciro.

En ocasiones los perspicaces griegos tenían dificultades para responder a las preguntas del aqueménida. Daba la impresión de que esperaba una explicación sencilla de cuestiones complejas. Había caído en el error de pensar de que los dioses que existían eran los mismos en todos los rincones de la tierra. Pactio se limitó a señalar que el misterio de Artemis de los efesios sólo era compartido por mujeres, que en la celebración anual dejaban a sus maridos y veneraban a su diosa ofreciendo ritualmente sus cuerpos a desconocidos y contribuyendo con los regalos de los hombres al mantenimiento del santuario, que había crecido desmesuradamente en riquezas y honores.

–En ese caso, ¿parte de las monedas que todos los años recibes de Éfeso provienen de las manos de esas yavanas?

–Así es, como gusta de decir el gran monarca. De ellas y de los impuestos portuarios.

Cuando salió de Sardes para visitar una ciudad jónica, Ciro pasó por Éfeso, Focea y Teos. Cabalgó hacia el sur junto al serpenteante río Meandro y lo siguió hasta la costa, hasta Mileto, el último y más famoso de los puertos. Se bajó del caballo en un valle luminoso, entre las colinas terraplenadas como jardines. Los ciudadanos de Mileto no tenían un tirano que administrase sus asuntos y acudiese a recibir al visitante real. Los dirigentes que ofrecieron regalos simbólicos a Ciro se llamaban a sí mismos filósofos y científicos. Lo reconocieron como monarca sin discutir –algo que no habían hecho con Creso– y se limitaron a preguntarle qué esperaba de ellos. Añadieron que estaban demasiado ocupados para dedicarse a la política.

Ciro nunca entendió a qué se referían los griegos cuando hablaban de política. Parecía un ingrediente que fomentaba todas sus actividades. Un tirano seguía esta o aquella política y obligaba al pueblo a hacer lo mismo. Por lo demás, no se regían por ningún código legal o autoridad que Ciro pudiese distinguir. Se dio cuenta de que los de Mileto dejaron en sus manos tanto la política como las políticas, algo muy razonable dado que era su monarca.

En lo que a tradiciones respecta, los milesios tenían poco más que lo que llamaban su independencia. Sus antepasados habían emigrado en barco desde Creta, una isla del oeste. Afirmaron que miraban hacia adelante, hacia los logros, más que hacia atrás, hacia los recuerdos. Sin embargo, Ciro vio en sus calles los carros de cuatro ruedas y los arneses de Susa; apuntaban sus palabras en las conocidas pieles de cordero de los miembros de las tribus que hablaban arameo, y cortaban maderos con las hachas de dos filos de Sardes. Habían obtenido esas herramientas de los pueblos orientales. También poseían los relojes de sol de Egipto: esferas que marcaban la hora mediante la sombra de un gnomon, una manecilla que apuntaba hacia el norte. Y habían dibujado un mapa de todo el mundo que conocían.

Sus hombres de sapiencia o *científicos* poseían delicados instrumentos adosados a grandes aros para seguir los movimientos de los planetas en el cielo, al margen de los de los astros. Los científicos llevaron a Ciro al sepulcro de mármol de Tales, uno de los suyos, que había sido mercader de sal y viajado con Creso. Dicho sea de paso, Tales había calculado y vaticinado el eclipse de sol que cuarenta años antes dejó pasmados a los ejércitos lidio y medo. Tales utilizó las tablas de los astrónomos caldeos, que determinaban el amplio ciclo de eclipses solares a lo largo de 26 000 años.

Ciro se interesó vivamente por la teoría milesia sobre la Tierra como cuerpo único rodeado de fuegos imperecederos a través de los cuales por momentos se

percibía el universo exterior. Sostenían que en ese inmenso espacio exterior giraban otros cuerpos invisibles cuyas órbitas el tiempo no mutaba. Estaban convencidos de que la vida se originaba en el agua y de que la vida –al menos en esta tierra– se desarrollaba hacia algo superior a través de los evos. ¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que los peces se convirtieron en seres humanos que caminaron sobre la superficie de la tierra?

–Anaximandro dijo que si en los orígenes hubiese sido tal como es ahora, el hombre no habría sobrevivido.

Esos comentarios despertaron en Ciro el recuerdo de la majestuosidad del sol –que reinaba supremo sobre los dioses–, de la naturaleza celestial del fuego y de los atributos dadores de vida del agua. Por añadidura, como los milesios trabajaban con instrumentos prácticos, el aqueménida podía seguir mentalmente los cálculos, tarea nada fácil si no apuntaba los números.

Le gustó sobremanera la idea de que los seres humanos podían superarse en lugar de ser moldeados por un Destino invisible. Reparó en que los milesios regaban los jardines y transportaban por tuberías el agua de los manantiales de montaña, mecanismo que los persas desconocían. En lugar de cobrarles tributos, les entregó un cofre con monedas de Pactio para que comprasen más instrumentos y –con la esperanza de que le devolviesen la cortesía– pidió que un científico milesio lo acompañara a Pasárgada. Los ancianos de Mileto se miraron y se quejaron amablemente de que Tales y Anaximandro acababan de morir y de que el último discípulo prometedor era un joven de sueños descabellados, Pitágoras, que se había exiliado por elección personal en la isla de Samos. Como Ciro supuso, la verdad era que ningún milesio estaba dispuesto a dejar su ciudad y el venerado santuario de Apolo Branquidae, costa abajo.

Al dejar Mileto, Ciro se dio cuenta de que podría comprar algunos griegos, pero no a todos. Se podía confiar en que los oráculos de Apolo diesen una respuesta favorable a quien ofrecía los regalos más valiosos. Hizo caso de la sugerencia de Creso y envió ingentes cantidades de lingotes a Delfos y al santuario de Mileto. Por lo menos esta ciudad había reconocido su autoridad. Evidentemente, los demás jonios querían ver qué acciones emprendía Ciro.

Actuó con esas convicciones en mente. Antes de que asomara la hierba, dejó Sardes con el grueso del ejército y la totalidad del tren de bagaje, incluidos los camellos cargados con tuberías milesias. Hizo correr la voz de que se dirigía a Ecbatana y más al este y sólo llevó como rehenes a Creso y al hijo sordo. El ejército de medos y persas subió por las tierras altas hasta la ciudadela de los reyes Midas, donde Ciro decretó un alto para acampar y para aguardar, según explicó, mejores pastos en las tierras de arriba. En realidad, quería averiguar cómo actuaban los jonios en su ausencia.

Durante la luna siguiente llegó un correo de Sardes que le comunicó que Pactio había abandonado la ciudad con todo el dinero que tenía en su poder y que ahora

alistaba mercenarios griegos en los puertos jónicos. El ejército rebelde había entrado en Sardes y asediaba al comandante Tabal en la ciudadela que protegía el tesoro.

Hárpago, sátrapa de Jonia

Ciro buscó inmediatamente a Creso y lo encontró jugando a la taba, con una mano sobre otra y bebiendo vino.

–¿De qué te sirven los esclavos? –preguntó Ciro.

El lidio dejó a un lado los huesos y explicó que los esclavos servían a los ricos como mano de obra en las minas y en los campos o, simplemente, en casa. Aunque ahorrara dinero y se comprase la participación en una mina o una hectárea de un campo, el esclavo seguía perteneciendo a la clase de los esclavos.

–¿Algo me impide vender a tus lidios como esclavos o trasladarlos a Ecbatana para que realicen un trabajo útil? –dijo Ciro. A renglón seguido contó a Creso la rebelión del ejército mercenario y el asedio de Sardes–. Además, ¿de qué me sirve retenerte a ti, padre de los lidios, si tus hijos se vuelven contra mí?

Creso percibió la cólera del aqueménida, retrocedió y por primera vez temió por su vida.

–¡Mi señor rey, castiga a Pactio! No… –Se armó de valor y cambió lo que estaba a punto de decir–. ¡No devastes una ciudad noble por los delitos de un solo hombre!

Ciro replicó que fueron los griegos los que asolaron Sardes.

Creso tenía una mente muy activa y ganó confianza porque el franco Ciro se mostraba dispuesto a interrogarlo.

–Si los lidios son realmente mis hijos, puedes estar seguro de que no volverán a armarse contra ti.

–¿Cómo haré para estar seguro?

–Tal vez porque son los peores enemigos de sí mismos. Estoy convencido de que nunca pretendieron convertirse en tus enemigos. Ya has comprobado que están cargados de deseos reprimidos. Concédeles lo que tanto desean y despójalos de los medios por los que se hacen daño. Quítales las armas, permíteles llevar sólo túnicas bajo las capas, deja que cojan las arpas para consolarse y que sólo se ocupen de sus hogares, sus cacharros y sus negocios. Así se volverán tan inofensivos como las mujeres.

Creso rió ligeramente para recalcar su broma, al tiempo que su mirada sutil suplicaba al conquistador aqueménida. Sin decir palabra, Ciro salió y convocó un consejo de comandantes, así como a los jefes de las tribus y a los portadores de la ley. Todos acudieron de inmediato pues el impaciente pastor tenía la costumbre de nombrar un nuevo oficial para ocupar el puesto del que se ausentaba. La mayoría aconsejó al monarca que regresase con el ejército y reprimiese la rebelión a lo largo

de la costa, pero un tal Mazeres, un medo entrado en años, disintió. Tenía mucha experiencia al servicio de Astiages.

–La rebelión es un fastidio, pero no supone la guerra –dijo Mazeres–. En esos casos los ciudadanos se reúnen como animales. Si matas a muchos, lograrás que los supervivientes emprendan la huida, lo que puede o no poner fin a la rebelión. Ahora bien, el rebaño sólo sigue a sus jefes y si se los quitan los demás retornan a sus actividades habituales porque ya no están en peligro. Sugiero que envíes un pequeño contingente para relevar Sardes, que es la ciudadela que no podemos perder, y que te sumes a la guarnición del señor Tabal para perseguir a los cabecillas del alzamiento.

Ciro dio a conocer su opinión:

–No me apetece librar una guerra en esta costa, guerra que podría desencadenar males mayores que la rebelión.

Envió a Mazeres por la carretera del oeste, con una columna de veloces lanceros medos que portaban arcos largos. Dio al oficial veterano órdenes tajantes para que capturase a Pactio –que había traicionado su confianza–, esclavizara a la soldadesca que se había alzado en armas y aguardase los resultados en Sardes.

Ciro recibió noticias de Mazeres antes de llegar a Ecbatana. Al ver la llegada del destacamento medo, Pactio el lidio había huido costa abajo; los sitiadores se dispersaron y muy pocos fueron capturados. A continuación Mazeres y Tabal volvieron a guarnecer la muralla de Sardes y enviaron un pequeño grupo de caballería en pos de Pactio. Mazeres confiscó todas las armas de la satrapía de Saparda y lanzó una proclama según la cual los cabezas de familia que tocaran el arpa, se dedicaran a los juegos y atendiesen negocios o cocinas no serían molestados. Mazeres concluyó su informe –correctamente redactado por un escriba lidio– con el anuncio de que a toda hora en las calles de Sardes se escuchaban los rasgueos de las arpas. Ciro llegó a la conclusión de que el anciano general sólo había pensado en cumplir sus órdenes, sin tener en cuenta las consecuencias.

A lo largo de los meses siguientes los informes de Mazeres acompañaron el viaje del aqueménida. Cada uno hacia alusión a algún acontecimiento…

Pactio, el fugitivo lidio, se refugió en la costera Cume, una ciudad eolia.

Los ciudadanos de Cume consultaron al santuario de Apolo, situado 135 estadios al sur de Mileto, acerca de lo que debían hacer con el lidio Pactio. Este oráculo de Apolo Branquidae replicó que lo entregaran a los persas. Inmediatamente Aristodico –un joven noble de Cume– se trasladó al oráculo. Caminó en torno al santuario y quitó los nidos de golondrinas. Del interior escapó una voz que le advirtió:

–¡Hombre impío, deja en paz a mis suplicantes, que son esas aves!

Aristodico replicó de la siguiente manera:

–¿Y eres tú quien ordena que los habitantes de Cume entreguen a su suplicante?

–Si –replicó la voz.

Los ciudadanos de Cume enviaron secretamente a Pactio en barco hasta la isla de Lesbos. Mazeres, que no pudo llegar a Lesbos pues carecía de embarcación, exigió a los lesbianos que entregasen al lidio Pactio y, a cambio, les ofreció plata.

Al enterarse de las negociaciones, los de Cume intervinieron y enviaron un segundo barco para trasladar a Pactio, que se refugió en la isla de Quíos.

Mazeres ofreció a los habitantes de Quíos un trozo de tierra en el continente, llamado Atarneo, para que lo cultivasen. Pactio se dirigió al santuario del templo de la diosa protectora de Quíos (Mazeres no sabía su nombre exacto). Los ciudadanos de Koz sacaron del templo al fugitivo Pactio y lo entregaron a las patrullas montadas persas a cambio de un trozo de terreno en la orilla llamado Atarneo, que aceptaron en nombre de su diosa. Las patrullas trasladaron a Pactio a Sardes, donde fue minuciosamente vigilado.

(Mentalmente Ciro tomó nota de que los griegos de Quíos vendieron al hombre que se había refugiado en uno de sus santuarios).

Mazeres concluyó el relato con el comentario de que había buscado a los griegos que se levantaron en armas contra Sardes, de que asoló las tierras de sus aldeas y de que envió a los hombres, acompañados de una nutrida custodia, a Ecbatana.

Fue el último informe de Mazeres porque el medo veterano murió a causa de una enfermedad.

Para entonces Ciro se había adentrado en el este profundo. Después de analizar los informes del difunto Mazeres mandó llamar a Hárpago y se los transmitió. Mazeres había sido un buen militar pero un mal gobernante y supuso que el armenio, que ya se había acostumbrado a sus maneras, tendría una buena actuación en Sardes.

–Soy incapaz de comprender a estos griegos y de satisfacerlos. Su costa de Yavana posee el terreno más luminoso y rico que he visto en mi vida. No necesitan más que la paz para prosperar, dedicarse a sus juegos, a la música y a inventar máquinas útiles. Parece que es lo que hacen los milesios, pero los demás, no. –Hizo un esfuerzo por recordar algo y añadió–: En Mileto me contaron que el mercader fenicio Tales les aconsejó que se unieran bajo un único gobierno en Teos, la ciudad principal, y que desarrollaran leyes a compartir. ¿Acaso no fue un consejo sensato? Los yavanos no quisieron saber nada. Mazeres se equivocó al compararlos con un rebaño, pues cada ciudad debe seguir su camino y cada habitante urbano debe seguir su propio sino rumbo a algún tipo de Destino que al parecer no comprenden. Pretendo ponerlos a todos bajo una única autoridad, como propuso Tales, convertir Sardes en la ciudad dominante y nombrarte a ti, Hárpago, guardián de su territorio.

Así fue como el anciano Hárpago regresó a Lidia convertido en sátrapa. Como

confiaba ciegamente en él, Ciro no dio órdenes concretas al armenio y se limitó a pedirle que hiciera lo que pudiese.

En poco más de un año Hárpago sometió la costa jónica más por astucia que por la fuerza. No utilizó los oráculos ni a los traidores. Convocó a una ciudad tras otra para que se sometiesen al gobierno de Ciro, el gran rey. En Teos, la de las flotas de largo recorrido, los habitantes embarcaron en masa con sus tesoros para fundar una nueva ciudad allende los mares. En Focea, Hárpago sólo pidió a los habitantes que derribaran un sector de la muralla y consagrasen una casa al servicio de los persas. Los foceos pidieron tiempo para evaluar la respuesta y, al amparo de la tregua, embarcaron con sus familias y pertenencias; sólo navegaron la corta distancia que los separaba de la isla de Quíos, cuyos habitantes se negaron a venderles tierras, temerosos de que construyeran factorías que pudiesen hacerles la competencia. Los foceos se dividieron y la mitad emprendió el regreso a su ciudad abandonada para enfrentarse al puesto avanzado que Hárpago había destacado. Los demás hicieron la larga travesía hacia el oeste, hasta Córcega y el río Ródano, donde establecieron lejanas factorías.

Al parecer, Bias, un jonio solitario, habló con los demás dirigentes durante la fiesta religiosa que se celebró a los pies del monte Micala –durante la crisis los jonios no dejaron de celebrar fiestas y juegos– y los apremió para que uniesen los ejércitos en la defensa mutua de la costa. No se pusieron de acuerdo. Cada jefe se aprestó a resistir el sitio a su comunidad. Hárpago no organizó operaciones de asedio. Construyó rampas de tierra sustentadas por maderos, al estilo de los desaparecidos asirios, que llegaban a la cumbre de las murallas. Los ciudadanos se vieron obligados a rendirse cuando los hombres armados del armenio escalaron las rampas hasta las murallas.

Hárpago sólo encontró una resistencia desaforada en el lejano sur, entre los licios, los nativos de Anatolia. Para entonces tenía bajo sus órdenes a mercenarios jonios que estaban al servicio de los medos. A Ciro no le sorprendió que unos griegos se enfrentaran con otros a cambio de una paga. Confió a Mithrobat, un sátrapa benévolo, la costa norteña del Helesponto que incluía las ruinas de Troya y las tierras de cultivo frigias. Toda Anatolia quedó unida por primera vez y la palabra de Ciro se convirtió en ley.

Al principio la situación no fue muy clara para los eolios ni para los jonios. Aceptaron a Ciro el aqueménida como sucesor del lidio Creso, tal vez más dinámico y, ciertamente, más distante. A su manera, Hárpago consolidó la elevada península: después de comprar la buena voluntad de los oráculos de Delfos y Micala, jubiló a los tiranos locales con parte del tesoro de Creso. Los tiranos fueron útiles en dos sentidos: en tanto individuos, siempre podía pedirles cuentas y, como gobernadores de ciudades-estado distintas, se los podía convencer de que planificasen el bienestar del conjunto de sus moradores. El tirano debía satisfacer o, cuando menos, pacificar al *demos* –o asamblea del pueblo–, cosa que a la clase

formada por mercaderes nobles ni se le ocurría practicar. En la isla de Quíos se redactó para todos los habitantes un boceto de constitución.

Como los persas no habían traspasado las aguas de la marea –llamaban «el país a orillas del mar» a las tierras costeras, por contraposición con «los del otro lado del mar»–, las islas griegas no sufrieron cambios, si bien su comercio aumentó gracias a las nuevas actividades en la costa. Desde la llanura roja del norte de Siria y Palestina aparecieron caravanas conducidas por arameos. La tierra de Midas envió sus minerales a la costa occidental, junto con los caballos y el ganado de Capadocia. Como los aqueménidas se vieron constantemente acosados por las lenguas dignas de Babel de sus nuevos súbditos, Ciro convirtió el arameo en lenguaje común del comercio y el gobierno. Era más fácil de escribir que el elamita o el caldeo antiguo –con sus sellos en forma de cuña– y los fenicios y los hebreos –esos comerciantes que cubrían grandes distancias– lo leían sin dificultades. El idioma persa no tenía forma escrita, salvo las marcas con cuñas tomadas prestadas de otra lengua, y la escritura aramea se adaptaba mejor, así como los dialectos de Anatolia. Esta decisión tuvo consecuencias muy importantes porque empezó a desaparecer la antigua escritura cuneiforme de Asiria y Babilonia y prevalecieron los alfabetos de hebreos y arameos.

De esta manera, los griegos de la costa apenas repararon en el gobierno que el pastor estableció sobre ellos. Esperaban que Ciro volviese a visitarlos, pero no lo hizo. Se había limitado a cabalgar por los nuevos territorios del lejano oeste, desde el norte de Siria y Capadocia hasta el mar, en Mileto. En ese momento se internó cinco años en las extensísimas regiones del este.

La llegada del gran cambio

Mientras que los griegos asiáticos no percibieron que se estuviese tramando nada nuevo, los europeos percibieron una modificación en el horizonte del este. Las galeras fenicias negras que echaron anclas en la playa de Falero transmitieron noticias además de telas teñidas y tallas de marfil. Dijeron que los tronos se desmoronaban y que los antiguos dioses descendían de sus aguileras celestiales a sus santuarios en las cumbres montañosas.

Pisístrato, tirano de Atenas y, por ende, encargado de la limpieza y embellecimiento de su ciudad, recordó que Solón había vaticinado que la ilustración aparecería en el este. Los comerciantes fenicios le mostraron ejemplares de mosaicos esmaltados con brillantes colores que se introducían mediante un calor intenso. Cuando montaron los nuevos mosaicos, adquirió forma la figura de un arquero coronado y en marcha. Fue extraño contemplar una vulgar figura humana que parecía formar parte de un dibujo más complejo.

Antenor, el caprichoso escultor, se quejó de tener que copiar figuras de dioses pasados de moda. Dirigió una despectiva mirada a la estatua dorada y de color carne de Atenea, la diosa guardiana.

–Sesenta y seis codos de estupidez chapada a la antigua, con lanza de plata y ojos de amatista –comentó–. La única estatua de la ciudad que representa a una mujer es una guerrera enjoyada.

Le explicaron que la giganta de la Acrópolis cumplía la función de baliza para los marineros que se encontraban en el mar y el escultor replicó que un faro sería más útil. Antenor esculpió en secreto otra mujer de mármol –lo cual estaba prohibido por ley– y bajo los pliegues de la vestimenta se reveló la figura humana; el rostro carecía de la mirada fija de una diosa y parecía una prostituta.

Las embarcaciones procedentes del Helesponto y del lejano Mar Euxino transportaban los habituales esclavos bárbaros, cereales, atunes y también muestras de delicados trabajos en bronce y en plata. Se fabricaban para los escitas ricos, a quienes les gustaba que los artistas modelasen los objetos de uso corriente. Cuchillos y piedras de afilar, estuches para arcos, chapas para cinturones, calderos y cuencos, la totalidad de las pertenencias de los nómadas eran portátiles, al tiempo que sus mujeres anhelaban espejos, broches y brazaletes. Incluían dibujos de venados a la carrera, bestias entrelazadas y aves de rapiña aladas. Los griegos estudiaron esos diseños y los pintores de vasijas de Corinto realizaron, con un estilo propio, figuras humanas. Los secretos de dichas artes no se transmitían de boca en boca mediante los relatos de glorias pasadas, sino que viajaban con los pequeños

artículos comerciales.

Los más pequeños eran los diminutos sellos de calcedonia translúcida y de ágata. Incluían escenas en miniatura talladas con increíble habilidad; escenas de suplicantes ante deidades entronizadas o de espíritus guardianes que protegían a los nobles animales domesticados junto al árbol de la vida. Los primeros sellos persas que llegaron a manos griegas mostraban a un pastor, un rey coronado a lomos de su caballo y en pleno combate con un animal salvaje. La pericia de las tallas y la naturalidad de los animales llevó a los artistas griegos a emularlas. Esos dibujos magistrales también aparecían en las pequeñas vasijas que los mercaderes transportaron desde la jonia Caria. La alfarería más bella procedía de la isla de Rodas. Los artistas de la Atenas primitiva se dieron cuenta de que podía representar algo más que las hazañas rituales de Hércules o los asuntos de los dioses del Olimpo. Según había vaticinado Solón, la ilustración les llegaba del este.

A través de Jonia también arribaron los maestros de una ciencia desconocida. Los médicos de las islas de Cos y de Cnido les enseñaron que la medicina no tenía nada que ver con la magia y que la salud podía protegerse de la enfermedad. El intolerante Pitágoras abandonó Samos después de una discusión con el tirano, que consideraba peligrosas sus teorías. Luego de visitar a los maestros de las matemáticas en Egipto, Pitágoras viajó a Crotona, en el sur de Italia, y en su propia escuela enseñó que el alma humana podía adquirir otras formas y que las matemáticas se podían utilizar para algo más que las transacciones comerciales. (Aunque más tarde la mayoría de sus discípulos fueron asesinados por los ciudadanos de las ciudades griegas, las teorías pitagóricas persistieron). Integrantes de la acaudalada familia de los alcmeónidas llegaron desde la costa de Asia con medicinas de Cos; algunos se reunieron con los pitagóricos en Crotona. (Más adelante se los conoció como «amigos de los persas» y, en consecuencia, traidores).

A partir de mediados del siglo VI a. C., en la Grecia europea comenzó el florecimiento de las artes. Pisístrato dijo a los jóvenes que tomaban el sol en los escalones del ágora:

–Coged un barco hasta el este, estudiad allí y volved a trabajar para vuestra ciudad.

El puente de la canción de los niños griegos, el mismo que los cuarenta y cinco artesanos no pudieron erigir para cruzar las aguas, se construyó por fin. A través de dicho puente y de isla en isla se transmitieron las innovaciones y el nuevo pensamiento de la costa de Anatolia. El impulso del continente oriental se dejó sentir en Corinto, Atenas y Tebas. Sólo Esparta la inmutable se aferró a sus antiguas costumbres. No se trataba de que los artistas de esa tierra copiaran los modelos de Susa o Sardes, sino que los utilizaron para crear sus propias obras maestras.

Tal vez el primer gran cambio en la propia Anatolia fue la paz. Se acabaron las guerras de aniquilación mutua entre las pequeñas ciudades. La población hablaba

imprecisamente sobre las leyes inalterables de medos y persas. Al parecer, éstas prohibían el uso de las armas. Reclamaban la tolerancia ante los dioses de otros pueblos y mediante un equilibrio invisible colocaban al mismo nivel a un acaudalado mercader de aceite de oliva que al campesino que le arrendaba tierras para dar de comer a sus animales. Sólo los científicos milesios comprendían esas leyes y los jonios decían que los milesios movían las velas según cambiaba el viento. Y ahora que el viento soplaba desde el corazón de Asia, los milesios miraban hacia allí.

De nada servía discutir las nuevas leyes o las políticas de un gobierno que seguía siendo invisible. Ese gobierno casi nunca hablaba con los griegos y sólo lo hacía cuando se presentaba un mensajero –que podía ser capadocio, armenio e incluso hebreo– y decía que era orden de Ciro el gran rey. El mensajero se limitaba a repetir las palabras que le habían comunicado; si llevaba una orden, ésta estaba escrita en arameo, la lengua comercial que había que traducir al griego.

Los griegos conocían los antiguos imperios lidio, egipcio o asirio, pero ese nuevo dominio de todas las tierras y todos los pueblos no parecía tener nombre. Los más sagaces pensadores políticos suponían que no duraría más de un par de años. Sólo unos pocos pueblos –entre los que figuraban los milesios– sospechaban que estaba a punto de crearse el primer estado mundial.

Ciro puso rumbo este por la carretera de Sardes a Susa, que en seguida se conoció como la carretera del rey. Lo condujo en dirección a su tierra a través de las estepas del norte de Siria y de los campos de cereales del alto Éufrates y del Tigris. Al pasar de esa manera con sus huestes armadas, el territorio se volvía aqueménida; delegó oficiales en cada población para que permanecieran aqueménidas. Simultáneamente –y debió de ocurrir porque así lo planificaron– Gubaru, su padre adoptivo, marchó hacia el oeste desde las tierras del mar y cruzó el bajo Tigris.

Los elamitas de Gubaru llegaron a las antiguas Lagash y Uruk, ciudad de la diosa Ishtar, cercana al Éufrates. Entre los dos, aquel verano tomaron las zonas exteriores de Caldea, productoras de alimentos, hecho que tuvo consecuencias inmediatas.

En primer lugar, Babilonia, situada en la región central, notó la falta de alimentos. El año siguiente –545– Nabunahid, su monarca, salió rápidamente de Siria rumbo a Babilonia. La poderosa Babilonia notó el acercamiento de fuerzas hostiles. En las murallas de la calle mayor, la vía procesional, ciertos hebreos del grupo de resistentes escribieron en su extraño idioma: *Mene, Mene, Tekel, Upharsin.* Esas palabras significaban que los días del reino estaban contados, pero el pueblo de Babilonia no sabía leer.

La locura de Ciro

Aquel verano el pastor atravesó la zona fortificada de Babilonia. Dejó a Creso en el palacio de Ecbatana, con sus siervos lidios y una guardia simbólica de lanceros medos, para que lo honrasen al tiempo que lo vigilaban. Ciro lamentó que la barrera idiomática impidiera que Creso hablara con Mandane, la otra persona real que estaba a su cargo. Pese a que se quejó del aceite de oliva, Creso parecía darse por satisfecho siempre que tuviese con él a sus cocineros y a su hijo sordo. Entretanto, la inquieta Mandane se lamentaba de que, pese a todas sus conquistas, Ciro no le había concedido su único deseo: trasladar sus viejos huesos a los aposentos del palacio en los jardines colgantes de Babilonia.

–¿Acaso lo desea la gran diosa, tu guardiana? –preguntó Ciro.

–Ciertamente –replicó Mandane.

–En ese caso, ¿por qué supones que no ocurrirá?

Ciro apenas se detuvo a descansar en Ecbatana. Después de hablar con Mitradat sobre el estado de las carreteras, informó a sus criados y capitanes que se aprestasen para el conocido viaje al sur hasta Pasárgada, en compañía de las fuerzas montadas de Ecbatana y de sus mil asvaran jóvenes. Mientras cargaban sus alforjas, apareció un escriba de palacio que se detuvo tercamente junto a la puerta de la terraza. El rostro del hombre le resultó conocido y vio que sostenía con ambas manos una anticuada tablilla de barro para escribir. Cuando Ciro volvió a mirarlo, el escriba recitó sus títulos y añadió los de monarca de Lidia y del Mar Euxino. Ciro lo interrumpió y le preguntó qué quería.

–Señor de todas las tierras –respondió el secretario–, se trata del peregrino, del mago.

Le habían dado la orden de seguir los vagabundeos del mago. En consecuencia, a la primera oportunidad que se le presentó informó que el mentado mago había viajado hacia el sol naciente, hasta los dos ríos del este, y había seguido viaje hacia *Aryan-vej*, hogar ancestral de los arios.

–Una vez allí –relató el escriba–, el susodicho mago miró a mi agente, el que le seguía los pasos, y dijo sin el menor respeto por mi señor: «Pregunta al pastor que te envía cuánto tiempo seguirá buscando el Mal en la oscuridad: ¿durante cuánto tiempo tendrá miedo de volverse hacia la luz?». Mi agente escribió esas palabras por temor a que fuesen mal interpretadas. –El escriba le ofreció la tablilla–. ¿Mi señor dará la orden de atar ahora mismo al yugo a este criminal o acaso prefiere despellejarlo y colgarlo de la torre de la puerta de Bactria, en la que actualmente mora? –El escriba alzó la mirada esperanzado.

Ciro se apartó con impaciencia. Hacía años que nadie se había atrevido a preguntarle si tenía miedo. Incluso en medio de la cólera se maravilló ante la delicadeza de la cadena meda de comunicaciones, que le informaba de las palabras exactas de un errabundo que se encontraba a cien jornadas de distancia en camello.

–¡No! –gritó apresuradamente por encima del hombro y se acordó de lanzar una advertencia al solicito secretario–. Yo no daré semejante orden, pero te aconsejo que dejes de rastrear al mago y que llames a tus espías. ¿Me has entendido?

El escriba contuvo respetuosamente el aliento e inclinó su cabeza rapada.

–Tu esclavo ha oído y comprendido.

Ciro encajó la pequeña tablilla en su cinturón. Aunque llevaba el sello oficial de las alas aqueménidas y la cabeza de un rey coronado, Ciro no sabía leer. El mensaje le pareció ridículo.

¿Cómo era posible que un ser humano se apartase del Mal, que siempre acechaba a corta distancia?

Un dios de la tierra podía encontrar refugio en alguna morada de luz, pero semejantes deidades no existían.

Al entrar en el valle que lo vio nacer, Ciro comprobó que, durante su ausencia, había cambiado mucho. Los niños corrían como siempre, sonrientes y portando ofrendas de cerezas y flores. Emba salió cojeando para hacerse cargo del corcel en la entrada principal. El aqueménida tuvo la sensación de que Emba envejecía. Junto a la escalera de entrada montaban guardia dos toros alados de piedra caliza blanca. Aunque más pequeñas y más graciosas que las bestias pétreas de los asirios, esas figuras presentaban las mismas testas humanas coronadas. Los arquitectos se habían apresurado a construirlas durante su ausencia. Le parecieron bastante imponentes. Ciro la estudió, asimiló su presencia y preguntó al viejo criado:

–Emba, ¿crees ahora que ya no soy un pequeño rey, sino el señor de muchos pueblos y muchas tierras?

El hircano se limpió las manos en el pantalón de cuero y rascó su cabellera desgreñada.

–Ciro, no hay *nombre* como el tuyo –reconoció. Lentamente añadió–: Pero lo mismo dije una vez de Astiages, que ahora está enterrado y a nadie le importa. Pero ya sabes que soy estúpido.

–No es lo que yo pienso –opinó Ciro.

La multitud bordeaba el conocido paseo por el parque hasta el *apadana*, el salón de audiencias. Como una cosecha de trigo sometida a los vaivenes del viento, las cabezas del gentío se inclinaron cuando Ciro se acercó. El aqueménida vio pilas de troncos de cedro libanés, maderas perfumadas de Karmania y mármol negro de las islas del mar. El oro de Sardes llenaba el tesoro. El gran salón estaba terminado y

las delgadas columnas se alzaban con un pálido blanco desde las bases de mármol negro. Ciro pensó que ese salón real no se parecía a ningún otro pues se encontraba en el interior de un parque. Avanzó y encontró los conocidos altares de fuego en el extremo de una gran terraza de mármol que miraba al cielo. De ellos manaba humo pues los sacerdotes hicieron un sacrificio con motivo de su llegada. Rápidamente le prepararon la comida ritual, en esta ocasión en brillantes bandejas de cobre que sin duda procedían de Egipto. Ciro volvió a compartir los higos, el terebinto y la leche agria: el alimento del campesino, que le recordaba que no era superior a los pueblos que gobernaba.

Para comer se sentó en trono portátil de mármol y notó que en los brazos estaban tallados los símbolos de las siete estrellas guardianas. Oyó que los sacerdotes solicitaban la bendición de los altares, de Atar y de Ahura. Cuando concluyeron, Ciro les preguntó qué significaba el nombre Ahura.

Los sacerdotes no replicaron de buena gana y murmuraron que era un error consagrar los dos altares a un solo espíritu, el de Atar el fuego. Sin duda debía de estar presente otro espíritu, que tenía que ser el de Ahura.

–El del maestro que nos creó, que es supremo –afirmaron implorantes.

–¿Qué maestro?

–El único, el señor de la sabiduría. Así hablaba Zaratustra.

A Ciro no le gustó que ese nombre extraño se mencionase en los altares de su tierra. Pensó que Atar estaba presente en los fuegos de los hogares que daban vida a todos y que Anahita moraba en el torrente de las aguas cristalinas. En la infancia había percibido sus presencias. Sin embargo, Ahura Mazda no era más que el nombre pronunciado por un profeta exiliado. Para él no significaba nada. Al final permitió que los sacerdotes de los altares rezaran como quisiesen. Se dio cuenta de que, de todas maneras, así lo harían.

Le resultó imposible adaptarse a los cambios sufridos en Pasárgada. Al recibir en audiencia –algo que le ocupaba la mayor parte del día– los portadores de la ley no expresaban su opinión a menos que la solicitase. Los conocidos jefes de las diez tribus prácticamente se perdían entre los portavoces de los sátrapas y los emisarios de cortes que apenas recordaba, a pesar de que poseía una memoria excelente. Tuvo la sensación de que personas desconocidas le planteaban sus problemas sobre la peste, la sequía, las riadas, los incursores hostiles, la pobreza y la falta de actividades comerciales…, y de que siempre le hacían la misma pregunta: ¿qué se proponía hacer el gran rey para resolverlos?

Mientras se esforzaba al máximo para hacer juicios y prestar ayuda, Ciro se topó con la grave dificultad de decidir cuestiones que estaban fuera de su alcance. Esos problemas y aspiraciones –no siempre distinguía los primeros de las segundas – debían abordarlos hombres experimentados en el mismo sitio donde ocurrían. De inmediato encontró la solución: nombrar representantes que se desplazaran de Pasárgada a las diversas regiones para resolver los problemas. Tendría que enviar

ingenieros, soldados, médicos, contables o, simplemente, diplomáticos para satisfacer las variadas necesidades. Fue consciente de que esa asistencia vicaria no modificaba su responsabilidad con respecto al resultado final. Años después envió relatores junto a los encargados de las operaciones, hombres que acabaron por conocerse como «los ojos y los oídos del rey». Los asirios habían contado con este tipo de informantes, pese a que no habían estado al servicio personal de los monarcas. Ciro empezaba a sentir un saludable respeto por los estadistas de Asiria, aunque detestaba el método de arrastrar a las multitudes para que construyesen sus ciudades, se tratara de Assur, de la ciudad de los Sargones o de Nínive. Se juró que en sus tierras no existiría una ciudad dominante.

Ciro no tenía el menor deseo de gobernar como Asurbanipal. Los arquitectos egipcios que le presentaron una maqueta de la imagen del espíritu protector que por fin seria colocada –cosa que su padre no había llegado a hacer– junto a la entrada del gran salón se sorprendieron cuando hizo añicos contra el suelo el modelo de arcilla. Habían diseñado un genio asirio con cuatro alas y diadema real, un guerrero armado y barbudo. Ciro había visto un ejemplar parecido en las ruinas de la ciudad de los Sargones.

Los arquitectos se arrojaron al suelo boca abajo y uno se atrevió a preguntar:

–¿Qué desea entonces el señor de la tierra?

–¿Acaso los espíritus caminan con las botas puestas y llevan corona? ¿Se arman con la espada para protegerse?

–No, desde luego que no.

Ciro pensó en su fravashi, que no había estado a su lado durante el viaje al oeste.

–Creo que ninguno de nosotros ha visto algo parecido a un espíritu –comentó –. Maestros, cread la imagen de un espíritu bueno que venga del cielo sin vestimenta ni armas mortales. Por las siete estrellas, ¿es imprescindible tallar una almádena para representar el poder?

–¡No, desde luego que no! ¡Cuán inmensa es la sabiduría de nuestro señor!

En cuanto Ciro se fue, los arquitectos hicieron lo que pudieron. En una losa de piedra caliza blanca tallaron una extraña figura: tenía las cuatro alas asirias y una túnica sencilla, sus pies descalzos no tocaban la tierra y en lugar de corona lucía erguidos tallos de flores semejantes a las azucenas egipcias. Elevaba sus manos vacías a modo de bendición o plegaria. No se volvió a realizar nada semejante al guardián de la puerta de Ciro. (Por un juego del destino, el guardián de la entrada perduró después de que Pasárgada se fundiera con la tierra, si exceptuamos unos fragmentos del pavimento de mármol, la escalinata y unos pocos restos de columnas. Muchos siglos después seguía desconcertando a los arqueólogos del mundo moderno, que lo describieron como un demonio extraordinario o, acaso, un extraño retrato del mismísimo Ciro).

La locura hizo presa en Ciro durante las primeras horas de un anochecer.

No había hallado reposo en su hogar. Kassandan lo acuciaba cada vez que se presentaba en su morada. Su primera esposa había engordado de tanto comer y sus criados ocupaban todos los aposentos; pese a que centelleaba con el brillo estelar de las joyas, le imploró que pensase más en la gloria de la realeza, que trasladara todos los tesoros capturados a su hogar…, y que construyese una cámara amurallada para protegerlos. Aunque no lo mencionó, Kassandan sentía celos de la otra mujer, de la hija de Gubaru, que acompañaba a Ciro en sus viajes. Como quien no quiere la cosa le preguntó si Susa le importaba tanto que descuidaba Pasárgada, la ciudad de Cambises, su primogénito y heredero reconocido. Para darle el gusto, Ciro ordenó a los ingenieros que construyesen un muro de piedra en las colinas sobre la extensa ciudad en que Pasárgada se había convertido.

Cambises no guardaba el menor parecido con el niño que había cuidado de los ponis y que, lleno de orgullo, había salido de caza con Ciro. Con más de veinte años, ahora Cambises permanecía en silencio detrás de su padre durante las audiencias. Nervioso y resuelto, se revolvía durante las largas discusiones que se celebraban por intermedio de intérpretes. Educado por maestros foráneos, Cambises leía y hablaba las lenguas del reino: persa, elamita y arameo. Pese a comprender cuanto se discutía, Ciro notó que a la hora de tomar una decisión sobre algún problema su hijo apelaba a los asesores o a un escrito de las tradiciones.

De repente Ciro deseó que su hijo lo acompañara en su próximo viaje. Podrían llegar a compartir sus pensamientos mientras cabalgaban por territorios desconocidos. En realidad, conocía la mente de Cambises menos que la del envejecido Hárpago, que se encontraba a treinta días de distancia a caballo. Pero Kassandan suplicó llorosa a los portadores de la ley y éstos recordaron a Ciro que el heredero del trono aqueménida no podía abandonar el territorio en compañía de su padre.

Esa noche, cuando cayó el sol, el pastor no se levantó de su trono de marfil ni fue a cenar a su residencia, como de costumbre. El chambelán que portaba el largo báculo con la cabeza de águila de oro despidió del salón a los cortesanos, pero la mayoría aguardó en el pórtico porque el aqueménida permaneció sentado.

Ciro deseaba estar a solas cuando el brillo crepuscular abandonase el salón, pero los esclavos dejaron los cazamoscas para encender las lámparas de aceite, fabricadas en plata maneana. Las llamas danzaron en las columnas blancas que se elevaban hacia las penumbras. La voz del río resonó en el silencio. Años antes el aqueménida había escuchado el fluir de la corriente como si fuera la voz de Anahita. Ahora sólo era el torrente y la ondulación de las aguas sobre las piedras. Quizá la sabia Amitis, criada en Babilonia, había ocupado el sitio de Anahita, la que danzaba en la espuma.

Ciro notó el cambio que tuvo lugar a su alrededor y ya no lo comprendió.

Lo dominaron los presagios, como si los hubiese pronunciado su fravashi. Sus

viejos amigos estaban muertos o dispersos en puestos que su vista no alcanzaba a contemplar. Su sueño de unir a los montañeses se esfumó al comprender que las protegidas regiones montañosas eran infinitas. Las cumbres de Ansan enlazaban con las estribaciones elamitas y éstas con los campos babilónicos. El dominio de los medos no tenían fronteras ni fin. Su decidido propósito de poner en amistoso acuerdo a los diversos pueblos resultó imposible; más allá de los armenios aguardaban los capadocios y tras éstos el pueblo de Midas, que se sumaba a los lidios que, a su vez, se unían con los griegos del mar. ¿Qué más acechaba en el oeste? Nunca había visitado las regiones del este allende la ciudadela de los germanios. Además, los sabios de Mileto habían perturbado su mente. Se lamentó de no contar con un científico griego para evaluar lo que debía hacer durante las travesías.

La verdad es que, en el oeste, Ciro había morado demasiado tiempo en las ciudades con murallas de ladrillos de barro. Como todavía era instintivamente nómada, notaba la tensión de ocuparse de la población concentrada. Los habitantes de las ciudades se concentraban por instinto. Ciro estaba acostumbrado a atender rebaños de animales. ¿Era posible tratar como rebaños a los seres humanos, alimentarlos, sacrificarlos, reproducirlos y desplazarlos? Fue una idea delirante que repentinamente llenó de temor al aqueménida.

La sensación de estar asustado lo encolerizó y lo llevó a buscar alivio en la actividad.

–¡Alto, desalmados! –gritó a los esclavos de túnicas que, simplemente, sostenían los matamoscas para proteger de la brisa las llamas de las lámparas.

Ciro caminó junto a ellos y salió al pórtico, donde los funcionarios se inclinaron ante él…, pues había dejado el trono de las audiencias para aparecer de nuevo. Cambises charlaba con un grupo de nobles de Sardes y todos celebraban alguna broma; su alegría desapareció en cuanto vieron a Ciro.

–Cambises, permanece dentro de los límites de Ansan –dijo–. Actúa en mi nombre y consulta a los jefes de las diez tribus. Me mandarás llamar sólo si es imprescindible. –Paseó la mirada por los escribas, los intérpretes y los emisarios que lo miraban fijo–. Quedaos aquí –ordenó concisamente y buscó a alguien que pudiera transmitir su orden. Ciro hizo señas a un capitán de los asvaran que había examinado el báculo del chambelán–. Ve al campamento de los persas y comunica a los jinetes que se apresten para un viaje de muchas lunas. Que preparen el equipo y las provisiones para la carretera. Nos reuniremos en la puerta del río, en la puerta del río que entra. –Pensó y movió la cabeza–. Eso digo yo, el aqueménida, el rey.

El militar titubeó y el preocupado chambelán masculló una pregunta. ¿En qué fecha le gustaría partir a su señor? ¿De cuántos días disponían para preparar semejante viaje?

Ciro miró al portador del báculo.

–De ningún día, sólo de cinco horas. –Señaló al militar alto–. Entiéndelo bien y

transmítelo a medida que avances. Saldré al romper el alba y me dirigiré al amanecer estival. Todos los que estén listos me acompañarán. Los que no lo estén se quedarán en Pasárgada.

Así fue como Ciro emprendió su viaje hacia el este; Emba lo siguió con el corcel nisayano de recambio y Amitis no viajó en un carromato, sino a lomos de un poni montañés. Los guardias se presentaron como un solo hombre con sus carros de provisiones y sus rebaños. Detrás iban la caballería hircana, cuyos rostros miraban hacia Pasárgada, y algunos capadocios rezagados, junto a cazadores y mastines.

Entre los que estuvieron presentes en esa partida, los emisarios extranjeros llegaron a la conclusión de que se libraría una nueva guerra; los portadores de la ley explicaron que Ciro, que solía cabalgar a lo largo de sus fronteras, experimentaba la necesidad de visitar sus dominios orientales, y otros comentaron en voz baja que la locura había hecho presa en él.

Ciro no podría haber explicado por qué se marchaba. Estaba convencido de que podía confiar en su pequeño séquito. Cuando salieron del barranco ribereño y se desplazaron por el llano de hierba que sólo cubrían las nubes a la altura del horizonte, se sintió en paz por primera vez en muchos años.

CUATRO

Ante el fuego de Bactria

Kavi Vishtaspa

La Montaña de Cristal se alzaba sobre la puerta de las tierras del este. La contemplaron durante días hasta dejaría atrás. Por muy grande que fuese la distancia que cubrían en una jornada, el aspecto de la cumbre centinela apenas cambiaba. Al serpentear por la ruta de las caravanas, no percibieron los vientos que arrastraron un penacho blanco desde la cumbre nevada de la Montaña de Cristal (el monte Demavend).

Los científicos aqueménidas no pudieron dar cuenta del penacho blanco que se alzaba muy por encima de las nubes de las primeras horas del día. Tampoco pudieron nombrar al dios que moraba en la cumbre. Dijeron que, puesto que la habían llamado Cristal, los asirios debieron de ver esa cumbre en sus días de esplendor, cuando los ejércitos de Nínive escalaron las montañas más altas en un intento de llevarse caballos, ganado y esclavos. Sin embargo, esos ejércitos nunca llegaron muy lejos entre los montañeses, que los combatieron.

–Es evidente que los dioses de esas elevadas montañas se opusieron a los ejércitos asirios. Sean cuales sean, todavía no se han interpuesto en nuestro camino –replicó Ciro.

Su *lashkargah* –su campamento móvil– no se parecía a un ejército. Durante el día los jinetes se desplegaban por el llano para cazar o forrajear y destacaban un grupo de exploradores para que diesen la voz de alarma ante el menor peligro. El tren de bagaje también avanzaba por la tarde y cuando Ciro y sus compañeros llegaban al torrente elegido para pasar la noche, encontraban montadas las tiendas de los oficiales, marcadas las líneas para los equinos y los fuegos encendidos. En contraste con el trayecto diario, un orden severo regía el campamento nocturno, en el que los asvaran se dividían en cuatro para trazar un círculo en torno a Ciro y para dejar sus monturas en el interior de dicho circulo. Cuando se daba la voz de alarma, los jinetes necesitaban varios minutos para buscar los caballos, montar en la oscuridad y formar junto a los compañeros de escuadrón. Así, los criados y los carros rodeaban a los jinetes para protegerlos y darles el tiempo necesario para montar. Cazadores y miembros de las tribus locales acampaban más allá del lashkargah y se llevaban a los mastines. Los perros adiestrados montaban guardia aunque los vigilantes durmieran.

Al iniciarse la marcha, Ciro se ocupó de que repartiesen palas pequeñas y podaderas entre los infantes, así como arcos y jabalinas. Cuando la carretera estaba rota o bloqueada por desprendimientos, el grupo de avanzada dejaba a un lado sus armas y cogía las herramientas para resolver el problema. Los asvaran –que no

estaban dispuestos a trabajar la tierra– fueron aprovisionados de hachas cortas a fin de quitar la maleza cuando era muy exuberante. Los ingenieros escoltaban una sucesión de carros cargados con maderos y embarcaciones de base plana y cadenas que servían para vadear ríos.

Llegaron a la principal ruta de las caravanas que hacían el trayecto este-oeste. Al oeste del cruce de Rhages, la ruta rodeaba el Mar de Hircania y llegaba al lago Urmia y a los puertos del Euxino. Un ramal conducía a Ecbatana y desde allí hacia el oeste, hasta el desfiladero que descendía a las antiguas tierras asirias. Los persas miraron hacia el este.

Al otro lado de la Montaña de Cristal no apareció ningún peligro inminente. El mando aqueménida pasó junto a campos de alfalfa y aró la tierra. Los campesinos salieron sin temor de las moradas de ladrillos de adobe y techos de paja para observarlos. Dijeron que era la tierra del rey Vishtaspa, que castigaba a los incursores. Ciro dio órdenes de permutar el ganado de carne en lugar de quitárselo a los campesinos. Se trataba de asentamientos arios cuyos jefes invitaron a los jinetes forasteros a bajarse del caballo, comer carne, beber leche y dormir bajo sus techos. Daba la impresión de que la buena voluntad del pueblo correspondía a algo distinto a las órdenes del monarca local.

Un amanecer en que el viento soplaba del norte, Emba olisqueó el aire con más impaciencia que la del nisayano blanco que montaba.

–¡El mar! –gritó–. ¡El mar de mi tierra!

Fue la mañana del primer Mal. Los persas serpenteaban por un oscuro barranco de piedra roja que conducía hacia el norte; seguían las huellas de los últimos medos que se les resistieron, los espadachines del señor Abradat, que en Ecbatana se había negado a prestar juramento de fidelidad a Ciro. Las fuerzas de Abradat habían retrocedido por la altiplanicie y puesto rumbo norte, al parecer para protegerse en la lejana estepa escita, pese a que a Ciro le pareció que semejante Mar de Hierba no era el mejor refugio. Dedujo que el inflexible Abradat estaba desesperado y que tal vez abandonaría el combate si lo alcanzaban los persas más poderosos.

En consecuencia, Ciro se adelantó con la avanzada de asvaran que, casualmente, estaba formada, en su mayor parte, por germanios veteranos. Cabalgó entusiasmado y estimuló a los guerreros como si se tratara de una cacería de venados…, pues aquella mañana el sendero estimuló su ánimo. El encuentro se produjo de sopetón. Ante ellos el barranco se convertía en un desfiladero rocoso cubierto de cantos rodados. Alrededor se concentraban los fugitivos que no habían podido cruzarlo. Al verse arrinconados, se volvieron y alzaron escudos y lanzas. En uno de los escudos relucía un grifón dorado, símbolo de Abradat, que había sido heraldo de los medos. Estaba en la retaguardia.

Los impacientes persas atacaron en el acto a los rebeldes. No se demoraron en utilizar los arcos; la sorpresa de la carga de los nisayanos rompió la formación

rebelde, arrojó las monturas de los medos a los lados del barranco y los jinetes acabaron en tierra. Al cabo de unos minutos los medos estaban muertos o con heridas paralizantes.

La situación produjo en Ciro un ardiente júbilo, como si se hubiera cobrado un venado de paso veloz. En ese barranco acabó con el único medo de noble origen que se resistió a su gobierno. Emba, que guiaba al caballo bélico de recambio, tuvo un presagio:

–Rojas son las paredes rocosas y roja es la tierra que hay debajo.

Aunque entregaron a Ciro el escudo de Abradat, fue imposible identificar el cadáver del jefe, si bien era seguro que había estado con sus hombres. Los persas apenas conocían su rostro y los medos se negaron a señalarlo. Cuando el grueso del lashkargah se acercó, Ciro vio que Amitis caminaba hacia el campo de batalla y que llevaba de la mano a una mujer con velo.

–Si buscas al señor Abradat, aquí tienes a la que lo encontrará –dijo la esposa de Ciro.

La mujer era una lidia más joven que el aqueménida y se había mantenido cerca del carromato que Ciro adjudicó a su esposa elamita desde que quedó embarazada. Amitis le había pedido su consentimiento para tomar una compañera, una lidia llamada Panteia. Ciro recordó que en varias ocasiones su esposa le había pedido que enviara su perdón a Abradat y que había dicho que, ahora que Astiages estaba enterrado, Abradat quedaba libre de su juramento de lealtad y que tal vez consintiese en servir al monarca aqueménida. Empero, Ciro no estaba dispuesto a pedir ese servicio a un hombre que se había levantado en armas contra él.

–¿Cómo hará esta mujer para encontrarlo? –inquirió.

–Panteia es su esposa.

Vieron que la mujer cubierta por el velo se movía deprisa entre los hombres. Llevaba inclinada su oscura cabeza para mirar los rostros de los cadáveres a los que despojaban de las armas y de las túnicas de hierro. Cuando Panteia cayó de rodillas, Ciro apretó el brazo de su esposa y dijo:

–Acércate a consolarla. Dile que yo, Ciro, me ofrezco a enviarla a donde quiera con todos los honores. No pretendo hacer daño a las mujeres.

–Tu misericordia llega demasiado tarde –replicó en voz baja la hija de Gubaru.

Al ordenar el repliegue de sus hombres y acercarse a Panteia, Ciro comprobó que la lidia había encontrado a su marido. Esgrimía la espada de su esposo con las delgadas manos. El velo le ocultó el rostro cuando su cuerpo se extendió sobre el de Abradat y la oscura sangre que manaba de su cuello manchó las vestiduras.

–Como puedes ver, siguió a su marido durante el larguísimo trayecto –explicó Amitis–. Ciro, ciertamente es demasiado tarde para que la honres.

* * *

El aqueménida y sus jinetes perseguían a los fugitivos supervivientes cuando se toparon con Kavi Vishtaspa. A raíz de ese encuentro mucho aconteció a los persas y al mundo entero.

Habían atravesado la divisoria de las aguas y descendían del Barranco Rojo hacia las estribaciones empapadas por la lluvia que el sol iluminaba. Aunque el invierno se encontraba próximo, no había llovido en todos los días de una luna. Emba señaló los esbeltos rebaños de ganado y las colmenas alineadas en las terrazas con las cepas de vino. Mostró a su amo la azul extensión del mar a lo largo del horizonte y sintieron francamente el calor del Mar de Hircania, un mar interior. Ciro dedujo que la cálida humedad de sus aguas, que pugnaban con la cadena montañosa salpicada de nieve, provocaba la lluvia sobre la fértil tierra. Desde un manantial un hombre inmenso galopó hasta ellos a lomos de un alazán. Les habló con voz de toro:

–¡Traficantes de la muerte…, contaminadores del agua pura…, cazadores de hombres, llamad a vuestros sabuesos! ¡Sujetad las riendas, lo digo yo!

Azuzados por el combate, los mastines corrían junto a los nisayanos y, al tiempo que frenaba, Ciro ordenó que les pusiesen las traíllas. Comunicó amablemente su nombre y rango al gigantesco jinete de barba entrecana e hirsuta. Emba le dijo que ese hombre era Kavi Vishtaspa de Varkana-Parthava (rey de Hircania y de Partia).

–El pastor en persona –rugió Vishtaspa e inclinó dos veces su cabeza cubierta por una gorra de fieltro–. ¡El primer y principal príncipe de los embusteros! –Dio al sorprendido Ciro varios títulos extraños–. Aquí no robarás ningún tesoro porque no tengo nada que se le parezca. –Su rostro ancho y alegre se demudó de cólera–. Puesto que estás aquí, ven a mi palacio; no te laves la sangre en el agua que fluye, sino en una poza; siéntate, come a reventar y dime para qué viene a una tierra en paz un huésped sin invitación.

Sin dejar de farfullar, detuvo su caballo junto al de Ciro y lo saludó con un beso. Vishtaspa era un jefe ario a la vieja usanza, se parecía al padre de Ciro y, de hecho, resultó ser primo aqueménida en tercer grado. Una vez en su plantación, situada en una colina semejante a una cúpula que daba al mar –a la que llamó Zadracarta–, habló a rugidos con sus criados y sus mujeres y les ordenó que echaran a las gallinas, quitaran la suciedad de los aposentos y fueran a buscar fruta, agua pura y leche fresca para el gran rey de los persas y de los medos, que honraba su hogar. A renglón seguido sus esposas lanzaron exclamaciones junto a la llorosa hija de Gubaru.

Pese a los gritos que Vishtaspa dedicó a las mujeres, las habitaciones de su casa estaban barridas y olían bien. Ciro llegó a la conclusión de que Vishtaspa era como el perro ladrador: poco mordedor. Es verdad que se comportaba como un jabalí que bufa, pero la costumbre de gruñir, erizar las cerdas y arremeter de un jabalí no era más que un mecanismo animal de defensa que le permitía escapar de sus enemigos. Ciro se sintió a salvo en el interior de Zadracarta. Se alegró de no haber

llevado al este al ejército de campo; semejantes huestes fomentaban la resistencia o arrasaban un país como una invasión de langostas. Su pequeño séquito podía dividirse en cuatro entre Zadracarta y la orilla del mar y dormir sobre la alfalfa en los cobertizos con techo de paja de las granjas. Dijo amablemente a Vishtaspa que jamás había visto una hierba tan alta, una tierra tan oscura y de surcos tan hondos ni caballos tan gordos.

El rey hircano replicó cortésmente:

–Es posible que mis caballos estén gordos porque, comparados con los tuyos, son como las moscas a las avispas. Ciro, primo mío, reconozco que la tierra es buena. Con anterioridad llevaba el nombre de Tierra del Lobo por los incursores que venían a incendiar y a asesinar.

Una sombra enturbió su rostro franco y Ciro supuso que Vishtaspa albergaba una preocupación profunda. Por la noche, sin despertar al huésped, el hircano y su familia se trasladaron a una caverna de la colina. Llevaron un toro para sacrificarlo en la hoguera de la caverna y despedazarlo ritualmente para comerlo mientras bebían haoma y entonaban himnos. Hacia el final, los cánticos sonaban bastante ebrios. Emba explicó que se trataba de un sacrificio a Mitra en tanto juez, sacrificio para expiar la matanza de seres humanos en el Barranco Rojo.

Los persas que pernoctaron en Zadracarta se quedaron toda la noche porque Vishtaspa les informó que el camino de las caravanas del este estaba cerrado por la nieve en los altos de Corasmia y que Ciro no debía aventurarse hacia el norte.

El peligro temido por Vishtaspa acechaba desde el norte, dirección en la que cualquier año podían aparecer las hordas escitas en cuanto el grano maduraba. En cuanto arrancó la información a su anfitrión, Ciro dijo modestamente que la responsabilidad del gran monarca consistía en proteger a hircanos y partos de los salvajes de las estepas. Estaba al tanto de que Vishtaspa había dejado de pagar tributos a Astiages y se había comportado en todo como un gobernante independiente. Muy lejos de Ecbatana, había seguido sus impulsos sin que nadie discutiese su autoridad y sin castigo. Ciro le propuso que se convirtiera en sátrapa de Hircania y Partia. Gobernaría sus tierras igual que antes, pero en nombre de Ciro el aqueménida.

–¿Y cuánto habrá que pagar en tributos? –inquirió el aqueménida de más edad –. Dime, primo, ¿cuántos carros de cereales, cuántos rebaños, cuántos quintales de manzanas secas y de plata y turquesas? Astiages incluso hablaba de oro. No lo tengo, el oro viene del este.

Ciro había pensado en el delicado asunto de los tributos y pidió la sexta parte de lo cosechado y de los rebaños en los años buenos y nada en años de sequía o plaga. Se comprometió a que, en caso de necesidad, prestaría ayuda a su primo, ayuda procedente de sus graneros y de sus ganaderías del oeste.

–Un zorro díjole al faisán: «¡Te protegeré de todo peligro y te alimentaré cuando lleguen las hambrunas!» –se mofó Vishtaspa–. Es fácil de decir y muy

difícil de cumplir. En mi Hircania no hay años malos. ¿Quieres saber por qué? Porque estamos a una distancia segura de la muerte de la tierra, donde los imperios se erigen y se desmoronan. Ahí, donde los ejércitos se matan entre sí y a las cosas que crecen y esclavizan a los campesinos que viven bien para obligarlos a construir palacios y torres de barro para alcanzar extraños dioses.

Después de varias veladas de negociación, acordaron –para íntima satisfacción de Vishtaspa– la cantidad de tributos a pagar. Estaba convencido de que Ciro cumpliría la palabra empeñada. Por su parte, Ciro dio instrucciones al otro aqueménida para que construyese graneros y canalizase las aguas de sus torrentes. Sólo cuando acabó el invierno hizo la pregunta que no había dejado de acuciarlo:

–Primo mío, ¿por qué me recibiste con el título de príncipe de los embusteros? Nadie más me ha llamado así.

–Lo heredaste. Astiages solía mentir. ¿No eres acaso su sucesor? Y Creso también era un embustero simpático, como los demás monarcas del bárbaro Occidente.

Ciro se había preguntado de qué manera Vishtaspa, con su tosco aspecto, tenía un conocimiento tan minucioso sobre los acontecimientos de Occidente…, se lo preguntó hasta que recordó la cantidad de hircanos que estaban al servicio de las fuerzas armadas de medos y persas. El propio Ciro se mantenía en contacto con los correos que casi todos los días llegaban de la carretera de postas con mensajes de Hárpago y de otros sátrapas. Estaba algo preocupado pues su hijo no había enviado ningún mensaje desde Pasárgada.

–¿Nunca pensaste que un mal tan antiguo podía trocarse en otra cosa?

–Claro que sí –coincidió Vishtaspa y guardó un extraño silencio que duró tanto como lo que tarda la leche en hervir–. Así hablaba Zaratustra.

Ciro sigue las huellas de Zaratustra

Vishtaspa siempre pensaba antes de mencionar a Zaratustra, que al parecer no era un ario noble, un mago ni un sacerdote.

–No pasa una sola cosecha sin que se presente algún salvador para que le demos de comer y para proclamar la llegada de un nuevo dios al poder –observó Vishtaspa en cierta ocasión. Hizo una pausa y añadió–: Hace nueve años Zaratustra se refugió aquí de los soldados de Rhagas. Lo oculté, lo alimenté y lo escuché. Es hijo de Purrushaspa, el de los caballos grises, al Oeste del mar. Creo que pertenece al clan de Spitama, el Blanco. Otrora fue soldado. Al menos sabía tensar el arco largo de los partos, el arco que tienes que apoyar un extremo contra el pie para tensarlo. Las flechas partas son capaces de atravesar un escudo de hierro.

Ciro se preguntó de dónde había salido el nombre del profético Zaratustra. *Camellos de oro* no tenía sentido pues los camellos nada tenían que ver con el oro, a menos que esas bestias portaran un cargamento, lo que, a su vez, apenas se aplicaba a un ser humano. Por extraño que parezca, otras personas eran incapaces de describir al profeta vagabundo, pese a que no tardaban en citarlo.

–Una noche salí a mirar las primeras luces de Sirio la Brillante –dijo Vishtaspa –. Zaratustra también estaba fuera y esperaba. Fue el primero en avistar la estrella y extendió los brazos. *«¿Quién estableció el camino del sol en oposición al de las estrellas?»*, así habló él. *«¿Quién hace que la luna crezca y mengue? ¿Quién sustenta la Tierra desde abajo y los astros desde arriba para que no caigan? ¿Quién dio velocidad al viento que impulsa las nubes como si fueran ovejas? ¿Qué artífice separó la luz de las tinieblas…, y dio al hombre, aunque no la comprenda, la conciencia de la totalidad de su creación?»*.

Vishtaspa se rascó las barbas. Estiró las piernas ante el fuego del hogar, junto al que dormitaban los perros pastores, y Darayous –su hijo de once años, el mismo al que en época posterior los griegos llamaron Darío– trepó por sus piernas. El gigantesco Vishtaspa estrechó a Darío en sus brazos y prosiguió:

–Le pregunté: «¿Acaso has tenido una visión?». Zaratustra gritó: «Yo no tengo visiones, sólo un tormento». Preguntó a las estrellas quién, qué y, sobre todo, por qué. Cuando le llegó la hora partió hacia el este, cruzando Coara, con el tormento bullendo en su interior. Creo que estaba condenado a muerte por haberse burlado del algún kavi, pero no parecía ser ésa la causa de su tormento.

–Tengo entendido que te convirtió.

Ciro pensó en la peculiar tranquilidad de las haciendas hircanas.

–En aquel momento, no. –Vishtaspa rió y su corpachón se estremeció, por lo

que el pequeño Darío se aferró a él–. Convirtió a mi esposa, a Hutaosa, mi primera esposa. –Volvió a hacer una pausa–. Sin embargo, Ciro, primo de Ansan, cuando se fue *sentí su fuerza.* Oí que su voz se lamentaba en el jardín como si un fravashi gimiera ante mí.

De nuevo la voz. Ciro se preguntó mentalmente si el esquivo Zaratustra era de verdad un hombre en lugar de la expresión del pensamiento, bueno o malo.

–Los guardias de carretera lo persiguieron –añadió Vishtaspa.

En cuanto el terreno se secó, Ciro se dedicó a enseñar a montar a caballo a los jóvenes hircanos y partos. Logró que los partos renunciaran a sus enormes arcos y aprendieran a esgrimir un pequeño arco profundamente curvado desde la manta sudadera y dirigiesen sus flechas contra blancos no sólo situados delante, sino tras ellos. Los jóvenes le tomaron un profundo cariño.

A su monarca, el nuevo sátrapa de Hircania y Partia, no le gustó esa preparación para la guerra de hombres arrancados a un trabajo útil en los campos o, al menos, eso fue lo que expreso.

–Algún día vendrán los escitas –replicó Ciro–. Cuando lleguen, ¿a quién reclutarás para que realice trabajo útil?

Vishtaspa intuía la verdad; el rey aqueménida pensaba llevarse a los reclutas locales cuando reemprendiese la marcha al este. Y fue lo que Ciro hizo, si bien dejó en Zadracarta a su esposa elamita. No se encontraba bien después de las muertes de Abradat y Panteia y una mujer cuyo embarazo estaba tan avanzado no podía echarse a la carretera con los guerreros. Hutaosa la acogió bajo su amparo. Además, la esposa de Ciro serviría como rehén que tranquilizaría a Vishtaspa. El aqueménida más joven valoraba su amistad y las tierras fértiles que rodeaban el Mar de Hircania. Por si esto fuera poco, echaba de menos a Amitis. Ya no se presentaba a la hora de descanso del atardecer, cuando Ciro expresaba en voz alta los contratiempos de la jornada. Era la última de sus antiguos compañeros y cuando dirigió su rostro hacia los altos rojos del este, Ciro sintió que, cuanto más aumentaba su poder, más solo estaba.

El pensamiento de Zaratustra también lo perturbó. Al amparo de sus discursos proféticos, ese hombre se revelaba contra la autoridad, era un ser del populacho, como había dicho Hárpago. Ciro apenas acababa de atrapar el rebelde Abradat cuando Zaratustra se interpuso en su camino. Amitis podría haberle explicado cómo tratarlo, pero Amitis ya no estaba a su lado.

El Mal llega a la fiesta

Los persas volvieron a internarse por la conocida tierra roja, las pinedas y los fríos vientos de las altiplanicies. Al ascender hacia Corasmia, respiraron hondo y buscaron una cima notable en la que, el primer día del nuevo año, ofrecer un sacrificio a Ahura, su dios solar. Fue allí donde les aconteció el segundo Mal del recorrido. Ciro decidió que la culpa era de Farnaces, si bien tuvo conciencia de que su juicio era injusto.

Los habitantes de la elevada Corasmia –ganaderos y cazadores salvajes– aunaron fuerzas para plantar cara a los que les pareció un ejército invasor. La gente de las colinas se apostó en una saliente baja, frente al ejército de avanzada. Al verlos concentrados, Ciro se dio cuenta de que habían cometido un desatino pues la ligera elevación no los protegía de las flechas iranias ni podía contener la embestida de los caballos de guerra. En consecuencia, dio orden a los veteranos asvaran para que no avanzasen, mientras encomendaba a los nuevos reclutas –los hircanos y los partos– que rodearan los extremos de la formación corasmiana y la acosaran con sus arcos. Sabía que, al ser atacados por armas de las que no podía defenderse, esos hombres sin entrenar se desbandarían. Su huida dejaría expedita la carretera de las caravanas y su columna podría avanzar. No abrigaba el menor de deseo de matar a los habitantes de las colinas, bastaría con darles una lección.

Al principio la maniobra tuvo lugar de acuerdo con sus órdenes, si bien los jóvenes guerreros presionaron impetuosamente en los flancos para poner de manifiesto su valor. Sin embargo, cuando los corasmios pusieron pies en polvorosa, la situación se volvió insostenible para sus mil guardias montados, comandados en aquel momento por el señor Farnaces, veterano que lucía en su escudo una pantera a punto de saltar. Una vez libres, los corceles nisayanos se lanzaron a galopar, salvaron la elevación de los combatientes y se dirigieron hacia la multitud de fugitivos, dejando tras de sí el suelo cubierto de cuerpos.

Cuando Ciro convocó a Farnaces para juzgarlo por desobedecer una orden en el campo de batalla, los portadores de la ley no asistieron a la audiencia; sólo estuvieron presentes los comandantes de los centenares, que tomaron asiento en torno al rey-juez y al demandado. Farnaces no alegó, cosa que podía haber hecho, que le fue imposible contener la embestida de los mil. Estiró los brazos y se arremangó las mangas sueltas para dejar al descubierto las cicatrices de los combates. Según estipulaba la ley persa, hizo una relación de sus logros en el campo de batalla para que se sopesasen con este delito grave.

Hacía diecinueve años había realizado con Ciro el viaje del Mar de Hierba a

Pasárgada; había conducido a los jinetes embozados por la puerta de Ecbatana; había escalado los peñascos en Sardes…

Después de narrar sus veinte años de servicios, Farnaces apeló a Ciro.

–En virtud del pensamiento maligno de un minuto, ¿acaso mi señor el rey apartará a Farnaces de sus camaradas de armas y de las cercanías del lashkargah, su hogar…, ordenará a Farnaces que abandone este sitio y se dirija sin honores a la puerta de una casa, ante la cual tendrá que decir a su familia: «Ciro va no me quiere a su lado»?

Ciro sabía a qué apuntaba Farnaces: aunque lo bajara de categoría, deseaba permanecer en el lashkargah. Después del primer mes de trayecto, Ciro reemplazó a la mayoría de los oficiales de alto rango que no fueron capaces de adaptarse a las severas condiciones de la marcha. Empero, no podía conservar como capitán a un jefe como Farnaces. Instintivamente le habría gustado dar un salto y exclamar que ese único delito estaba olvidado y, sin duda, diez años antes lo habría hecho. De acuerdo con las estipulaciones de la antigua ley persa, ahora debía hacerlo. Pero el aqueménida calculó mentalmente la distancia que lo separaba de Pasárgada: más de cuarenta días en camello (casi 1300 kilómetros). Donde estaban, en medio de pueblos desconocidos, y pese a la lealtad de la mayoría de sus hombres, el ejército se mantenía unido gracias a su autoridad personal. Si pasaba por alto la desobediencia de Farnaces, ¿cómo exigirle a un parto que respondiese de algún delito? Los reclutas partos asistían al juicio desde la ladera de la colina. Ciro meditó y tomó una decisión injusta.

–No –decretó–. Farnaces, del clan de los mardianos y comandante de los mil inflexibles, entregará su mando y partirá hoy mismo rumbo a la ciudad de Ecbatana. Una vez allí se hará cargo de todas las fuerzas armadas hasta que yo, Ciro, diga lo contrario.

Ciro se preguntó fugazmente por qué eligió Ecbatana –centro de los medos– en lugar de Pasárgada. Ecbatana, que era su base, se había vuelto más importante que la ciudad que lo vio nacer. Pensó que allí Farnaces ostentaría el mando supremo con honores y, de hecho, no estaría apartado del ejército.

No obstante, el veterano consideró que era una decisión condenatoria. Intentó hablar, titubeó y arrancó las alas doradas de la cinta que ceñía sus cabellos; dejó caer el escudo al suelo y se alejó en silencio.

Ciro se incorporó rápidamente, sacó el broche del manto que cubría sus hombros y se lo puso a Farnaces. Ese regalo era una señal del favor del rey. Farnaces inclinó la cabeza y siguió su camino. Ciro notó que su larga cabellera rizada estaba salpicada de gris.

Los guerreros persas aprovecharon el alto para celebrar un sacrificio de nuevo año en honor del dios solar en la cumbre rocosa más cercana. Algunos bebieron más

vino del que escanciaron y al atardecer iniciaron la danza ceremonial en torno a las hogueras…, aumentaron de ritmo al son gimiente de las flautas y el redoblar de los tambores hasta que saltaron y brincaron, esgrimiendo las espadas y los escudos. Aunque decían que se trataba de un baile ritual, no era más que la danza de guerra aria que sus antepasados interpretaban después de la victoria.

En el campo de batalla aparecieron seres extraños. Portaban teas, llevaban batas blancas con capuchas y parecían campesinos disfrazados. Por extraño que parezca, buscaron a los corasmianos heridos y les limpiaron la sangre, pero impidieron que el agua manchada cayese sobre la tierra. Mientras actuaban, las figuras de blanco entonaron suavemente una especie de himno.

Cuando Ciro llamó al jefe de los de bata blanca para que respondiese de sus acciones, varios hombres desarmados se presentaron en su tienda. Negaron proceder de un clan, un distrito o el gobierno de un rey.

–Somos, simplemente, la congregación blanca. Hemos venido a curar lo que los *ratheshtaran* han herido.

Ciro tuvo dificultades para entender el habla del este, que en nada se parecía a las lenguas griega, aramea o hebrea. Aunque los jefes persas entendían buena parte de los dialectos arios, los portavoces de la congregación blanca utilizaban palabras antiguas que en el oeste estaban prácticamente olvidadas. Ratheshtaran quería decir «nobles que van en carro» y se refería a la época en que éstos aún se utilizaban. A Ciro no le gustó esa palabra porque estigmatizaba a sus jinetes como miembros de la clase noble.

–¿Quién da las órdenes que obedecéis? –inquirió.

Los portavoces rieron como si se tratara de una broma y replicaron:

–Ciertamente, no es un kavi, un capitán ni un ratheshtara.

En consecuencia, eran hombres sin amo que practicaban un culto de clase baja.

–Decidme, bufones –preguntó el aqueménida al azar–. ¿Obedecéis al profeta Zaratustra?

Los portavoces dejaron de reír y se mostraron pensativos.

–Seguimos el camino que él ha recorrido.

–¿En qué dirección?

Señalaron hacia el este.

–¿Hacia qué ciudad? ¿Hacia Maracanda?

–No, hasta la Ciudad del Oro…, la ciudad que contempla el sol.

El mago había ido en pos del mismo sitio. Esas palabras hicieron que Ciro se acordase de Vishtaspa. Volvió a verse de pie en el Barranco Rojo, junto a los cadáveres de Abradat y su esposa, mientras la suya permanecía a su lado. En aquel barranco Ciro se había lanzado de cabeza con la carga de los jinetes contra los rebeldes, lo mismo que hizo Farnaces en estos altos rojos.

–¿Dónde se alza esa maravillosa Ciudad del Oro? –preguntó de sopetón–. ¿Acaso no es lo mismo que Kangdiz?

Los de la blanca congregación entendieron la palabra que se refería al antiguo castillo de los dioses.

–No –replicaron–. No tenía nada que ver con Kangdiz. Existía realmente a orillas del Traedor del Oro, el Zarafshan, que fluye hacia el gran Río del Mar.

Como no obtuvo información útil de los discípulos de Zaratustra, Ciro los despidió con un regalo simbólico y pensó que, de una manera peculiar, la palabra oro parecía una pista sobre la naturaleza y el paradero del esquivo profeta. El regalo de la gran diosa también era de oro, pero Ciro estaba convencido de que había dejado muy atrás a la deidad y a sus acólitos.

Durante el viaje se orientó mediante un pequeño reloj de sol, a la manera de los caldeos. Los jefes de las caravanas con las que se cruzaron le dieron detalles sobre el territorio que encontraría. Algunas reatas de cargados camellos de dos jorobas procedían de muy lejos, de debajo del nacimiento del sol del estío. Portaban preciosos cargamentos de tallas de jade y marfil, sedas translúcidas y oro. Ciro sabía que se encontraba en la pista de las caravanas que cruzaban Maracanda (Samarcanda). Los guardias montados eran nómadas rechonchos que se parecían a los escitas, pero no hablaban como tales. Los propietarios hicieron ofrendas al gran monarca, pues pensaron que era lo que correspondía. Ciro les aseguró que no haría falta vigilar sus mercancías en el camino hacia el oeste, que era el que acababa de recorrer. A partir de ese momento sería seguro viajar por la vía real. Para gran sorpresa de Ciro, el jefe de una de las caravanas que se dirigía al oeste le dijo que había atravesado la cabecera del Río del Mar. Señaló hacia el norte del amanecer estival, la misma dirección que Vishtaspa había aconsejado no tomar a los persas. El hombre añadió que el río llevaba ese nombre porque realmente desaguaba en un mar desconocido, al norte del campamento del gran rey.

Cuando llegaron al Río del Mar, los persas ya no pudieron pensar en otra cosa.

El terror de las Arenas Rojas

No estaban preparados para ver el río porque habían superado los límites del imperio meda. Además, su meseta natal sólo contaba con pequeños torrentes de montaña, alimentados por las escasas lluvias. En consecuencia, el agua fluyente poseía una importancia casi mística para los persas. Ante su mirada incrédula un inmenso río gris, un gigante de las aguas, discurría majestuosamente por la seca extensión de una llanura. Se trataba del Amu Daria…, ¡el Río del Mar!

Con ayuda de un arco parto, el arquero más potente sólo logró lanzar una flecha que abarcaba la quinta parte del ancho del Amu Daria. El caminante más resistente no logró seguir el ritmo de la corriente. Los ingenieros midieron el nivel de aguas más alto en las orillas erosionadas y calcularon que, en la crecida, aumentaba la mitad de su volumen. Esa inmensidad acuática no procedía de una fuente visible y discurría hasta un final desconocido, todo lo cual fascinó a los persas.

Un guerrero juró que era el río gemelo del Nilo, el que sustentaba la vida en Egipto. Ciro pidió a sus naturalistas que explicasen el milagro del Amu Daria. Apuntaron la conjetura de que debía nacer en las lejanas montañas, donde se acumulaba la nieve y que sin duda se vaciaba en algo más grande que un lago, en un mar interior como el de Hircania. Probablemente de allí procedía su nombre: el Río del Mar. De hecho, mientras se desplazaban a lo largo del río rumbo norte, los persas tuvieron que desviarse alrededor de bahías y pantanos, pues el Amu Daria formaba un delta en la inmensidad del llano.

–Aunque tenéis un tesoro, no lo embridáis para aprovecharlo –dijo Ciro a los ribereños.

–¿Y quién seria capaz de embridar el río? –replicaron–. No, fluye por donde quiere.

Los ribereños eran el pueblo corasmiano. Moraban en aldeas de arcilla y paja y cultivaban unas pequeñas parcelas en los bordes de los pantanos pues sus asentamientos eran arrasados por las riadas o se quedaban secos cuando los brazos del Amu Daria cambiaban de canal. Pese a que no creían en que su infortunio procedía del Destino –como los bárbaros griegos–, los corasmianos eran tan sumisos como los caspios de la Ansan ancestral de Ciro. Explicaron que ninguna caravana seguía la ruta que bordeaba el río porque por el norte conducía a las estepas de los nómadas a los que llamaban dahianos, que significa, simplemente, enemigos.

A Ciro lo exasperó contemplar ese caudal de agua que abarcaba el territorio

corasmiano sin que nadie le hiciese caso. Aseguró a los jefes de las aldeas que era posible embridar el río y mantenerlo dentro de canales para regar una inmensidad de campos y bosques de madera dura. Señaló que, en el caso de hacerlo, el pueblo corasmiano estaría en condiciones de construir moradas de piedra y madera y que, si prosperaba, las caravanas comerciales buscarían sus asentamientos. Los corasmianos le respondieron que si enriquecían la tierra y a si mismos, los dahianos los asolarían.

–Los dahianos de los que habláis deben ser parientes de los nómadas escitas –comentó Ciro–. A partir de ahora los expulsaré de las tierras que están bajo mi gobierno.

Se acordó de las incursiones de los bestiales cimerios que, después de años de terror, fueron rechazadas por Ciaxares el medo. Ese territorio de seres derrotados que vivían un poco mejor que sus animales junto a un río incomparable podía convertirse en la primera satrapía del este, en un nuevo dominio aqueménida.

Por esos motivos –y, sobre todo, porque representaba un desafío–, Ciro puso en marcha su intento de controlar al gran Amu Daria. Tenía la costumbre de intentar lo que parecía imposible y de encontrar el modo de lograrlo, pero el río se convirtió en un adversario insaciable.

Los ingenieros eligieron una cuenca ancha de la salida porque era posible embalsarla. Podían convertirla en un lago y el flujo saliente discurrir por canales que, a su vez, crearían un delta de pantanos. El embalse propiamente dicho los desafió durante mucho tiempo. A diferencia de la tierra de Susa, la arcilla de Corasmia no servia para hacer ladrillos cocidos. Los persas diseñaron nuevos hornos para dar mayor calor a la cocción. Convocaron a miles de campesinos para realizar la tarea, pero no encontraron material bastante resistente para retener el fluir de las poderosas aguas.

Transcurrieron meses mientras Ciro, sus huestes y los lugareños se dedicaban a trabajar en el río.

–Nada sirve –comunicó finalmente a Ciro el medo que era el más viejo de los ingenieros–. El enladrillado no resiste. Para esta obra sólo sirven la piedra caliza dura o el granito…, montados sobre asfalto.

–Pues hazlo así.

El veterano ingeniero agitó las manos y protestó:

–Al monarca aqueménida le resulta muy fácil decir «hazlo». En este desierto no he visto huellas de piedras duras ni de asfalto. –Señaló hacia el sur del este–. El granito más próximo se encuentra en las canteras de Maracanda, hacia allá. Representa veinte días de viaje. –Señaló hacia el oeste–. Seguramente el asfalto más próximo está en la otra orilla del Mar de Hircania, donde arde el fuego eterno. Ignoro a qué distancia está de aquí.

–A noventa días, si hablamos de bestias cargadas –le informó Ciro y evaluó el problema–. La gran ruta de las caravanas de Maracanda a Rhagas cruza nuestro

río no muy lejos de aquí, hacia arriba. Reúne conductores, sube hasta la carretera, visita las postas, llévate los camellos de tiro y los carros de cuatro ruedas tirados por caballos. Los carros de bueyes de los campesinos son muy lentos y no pueden desplazarse por la arena suelta. Por orden mía, reclama el pago del transporte a Vishtaspa sobre sus tributos del año próximo. ¡Y no vuelvas a decirme que nada sirve, más bien busca algo que dé resultado!

Transcurrió otro año nuevo antes de la llegada de los primeros cargamentos de asfalto negro. De todas maneras, los ingenieros iranios cavaron para colocar los cimientos laterales del embalse y rellenaron las excavaciones con piedra triturada. Ciro y los asvaran exploraron el mar en la desembocadura del río y descubrieron el motivo por el que llevaba ese nombre: el Mar de la Isla (Aral). Sus aguas azules eran poco profundas y estaban salpicadas de incontables islas de arcilla y roca. Los científicos de la expedición llegaron a la conclusión de que en una era remota, sólo conocida por los dioses, esos mares interiores habían estado unidos y llegaban hasta las grandes cordilleras.

Al cruzar la divisoria de las aguas y contemplar un nuevo horizonte, Ciro pensó que todo eso también formaría parte de su dominio. Varias generaciones antes sus antepasados habían errado por esos llanos vírgenes en busca de animales de caza o de botines; y ahora él, el primer rey civilizado de los arios, no retornaba a las extensiones indómitas para saquear, sino para regirlas.

Estaba muy orgulloso de sí mismo cuando percibió la proximidad de dioses hostiles.

Los pescadores del Mar de la isla lanzaron la voz de alarma. Dijeron que, una vez más, el enemigo procedía del norte. Al regresar al campamento a orillas del río, Ciro lo encontró atestado de familias de los asentamientos del este que se habían refugiado allí. Dos nobles del territorio de Maracanda lo buscaron de inmediato.

Eran portavoces de la ciudad de las caravanas y explicaron que las hordas nómadas avanzaban hacia los asentamientos, dispersaban los rebaños –porque eran tan irreflexivos como los animales–, ataban con cuerdas a las mujeres y a los niños pequeños pero fuertes y asesinaban a todos los demás. El camino de los nómadas quedaba señalizado por el humo de las granjas incendiadas y las familias supervivientes se apiñaban en las fortificaciones de Maracanda.

Los invasores eran masagetas, seres endemoniadamente implacables. Los portavoces explicaron que ese año los jefes de los nómadas no aceptaron un rescate a cambio de salvar a la ciudad. Los jefes masagetas trasladaron sus mujeres y sus carros y juraron a la gran diosa que le ofrendarían la incendiada Maracanda, donde sacrificarían mil caballos y mil cautivos a su insaciable deidad.

Pese a todas las expresiones de temor, Ciro y los persas sospecharon que la incursión tenía cierta fuerza y que tal vez se dirigía al rico saqueo de la ruta de las caravanas. Ciro pidió a los oficiales que reuniesen a los guerreros corasmianos montados, a los hircanos, a los partos y a sus propios regimientos y que cada jinete

llevase en las alforjas alimentos para una semana. Ni un solo carro de provisiones acompañaría al ejército.

–Encontraremos suficientes alimentos en los carros de los miembros de las tribus –concluyó–. Puesto que han traído sus mujeres y sus carros, se les presentará la desventaja de tener que defenderlos, mientras que nosotros podremos movernos a voluntad.

Recordó a las guerreras sármatas que en el Mar de Hierba habían intentado proteger sus sepulcros. No condujo el lashkargah reforzado a Maracanda porque la gran ciudad estaría a salvo si lograba expulsar a los nómadas, mientras que si introducía al ejército en Maracanda, podría ser asediado por los arqueros a caballo de las estepas, luchadores peculiares pero peligrosos.

Ciro puso rumbo este mediante largas marchas, a fin de cruzar la llanura llamada Arenas Rojas en virtud de su seco terreno de loes. Esa tierra erosionada se levantaba en oleadas como la marejada en medio de una tormenta, si bien la raída hierba de primavera permitió pastar a los caballos. El disciplinado ejército de un estado civilizado hizo frente a los nómadas en las estribaciones de las afueras de Maracanda.

Aquel día el aqueménida saboreó la amargura de la derrota. Los guerreros esteparios no se presentaron en formación. Se lanzaron como manadas de lobos sobre las olas de tierra. Protegidos por sus pieles y sus cueros y a lomos de caballos peludos pero veloces, arremetieron masivamente contra los persas que lanzaban flechas y se separaban para rodear los altozanos. Las flechas atravesaron los escudos y las escamas metálicas de las túnicas que cubrían los cuerpos.

Como si fueran animales, los masagetas parecían insensibles a las heridas. Sangrantes, azuzaron a sus monturas a la carrera para no separarse de sus compañeros. Reclinados en las sillas de montar, eran un blanco difícil para los potentes arcos persas, el mejor arma de los asvaran. En lugar de lanzar gritos de guerra, emitían un ulular ronco que expresaba su cólera y su júbilo. El oro resplandecía en los brazos y los cuellos de los jefes. El polvo arremolinado los cubría y salían inesperadamente de los nubarrones para asestar duros golpes a las filas de soldados. Cuando cien jinetes persas se lanzaron sobre los nómadas, éstos se separaron justo delante de la embestida y la acosaron a flechazos desde los flancos.

A media mañana, mediante gritos y un cuerno de señales Ciro ordenó el repliegue de sus regimientos. Preparó la resistencia en un valle largo y poco profundo. Aunque estaban protegidos del enemigo gracias a una elevación cubierta de maleza, Ciro se percató de que vigías ocultos seguían las maniobras de los guerreros persas. Sabía que había perdido demasiados efectivos y que era inútil librar un combate a la manera de los nómadas. Los masagetas debieron de

observar su aproximación. Recordó un dicho del astuto Hárpago, según el cual el valor irreflexivo era fatal para los guerreros. Durante un rato, mientras los masagetas decidían su siguiente operación, Ciro dejó que sus efectivos volvieran a sus puestos en medio de las órdenes de los capitanes, al tiempo que los caballos recuperaban el resuello. En cuanto estuvieron prestos, recorrió la columna de cabo a rabo.

A medida que los comandantes de los regimientos se acercaban a medio galope, Ciro les ordenaba que lo siguiesen.

–Con los arcos en sus estuches –ordenó– y las lanzas en la mano. Nadie debe tensar su arco ni arrojar la lanza. Ningún ciento puede separarse de su millar. –Bajo un penacho de plumas blancas, Ciro llevaba una diadema enjoyada que centelleaba cuando le daba el sol: un casco pobretón pero fácilmente visible–. Seguid esto –añadió animado y lo alzó–. Vamos donde sólo cabalgan los valientes y huyen los cobardes. Esta vez alcanzaremos la victoria.

Aunque no era más que una afirmación azarosa, Ciro sabía que exaltaría a sus hombres…, del mismo modo que supo que, desconcertados por su repliegue, los nómadas estarían esperando con sus bandas para averiguar qué dirección tomaban los persas.

En consecuencia, cuando galopó hacia la cabeza de la columna, lo hizo con un medio galope lateral. Un círculo de lanceros lo rodeó para protegerlo. Cualquiera que mirase supondría que los persas retrocedían hacia su campamento. Empero no tenían el bagaje acampado. Ciro hizo avanzar a medio galope a su nisayano. Contaba mentalmente los minutos, intentaba calcular qué harían los jefes nómadas en ese lapso y cuánto tardarían en reunirse para atacarlo. A medida que contaba, notaba que a sus espaldas se aceleraba el ritmo de los cascos de los caballos.

Condujo la columna alrededor de la elevación y frenó el corcel de cara a los masagetas.

Como sospechaba, los nómadas estaban a la vista y sus oscuras masas se fundían. Ciro soltó las riendas y el experimentado nisayano bufó y galopó hacia el enemigo. Tras él los comandantes desplegaron los regimientos hasta formar un frente de batalla. Éste avanzó con las lanzas en la vanguardia. En un primer momento, los nómadas cedieron lentamente terreno para formar sus manadas, pero no contaban con las espadas ni las lanzas de los jinetes aqueménidas, no tenían la voluntad de resistir y luchar cuerpo a cuerpo. La carga persa los traspasó.

Las oscuras manadas de masagetas se alejaron, cada vez más distantes y a mayor velocidad. Ciro contempló por primera vez el campamento de los nómadas, con los carros fijos, las bestias sujetas con ronzales, las masas de rebaños y de cautivos. Al girar en esa dirección, los masagetas galoparon entre los persas y el campamento. El ulular se convirtió en cólera frenética mientras se esforzaban por repeler el ataque y caían.

Desalentados por esa embestida a la que no pudieron hacer frente, los nómadas

se separaron e intentaron salvar sus propiedades o sus mujeres que, entre los carros, esgrimían ferozmente los arcos. En cuanto iniciaron la escapada, no hubo fuerza que volviese a reunirlos.

Al caer la tarde los masagetas habían desaparecido en bandadas en dirección al horizonte norteño. Ciro puso fin a la persecución antes del crepúsculo para regresar al desordenado campamento, liberar a los cautivos de sus ataduras y rodear al ganado aterrorizado. Los carros de los masagetas estaban llenos a rebosar de productos del campo. Las mujeres liberadas de la esclavitud lloraron de alegría y corrieron a las fogatas a preparar comida para los agotados guerreros. Ciro desmontó –hacía catorce horas que no se apeaba del caballo– para comer un poco de requesón y orejones de albaricoque remojados en un cuenco. Preguntó a sus hombres:

–¿Es que no os dije que encontraríamos la cena en los carros nuestros enemigos?

–¡Pues sí que es verdad! –gritaron admirados–. ¡Es la pura verdad que eres nuestro profeta y nuestro pastor y que nos conduces de la penuria a la abundancia!

Ciro no les recordó que aquel día habían estado al borde del desastre. Lamentó que esa noche su hijo o su esposa elamita no estuviesen a su lado, pues habría compartido con ellos sus pensamientos. ¿O los habría guardado para si? Amitis había cambiado su actitud hacia él desde la matanza en el Barranco Rojo. Como el gentío que lo rodeaba estaba pendiente de sus palabras, alzó los brazos hacia el cielo cada vez más oscuro.

–Ahí arriba brillan las siete estrellas guardianas que cuidaron de nosotros. ¡Seguro que nos guiarán a nuevas victorias!

El desplazamiento de las fronteras

Cuando Ciro entró triunfal en Maracanda, los agradecidos mercaderes de la ciudad de las caravanas celebraron una jubilosa fiesta en los jardines colgantes adornados con alfombras e iluminados por farolillos que pendían de los frutales. Acomodaron al aqueménida en un sillón de plata, con seda bajo los pies. Los poetas lo alabaron como alguien superior a Aquemenes, como a un hermano de Jamshid, el que conquistó a los demonios del norte. Su espada dadora de muerte, loaron los poetas, supuso una victoria memorable de los héroes del Irán sobre los antiguos enemigos de Turán. Fue una victoria, entonaron, que hasta ese día ningún mortal había conseguido.

Mientras escuchaba pacientemente, Ciro pensó que aquel día había estado demasiado preocupado para retirar su espada de la funda llena de adornos y que conseguir una victoria decisiva sobre los sármatas y los masagetas sería más difícil que controlar el Amu Daria.

Embriagados por el vino y el alivio, los magnates de Maracanda se apiñaron en torno a Ciro para rendirle pleitesía como rey y jurar que le erigirían como morada un palacio de jade y calcedonia; lo llenarían de plata con el peso de diez talentos que irían a parar a su tesoro y podría elegir entre sus doncellas nobles para sus placeres. Ciro agradeció sus buenos propósitos y les pidió mil camellos de dos jorobas, un millar de carros tirados por bueyes, mil artesanos y otros tantos guerreros jóvenes y valientes. Añadió que todo eso lo ayudaría a acometer el trabajo que pretendía realizar en Maracanda.

Por su parte, convirtió a Maracanda en la capital de una nueva satrapía: Sogdiana. Era el antiguo nombre del inmenso territorio que se extendía entre los dos caudales del este: el Río del Mar y el Río de las Menas. Nombró un sátrapa sogdiano para que gobernase en su nombre. En el este, como había ocurrido con Vishtaspa, dejó el gobierno en manos de un noble local. En el oeste había reemplazado a Astiages, a Creso y a otros por persas, medos o armenios de confianza.

–Hace pocos días me pedisteis ayuda para defender las murallas de vuestra ciudad –dijo a los nobles de Maracanda–. Desplazaré vuestra frontera un mes de travesía hacia el norte. A partir de ahí podréis proseguir vuestro comercio en paz, pues creo que es lo que mejor sabéis hacer.

Para los mercaderes de Sogdiana era novedosa la idea de defender sus murallas y la ruta de las caravanas alejando a sus enemigos, los nómadas. En su fuero interno pensaron que el soberano persa jamás lo conseguiría. Yen un año lo logró.

Condujo a todos los campamentos nómadas hacia el norte, al otro lado de la barrera del ancho Aral y del Syr Daria, el Río de las Menas. Dicho caudal trazaba un alto recorrido de mil kilómetros desde las altas cumbres de Maracanda y desaguaba en el Aral. Los nómadas no seria capaces de vadear semejante barrera ribereña y podía impedir que la cruzaran en balsas o en pieles de animales infladas. Para montar guardia sobre el Syr Daria, Ciro construyó siete fortalezas –tantas como las siete estrellas– y estableció postas de caballos en el sendero que las enlazaba. A modo de control de la nueva frontera, hizo erigir una población fortificada a la que llamaron ciudad de Ciro o, simplemente, Cira. Esas avanzadas advertirían en seguida de toda incursión o invasión y así podrían organizar el ejército defensor en Maracanda.

Un año después del establecimiento de Cira los ingenieros completaron el puente sobre el otro río, el Amu Daria. En época de crecidas se llenaba la represa situada detrás del nuevo embalse de piedra; cinco compuertas liberaban el agua por cinco canales que regaban las tierras de labrantío que llegaban hasta el mar. La satrapía de Corasmia controlaba las aguas y cobraba impuestos a los asentamientos que se beneficiaban del riego. Ciro dijo que si no pagaban impuestos no recibirían agua.

La mañana de su partida del llano Ciro recibió una advertencia. Se despertó antes del alba, consciente de que alguien había entrado en su tienda y pensó que era un ayudante que se ocupaba de las alforjas, ya que siempre se ponía en marcha con las primeras luces. A su lado nadie se movió y en medio del silencio oyó que los guardias hablaban en voz baja junto a la entrada.

Reparó en la oscuridad que contrastaba en la penumbra del pabellón. Inmóvil en el jergón, Ciro distinguió una figura en pie que no se movió. La palidez de un rostro apareció por encima de un cuerpo vestido de negro y Ciro tomó aire para llamar a gritos a sus hombres. En ese momento la figura le habló con palabras que apenas comprendió. *Por segunda vez…, llevó el mal… al pueblo de ella, que no le hizo ningún daño.*

Esa voz medida no pertenecía a un ser humano. Le recordó a Timiris colérica; Ciro pensó en la gran diosa y se dispuso a levantarse. Segundos después forcejeó con un cuerpo que se agitaba, aferró un brazo y sintió un aliento ardiente junto a su rostro. Ciro tensó los hombros y repelió a su rival. La figura se esfumo. El aliento desapareció.

Había algo caído en la estera, a sus pies. Lo buscó a tientas y aferró el metal blando de una daga pesada. Franqueó la cortina de la entrada para pedir explicaciones a los dos guardias lanceros que lo miraron azorados.

–¿Quién salió antes que yo? –inquirió.

Los jóvenes guerreros intercambiaron una mirada y uno explicó que sólo era

una mujer cubierta por un manto, una mujer rubia con la cabellera al viento.

–¿La viste entrar?

Los guerreros respondieron rápidamente al unísono:

–No, no entró durante nuestra guardia.

Los jóvenes miraban la mano derecha de Ciro. En el resplandor de la lámpara Ciro se dio cuenta de que esgrimía una daga de color oro profundo y percibió con los dedos la conocida imagen de Ishtar y la leona. Se había desprendido de ese don de la diosa hacía mucho tiempo, en el Mar de Hierba, después de la matanza de Vartan. Había ocurrido después del saqueo de la tumba sármata y de desafiar a la princesa Timiris.

Ningún deva de la diosa lo había visitado; estaba casi seguro de que había sido un sármata y tal vez la propia Timiris, que manifestaba su odio, que se colaba embozada en los últimos instantes de oscuridad, cuando el campamento empezaba a volver a la vida. La cólera dominó a Ciro y gritó:

–¡Perros de guardia ciegos, permitís que una moza nómada pase junto a vuestro puesto!

Otros efectivos se acercaron armados y Ciro ordenó que sacrificasen a los jóvenes guardias con sus propias lanzas, orden que cumplieron en el acto. Cuando se calmó, Ciro se arrepintió.

Los guerreros muertos habían supuesto que la bella mujer que salió de su pabellón antes de las primeras luces había abandonado su jergón después de darle placer durante la noche. Tal vez la diosa, protectora de las mujeres, los había hechizado en ese instante.

El peligro de las cumbres

Una nadería atrajo al aqueménida hacia el este. Al dirigir su corcel hacia el amanecer, satisfizo su propio anhelo de buscar nuevas tierras. Tomó esa dirección a pesar de que el cuarto invierno de la travesía tocaba a su fin y de que los correos presentaban apremiantes súplicas para que el monarca y el ejército regresasen a Ecbatana.

No fue más que la aparición de los criados de la congregación blanca, que se llevaron los cadáveres de los guardias sacrificados para enterrarlos.

–Se apiñan como los milanos ante la carroña –protestó el envejecido Emba.

Exasperado, Ciro ordenó que los mendicantes blancos se presentasen ante él.

–No obedecéis a capitán ni a kavi alguno y os jactáis de vuestra Ciudad del Oro, en la que aparentemente siempre brilla el sol. Ha llegado el momento de que me guiéis hasta ella. Tengo suficiente plata, pero necesito oro. ¿Dónde queda ese sitio cuyo río se llama Traedor de Oro?

A decir verdad, Ciro necesitaba llenar los cofres del tesoro porque ahora debía mantener los regimientos de los pueblos orientales. La daga de Ishtar, de oro puro, se lo recordó.

Al igual que las gentes de Corasmia, los mendicantes blancos se rieron como si compartieran una broma que superaba la comprensión del aqueménida. Un miembro de la congregación blanca dijo:

–Un leproso que se arrastra puede encontrar nuestra ciudad y ponerse en pie, una paloma con las alas rotas puede sobrevolarla, pero un monarca de la tierra jamás la encontrara.

–Ese tipo de acertijos no tienen solución –opinó Ciro–. Pretenden ocultar la verdad, que es lo que me propongo descubrir.

Ordenó que al portavoz –el más poderoso y divertido de los mendicantes blancos– le ataran los brazos y lo montaran sobre un animal de carga para que acompañase al ejército. El mendicante dijo llamarse Haddu y no reveló el nombre de su padre. No se amilanó porque lo hubiesen atado para servir de guía. Ciro ordenó que la marcha subiría por el Amu Daria hacia el este. Estaba convencido de tener dos pistas sobre el secreto que la congregación blanca guardaba. Sin duda, las caravanas trasladaban el oro desde una región del este y en Corasmia la congregación blanca había llamado Zarafshan al río de su tierra, caudal que era el Traedor del Oro que desaguaba en el Amu Daria. Probablemente quedaba en la cabecera del río, que los científicos persas consideraban muy lejana, seguramente en las altas cumbres donde se acumulaba la nieve.

El ejército inició la marcha de buena gana porque los veteranos gustaban de ir en pos de tesoros y porque a esa altura todos acataban a Ciro. En campo abierto sus deseos personales se convertían en ley.

En seguida dejaron el camino de las caravanas y siguieron el gran río a través de las colinas de loes rojo, a través de las gargantas cada vez más estrechas, rumbo a las cimas en las que no hallaron moradas. Escalaron las estribaciones de montañas tan inmensas que las nubes ocultaban las cumbres. El frío aumentaba a cada día que pasaba.

Haddu se tornó temeroso. Acabó por arrodillarse ante Ciro y le suplicó que emprendiese el regreso.

–¿Hacia dónde? –preguntó el soberano–. ¿Qué camino conduce a tu casa?

Profundamente perturbado, Haddu bajó la cabeza.

–Gran rey de muchos, quizá no puedas atravesar estos valles. Emprende el regreso antes de que las nieves te corten el paso.

No volvió a referirse a los leprosos que se arrastraban. Ciro se percató de que los pocos pájaros que vio eran pájaros de alas anchas o cuervos; los árboles eran pinos enanos doblegados por el viento. Un sendero se elevaba sinuosamente junto al río menguante. Animales y hombres de a pie lo habían vadeado y sin duda atravesaba las montañas. ¿A dónde iba?

En lontananza y por encima del ejército que ascendía, el río formaba una sonora catarata. El estrépito iba y venía con el viento, como el rugido de una bestia enfurecida. Ciro experimentó casi físicamente la cólera de esas alturas, más elevadas que las montañas de Pasárgada.

Caía el día cuando un fuerte viento despejó la cubierta de nubes que rodeaba el ejército persa. Desde las honduras del barranco el polvo se arremolinó e interpretó una danza demoníaca. Por encima del barranco aparecieron excelsas cimas envueltas en nubes. Con el aleteo de los vientos la nieve se agitaba en las cumbres y bailaba su propia danza.

Casi cegados, hombres y animales se aferraron a las piedras del sendero y se inclinaron para ampararse del viento. Daba la impresión de que la tierra plana había girado para elevarse sobre ellos y descender hasta profundidades ocultas. Haddu aseguró que el viento desataría una tormenta.

Atardecía cuando el viento cesó y avistaron el cielo tras las cumbres de la montaña. Los rayos parejos del sol deslumbraron de sopetón a los integrantes de la marcha. El firme azul del cielo dejó de ser benéfico para tornarse amenazador. El sendero se dividía al separarse del barranco, una pista subía hasta la catarata y la otra trazaba un círculo a la derecha. Los jefes hircanos de los jinetes de avanzada retrocedieron para preguntar a Ciro qué camino tomaban y éste no supo qué responder. Todos se habían puesto las capuchas de fieltro y arropado con los mantos para protegerse del frío atenazador. Ciro convocó a todos los comandantes a evaluar la situación junto al único fuego que sus sirvientes lograron encender con

la escasa leña que encontraron.

–La tormenta está cerca de nosotros –advirtieron los montañeses.

–En ese caso, soltad al prisionero Haddu y fijaos a dónde va –ordenó.

Como ante esas situaciones de peligro estaban autorizados a dar su opinión, los jefes de las tribus y los oficiales –por turno, de mayor a menor– dieron rienda suelta a sus temores: los dioses desconocidos de esas alturas les cortaban el paso; los queridos corceles nisayanos no sobrevivirían tres días más sin forraje; ya no sabían qué camino seguir ni qué pueblo los esperaba al otro lado de las cumbres. Ciro llegó a la conclusión de que sus hombres estaban atenazados por dos preocupaciones: temían por los caballos, sin los cuales quedarían inermes y de a pie, y por la frialdad del sol, morada de Ahura, dios de los arios. Todos soñaban con el regreso.

Ciro no dio su opinión hasta que cayó la noche y las cumbres blancas resplandecieron como espectros. Preguntó por dónde había escapado el mendicante.

–Haddu se largó por la pista de la derecha –replicó a regañadientes un oficial.

Ciro se alejó del resplandor de la hoguera, trepó a una saliente rocosa y miró en esa dirección, hacia el sur. En medio de la más absoluta oscuridad brillaba un único punto luminoso. Podría haber sido una lámpara solitaria y cercana o una gran fogata lejana. Como no se movía, los persas dedujeron que se trataba de una hoguera encendida en una cumbre lejana. En ese caso debían de alimentarla seres humanos.

–Pese a que juró que jamás nos guiaría, involuntariamente es lo que el mendicante ha hecho –observó Ciro.

–Pero no involuntariamente –intervino el oficial taciturno–. Cuando le corté las cuerdas me aconsejó que emprendiera el regreso por el camino porque, de lo contrario, mi cuerpo se convertiría en alimento de los milanos.

A Ciro se le ocurrió que el oficial hircano se había inventado ese comentario pues deseaba regresar a su tierra. Un persa jamás habría mentido.

–De todas maneras, hemos avistado una almenara y podemos seguirla –añadió tajante–. Que vuestros miles descansen y duerman si pueden. Con las primeras luces el lashkargah marchará hacia el sur, en dirección a la almenara.

Antes de la partida, la luz de las estrellas palideció y quedaron rodeados por copos de nieve. Ciro reparó en la fuerza de la ventisca, despertó inmediatamente a sus seguidores y cogieron el camino de la derecha. Como se temía, la nevada ocultó la luz lejana. Avanzaron a pie con el viento a las espaldas, arrastrando a los caballos y pisando el sendero como ciegos.

Donde gobernaba Zaratustra

Al segundo día descendieron a un valle cubierto de nieve, donde los animales se alimentaron de líquenes y brezo. Esa noche los efectivos durmieron alrededor de fogatas protegidas por espesos pinares. Ciro ordenó un alto en el camino para que los rezagados por la nevisca llegaran hasta las hogueras. Los enfermos y los grupos nómadas no se sumaron a la columna militar y para entonces el ejército se había convertido en un conjunto de nómadas famélicos. Sólo pensaban en una cosa: llegar a la almenara que brillaba intermitentemente en medio de la tormenta. Al tercer día la nevada cesó, volvieron a sentir el calor del sol y oyeron que el agua discurría a sus espaldas.

El valle se ensanchaba y descendía hasta una llanura fértil en la que rutilaba el agua de un lago. Cuando se volvió para contemplar las blancas cumbres que habían dejado atrás, Ciro comprendió que sus seguidores no podrían desandar lo recorrido mientras durase el invierno. Los persas avanzaron por el sendero que se convertía en un camino de carros y tropezaron con extraños compañeros de viaje, ya que eran ciegos o tullidos. Éstos alzaban sus rostros hacia el calor y gritaban que, aunque no pudiesen verlo, si percibían el sol. Un patriarca envuelto en pieles y que se arrastraba apoyándose en un báculo gritó que habían ingresado en el reino del sol. A su lado un leproso avanzaba a rastras y se abstenía de tocar a su compañero.

Ciro preguntó a los tullidos quién gobernaba ese reino.

–Nadie, ni kavi ni rey –replicaron–. Estamos en la tierra de Zaratustra.

–¿Y dónde está Zaratustra?

Como un solo hombre, los enfermos señalaron una cumbre azul que se alzaba al otro lado del valle.

–¡Allá!

–Allá, ante el fuego de Bactria –añadió el leproso con autoridad.

Ciro dedujo que ese fuego podía ser la almenara que habían seguido en medio de la tormenta. A medida que avanzaba, el gentío semejante a una peregrinación aumentaba y sus preguntas recibieron respuestas desconcertantes. ¿Dónde estaba el templo, la morada de los dioses? Le aseguraron que no podría encontrarlo porque no existía. ¿Dónde quedaba el sitio de los sacrificios? En ninguna parte, afirmaron los peregrinos. ¿A dónde iban? A renovar sus vidas.

Hasta entonces el aqueménida no había entrado jamás en un país que careciese de templo o altar de sacrificios atendido por sacerdotes. Al pasar frente a una choza situada a la vera del camino, Ciro frenó para observar a un hombre robusto que se

ocupaba de palomas y faisanes enjaulados. Dedicado a entablillar el ala de una paloma, el hombre mantuvo el rostro oculto, pero Ciro reconoció a Haddu y gritó:

–Dijiste la verdad sobre los leprosos y los pájaros de alas rotas. Debes reconocer que yo, el rey, he encontrado el camino hasta este valle de…, de Bactria.

–¡Que Ahura Mazda evite los males de tu llegada!

Haddu se inclinó en silencio sobre su paciente emplumado y segundos después Ciro azuzó su caballo. Pensó que el mendicante renovaba la vida del pájaro, como si tuviera importancia. Entretanto, sus hombres aliviaban el hambre con leche fresca y carne, y sus caballos se alimentaban de ricas pasturas. Antes de llegar al final del gran valle, Ciro y sus científicos dedujeron que la profundidad le proporcionaba calor en invierno y que las enormes murallas de nieve le ofrecían incesante agua y los protegían de invasiones. Puesto que la congregación blanca se había esforzado por ocultar el camino de entrada, debía de existir otra salida escondida. A la vista de los desconocidos, la cadena montañosa no era más que una barrera, pero los habitantes conocían los desfiladeros que atravesaban las cumbres.

Aunque hablaron convencidos del valle de la paz, los pobladores apenas se refirieron a lo que había hacia el este. Hablaron sucintamente de las tierras allende las montañas. Mediante un paciente ejercicio de persuasión, Ciro se enteró de que la cabecera del río Indo conducía a ciudades que en la antigüedad habían sido prósperas. Ciro soñaba con seguir explorando esa India. Supuso que los bactrianos comerciaban con los mercaderes del valle del Indo, pues en sus hogares tenían muchos artículos exóticos y telas raras. Los médicos utilizaban remedios desconocidos incluso en Babilonia, pese a que en la escritura eran tan hábiles como Ciro. Esas gentes parecían proceder de muchas tierras, tal vez eran refugiados y todos se habían unido para proteger sus secretos de Ciro.

Cuando buscó la ciudad –convencido de que allí encontraría a los verdaderos gobernantes del territorio–, se topó con cacerías que pendían de las laderas como nidos de pájaros de un gran árbol. En todas partes le ofrecieron comida fresca en vasijas de oro y los portavoces de las aldeas insistieron en que no pagaban impuestos a un tribunal ni a templo alguno.

Ciro no les creyó y preguntó:

–¿Para qué extraéis tantas cantidades de precioso oro si no lo aprovecháis?

Los bactrianos replicaron que utilizaban el metal blando para fabricar recipientes finos que utilizaban en sus hogares. Estaban orgullosos de sus orfebres y llevaron a uno de los maestros artesanos a la presencia de Ciro para que le mostrase una prueba de su oficio: un caballo alado en miniatura, que brincaba con la cola y las crines al viento. Cada pluma permitía ver las alas extendidas. No había una sola estatua tan natural ni tan perfecta en los detalles en todo el tesoro del rey Creso. Ciro lo deseó y preguntó al orfebre qué pedía por el caballo alado, pero el hombre se negó a venderlo, dijo que lo había creado para regalarlo a Ahura Mazda y que no podría hacer una réplica.

–¿Por qué no dejas tu ofrenda en el santuario de Ahura? –quiso saber Ciro.

–¿En el altar del fuego? –El orfebre barbado negó con la cabeza–. No. Zaratustra dijo que el santuario del sabio señor está en cada hogar o en ninguna parte.

Esos enigmas exasperaban al aqueménida. Pese a que ocultaron el santuario, los bactrianos no guardaron el secreto sobre la fuente de su oro. En lugar de extraerlo de las minas, lo criaban de las arenas del río que fluía del lago, al que llamaban Zarafshan. Ciro recordó que el Zarafshan desaguaba en el Amu Daria y supo que debía de existir una segunda vía para salir del valle, expedita en invierno y probablemente utilizada por las caravanas que trasladaban mercancías exóticas de India a fin de cambiarlas por el oro de Bactria. En ese momento se preguntó si el aparentemente corto de entendederas de Haddu no había sido más listo que él cuando fingió creer que el largo y peligroso sendero que atravesaba las altas cumbres era el camino de Bactria.

Desde el primer momento Ciro supo que esa tierra sin autoridad visible era más benévola que el paternal reino de Ansan. No contaba con siervos caspios ni con esclavos de la costa griega. El tesoro de oro podía ser superior a los lingotes guardados en la cámara de Creso; sin embargo, esa riqueza estaba dispersa en las aldeas. Los campos de cultivo del valle estaban bien arados y los rebaños disponían de excelentes pastos en las laderas. El lago era un depósito autónomo de agua. Sus persas ya hablaban del lugar como de un auténtico paraíso, pero las jóvenes bien proporcionadas ni siquiera miraban a los forasteros.

Parecía imposible que llevaran una vida tan buena sin una autoridad inflexible…, pese a las protestas en sentido contrario de los habitantes. Sin duda, ocultaban esa autoridad a los extraños. El inquieto Ciro no tenía paciencia para resolver misterios y en sus preguntas y paseos aparentemente inútiles redujo el enigma a dos factores desconocidos: el esquivo profeta Zaratustra y el monte del fuego eterno que alguien tenía que alimentar. Dedujo que el fugitivo Zaratustra podía ocultarse en la montaña solitaria. Ésta parecía deshabitada y ninguno de los anfitriones se ofreció a mostrar el modo de escalarla al gran rey de los medos y los persas. Ciro tampoco dejó traslucir su interés.

Próxima la víspera del año nuevo, Ciro se dejó ver en las carreras de caballos y los bailes de la soldadesca; cuando los hombres prepararon la cena de celebración, el aqueménida se retiró al sitio que había escogido en las estribaciones del monte del fuego. Explicó a los guardias que estaba cansado después de los ajetreos de la jornada y ordenó que no lo molestasen. Una vez en sus aposentos, se quitó las armas y las insignias y vistió una esclavina oscura. Llamó a Emba, su criado más viejo, y le dijo:

–Iremos a ver lo que nos ocultan.

* * *

La luna asomó cuando llegaron a la ladera rocosa del monte. Ambos eran buenos escaladores y el día anterior Ciro había marcado el camino hasta la cumbre. En realidad, estaban en un sendero que otros ya habían hollado. En los puntos en que la piedra estaba cortada a pico, la senda ascendía por una hendidura. Ciro pegó la cabeza a la roca de la montaña y oyó el eco de voces que subían y bajaban de tono. Parecía un himno y lo escuchó satisfecho. Había sospechado que la noche del inicio del año nuevo los discípulos de Zaratustra celebraban algún tipo de rito en su aguilera.

A medida que aumentaba el resplandor de la hoguera, los escaladores salvaban el último tramo de escalones tallados en la roca. Arribaron a una terraza de piedra caliza blanca que resplandecía a la luz del fuego. Ciro contempló la sucesión de cumbres nevadas. Un individuo se detuvo a su lado y una voz conocida pregunto:

–¿Qué busca el gran monarca?

Ciro reconoció al mago que había trabajado en la torre de Ecbatana. El nómada parecía más alto que otrora, quizá porque vestía una túnica de la congregación blanca.

Muchos mendicantes esperaban bajo la cima en la que ardía el fuego y que en nada se parecía a un altar. La madera que debieron de acarrear desde el valle estaba apilada a un lado. No había señales de un santuario construido por el hombre. Después de observar en derredor, Ciro respondió:

–Busco al profeta Zaratustra en el sitio en el que lo habéis escondido.

Sin mediar palabra, el mago lo condujo hasta la elevación de piedra oscura. Se detuvo, acarició la losa cuadrada y dijo:

–Está enterrado aquí.

En ese sitio brillaba una luz extraña, mezcla de claro de luna y resplandor del fuego. Los ermitaños blancos no hicieron caso de Ciro y su criado. Volvieron a entonar el himno y Ciro comprendió qué decían:

De las tierras huyó,
de los nobles, de sus compañeros y de los sacerdotes;
huyó de los príncipes mentirosos
y de los portadores de armas
camino de la luz.

Ciro había asistido a diversos ritos consagrados a muchos dioses, pero nunca a una ceremonia tan sencilla. No hizo preguntas y los seguidores de Zaratustra siguieron cantando, mientras de a ratos una pareja subía y avivaba el fuego. Después de alimentar las llamas cogían las conocidas varas balsámicas y las dirigían a los cuatro puntos del firmamento.

Al cabo de un rato en el este cambió el horizonte. El amanecer se incendió tras las lejanas cumbres. Por el oeste se perdió la luna llena. La congregación blanca puso fin a sus himnos y se dispuso a descender hacia el valle. Los caseríos estaban

a oscuras porque los aldeanos dormían después de la festividad. Empero, cabreros negros y rebaños de ovejas grises se movían por las verdes estribaciones. Ciro descendió con el mago después de que una pareja de ermitaños ocupara su sitio junto al fuego. Pensó en los altares de fuegos gemelos erigidos en honor de Ahura y de Atar en el magnifico santuario de mármol de Pasárgada, por encima de su nuevo palacio.

Cuando el aqueménida hizo una pregunta, el mago le contó que años atrás los miembros de una tribuna habían atacado por sorpresa y matado a Zaratustra. Los discípulos habían trasladado el cadáver al refugio del valle hacia el que huía.

–¿Y no lo llamáis profeta?

El mago se mostró sorprendido.

–No, fue nuestro maestro.

–¿Os enseñó que Ahura del sol es el más grande de los dioses? –inquirió Ciro.

Habían llegado a la fuente de la aldea y la mujer que llenaba de agua un cántaro no les hizo el menor caso. A su alrededor, las gallinas se apiñaron hambrientas y se acercó un perro que se desperezó y se tendió al sol. El mago replicó:

–No. Ahura Mazda no es más que uno de los muchos nombres del único dios verdadero que existe.

–¿Del dios que existe en vuestro valle?

–Del que existe en todos los valles.

El mago, que era un hombre mayor, estaba cargado de autoridad. Pese a que no tenía que cumplir ningún deber, se sentía agobiado por una responsabilidad. Antes de separarse de Ciro inclinó la cabeza y suplicó:

–Gran rey de tierras lejanas, has venido espontáneamente a nosotros. Tu ejército ha perturbado la paz de los campos y no puedes devolvernos la tranquilidad. Deja Bactria como la encontraste y no pretendas añadir esta tierra a tus dominios. –Extendió el brazo hacia el oeste y miró a Ciro a los ojos–. He visto mucho mal…, en aquella dirección. De todos los príncipes que gobiernan tú eres el más humano. Posees la voluntad y el poder para cambiar el curso de los ríos y, quizá, para curar las pestes de las ciudades. Pero no tienes poder para curar aquello que no comprendes. Déjanos la paz que buscamos para nuestras almas.

La palabra *alma* era ajena a Ciro. Supuso que formaba parte de la jerga de los sacerdotes de ese culto y se enfureció. Nunca antes el real aqueménida había sido acusado de no comprender.

–Hasta ahora no he tenido dificultades para comprender la verdad –afirmó–. ¡Yo, Ciro, detesto las mentiras!

El mago irguió la cabeza desafiante.

–¡Nosotros servimos a la verdad y la mentira es nuestra enemiga!

Ciro contempló largamente al peregrino y dio su juicio como amo y señor:

–He oído muchas veces esas palabras. Mago, los tuyos tendrán que

demostrármelo. Prestad testimonio y a través del bien y del mal que vuestras declaraciones revelen, yo, el rey, decidiré el sino de Bactria.

Más tarde, cuando se recostó en el sofá para descansar, Ciro se dio cuenta de que había empleado una palabra de los griegos: *sino*.

Emba le quitó el manto y masculló:

–Los cantantes de himnos tienen demasiado oro para que los dejen en paz.

Ciro juzga a los bactrianos

Ciro oyó el testimonio de los partidarios de Zaratustra en el porche de su casa, cubierto con la camisa de caza, sin portadores de la ley o escribas que consignaran las preguntas y las respuestas. Lo recordaba perfectamente y no estaba satisfecho. En los escalones del porche se congregó una multitud de gentes variadas, tan impacientes por prestar testimonio que les ordenó que hablasen por turno. El mago no se presentó. Ciro oyó a un anciano de la congregación blanca que afirmaba haber contemplado la verdad, a una campesina que barbotó que las enfermedades de los animales domésticos se habían curado y a un leproso que estaba convencido de haber sanado de sus males.

El aqueménida los escuchó con gran paciencia y llegó a la conclusión de que negaban el poder de los dioses arios ancestrales, incluso el de Anahita y Mitra, deidades supremas del juicio y la guerra. (Sin embargo, el orfebre había esculpido la imagen del caballo alado que antaño había transportado a Mitra hacia el sol). Creían que el sol sólo era el gran dador de luz. (Ciro pensó en los filósofos de Mileto, que concebían la inmensidad del universo en torno a la órbita solar).

Muchas voces clamaron:

–No, Mitra el de los sacrificios de sangre convierte en mentirosos a los sabios; asola los pastos, su señorío favorece a los devas, los demonios, que destruyen con armas, enfermedades y sufrimientos. Más que al servicio del bien, Mitra sirve al mal.

–En ese caso, ¿por qué Ahura no es la deidad suprema sobre estos dioses? –preguntó Ciro.

–Ahura es, sin duda, el señor de la sabiduría, incognoscible e invisible. ¿Quién puede contemplar el sol? Es propiamente el maestro, pero no el sumo dios.

–¿Y quién es el dios supremo?

–El que nos creó y siempre está más allá de nuestro conocimiento.

Un peregrino de India se refirió al fuego como símbolo del dios supremo y lo llamó fuego de Visnú.

–¿Qué es esa cosa misteriosa que anida dentro de vosotros, esa cosa que llamáis alma? –quiso saber Ciro.

Replicaron que era el don del creador supremo, el que también permitía que el sol sustentase la vida. El alma era la vida espiritual de cada ser. Podía renovar su vida después de la muerte del cuerpo. Cabía la posibilidad de que no muriese jamás.

Ciro dedujo que se referían al fravashi, el espíritu incorpóreo que lo

acompañaba a la derecha, su lado bueno, y que a veces le hablaba. Ciertamente, su fravashi conocía misterios ocultos para los mortales. Por muchos esfuerzos que hizo, Ciro no pudo imaginar a su fravashi como un ser inmortal que vivía a través de todos los tiempos.

Los partidarios de Zaratustra le explicaron que, después de los cambios de la muerte física, el alma-fravashi ascendía al puente del juicio. Si en esa encrucijada estaba bendita por buenos pensamientos y buenos actos que superaban a los malos, el alma atravesaba el puente rumbo a una nueva vida.

Ciro creyó percibir en ese comentario la antigua ley del juicio de los iraníes: todo demandante tenía derecho a mencionar el total de sus buenos actos para sopesarlos con los malos.

–De acuerdo, traedme pruebas de que la vida perdura después de que el cuerpo muere –solicitó.

Los partidarios de Zaratustra conferenciaron y mandaron llamar a Ashir. Ciro aguardó expectante hasta que aparecieron varios campesinos que portaban una camilla de ramas en la que yacía un frágil anciano de pelo blanco y carnes magras. Los miembros de la congregación se apresuraron a expresar que Ashir se había ganado el nombre de Destino por ser discípulo del maestro; había seguido los pasos de Zaratustra desde su tierra natal, junto al mar Caspio, hasta la casa del discípulo Vishtaspa. Ashir estaba al borde de la muerte y en las horas previas a la llegada del año nuevo había tenido una visión.

–¿Mientras dormía?

No, tenía los ojos abiertos en espera de la muerte.

El anciano alzó un brazo en la litera para pedir silencio. Irguió la cabeza, miró a Ciro y dijo:

–Estaba despierto. Fue el cambio de luz durante la caída de la luna y el nacimiento del sol. Alguien entró en la estancia y era Zaratustra, que habló así: «Perderás la vida para volver a ganarla…, tú, fiel siervo del Señor».

Ciro pensó que el profeta Zaratustra había sufrido una mala muerte ante la lanza de un guerrero y por orden de un kavi.

–¿Crees que mediante el servicio has alcanzado la inmortalidad, como los dioses? –preguntó.

El rostro delgado y asolado por muchos soles manifestó alegría y los ojos del moribundo centellearon.

–Es la bendita verdad.

Ciro hizo señas a los portadores de la camilla para que se llevaran a Ashir.

–Entonces yo, el rey, estoy condenado porque no puedo servir a nadie –dijo irreflexivamente–. Yo, que todo lo juzgo, no puedo ser juzgado.

Ashir intentó protestar y los portadores no movieron la camilla mientras hablaba. Proclamó que el juicio del Señor recaería sobre kavis, príncipes y reyes de la tierra. Sobre Ciro, gobernante de los medos y los persas, así como sobre el pastor

que cuida su rebaño.

–Si sirviera a otro, faltaría a mi juramento como rey de mi pueblo –dijo Ciro–. Adiós, Ashir, no pongo en duda tu visión.

El aqueménida se puso en pie para indicar a la congregación que la audiencia había concluido.

Mientras esperaba a que llegaran los cazadores con los mastines, Ciro pensó que al nacer le habían puesto el nombre de pastor. Una cosa era atender un rebaño o un grupo agrícola como los bactrianos de esos valles fértiles y otra muy distinta, y mucho más difícil, gobernar a los persas, a los medos, a los armenios, los capadocios, los lidios, los griegos y la infinidad de pueblos distintos de Oriente. ¿Acaso no lo habían llamado «rey del pueblo»? Cuando Emba se acercó con el corcel nisayano con arreos de oro, Ciro llegó a la conclusión de que había que considerar a los partidarios de Zaratustra aún más inflexibles que los milesios.

Sus agentes de información le aseguraron que contaron los conversos entre las lejanas naciones de India, así como en la Hircania-Partia del propio Vishtaspa.

Como de costumbre, Ciro se levantó temprano y oyó el canto de sus asvaran, renovando el himno en honor del alba que hacía muchos años no oía. En sus huestes habían ingresado hombres de tantas tierras que habían abandonado el canto del himno, que ahora se sumó al de los partidarios de Zaratustra.

Ciro llegó a la conclusión de que debía abandonar el valle en cuanto descubriese una salida practicable.

En realidad, su ejército volvió imprescindible el traslado. Pese a que los hombres y los animales estaban bien en el valle, resultaba imposible mantener inactivos y acuartelados en las aldeas a miles de guerreros. Ciro siempre había tenido problemas cuando sus huestes pasaban el invierno cerca de una gran ciudad como Sardes o Ecbatana. La soldadesca se sentía atraída por las calles de las rameras, de los vendedores de vino y de los traperos. En este valle ubérrimo buscaban a las jóvenes núbiles o, simplemente, se peleaban entre sí e intentaban conseguir con engaños o adquirir una sorprendente cantidad de vasijas de oro puro. Ciro intentó guiarlos hacia el este por la carretera de las caravanas que lo conduciría al gran río ludo. Mediante esa maniobra se proponía convertir Bactria en una base de operaciones semejante a Maracanda. Fue el mago quien logró modificar inopinadamente el plan de Ciro. Después de la audiencia, el nómada ya no se dejó ver por las aldeas. Regresó por una senda del Zarafshan, al frente de un grupo de correos del gobierno. Los audaces jinetes de las cortes occidentales no habían hallado rastro del ejército de Ciro después de que ascendiese hacia los desfiladeros más altos, en ese momento cerrados por la nieve y el hielo. El mago los buscó y los trasladó por el camino abierto desde las orillas del Amu Daria.

Ciro, que no hacía caso de muchas cosas, tampoco se preocupó por haber

perdido el contacto con los sátrapas de Occidente. Se había divertido explorando las montañas y en ese momento tuvo que permanecer sentado muchas horas mientras los escribas eruditos le leían los mensajes lacrados de sus lugartenientes.

Había estado fuera demasiado tiempo. La imagen del conocido oeste que perfilaban los informes supuso una sorpresa para el aqueménida: Hárpago había muerto; los sátrapas de Anatolia reclamaban su intervención; Gubaru le suplicaba que regresase para hacer frente a las plagas de Babilonia, donde la muerte de la tierra aumentaba al tiempo que Belchazar se daba un festín. Ciro se vio obligado a preguntar quién era Belchazar y le comunica ron que se trataba del primogénito de Nabunahid.

Quedó muy afectado por las noticias de Pasárgada, la ciudad que lo había visto nacer. En el cuarto año de la ausencia de Ciro, Cambises se proponía lanzar el ejército contra el faraón de Egipto, antaño aliado de Creso. Aunque no había informe del propio Cambises explicando el plan, su hijo mencionaba obedientemente el total anual del tesoro que controlaba y expresaba deseos por el bienestar de su regio padre y por sus victorias ininterrumpidas. Por enésima vez, Ciro lamentó no haber mantenido a Cambises a su lado. Era lógico que su hijo, que había quedado al mando en Pasárgada, deseara utilizar las fuerzas armadas que estaban a su servicio. ¡Pero atacar Egipto…!

Ciro pidió al escriba que leyera por segunda vez el mensaje de Amitis, que había dado a luz a una niña en el hospitalario hogar de Vishtaspa. Oraba por la salud de su marido y señor y expresaba con subterfugios –y la hija de Gubaru era muy capaz de manifestar claramente sus opiniones– sus deseos de continuar en la finca-castillo de Zadracarta. La niña se encontraba bien en un hogar tan pacífico. A Ciro le sorprendió que Amitis desease permanecer apartada de él y en compañía de una niña que no podía heredar la gloria de los aqueménidas. Tuvo la sensación de que su esposa se había convertido al credo de Zaratustra.

Cuando los escribas concluyeron la lectura, Ciro los dejó y se retiró a meditar junto al fuego. La estancia se llenó de oficiales que aguardaban sus órdenes. Ciro meditó el mismo tiempo que la leche tarda en hervir y luego ordenó que reunieran al ejército para regresar al oeste.

De esta forma el aqueménida emprendió la larga marcha hacia su tierra natal. Al dejar Bactria la convirtió en una nueva satrapía lindante con Sogdiana. Encomendó a un lidio comprensivo que la dirigiese y estipuló un tributo moderado. Se llevó menos que el peso de diez talentos del excedente de oro refinado.

Por decisión propia se llevó el caballo alado de oro y al orfebre que lo había tallado. Comunicó a los bactrianos su compromiso de defenderlos de cualquier enemigo, como había hecho en todas las regiones conquistadas.

Durante su partida no hubo protestas ni manifestaciones, ni de alegría ni de pesar. Al igual que los griegos, tuvo la impresión de que los bactrianos

consideraban su paso como una prueba de su destino inmutable. Al bajar la escalinata del porche para montar a caballo, Ciro mandó llamar al mago y esperó hasta que el peregrino de túnica blanca se presentó.

–Verás cumplido tu deseo. Me voy del valle –le comunico Ciro–. Si me necesitas, ven personalmente a buscarme. Estoy dispuesto a ayudar a Bactria, la más hospitalaria de mis tierras.

El mago inclinó la cabeza a modo de reconocimiento y respondió impertérrito:

–He oído la orden del gran rey, del rey de todas las tierras.

A medida que descendían por la serpenteante orilla del río, el Traedor de Oro, Ciro volvió la vista atrás para contemplar el primer campamento nocturno. Bajo las estrellas observó la almenara, que ardía del mismo modo que cuando lo guió para salir de la ventisca de las alturas.

Durante el regreso el ejército siguió una ruta nueva. Durante el camino se establecieron las nuevas provincias de Aria y Drangiana. Nuevos efectivos se unieron al ejército. Cuando las huestes llegaron al Desierto de la Sal, estaban formadas por cinco decenas de miles de soldados.

Ciro arribó a las conocidas tierras altas de los germanios –la tribu persa más occidental– con un poderoso ejército a las espaldas. Por detrás y por delante se extendía un vasto y extenso imperio. Los poetas que se apresuraron a loarlo declararon que, desde los albores de la civilización, ningún hombre había gobernado tantos territorios.

Al avistar el río de Pasárgada, Ciro ya no pensó en sus dominios sino en el valle de su infancia. En su seno siempre había hallado sosiego. Lloró de alegría al contemplar el blanco de los altares de fuego por encima del verdor del valle.

Con el paso de los días la alegría lo abandonó. Aunque el valle parecía el mismo después de cinco años, en su interior muchas cosas habían mudado. En secreto, uno tras otro los siervos furtivos que eran «los ojos y los oídos del rey» acudieron para hablarle del mal que había visto y oído: de la arrogancia de Kassandan, que obligaba a los visitantes a postrarse a sus pies; de la traición de los oficiales que estaban al servicio de Cambises, su hijo, quienes intentaban arrastrar al heredero allende Pasárgada para iniciar una campaña de conquistas que eclipsarían a su padre, y de la envidia del propio Cambises, que había disimulado su tormento mientras enviaba poco convincentes cartas de felicitación al monarca, su padre. Cuando se encontraron cara a cara con Ciro, ni Cambises ni Kassandan –que idolatraba a su hijo– revelaron sus pensamientos. Sí, Ciro tendría que haber llevado a su hijo a las tierras del este, sin tomar en consideración la ley.

Ciro no se percató de que él también había cambiado. Instalado con todos los honores en su apadana, lo perturbaron los recuerdos del valle de Zaratustra, como si lejanas voces lo llamasen. A veces, perdido en sus cavilaciones, no oía a los demandantes que se encontraban ante el trono. Recordaba la angustia de su laborioso padre, que temía que el gobierno de un imperio pusiera fin a la paz del

valle. Un anochecer en que los esclavos del apadana se acercaron para encender las lámparas, Ciro no soportó más la tensión de escuchar. Se incorporó bruscamente para poner fin a la audiencia y ordenó a los guardias que lo asistían que no lo acompañasen. Dejó que la púrpura cayera de sus hombros, se dirigió a la columnata trasera y deambuló por un sendero del jardín que conducía a la vieja puerta en la que, durante su infancia, había prestado atención a los maestros de la sabiduría. Ahora en ese sitio se alzaban los impasibles toros alados de piedra. Bajo las estatuas el envejecido Emba cotilleaba con un arameo fornido y cubierto por un chal, quien gritó a Ciro que tenía caballos de carrera para vender. Ciro los ignoró y siguió andando hacia el río.

Llegó a un montículo desde el que se oía el murmullo del agua, tal vez a tiro de arco de distancia. De pie en el montículo, contempló el fuego del crepúsculo que incendiaba las colinas del oeste y las llamas del cielo se semejaron al tormento de sus pensamientos. Echó de menos la voz familiar de su fravashi dándole consejos y sólo oyó el impetuoso fluir del río, sin ver más que las figuras desdibujadas de Emba y el comerciante de caballos, que lo siguieron indecisos. Jamás estaría completamente solo. Otra figura se acercó y le habló:

–Gran rey, en otros tiempos te lo advertí. –El hombre, escorado por los años, se apoyaba en un báculo y el crepúsculo iluminaba el hilo de oro de su capa. En su lóbulo centelleaba un arete de plata. Añadió–: Si, fui el primero en avisarte de la llegada de Hárpago, que ahora está muerto, y de las huestes medas que actualmente están a tu servicio.

Ciro se inclinó para mirar al anciano a la cara y reconoció al mercader hebreo de Babilonia que, sin duda, lo había ayudado.

–Te reconozco –confirmó–. ¿Qué quieres ahora?

–Esperé junto a la puerta exterior porque mis palabras sólo ha de oírlas Ciro. –Los ojos oscuros del mercader lo observaron con inquietud–. El rey babilonio Nabunahid se ha unido a su primogénito, Belchazar. Juntos defienden las murallas y congregan a sus huestes de lanceros y carros desde Gaza hasta las Tierras del Mar. Se están concentrando contra Ciro el aqueménida.

Por la fuerza de la costumbre Ciro se preguntó qué motivo acechaba tras esa advertencia gratuita del hebreo, ya que estaba convencido de que existía una razón. Otros le habían informado que Nabunahid se había distanciado de su hijo. Ciro reflexionó y repentinamente rió. Podrían haber dicho lo mismo de Cambises y él. ¿Cuál era la verdad? Al evaluar la veracidad de la advertencia, pensó que se le presentaba la ocasión de acabar con sus preocupaciones. ¿Para qué poner en duda semejante posibilidad? Cruzó las manos y le dijo al hebreo que, una vez más, le estaba muy agradecido. Dijo a Emba que, otra vez, el viejo criado lo seguiría y gritó al arameo que compraría los caballos de carrera y los montaría personalmente.

Renovadas las esperanzas, Ciro retornó al salón de audiencias en cuyo pórtico

lo aguardaban cortesanos y servidores con las miradas atentas a cada uno de sus movimientos en esas horas de incertidumbre. Se apartaron al verlo llegar y Ciro enfiló directamente hacia Cambises, que ahora era más alto que él y un guerrero de carnes prietas, aunque eso era todo. Abrazó a su hijo, lo besó a modo de gozoso encuentro y dijo para que todos lo oyesen:

–Ha llegado la hora de que esgrimas las riendas del mando de nuestras huestes armadas, de nuestros regimientos, tanto de Saparda como de las tierras del este. Es hora de que las guíes antes de que las nieves del otoño cierren el paso por los desfiladeros. Ven y padece mis consejos, porque esta vez cogeremos el mismo camino.

CINCO

La caída de Babilonia

El aspecto de la ciudad

Durante el invierno del año 540 antes de nuestra era llegó a Babilonia la noticia de que Ciro, rey de medos y persas, había regresado del este a su fortaleza en la montaña. También corrió la voz de que lo seguían hordas de miembros de las tribus a caballo.

Probablemente la camarilla mejor informada de la gran ciudad estaba formada por los banqueros de la lonja del puerto. Esos puntillosos tasadores de cuanto ocurría extramuros –cuya clase estaba por debajo de la nobleza de la corte, de los funcionarios del templo de Esagila y de los capataces de mano de obra recordaban que Ciro era un analfabeto, hijo de un gobernante de campesinos; en cuanto a los miembros de las tribus, ya antes habían logrado vencer lejanos desiertos como el de los cimerios, que no suponían el menor peligro para la metrópoli fortificada por el precavido Nabucodonosor. Aquel otoño los hombres de la lonja estaban preocupados por la disminución brusca e ininterrumpida de la construcción, por el precio incesantemente en alza de los granos y por las extendidas epidemias que los adivinos del templo atribuyeron a la cólera de Marduk, que era Bel-Marduk, deidad suprema de Babilonia.

Aquel año acabó como de costumbre, con la muerte simbólica de Marduk y el duelo de sus fieles. El año nuevo –que pasó a los anales como el año de las grandes perturbaciones– se inició con la festividad de nisán, organizada con más esplendor que el habitual. En realidad, fue insólito en más de un sentido. El soberano Nabunahid, que durante casi todo su reinado había estado ausente en año nuevo, acudió personalmente para coronar los escalones del santuario de Esagila y para adelantarse y estrechar las manos de Marduk como demostración de la amorosa bondad del dios y de la devoción del monarca. La temible figura de Marduk estaba adornada con una corona de lapislázuli y una guirnalda pectoral de oro puro, prueba palpable de que había recuperado la vida y el poder.

Los banqueros tomaron nota de que, la víspera de los doce días de celebración, los funcionarios del banco de Esagila comentaron en el pórtico que la ira de Marduk contra Nabunahid seguía incólume y que la plaga todavía asolaba las tierras del reino caldeo. Esas habladurías del pórtico tenían más significado que las charlas oficiales ante las mesas de cuentas. Los banqueros también tomaron nota de que durante le festividad se repartió entre la soldadesca una ración doble de licor…, y no eran jarras de vulgar aguardiente de dátiles, sino vino de uvas importadas de Líbano. Se hizo por orden del príncipe heredero, que Bel lo proteja, a quien los cambistas hebreos del canal de Kebar llamaban Belchazar.

En opinión de los banqueros, esos detalles servían para medir el antagonismo existente entre los sacerdotes del templo de Marduk y Nabunahid que, en virtud de su rango, además de gobernante era sumo sacerdote. Según los rumores Belchazar, comandante de las fuerzas armadas y gobernante en todos los sentidos salvo el nominal, esperaba alguna muestra pública de debilidad por parte de su padre para envenenarlo y acceder al trono como el nuevo Nabucodonosor, defensor heroico de Babilonia. Para desencadenar esta revolución palaciega Belchazar necesitaba, como mínimo, una victoria simbólica sobre un enemigo célebre. Durante una generación las fronteras habían estado en paz a cambio de un precio, precio que los banqueros conocían. Ahora que el testarudo e inculto aqueménida volvía a aparecer en escena, posiblemente Belchazar podría arrancarle la victoria que necesitaba.

Pero era necesario sopesar la sinuosa mente del anciano Nabunahid antes de albergar semejantes expectativas. El rey no era hijo auténtico de una hija de Nabucodonosor; aunque caldea, su madre había sido sacerdotisa del dios de la luna Sin en Harran. Había accedido al trono gracias al asesinato del pretendiente que lo había usurpado.

Antes de las celebraciones, Nabunahid talló una profecía en una tablilla de calcedonia: «A mis pies se postrará Ciro el persa sus tierras mis manos cogerán; sus pertenencias se convertirán en mi botín». Una vez colocada la tablilla, Nabunahid comentó con sus ayudantes que, en el caso de que alguna vez la viera, Ciro no podría leer las marcas realizadas con cuña.

Esa tablilla fue algo muy inteligente y le prestó gran utilidad como propaganda. Nada más leerla, los cortesanos de Esagila se dieron cuenta de que por ese medio el rey le había arrebatado el triunfo a su hijo. Si Belchazar conseguía algún tipo de victoria sobre medos y persas, los honores recaerían sobre su padre, que la había vaticinado como designio de los dioses babilónicos. Bajo los pórticos, los banqueros de la lonja mencionaron en susurros la posibilidad de que Belchazar muriera antes que su padre. El príncipe era demasiado afecto al vino.

El día de año nuevo Nabunahid se apuntó un éxito inesperado.

Daba la sensación de que los poderosos, los dioses ancestrales, lo ayudaron a conseguirlo. Ni una nube de mal agüero apareció en el límpido cielo, ni una sola tormenta de polvo agitó el aire inmóvil. La punta de oro de la piramidal Torre de Babel resplandecía como si se incendiara. Babilonia destacaba con todo su esplendor sobre las multitudes. El gentío se apiñaba con sus familias y esclavos rumbo a la ancha Vía Procesional. Desde los leones de bronce de la calle Adad hasta las torres azules de la puerta de Ishtar, el pueblo se aplastó contra las espaldas de los guardias reales. Como de costumbre, los esclavos marcados con hierros candentes ocupaban los sombríos callejones. Libertos, campesinos, pastores y porteros estaban autorizados a congregarse tras el cordón de guardias de la vía; las clases altas, los trabajadores de metales, los panaderos y los carniceros ocupaban sus propias calles. Escribas, mercaderes, banqueros y capataces atestaban los palcos

y los más ricos estaban protegidos del sol por doseles rojos. En los balcones y en los tejados llanos, las familias nobles permanecían cómodamente con túnicas festivas de color escarlata, adornadas con guirnaldas –de flores para los niños y de joyas para los mayores–; algunas de esas familias remontaban sus ancestros al primer gran Sargón de Caldea.

Al ver el esplendor que lo rodeaba, un mercader griego de vasijas comentó:

–¡Vaya, en comparación con esto las maravillas de la corte de Sardanápalo eran un estercolero!

El bárbaro pretendía halagar a sus anfitriones de la lonja, muchos de los cuales rieron porque Sardanápalo era el mismísimo Asurbanipal, coleccionista de libros, cazador de bestias cautivas y el último asirio.

En medio de la multitud de espectadores que bordeaban la vía se colaban los descastados: vendedores de baratijas, prostitutas que no llevaban la marca de Ishtar, practicantes de conjuros ilegales, intérpretes de presagios y simples ladrones o espías de Rimut, el perro guardián de Nabunahid. También había hebreos del barrio de Kebar, quienes sostenían que en los tiempos de Ur sus padres habían morado más allá de los dos ríos.

Durante un rato las multitudes olvidaron el hambre y los padecimientos porque Marduk asomó por la puerta abierta de Esagila, al son de trompetas agrupadas que espantaron a las bandadas de palomas, que trazaron círculos en el cielo. El dios de Babilonia salió de su santuario en un carro tirado por hileras de sacerdotes que entonaban cánticos; estaba erguido sobre el dragón y había recobrado la vida ante los ojos de sus adoradores.

Sonaron las arpas de las mujeres y los timbales de los músicos e infinidad de voces cantaron, se regocijaron e invocaron la ayuda de Marduk redivivo. En Marduk se unían los poderes de todas las deidades:

Nergal de la ciudad de Babilonia,
Nergal es Marduk de las batallas.
Zababa es Marduk de la matanza,
Enlil es Marduk de los consejos,
Shamash es Marduk de la justicia…

Ocurrió algo insólito cuando Marduk enfiló por la Vía Procesional. Los espectadores críticos esperaban los símbolos de Nergal y de las restantes deidades antiguas, pero contemplaron a los dioses reales, cada uno en su carro tirado por mulas blancas: el demonio Sin de Harran, Shamash de Sippar a lomos de su león alado que escupía fuego, e Ishtar de Uruk con velo y armas.

La procesión de deidades se prolongó hasta que los espectadores más sabios comprendieron la verdad: contemplaban todos los dioses de los dominios babilónicos. Los habían trasladado de las ciudades a la capital para celebrar una gigantesca epifanía. Seguramente lo había hecho Nabunahid y con ello no pretendía realzar las celebraciones del año nuevo. ¿Acaso habían trasladado los dioses

extraños a la ciudadela de Esagila por razones de seguridad? Si era así, ¿qué auguraban? ¿Los habían llevado para acrecentar el poder de Babilonia? Yen ese caso, ¿para defenderse de qué contingencia?

Las altitudes repitieron esas preguntas durante toda la jornada de las festividades, hasta que llegó la hora de encender las velas. Nadie les dio respuestas. Los intérpretes de presagios y los augures cosecharon grandes cantidades de plata y de joyas baratas por sus conjeturas, que muy pocos se tomaron en serio. Los misterios siempre intrigaban a los babilonios y éste era un misterio excepcional.

Durante las celebraciones nocturnas en las mesas llenas a rebosar llegó un rumor procedente del santuario de Ekur, donde Marduk descansaba después de la procesión. El rumor sostenía que Marduk ostentaba la supremacía sobre el resto de los dioses menores, como todos habían comprobado. Zeria, el custodio del templo, no hizo ningún comentario, lo que significaba que Nabunahid había decidido no dar explicación alguna al pueblo porque Zeria era portavoz y representante del monarca. Ritualista riguroso, desapareció después de estrechar las manos de Marduk.

Los miembros de la lonja dedujeron que el astuto Nabunahid había provocado las expectativas del pueblo. Pasara lo que pasase al año siguiente, todo sería atribuido a su ritual durante la fiesta. Teniendo todo en consideración, los financistas llegaron a la conclusión de que Nabunahid había ganado de mano a los partidarios de Belchazar.

Aquella noche las lámparas alumbraron las puertas de los cincuenta y tres templos de Babilonia, los trescientos santuarios de divinidades terrenales, los seiscientos de divinidades celestiales y los incontables altares de los huecos de las paredes de las calles. La iluminación despertó esperanzas, que se acrecentaron porque eran inefables.

Más allá de las defensas de Imgur Bel y de las puertas custodiadas, en los asentamientos del oscuro canal de Kebar no compartieron ninguna esperanza. A los trabajadores hebreos no les habían permitido erigir un templo en su barrio, contiguo al canal. En aquellos días se reunían en una estancia vacía, levantada sobre las aguas, para celebrar a oscuras el ritual de sus plegarias y con susurros que no quebraban el silencio. Aquella noche los murmullos se hicieron eco de las profecías del fanático Isaías: *Bel bajó la cerviz, Nabu se inclinó, sus ídolos estaban sobre las bestias…, se inclinan y bajan juntos la cerviz; no pueden aligerar su carga…*

Si esas palabras se repetían en presencia de los agentes de Zeria, nadie podría acusarlos de traición. Sin embargo, albergaban un significado para los que habían asistido a la procesión divina a lomos de los animales que seguían a Bel-Marduk. Semejante desfile de ídolos no podía aligerar la carga de la ciudad.

El olor a muerte aumentaba junto a las aguas estancadas del canal de Kebar. A partir del año nuevo, todos los días los guardias con armaduras de Rimut recorrían las calles para encontrar y acorralar mendigos, leprosos, ciegos, apestosos o,

simplemente, los famélicos que infestaban los callejones. Rimut llamaba la guardia de saneamiento a sus carroñeros. Expulsaban de los callejones a la hez de la sociedad, los echaban por la puerta este de Imgur Bel hasta los vertederos que bordeaban el canal y allí los dejaban para que comiesen y bebiesen hasta saciarse. La carroña humana ocupaba las orillas del canal, agitaba los brazos para espantar a los buitres que se apiñaban y llamaban a los transeúntes que a veces les arrojaban monedas de bronce para verlos pelear.

A intervalos muy espaciados varios hombres pasaron junto a las orillas del canal, examinaron a los que se encontraban junto al agua y dijeron a los más fuertes:

–Alzad vuestras miradas hacia las colinas porque la ayuda llegará de las alturas. Muy pocos hicieron caso de esas palabras, sólo en los días frescos y sin viento divisaban las colinas del este, que se alzaba más allá de la muralla exterior y de las extensiones de las grandes fincas. A ninguno de los enfermos y moribundos se le ocurrió tratar de dejar la ciudad. El mismo instinto que había traído a millares de desvalidos a las murallas de la ciudad los mantenía allí. Los guardias de Rimut ni siquiera intentaban expulsarlos más allá del canal porque tenían la certeza de que regresarían a rastras hasta las pilas de basuras y las aguas.

Durante la luna posterior al festival los mendigos de Kebar contemplaron el milagro.

Contemplaron al noble Yakub Egibi, obeso por la buena vida, que levantaba con una mano llena de anillos su túnica con adornos mientras con la otra se acercaba a las fosas nasales un frasquito de esencias dulces; contemplaron a Yakub Egibi, el de la lonja, junto a un alto esclavo negro que sostenía un parasol por encima de su cabeza rapada y a un bajo esclavo blanco que esgrimía un báculo para alejar a los mendigos que gritaban. Lo vieron rodear los sitios contaminados y gritaron:

–¡Ayúdanos, poderoso protegido de Marduk, presta ayuda a los famélicos!

En lugar de arrojar siclos o monedas de poco valor, Yakub Egibi franqueó la puerta del lugar de oraciones de los hebreos, donde nada podía verse en la oscuridad ni oírse en el silencio. Al llegar a la puerta el portador del báculo contuvo a los mendigos y Yakub Egibi dejó caer la túnica y les dijo, según afirman los portavoces hebreos:

–Mirad hacia las colinas en busca de ayuda.

A continuación el acaudalado banquero se internó en la sala escondida de la colonia de hebreos cautivos.

Lo que Jacobo Egibi contempló

Yakub o Jacobo Egibi, miembro más antiguo de la secular casa de Egibi, dedicado a préstamos y descuentos, se tomó muchas molestias para investigar las misteriosas circunstancias que, a pesar de los pesares, lo arrastraron a la conspiración de aquel año. Poseía la cautela de su madre, hija de un cautivo de Jerusalén, y la perspicacia de su padre babilonio; destinaba una parte considerable de sus beneficios a sus agentes investigadores, desconocidos para la red de espías de Rimut y, en su mayor parte, entre sí. A partir de sus informes reconstruyó la verdadera historia de los mercaderes de caballos. Aplacar sus sospechas de esa manera le costó un dineral, pero Jacobo no se lamentó de la plata invertida porque su vida estaba en juego. Cuando dispuso de todos los informes, comprobó que la primera peculiaridad del día posterior a las celebraciones fue el encuentro de dos amantes jóvenes, el ladrillero Nusku y la prostituta libre Ealil. El encuentro no tuvo nada de extraordinario pues los jóvenes insensatos habían gastado hasta la última moneda en las fiestas y tenían hambre. Evidentemente la joven Ealil advirtió a su amante que no se acercase a los prestamistas, al tiempo que él le hizo prometer por enésima vez que no vendiera su cuerpo a otro hombre. Al despedirse de Nusku en el puente Ealil tomó el camino que más le apetecía y siguió a un jinete arameo.

Ealil transgredía las leves cubriendo sus rubios cabellos con un pañuelo –las prostitutas tenían prohibido ir con velo por la calle–, como las madres de familia, y esgrimía un amuleto de Ishtar en su mano delgada. Aunque no era una prostituta registrada en el templo, sabía que los hombres se sentían atraídos por las chicas del templo y probablemente estaba famélica. La experiencia le indicaba que el jefe de una tribu a lomos de un caro corcel –algo que rara vez se veía en Babilonia– solía llevar una bolsa llena de monedas. El jinete bárbaro estaba gordo de tanto comer y lo seguía el portador de la espada, ataviado con pantalón de fieltro limpio y también a lomos de una buena montura. Ealil siguió a los visitantes por la calle Adad hasta la ciudadela de Esagila, donde contemplaron la gran torre y desmontaron para echar un vistazo a las tablillas colocadas en el enorme patio de ladrillos de asfalto del patio real. Las tablillas que bordeaban el patio se referían a las victorias de Nabupolasar y Nabucodonosor. La recientemente redactada por Nabunahid, tercer monarca caldeo, se burlaba del desconocido Ciro. Unos pocos curiosos se apiñaron para leer la nueva tablilla. Los jinetes también hicieron un alto para mirarla.

Ealil aprovechó la oportunidad, se adelantó, se descubrió el rostro y sujetó al arameo del muslo como si necesitara apoyo. Le bastó una mirada para saber que el

jefe barbudo la deseaba. Habló deprisa en arameo y explicó cortésmente la naturaleza de la nueva tablilla. Los miembros de la tribu parecieron sorprenderse.

–¿Qué significan esas palabras? –preguntó el alto portador de la espada, que habló en arameo.

Como no sabía leer, Ealil preguntó el significado a los curiosos y explicó a los forasteros:

–«A mis pies se postrará Ciro el persa; sus tierras mis manos cogerán; sus pertenencias se convertirán en mi botín».

Al oírla, el arameo barbudo sonrió. Alentada, Ealil le refirió la broma de Nabunahid:

–Si Ciro llegara a ver esta tablilla, no podría leerla.

El criado se desternilló de risa y se rodeó los lados del cuerpo con los brazos.

–Puede que no, pero por Anahita y Ahura, por sus nombres y su poder, seguramente se las ingeniaría para que se la leyeran.

Ealil no conocía esas deidades. Los babilonios que los rodeaban los miraron de mala manera; el arameo se asustó y se llevó al carcajeante portador de la portada. Ealil los siguió, molesta pero ilusionada. Simuló que la habían llamado.

El criado le aferró la mano junto a los caballos que esperaban, ante la mirada curiosa de los guardias de Esagila. El portador de la espada no la miró lasciva, sino pensativamente, y dijo:

–¡Muchacha, compraremos tu voz en lugar de tu trasero! ¡Síguenos!

Habló como quien tiene autoridad. Ealil no logró desentrañar la mirada de sus ojos grises y no supo si ambos hombres la deseaban o si no interesaba a ninguno. Entonces el criado abrió la otra mano y le mostró seis monedas de oro lidio. Calculó en seguida que valían doce veces su peso en plata pura, más de lo que había ganado en total antes de prometerse con Nusku. Caminó obedientemente junto a los jinetes para que los soldados de la puerta no observasen el brillo del oro.

Ése fue el testimonio de la prostituta Ealil.

En aquel momento Jacobo Egibi miró al joven Nusku, sentado al otro lado de la mesa de cuentas, y analizó su petición de un nuevo préstamo. Jacobo se ocupaba personalmente de esas transacciones menores, si bien estaba acompañado de un guardaespaldas amorita porque a veces los deudores intentaban apuñalarlo. Más que desesperado, Nusku parecía hambriento. Mientras calculaba, Jacobo pidió a un esclavo que fuese a buscar la tablilla de Nusku. En la mesa, junto a la jarra de agua cristalina, se encontraban las notificaciones del día: las semillas de sésamo habían subido a once siclos el gur, y el mejor vino de uva había alcanzado la insólita cotización de nueve siclos por jarra mediana. Un terrateniente podía comprarlo, mientras los pobres chupaban dátiles y soñaban con el alcohol que estimulaba el olvido.

–¿Por qué has cambiado de nombre? –preguntó Jacobo para hacer tiempo.

Nusku masculló que abrigaba la esperanza de que Nusku, el dios del fuego, lo ayudara a calentar el horno.

–Tu familia no tuvo dificultades para fabricar ladrillos o esmaltarlos, pero tú no consigues venderlos, eso es todo.

Cuando el esclavo le entregó la tarjeta, Jacobo retiró con impaciencia la cubierta de arcilla. Estaba escrita para que pudiesen examinarla los inspectores de Rimut. La tablilla interior contenía el secreto y la cantidad exacta de siclos –diez– entregados a Nusku a interés –del cuarenta por ciento–, con la fianza de los siete trabajadores libertos de la fábrica de ladrillos del alto Éufrates y el rebaño de ovejas –treinta vientres paridores– que servía para alimentarios. Las señales en código de Jacobo demostraban que, en virtud de la acumulación de intereses no satisfechos, también era propietario de los trabajadores y el rebaño, pues alimentaba a los hombres con un mínimo de cebada y dátiles, al tiempo que vendía la carne y las crías de oveja.

–Diez siclos más con la fianza de las tierras –ofreció–. La fábrica no vale nada.

Esa tierra situada a orillas del río, en el interior de la muralla rueda, se valorizaría con el aumento de los precios.

–¡Dame al menos doce! –se quejó el joven.

Jacobo no respondió y se dedicó a dictarle al esclavo que esperaba, que trazó marcas en la arcilla húmeda de una nueva tablilla. El joven se mordió los labios y esperó a conocer el resultado de la transacción. En ese momento el guardia amorita se agitó inquieto porque la joven prostituta Ealil entró en la estancia, sujetó a Nusku del brazo y le suplicó que no entregara nada a cambio de plata porque podían tener oro en las manos.

–¿Por qué mientes? –preguntó Nusku con severidad.

La muchacha osó hablar en presencia de su amante y del banquero. Parloteó y explicó que dos arameos o, al menos, dos miembros de una tribuna que montaban corceles maravillosos, ofrecían oro a cambio de voces. Estaba convencida de que eran espías u orates y si Nusku no acudía rápidamente en su ayuda los desconocidos podrían llevársela.

A raíz de la ira por la entrada de la muchacha y como desconfiaba de lo que había dicho, Jacobo Egibi se sumió en una profunda meditación. Los mercaderes tribales a caballo no solían estar locos, los espías de Egipto o Lidia solían tener oro y él podría prestar un servicio al poderoso Rimut que, a su vez, tendría que pagarlo con la misma moneda, si proporcionaba la información que conducía a la captura de los dos forasteros dentro de las murallas de Babilonia.

La joven convenció a Nusku de que la acompañase. Cuando la cortina cayó tras ellos, Egibi ordenó al amorita que los siguiese. Esperó unos instantes y pidió que le llevasen la mula a la puerta. Se acomodó sobre el cojín del animal que andaba sin prisa, buscó los cabellos rizados de su fornido guardaespaldas y lo vio moverse por los fardos de mimbre del muelle, en dirección al puente. Lo siguió, sin dejar de

preguntarse si no se había confundido con el dramatismo de la chica.

Ealil y Nusku estaban en el puente y conversaban animadamente con dos jinetes de aspecto próspero a los que no parecía importarles la posibilidad de obstruir el tráfico. Sin dificultades, Jacobo se acercó en la mula y se enteró –porque además del hebreo entendía el arameo– de que los forasteros querían saber el caudal del río en los diversos meses del año y qué deidad residía en él.

–Mis señores de los llanos –intervino Jacobo afablemente–, en la antigüedad la gente de aquí realizaba sacrificios al dios de las aguas, pero lo han olvidado porque ahora impera la prosperidad.

–Pues son mentecatos –opinó el amo arameo– porque, sin el río, ¿qué sería de la ciudad? ¡Nada más que edificios erigidos en la arena!

–Pero edificios extraordinarios, ¿no te parece?

El criado contempló las altas cumbres que resplandecían como si estuvieran recubiertas de pan de oro. Jacobo sabía que, en realidad, se trataba de tejas amarillas.

–Esta tierra está enferma y afligida. ¿Cómo es posible que sus habitantes sean prósperos?

–Es el secreto de Babilonia. –Los forasteros desconcertaban a Jacobo porque el criado hablaba como un sabio y el amo como un cabrero. Añadió amablemente–: Otras ciudades tienen su época de esplendor y dioses ocultos las destruyen. Amada por Marduk, Babilonia perdura y perdurará mucho después de que vuestra simiente haya desaparecido de la tierra.

La aglomeración en el puente los obligó a avanzar. Al llegar al otro extremo el criado pagó a la impaciente Ealil con monedas de oro puro…, acuñadas en Sardes, pensó Jacobo. Aunque hombres tan sinceros y descuidados no podían ser agentes pagados, se preguntó dónde se alojaban y a quién servían.

–Si tenéis monturas para vender, podría echarles un vistazo –sugirió–, aunque las mulas y los asnos salvajes que tiran de los carros son las bestias preferidas en Babilonia.

Por la fuerza de la costumbre, Jacobo menospreció el valor de la mercancía que pretendía comprar. Los dos arameos lo miraron con simpatía y sonrieron.

–Tenemos varios caballos buenos –replicó el amo.

–Te llevaremos a verlos –apostilló el criado– si tú, mi señor, nos explicas durante el trayecto mas cosas sobre las maravillas de Babilonia.

Una vez más se repitió la extraña inversión de castas: el criado hizo la oferta en nombre de su amo. Jacobo tomó nota y añadió esa peculiaridad a los otros comportamientos extraños, para a partir del conjunto decidir si los arameos eran espías extraordinarios o mercaderes tribales de caballos muy ingenuos. Se enorgullecía de calar en seguida a los forasteros. Además, le gustaba desempeñar el papel de guía. Dada su naturaleza escindida, Jacobo era consciente de los males de la inmensa ciudad –como si la viera a través de los ojos de su madre– al tiempo

que sentía una perversa adhesión a ella. Cabalgaran por donde cabalgasen, en ningún momento perdieron de vista la cúpula dorada de la torre y el verdor del jardín colgante del palacio, que parecía suspendido por encima de la línea de la muralla de Imgur Bel, de veintiocho metros, cuyas torres salientes protegían la inexpugnable defensa interior de Nimitti Bel.

Hasta los visitantes enmudecieron cuando volvieron a cruzar el Éufrates en la gabarra más próxima a la muralla. Observaron el movimiento de las largas varas que los esclavos utilizaban para empujar contra la corriente y el caudal del río gris a través del arco abierto en la muralla, Jacobo les explicó que el paso del río por la ciudad daba suficiente agua a los babilonios en el caso de que un enemigo los asediase y que los enormes graneros construidos por Nabucodonosor proporcionaban alimentos a cuantos los necesitaban. Si, Nabucodonosor había comunicado al pueblo que ningún enemigo pisaría la ciudad mientras Imgur Bel y Nimitti Bel permaneciesen unidas.

El criado arrojó una paja al agua, la vio alejarse y musitó:

–Pues os habéis olvidado del oro del río.

El agua parecía fascinarlo. Junto al canal donde las hileras de esclavos izaban cubos hasta una acequia y un inspector controlaba la cantidad de agua extraída, el criado frenó el caballo para coger del mentón a una de las figuras morenas y magras que hacían fuerza junto al poste de elevación. Los ojos del esclavo eran blancos y ciegos.

A las puertas de una hacienda los corceles se espantaron, pero los jinetes siguieron cómodamente montados. En la puerta habían clavado el pellejo arrancado a un ser humano, pellejo que todavía estaba húmedo.

–¿Corresponde a un enemigo asesinado o a un rebelde? –quiso saber el criado.

Jacobo leyó la inscripción colocada bajo el pellejo.

–Robó una oveja y denunció su desaparición.

Jacobo condujo rápidamente a los visitantes a través de los caserones de adobe que servían de criaderos de los niños que los comerciantes vendían a las tejedurías.

–Las cargas los doblegan –comentó el criado.

Poco más adelante las cargadas recuas de burros y los carros tirados por bueyes se apiñaron en medio de una nube de polvo para ceder el paso a la imponente figura de Jacobo a lomos de su mula. En medio de las bestias, hileras de mozos de carga descalzos se doblegaban por el peso de los sacos de cebada o las cajas de madera de palma. Jacobo sabía que el alquiler de las bestias humanas era más bajo que el de los animales de tiro.

–¿Cuándo los liberan de sus cargas? –preguntó curioso el criado.

Algo se coló en los pensamientos de Jacobo, palabras que había oído en los callejones y que casi había olvidado: los dioses no liberarían de su carga a Babilonia. Era una máxima traidora de los separatistas hebreos del barrio de Kebar. Y Jacobo no podía creer que los arameos hubiesen visitado esa insalubre orilla del

canal.

Parecían incansables en su recorrido por los suburbios; miraron cada avenida de las fincas arboladas de los poderosos y las callejas de las clases postergadas. A Jacobo le dolían los huesos a causa del desacostumbrado paseo cuando los arameos llegaron a las plantaciones de datileros y dejaron cabalgar los caballos en el frescor de la tarde. Hablaron entre si en una lengua extraña para Egibi. Aguzó el oído mientras se zarandeaba incómodo tras ellos y, con una bocanada de agitación, se percató de que hablaban en su lengua madre, tan fluidamente como lo habían hecho en arameo. Así se zanjó la cuestión que rondaba su mente: eran dos espías procedentes de una tierra lejana que no podía ser Egipto. Decidió acompañarlos hasta su alojamiento y trasladar la información al puesto más próximo de la policía de Rimut. Se percató por primera vez de la facilidad con que montaban, con los pies cubiertos por botas blancas encajados en anillas de cuero, y vio que se balanceaban según el movimiento de las monturas.

Se internaron por un palmeral datilero aparentemente igual a todos los demás. Al cobijo de la sombra aguardaban media docena de caballos embridados, tan brillantes e inquietos como los corceles de los supuestos arameos. Cuatro hombres se incorporaron desde las mantas tendidas en el suelo; llevaban fundas de arcos y carcajs sujetos a los cintos y las capuchas les ocultaban los rostros. El quinto, un hombre canoso, cojeó para sujetar la anilla del pie del portador de la espada, que dio una orden tajante. De inmediato los arqueros enrollaron sus mantas y las colocaron tras las sillas de montar. El par de visitantes se apeó de los caballos y el portador de la espada entregó su arma al viejo mozo.

–Como ves, disponemos de buenos caballos, pero no creo que puedas comprarlos.

Un temor súbito dejó frío a Jacobo Egibi. Sólo y desvalido, se dio cuenta de que estaba frente a enemigos armados que no podían ser mas que medos o persas. Quizá habían accedido a las murallas de Babilonia como comerciantes de caballos, pero a partir de ese momento ni siquiera intentaron engañarlo. Jacobo calculó que, dadas las circunstancias, tenía una posibilidad en diez de salir vivo del palmeral. Tomo conciencia de su situación, hizo frente con descaro al jefe embozado y respiró agitado a causa del poco habitual paseo. Sin inmutarse, replicó:

–Veo que posees animales extraordinariamente finos y una montura de recambio para cada jinete.

–El que iba disfrazado de criado sonrió complacido. Era innegable que los demás lo consideraban el jefe y que guardaban silencio en su presencia. Jacobo supuso que su rango era alto.

–Babilonio, tu madre no dio a luz a un tonto –observó–. Hoy he contraído una alta deuda contigo porque me has enseñado el modo en que puedo entrar en tu ciudad. –Alzó los brazos y rió como si hubiese dicho algo gracioso–. Pide lo que quieras para tu familia o clan y cuando yo entre en Babilonia te lo concederé.

Después de pronunciar esas palabras, saltó a lomos de un caballo descansado, los demás lo siguieron y salieron lentamente del palmeral. Se esfumaron en el crepúsculo y Jacobo oyó los cascos de los corceles en el camino, galopando hacia el este.

Mientras la mula descansaba y él recobraba el aliento, Jacobo meditó las palabras del agente que debía de ser persa: «… el modo en que puedo entrar en tu ciudad». Se habían dedicado a dar un paseo alrededor del circuito de dieciséis kilómetros de las grandes murallas en las que no había más entrada que las puertas de bronce bien guarnecidas.

A la mañana siguiente Jacobo no buscó a Rimut, el inspector de Esagila. Acudió a su oficina de contabilidad y pidió a sus agentes que buscasen a la prostituta Ealil y al ladrillero Nusku y que investigaran lo que habían hecho durante el día anterior. Después de presentarle el informe, llevaron a la joven pareja y Jacobo en persona interrogó a Ealil. Aunque no mencionó las monedas de oro que le dieron, la muchacha contó su historia con veracidad y repitió una y otra vez la lectura de la tablilla en la que se ridiculizaba a Ciro.

Una increíble sospecha anidó en la mente de Jacobo Egibi. Despidió a todos y se puso a meditar ante la mesa. Llamó al amorita portador del báculo y al portador del parasol, salió, se dirigió discretamente a pie por la calle Zabara, se encaminó a la puerta oriental y cruzó hasta la apiñada orilla del canal de Kebar. Se descalzó y entró en la sala de oraciones en la que, como de costumbre, aguardaban los mayores.

Se trataba de los parientes de la madre de Jacobo, los ancianos de las tribus, que se mantenían fieles a la ley mosaica pues los profetas les habían advertido contra todas las demás, y al único templo de Yahveh, que ni siquiera los más viejos habían contemplado. Ante ellos Jacobo murmuró la inenarrable noticia de que sus propios ojos habían contemplado a Ciro, rey de los medos y los persas, en el puente de la calle Adad. Yeso no era todo: Ciro había pisado Babilonia, y Esagila, incluso se había detenido ante la burlona tablilla de Nabunahid.

–Antes de partir Ciro me dijo: «Pide lo que quieras para tu familia o clan y cuando yo entre en Babilonia te lo concederé».

Los murmullos apenas se oyeron en la estancia oscura que bordeaba las aguas de Babilonia. Jacobo tenía la convicción de que el desconocido aqueménida que no sabía leer –al menos así lo atestiguaba la prostituta Ealil– cumpliría su palabra. Preguntó a los atónitos ancianos cuál era el mayor de todos los tesoros. Las vasijas de oro del templo, las mismas que Nabucodonosor, el destructor de Jerusalén, se había llevado.

Meditaron colectivamente y transmitieron las novedades a Isaías.

El espía de Rimut en el barrio de Kebar no se privó de informar que los judíos volvían a conspirar, que difundían el rumor de la llegada de Ciro el persa y que hablaban nuevamente de recuperar las vasijas de oro de su templo, que se había

alzado en Jerusalén.

El propio Rimut evaluó la información de la siguiente manera: no era una novedad. Años atrás los profetas judíos ya habían difundido rumores falsos sobre la llegada de los medos y no había pasado nada, ni podía pasar nada semejante. Pero cabía la posibilidad de que los judíos más desesperados –los que se atrevían a pensar en el retorno a Jerusalén– intentasen robar las vasijas sagradas de las bóvedas del palacio. En ese caso, había que dar ejemplo mediante la desolladura en público de uno de sus jefes, entre los que ahora parecía figurar el traidor de Jacobo Egibi. ¿Acaso antes Nabucodonosor no había dado ejemplo con uno de los jefes rebeldes de Jerusalén? El siempre vencedor Nabucodonosor había quemado el templo del rey rebelde Zacarías, había matado a los hijos en presencia de ese monarca hebreo y luego le había quemado los ojos.

Por eso el inspector Rimut informó al monarca Nabunahid.

Lo que Nabunahid mantuvo en secreto

Aquel verano Nabunahid se ocupó de aparentar que estaba loco. Apenas abandonó sus aposentos en palacio después de las festividades del año nuevo y durante el último estío de su reinado. Envejecía y en las contadas ocasiones en que tuvo que consultar a los científicos o recibir a emisarios extranjeros lució una barba postiza muy rizada y un moño postizo de pelo oscuro en la nuca. Por tradición los anteriores monarcas asirios habían sido morenos y temibles y la nueva dinastía caldea los remedaba apelando al miedo. El temor a los dioses, al rey y a los siervos del rey mantenía sumiso al pueblo. Fue importante durante los años difíciles de las plagas y la escasez de alimentos. Aquel fue un verano difícil.

Zeria, el ingenioso custodio de los templos, interpretó los presagios y proclamó que las iras de Marduk pesaban sobre la tierra. (Esa proclama cumplió el doble objetivo de atemorizar a las clases bajas y enconarlas con los sacerdotes de Marduk, que subrepticiamente acusaban a Nabunahid de ofender por negligencia a la deidad tutelar de Babilonia; de hecho, dentro de las murallas de la ciudadela de Esagila los sacerdotes intentaron recuperar su influencia, que había ido a parar a la corte; por decirlo de alguna manera, la torre y el templo de Ekur se alzaron en armas contra el palacio real). Nadie salvo los poderosos sacerdotes de Marduk echaban las culpas a Nabunahid, a quien se creía loco y, en consecuencia, alejado de los asuntos humanos al tiempo que mantenía relaciones estrechas con las deidades ocultas.

Por otro lado, el comportamiento del monarca había sido incomprensible. Durante muchos años abandonó Babilonia para viajar sin cesar por las tierras del oeste, más allá de los dos ríos; se ocupó de reconstruir los santuarios más antiguos, de rescatar inscripciones enterradas y de descifrarías. Sin motivo evidente, Nabunahid reconstruyó el emplazamiento de una ciudad del lejano desierto del oeste, Tema, con palacios rutilantes y templos a los que había que abastecer con caravanas que salían de la propia Babilonia. Al ausentarse de Esagila de esta forma, el astuto anciano restó importancia a Marduk y a sus sacerdotes, que eran sus adversarios.

Con la creación de las rutas comerciales del oeste al mar, Nabunahid había intentado contrarrestar las conquistas del dinámico Ciro. Los persas se habían convertido en amos de las rutas norteñas que seguían los cursos superiores de los ríos hasta la costa de Anatolia. Por lo tanto, las ubérrimas tierras cerealeras del norte y los vestigios del imperio asirio estaban en su poder. En tanto sucesores de los medos, reivindicaban inmensos territorios imprescindibles para Babilonia, incluidos los puertos comerciales fenicios y Palestina. Por si eso fuera poco, hacia el

sur los restablecidos elamitas reclamaban las tierras del mar, en la desembocadura de los dos ríos, cuyo delta era importante no solo por las pesquerías, sino por el acceso al mar.

Babilonia disponía de ejércitos tan numerosos como los de los desaparecidos asirios. Belchazar se había ocupado de reunirlos. Sin embargo, las nuevas huestes armadas caldeas carecían de la preparación para manejar las máquinas de guerra, preparación que los asirios –esos bárbaros inteligentes– habían tenido. Pese a ser imponentes y muy caros, sólo podían utilizar los carros en el llano. Las fuerzas caldeas habían logrado entrar en Nínive y destruirla gracias a su alianza con los aguerridos medos. Como ahora Ciro contaba con los jinetes medos, los planificadores de Esagila se aprestaron para el conflicto con el aqueménida, pues consideraron que era inevitable. Por decirlo de alguna manera, el dominio babilónico estaba atrincherado entre las ciudades gemelas de los persas –Pasárgada y Ecbatana– y el mar Mediterráneo. Cubría las rutas comerciales entre el este y el oeste y los planificadores de Esagila estaban decididos a retenerlas. Se mantuvieron firmes en su alianza con los faraones que, como de costumbre, dieron largas hasta averiguar –puesto que habían despachado a Creso– quién se convertía en el amo de la histórica llanura entre los dos ríos. De esa manera los egipcios fueron testigos del advenimiento de hititas y hurritas, de asirios y medos, así como de la desintegración posterior de esos poderosos pueblos septentrionales. Los egipcios proporcionaron todo tipo de ayuda salvo la guerra con Babilonia, pues sabían perfectamente que, mientras la ciudad de Marduk se alzara con firmeza a orillas del Éufrates, los invasores bárbaros no conseguirían llegar al Nilo.

Aparte del pacto secreto de defensa mutua con Egipto, los planificadores de Esagila perfeccionaron la estrategia para derrotar a Ciro, que se basaba en las fortificaciones de Nabucodonosor. En primer lugar, la barrera creada por la muralla meda se extendía entre los dos ríos, a la altura de Sippar. Era demasiado sólida para que los jinetes la tomaran por asalto. Tras ella aguardaba el ejército de operaciones de Belchazar. Detrás de los ejércitos se encontraba Babilonia propiamente dicha, convertida en una ciudadela inexpugnable. Los bárbaros persas y medos se estrellarían contra esas fortificaciones, como anteriormente les había ocurrido a escitas y hurritas. A diferencia de Creso, los babilonios no cometieren el error de enviar al ejército a luchar contra Ciro en las montañas. El testarudo Belchazar lo habría hecho, pero se lo impidieron.

Babilonia se dispuso a esperar, con todos los efectivos movilizados. Pese a que lo esperaba, Ciro no había aparecido en casi seis años. Se había dedicado a deambular por el limbo oriental del mundo. El coste de guarnecer las fortificaciones supuso una carga muy onerosa para las tierras. En cuanto Ciro hizo acto de presencia en la frontera, Nabunahid puso su tablilla triunfal a la vista de todos, retando al imprevisible persa al tiempo que aseguraba a los babilonios que el enemigo sería avasallado.

Belchazar se lanza contra Ciro

Cuanto terminó el verano y comenzó la época de las cosechas, Ciro se presentó por el norte.

Desde las colinas siguió el descenso del río Diyala. Los persas cabalgaron por tierras babilónicas y cosecharon el grano que estaba en pie. Nada más verlos los habitantes huyeron a la ciudad fronteriza de Opis, a orillas del Tigris. Los persas los siguieron despacio, aparentemente más interesados en la recolección que en saquear las aldeas.

Belchazar tuvo noticia de su llegada al amparo de la muralla meda. Supuso un lanzazo para la furibunda exasperación del belicoso príncipe de Babilonia. Durante cinco años prácticamente la había regido. Desde que Nabunahid lo reemplazó durante las festividades de año nuevo, había estado encerrado en el frente norte y le prohibieron guiar sus efectivos al otro lado de la muralla. Como era un militar aguerrido, le disgustaba que los regimientos estuviesen ociosos, cumpliendo funciones de guarnición tras la barrera segura de la muralla. Como amaba el esplendor, detestaba su acantonamiento en una ciudad comercial como Sippar. Y desconfiaba de su padre.

A medida que llegaban los informes de los puestos de avanzada, Belchazar concluyó que medos y persas acumulaban provisiones para el inminente invierno. No parecían prestos al combate y a Belchazar le habría gustado asestarles un golpe contundente durante la operación de recolección. Podría haberse quedado en el campamento de no ser por las pullas de las molineras.

Ocurrió después de una copiosa ingestión de alcohol. Una de las chicas que lo acompañaba se puso el velo para salir al balcón, donde la brisa era más fresca. Era una joven esbelta y lánguida y estaba tan molesta como Belchazar por no poder seguir en el palacio babilonio. Bajo el balcón se extendía el patio, en efervescencia con los animales atados para la matanza, con el chirrido de las muelas que giraban las viejas esclavas hebreas. Sus voces resonaban y retumbaban en medio del rechinar de las piedras. Una de las viejas gritó en lengua caldea:

–Ven y siéntate en el polvo, oh, hija virginal de Babilonia, siéntate en el suelo: *no hay* trono, oh, hija de los caldeos…

Aunque se trataba de una broma lanzada al aire, iba destinada a la rubia que se encontraba junto a Belchazar. Las muelas volvieron a rechinar en medio de las carcajadas y la voz entonó:

–Coge las muelas y muele la harina: abre tus cerraduras…

La muchacha regresó a la calurosa estancia y Belchazar la siguió con tal de

eludir la ojeriza de las viejas esclavas y para beber. Tuvo la impresión de que las fuerzas enemigas también actuaban como si no le temieran. Les hacia falta una amarga lección sobre el poderío de Belchazar…

Poco después marchó con sus lanceros y carros hacia el norte, alejándose de la muralla. Los condujo hasta el Tigris en busca de las huestes invasoras.

El viento del norte soplaba sobre los babilonios. Agitaba el polvo y doblegaba los álamos altos y los sauces resecos. En medio de la bruma polvorienta brilló el rojo sol hasta que el humo de las aldeas incendiadas –los jinetes enemigos arrojaron teas sobre los techos de paja– oscureció el astro. Los jinetes prendieron fuego a los campos de cereales y el viento avivó las llamas que lamieron el llano. Los caballos de los carros babilonios se inquietaron y las columnas de lanceros de la marcha abandonaron los caminos y buscaron refugio en los arroyuelos y en los campos verdes.

Como arrastrados por el viento, los jinetes persas llegaron a toda velocidad. Sus flechas atravesaron las nubes de polvo y sus oscuras filas arremetieron en medio de la humareda. Asomaron las lanzas por delante de las cabezas de los corceles; los jinetes enfundados en metal se inclinaron tras los escudos y traspasaron a los lanceros ligeros de Babilonia. Cuando los carros de Belchazar se reunieron para lanzarse contra los montados, cayeron bajo una lluvia de flechas que mató a los cocheros semidesnudos y provocó la espantada de las monturas. Por momentos, cuando los carros atacaban, los jinetes de los veloces nisayanos se daban media vuelta, galopaban por delante y se reían de la competencia entre los vehículos pesados y los caballos que corrían libremente. Además, disparaban flechas hacia atrás.

Al caer la noche, los fuegos y el viento cesaron; los capitanes babilonios reunieron sus regimientos para replegarse a un lugar seguro durante las horas de oscuridad. El enemigo no se retiró de esa extraña batalla: durante el crepúsculo atacaron las columnas que marchaban y las obligaron a dar media vuelta para repeler a las bandas agresoras. Los capitanes babilonios encendieron teas que cumplieron la función de punto de reunión para los lanceros. Andanadas de flechas escapaban de las sombras hacia las luces. La oscuridad amparaba a los jinetes persas, que no cesaron de perseguir a la agotada soldadesca. Imposibilitados de montar el campamento, los babilonios se dirigieron al refugio más próximo: las murallas de Opis. La noche no ocultó a los carros que sonaron con estrépito sobre el terreno accidentado.

Agotados y asolados por la sed, los soldados de Belchazar abandonaron las vías atestadas en busca de recovecos aun más oscuros, donde fluían los riachos. En compañía de sus señores y de la guardia montada, Belchazar huyó hacia la muralla que se alzaba entre los ríos. Explicó que no había conquistado esa victoria sobre Ciro porque el viento, el fuego y la oscuridad se lo impidieron.

La prisión de los dioses

Aquella misma noche, Nabunahid se sentó en el trono de Esagila para oír que los encargados del calendario anunciaban que era la primera hora del nuevo mes lunar de tischri (octubre). Nabunahid expresó el habitual deseo de que el mes fuese propicio para todos los pueblos de Marduk. Los encargados de las tablillas cambiaron el símbolo del reloj que gotea agua por el de una luna creciente y se retiraron, no sin antes rezar la habitual plegaria para que el monarca de Babilonia tuviese larga vida. Durante más de trece siglos los astrónomos habían llevado un registro exacto del movimiento del sol contrapuesto al de las estrellas. Sólo faltaba que los cronistas de Babilonia escribiesen los acontecimientos de la luna de tischri.

Tanto el calendario como la crónica se consignaban de esa manera desde el reinado del primer Sargón. En años de inundación y de sequía, de revolución y de invasión, habían preservado en las tablillas el relato de las épocas y pensar que el registro fuese abandonado resultaba inconcebible. Esta minuciosa conservación del pensamiento y de las costumbres del pasado se había convertido en una obligación y cualquier cambio era visto con malos ojos porque suponían que conllevaba el mal. Los sacerdotes insistían en que Marduk preservaba la ciudad de Babilonia para la eternidad. Incluso Nabunahid había reclamado su pretensión al trono porque, según dijo, Marduk se le había aparecido en sueños y le había anunciado que era el amado y legitimo sucesor de su predilecto Nabucodonosor.

Como de costumbre, en cuanto Nabunahid despidió a los encargados del calendario, dos adivinos del templo se plantaron ante su tarima y tironearon de las largas mangas que cubrían sus brazos. El sacerdote que tomó la palabra llevaba en la cinta de la cabeza la señal de la pala, símbolo de Marduk. Como era habitual, dijo su profecía en forma de acertijo:

–Durante este mes llegará alguien que satisface a Marduk, nuestro gran señor. Será un pastor que guía a su rebaño y dejará libres a los que están sometidos a servidumbre. –El adivino hizo una pausa como si meditara–. Su llegada será propicia para Babilonia, la amada ciudad de Marduk.

Nabunahid despidió a los adivinos con notoria irritación. No habían mencionado su nombre en los vaticinios. Pensó que lo hacían adrede para confundirlo. Aunque el templo era propietario de incontables rebaños, apenas se preocupaba de los pastores o de otros «sometidos a servidumbre». Nabunahid gratificó a los sacerdotes con el habitual maná de oro y en cuanto pudo abandonó el salón del trono en busca de su hija Shamura. La noche de la nueva luna la encontró, como cabía esperar, trabajando en la bóveda subterránea que servia de

prisión a los dioses extranjeros.

Las deidades se alzaban sobre los pedestales que Nabunahid había hecho construir y arrojaban sombras sobre las paredes encaladas. Durante sus viajes, Nabunahid se había apoderado de esas divinidades, que se encontraban en templos muy distantes de Babilonia: Shamash de Sippar, que portaba la corona de rayos del sol; Assur, el guerrero gigante de los desaparecidos asirios; Shushinak, la horrible deidad terrenal de Susa, la más importante de todas las imágenes cautivas. Claro que algunas fueron capturadas durante el reinado de Nabucodonosor. En el extremo más lejano brillaban el candelabro de oro, la mesa del altar y el tabernáculo trasladados desde el templo de Jerusalén.

En los archivos los cronistas habían escrito: «Hasta el final de los meses estivales entraron en Babilonia los dioses de Acad y de las tierras del oeste, todos los que están por encima y por debajo de la tierra».

Cuando entró en la prisión de los dioses cautivos, Nabunahid experimentó el conocido escalofrío del miedo. Al cerrar la puerta revestida de bronce, la llama de la única lámpara se inclinó y su sombra se balanceó. Se imaginó que las imágenes gigantes se movían y dirigían hacia él las joyas centelleantes de sus ojos. Su hija Shamura lo miró pues tenía en alto la lámpara para leer lo que estaba escrito en el peto de Shamash, dios solar de Sippar. Aunque estaba escrito en sumerio arcaico, Shamura sabía interpretarlo Ya había copiado todos los escritos tallados por manos muertas en las figuras de piedra negra que el paso del tiempo había alisado. Shamura no temía los poderes encerrados en la bóveda. Nabunahid sabía que una mujer podía penetrar secretos vedados a los hombres. Notó que su hija quemaba incienso en un trípode de forma peculiar; tal vez hacía una plegaria simbólica a uno de los dioses. Cuando le refirió el enigma de los siervos de Marduk, Shamura agitó desdeñosa la cabeza.

–Apenas es un enigma y no se la puede considerar una profecía. Zeria ya no puede contener a los cómplices de Ekur. Además –añadió pensativa–, no se atreven a desafiarte y se burlan de ti con expresiones de doble sentido. En cuanto al pastor que está por llegar, podría ser cualquiera. Los sacerdotes son muy astutos, fácilmente pueden elegir a un señor de su facción y proclamar *éste es el jefe que presagiamos, el hombre que satisface a Marduk*. No tendrán dificultades para hacerlo y el populacho cree en las profecías cuando le parece que se cumplen. ¿Qué respondiste?

–No dije nada.

–Me alegro. Probablemente están más preparados para recibir tu cólera que tu silencio. Como se han mofado de ti en presencia de testigos, tendrás que rebajarlos. Debes actuar sin dilaciones.

Nabunahid admiró la simplicidad del pensamiento de su hija al tiempo que aguardaba esperanzado su decisión. A Shamura no le preocupaban sus dudas ni quedaba en situación de inferioridad por su compasión hacia los demás. Como no

salía de sus aposentos en los jardines colgantes, los cortesanos casi nunca la veían. Se había cambiado el nombre para ponerse el de la reina legendaria de Babilonia, Shamura o Semiramis.

Shamura inclinó la cabeza, oscurecida por la peluca trenzada al estilo egipcio, pensó en la reina legendaria y asintió convencida.

–Escolta hasta la sala de audiencias la imagen portadora de estrellas de Ishtar. Preséntate ante ella como el favorito de sus siervos, proclama, para que se sepa en las calles que están más allá de Esagila, que *ella* pondrá a Babilonia bajo su protección. *Ella* te lo ha dicho en sueños. Hazlo mañana mismo. Entonces los sacerdotes de Marduk se roerán los dedos y se escupirán unos a otros. No osarán menospreciar a la señora de Uruk.

Nabunahid cerró los ojos y suspiró aliviado. Ishtar, diosa guerrera y divinidad de la fertilidad, era popular entre los hombres y venerada en secreto por la mayoría de las mujeres. No había efecto más llamativo que el de la aparición de una deidad en momentos de tensión.

–«El hombre que no tiene dios al deambular por las calles cae presa del demonio que lo sigue» –citó satisfecho el monarca. Añadió–: Tu ingenio es el escudo que protege mi modesta vida.

Shamura no respondió a semejante necedad. Inclinó la cabeza y las trenzas oscuras le taparon los ojos.

–Haz exactamente lo que te he dicho –ordenó tajante–. Que vean que vuelcas todas tus esperanzas y confianza en la señora de Uruk. Ni te molestes en pronunciar un discurso. –Acarició la mejilla de su padre con sus dedos delgados–. No te preocupes por esto. Tiéndete en el sofá, duerme y por la mañana, cuando vayan a vestirte, cuéntales tu sueño. –Nabunahid estaba a punto de salir cuando Shamura apostilló–: Pase lo que pase, *debes recabar* la ayuda de Ishtar.

Nabunahid dejó a su hija junto a la lámpara. Al irse volvió a notar la presencia de los dioses oscuros. Oyó que Shamura recitaba la inscripción tallada en Shamash: «… aquel cuyo cuerpo es abandonado sobre la tierra…, aquel que no recibe sepultura…, la que muere de sobreparto…, aquella cuyo hijo, al que amamantó, ha muerto…, aquel que se ha ahogado…».

Nabunahid reconoció la invocación a los espíritus de los infortunados. Sabía que Shamura estaba convencida de que había sido elegida para prestar servicios a la gran diosa, de la que Ishtar no era más que una manifestación.

La ansiedad de Nabunahid aumentó a medida que recorría el pasillo donde el guardia eunuco de Shamura la aguardaba. El adefesio abandonó el banco de piedra para postrarse al paso del rey de Babilonia. ¿Sonrió con la cabeza baja al ver la figura rolliza e ignominiosa de Nabunahid? ¿Acaso Shamura intentaba protegerlo, como aseguraba, o su hija conspiraba mediante artes secretas para elevarse por encima de su padre?

En lugar de dirigirse al dormitorio Nabunahid caminó impulsivamente hacia la

puerta. Franqueó deprisa el friso de mármol de genios alados que parecieron correr a su lado y estuvo a punto de salir al enorme patio donde los guardias lanceros levantaron sorprendidos los faroles al verlo sin acompañantes. Nabunahid dirigió la mirada al firmamento en busca de un augurio. La estrella baja de Ishtar resplandecía con más brillo que el astro de Nabu. No vio otras señales y el frío nocturno heló sus carnes. Percibió un ligero movimiento a sus espaldas y se volvió rápidamente. Un lancero se había detenido cual una imagen de bronce y sostenía el farol en alto. Sin embargo, dentro del círculo de luz el aspecto del muro de piedra del patio había cambiado.

Sobre la piedra brillaban unas palabras, como si estuvieran escritas con fósforo. Vio unas pocas palabras escritas en arameo o en hebreo y no tuvo ninguna dificultad para leerlas: «Los días de tu reino están contados».

Esas palabras luminosas no habían sido visibles cuando Nabunahid entró en el patio. A medida que las miraba los bordes titilaban y desaparecían progresivamente. Nabunahid observó el rostro barbudo del guardia. El gigante inmóvil era amorita, tan indómito como un animal, y seguramente ignoraba el significado de esas palabras. A sus espaldas se inclinó y desapareció una sombra. Nabunahid vislumbró la figura de una mujer que se alejaba a la carrera con un cántaro de agua sobre la cabeza.

Cuando por fin se dirigió a su dormitorio, Nabunahid echó a los soñolientos esclavos que lo ayudaban a vestirse y desvestirse y a las arpistas que solían relajar su inquieta mente. Las palabras de fuego despertaron sus temores reprimidos y fue incapaz de conciliar el sueño. Sus pensamientos divagaron entre los augurios de las últimas horas y pujaron por acercarse a una divinidad que pudiese protegerlo en el caso de que Shamura intentara engañarlo.

Cuando el cansancio lo amodorró, percibió una voz y palabras que resonaban débilmente: «Estás agotado en medio de tantos consejos…, deja que los astrólogos, los astrónomos y los pronosticadores de los meses den la cara y te salven de cuanto caerá sobre ti». Nabunahid levantó la cabeza para oír mejor e imaginó que la voz procedía del patio situado bajo sus aposentos a oscuras. «¡Nadie te salvará!».

Ni se le ocurrió pensar que su peor enemigo eran sus pensamientos.

El alba iluminó las ventanas de alabastro y, sumido en su agotamiento, el rey de Babilonia sólo aspiró a escapar de los terrores de la oscuridad. Cuando los criados se presentaron con la jofaina de oro llena de agua, no menciono su sueño con Ishtar. Gritó que saldría inmediatamente de palacio a Sippar para reunirse con su hijo y con el ejército.

Comunicó a Rimut y a los asesores que otorgaría a las fuerzas armadas el beneficio de su presencia. Se convenció de que, en el caso de que Belchazar venciera a los invasores, él mismo se alzaría con los honores de la victoria. Experimentó alivio y dormitó cómodamente en el carro cubierto y tirado por mulas blancas cuando la punta de la gran torre desapareció en el llano, a sus espaldas.

De cuanto aconteció en Sippar, en la carretera del norte, lo que más recordaba Nabunahid era el humo arremolinado que ocultaba el sol. El terror reinaba bajo el manto de la humareda y el pueblo que atiborraba las calles empujaba hacia el templo de Shamash, su santuario. No cedieron el paso al desfile real y cuando vieron que Nabunahid viajaba en el carro dorado, con el báculo y el anillo real, lo increparon. Las voces suplicaron ayuda y profirieron insultos. El terror era superior al miedo que le tenían al rey, su señor.

–¡Recupera al dios de nuestros padres! ¡Hazlo tú, que has quitado a Shamash de su sede! ¡Fíjate bien, el sol se ha ocultado y nuestro santuario está vacío!

Nabunahid se sintió dominado por un sueño maligno del que no podía despertar. Hasta las mujeres alzaron la voz desafiantes desde los balcones:

–¡Tú has alertado a los extranjeros contra nosotros y a los recaudadores de impuestos les has ordenado que el agua de los canales no riegue nuestros campos! ¡Has robado los símbolos divinos de nuestro templo! ¡Apaga el fuego que consume nuestros campos!

Animales y carros llenos a rebosar atestaban las calles de Sippar mientras las afligidas familias intentaban huir. No había autoridad visible. Los funcionarios y los propietarios, que contaban con los mejores medios de transporte, habían escapado de la aterrorizada multitud constituida por las gentes del común.

Nabunahid volvió a cobrar ánimos al ver que la guardia montada de Belchazar –los lanceros con cascos– se dirigían hacia él. Los vio emplear látigos y espadas para despejar el camino al carro de su hijo. Cuando los vehículos se encontraron, Nabunahid preguntó ansioso:

–¿Por qué no estás junto a la muralla?

El fornido cuerpo de Belchazar estaba cubierto de metal con incrustaciones de oro; esgrimía un escudo. Miró a su padre, que aferraba el báculo y el anillo reales.

–Porque los persas están aquí.

Nabunahid no comprendió. Había delegado los asuntos bélicos.

–¿Se ha librado una batalla?

–Yo no lo llamaría así. –Belchazar recordó la frontera cubierta por una capa de humo–. Apareció el lobo y estas ovejas huyeron.

Extendió el brazo hacia el clamoroso gentío retenido por las lanzas de sus jinetes. Explicó desdeñoso a su padre que las huestes armadas había huido abandonando a sus capitanes y que los persas habían perseguido a los fugitivos y franqueado las puertas de la muralla meda. Belchazar no pensó más en la muchedumbre contenida por las murallas de Sippar. Los soldados exhaustos y presas del pánico ya no le servían de nada y lo manifestó.

–Mi fuerza se renovará tras Imgur Bel y Nimitti Bel –dijo–. Allí prevaleceré sobre los paganos persas. –Escrutó el rostro tenso de su padre–. Y tú, ¿qué harás?

Nabunahid ordenó al cochero que diese media vuelta y siguiera al carro del

señor Belchazar. Había llegado al frente con el tiempo justo de asistir a esa derrota.

«El que satisface a Marduk»

Aquella noche se apagaron los fuegos de los campos y el cielo se despejó. Al alba los mensajeros de Ciro entraron en Sippar y pidieron a los habitantes que abandonasen sus moradas.

–Salid, reunid vuestros rebaños, juntad agua para los animales y dad de comer a vuestras familias. Las perturbaciones han terminado e impera la paz del aqueménida por orden de Ciro el rey.

Tras los mensajeros cabalgaban flautistas y cimbaleros. Detrás de ellos, Ciro entró en Sippar mientras el sol refulgía en el cielo. Hizo una entrada espectacular para llamar la atención de las asustadas gentes que sólo soñaban con una muerte rápida en el momento en que los soldados paganos saquearon la ciudad. Ciro avanzó a caballo hasta el templo de Shamash. Cuando vio el santuario vacío, lanzó exclamaciones de sorpresa y preguntó qué se había hecho del dios de Sippar.

El *rab'ali* –el alcalde– se había acercado con los ancianos para presentar ofrendas de tierra y agua como muestra de sumisión. Explicó que los babilonios se habían llevado a Shamash de la ciudad en un carro tirado por bueyes y que por ese motivo habían sufrido grandes males: las lluvias cesaron y la tierra se convirtió en una corteza seca; los babilonios se habían llevado la mitad de la cosecha de mijo y de cebada y las últimas cosechas habían ardido. El alcalde, que esperaba despertar la compasión de los conquistadores, añadió que su pueblo sólo estaba formado por muertos vivientes que buscaban sepultura.

–De ahora en adelante, la ley dice que los fuertes no harán daño a los débiles. Yo, Ciro, el que pone en vigor la ley, deduzco que habéis sido lesionados. ¿Quién más está dispuesto a prestar testimonio?

Aquella mañana Ciro lucía sus atributos: la tiara de perlas ensartadas de los medos y la túnica púrpura con flecos de los monarcas asirios. Sólo portaba una daga enjoyada –un arma simbólica– colgada del cinto y en sus manos no aparecían los símbolos del poder. A uno y otro lado tenía al portador de la espada y al del arco. A sus espaldas aguardaban los señores de las huestes, los portadores de la ley y los intérpretes. Gracias a la barba cana, a las mejillas bronceadas por el sol y a los ojos grises y hundidos, constituía una figura de autoridad, que era lo que pretendía. Apeló a su ingenio rápido y a sus lisonjas para ganarse la confianza del populacho de esa importante ciudad de confluencia.

Cuando los habitantes de Sippar se dieron cuenta de que Ciro los escuchaba y de que evidentemente no se proponía sacrificar los jefes a su dios desconocido, en el templo se apiñaron todavía más personas. Estaban dispuestos a prestar

testimonio sobre las exacciones de Babilonia. Y el imponente Ciro estaba dispuesto a escucharlos.

–Mi juicio es el siguiente –declaró finalmente–. Un así llamado rey, que no es descendiente verdadero del esclarecido Nabucodonosor, se ha nombrado sumo sacerdote. Pese a todo, ha dispuesto que su hijo os gobierne con un ejército que devora los bienes de la tierra como las langostas. Se ha llevado a Shamash, vuestro protector y, en consecuencia, ha puesto fin a vuestros ritos. No es gobernante en ningún sentido salvo el nominal. Pero ahora el mal que ha causado será remediado porque lo digo yo, Ciro el gran rey.

Aunque los ancianos de Sippar manifestaron estentóreamente su alegría por el juicio y expresaron su sometimiento al aqueménida, dudaban de que Ciro cumpliera su promesa. Los nuevos monarcas tenían la costumbre de proclamar la justicia para todos y la futura prosperidad. En los años transcurridos desde el reinado de Nabucodonosor, muchos soberanos habían ocupado el trono de Esagila. Presas de la desesperación, los hombres de Sippar se sintieron aliviados porque seguían vivos y porque la soldadesca del persa vencedor no les arrebató los alimentos que aún quedaban intramuros. De hecho, los soldados recuperaron parte del ganado y de los carros, y acamparon fuera de las murallas.

Al día siguiente el campamento había desaparecido. Sippar y la muralla que separaba los dos ríos no volvieron a ver la guerra.

Ciro avanzaba sobre Babilonia.

* * *

Sus seguidores surgieron de las montañas, comandados por su hijo Cambises, que ya no estaba acosado por los demonios del desasosiego.

Gubaru encabezaba la hueste elamita, que marchaba a toda prisa con sus faldas plisadas, acarreando los escudos de cuero trenzado y las fundas de las jabalinas. Los armenios descendieron desde la cabecera del Tigris, con sus brillantes cascos metálicos y los escudos zunchados. Ciro cabalgaba con los jinetes del este: hircanos, partos, sogdianos y bactrianos. Los medos de rubias melenas y petos con escamas de hierro ocupaban la ancha carretera que corría paralela a la orilla del Éufrates, que había descendido a causa de la sequía otoñal. Los mil inmutables se habían convertido en cinco mil jinetes acorazados que portaban lanzas y arcos en corceles protegidos con mallas de eslabones de hierro. Una vez reunidos, el *hazarapat* –el comandante del ejército– informó que las huestes ascendían a seiscientos centenares, que su valor corría parejo con cualquier prueba a que tuviera que someterse y que su habilidad superaba cualquier obstáculo.

Al oírlo el anciano Gubaru cerró los ojos y alzó sus manos flacas.

–¿Podrán tus jinetes traspasar defensas de ladrillos cocidos de veinte codos de espesor? ¿Podrán enviar con fuerza sus flechas hasta el tope de murallas que

alcanzan los sesenta codos de altura? Te advierto que los babilonios han erigido las barreras de Imgur Bel y Nimitti Bel para protegerse de un ejército como éste. El valor no os dará alas para sobrevolar esas defensas y la habilidad no os permitirá cavar por debajo porque los cimientos llegan a la tierra. Lo sé porque en mis años mozos ayudé a los ingenieros de Nabucodonosor a planificar estas murallas. Es imposible tomarlas por asalto.

–Padre, ¿cómo entraremos? –se apresuró a preguntar Ciro.

Los jefes se sentaron sobre alfombras, a orillas del río. Gubaru sentía un gran temor y lo agobiaban los presentimientos. Notó que Ciro el aqueménida había cambiado desde su travesía al fuego de Bactria. Ciro ya no consultaba a los sátrapas ni a los comandantes; era cada vez más impaciente y parecía buscar la guía de un ser místico, tal vez su fravashi, más que la sabiduría de sus compañeros. En ese momento planteó enormes exigencias a sus seguidores y les metió prisa, como si quedara poco tiempo para acometer las tareas que debían cumplir. Había corrido el riesgo inmenso de llegar a las puertas de Babilonia disfrazado de comerciante y sus enemigos lo habían reconocido.

Como era demasiado astuto para discutir con el conquistador aqueménida, Gubaru apeló a las sutilezas.

–¿Por qué tu padre tendría que decirte lo que has visto con tus propios ojos: la fortaleza incólume de las murallas de Babilonia? ¡Propongo que regresemos! Los babilonios no temen un ataque, pero sienten pavor de sus dioses. ¡Apela a ese miedo! Haz saber que estás al servicio de Marduk, el dios supremo. Los sacerdotes de Esagila están alborotados por las intrigas de Nabunahid. Declara que has venido a restablecer el culto de Marduk, el gran señor. Así los dividirás y con el tiempo…

–Decir con el tiempo o después de un tiempo no sirve de nada –lo interrumpió Ciro–. Ha llegado el momento y debo aprovecharlo.

Se volvió hacia su hijo Cambises y le preguntó qué opinaba.

Cambises replicó sin vacilaciones, con lo que demostró que ya había elaborado un plan. Analizó el problema según la lógica de los griegos. Sostuvo que, puesto que no podían atacar la ciudad de Marduk, tampoco era posible asediaría. Las murallas eran demasiado extensas para rodearlas y el territorio demasiado pobre para dar de comer al ejército. En consecuencia, podían arrasar la gran llanura, quemar la tierra y dirigirse a toda prisa hasta el rico botín de los faraones del Nilo, dejando que la falta de alimentos surtiera efecto en Babilonia.

Una preocupación tensó el rostro cansado de Ciro.

–Hijo mío, eres un buen comandante pero un mal gobernante. He dado a los habitantes de esta tierra mi palabra de que gozaran de la paz aqueménida. ¿He de faltar a mi promesa? ¿Debo quemar y asolar lo que ahora me pertenece? Hijo mío, ahora la gran llanura es nuestra y sólo la ciudad se alza en armas contra nosotros.

–En ese caso, ven a Susa, mi ciudad –se apresuró a proponer Gubaru–. Establece allí tu cuartel de invierno. Da descanso a tus efectivos y deja que

Babilonia se cueza en su propia salsa. Si la ciudad atesora alimentos mientras el campo pasa hambre, la rebelión estallará antes del próximo año nuevo. Si no hay más remedio, ataca entonces.

–El festival de la cosecha está a punto de celebrarse…, faltan dos días. Para entonces toda Babilonia podría habitar en moradas seguras bajo mi sombra protectora. Es lo mejor.

Los que lo oyeron guardaron silencio, pues tuvieron la certeza de que el demonio de la locura lo había trastornado. Ciro reparó en el silencio, miró a quienes lo rodeaban y rió.

–Lo dijo una vez un profeta loco…, Zaratustra. ¿Acaso el gran rey de los medos y los persas, y de los babilonios, será incapaz de hacer lo que Zaratustra consiguió?

Gubaru suspiró.

–Babilonia no guarda ninguna semejanza con el valle de Bactria.

El mero hecho de pensar pareció estimular a Ciro.

–Hallé la entrada al valle en medio de la nieve y las tormentas. Es mucho más fácil franquear las gruesas murallas de Babilonia. Un ciudadano hebreo, una prostituta y un ladrillero me mostraron el camino.

–A través de una batalla.

–Sin batalla…, ni siquiera habrá una escaramuza.

–¿Cómo lo harás?

Gubaru intentó disimular sus presentimientos.

Ciro volvió a reír divertido.

–Si llegas a la ciudadela de Esagila, ¿no se debe a que has traspasado las murallas de Babilonia? –Permanecieron en silencio y Ciro reanudó sus meditaciones–. Es muy sencillo. El gran problema radica en lo que se hace después. Yen quién lo hace. –Observó atentamente al apuesto y canoso Gubaru–. Vamos, ahora lo veo con toda claridad. Serás tú quien entre, padre mío, tú, que tan bien conoces el acceso a la ciudad.

El anciano elamita sonrió porque creyó que Ciro bromeaba.

–Aquello ocurrió gracias a las energías de la juventud. Ciro, después de setenta años soy demasiado frágil para encabezar el grupo de asalto.

–Pues tienes un aspecto impresionante y la sabiduría imprescindible. –Ciro se incorporó y extendió los brazos–. Ocúpate de que te allanen el camino.

A renglón seguido convocó a los funcionarios, los científicos y los mensajeros para que pusiesen manos a la obra. Lo preparó todo incluso en las horas de oscuridad. Los heraldos recibieron un pregón que debían vocear a lo largo de la carretera entre Siddar y Babilonia, en las aldeas y en las esclusas del canal: «Marduk, el gran señor, ha buscado a alguien que satisface su corazón y ha escogido a Ciro el gran rey. Lo ha llamado por su nombre. Marduk camina a su lado y aprieta su mano. Que cuantos oigan aguarden su llegada».

En cuanto los heraldos abandonaron el campamento al galope, dos compañías de guardias hircanos los siguieron a paso más moderado. Gubaru marché hacia el sur con sus elamitas, escoltados por flautistas y cimbaleros. El propio Ciro fue con los ingenieros a inspeccionar los canales más próximos que iban del Éufrates a las haciendas. Recorrieron un viejo embalse cubierto de juncos que se alzaban desde el lecho seco. Los hebreos que trabajaban en los canales explicaron que el gran embalse se había construido era la antigüedad, quizás en tiempos del primer Sargón, tal vez en los de Semiramis, la gran reina. Añadieron que la arcilla extraída del fondo se había apilado en el borde y que habían colocado piedras sobre el terraplén de arcilla. El objetivo del embalse era almacenar agua del río crecido para las épocas de sequía, pero estaba en ruinas.

Después de discutir la situación con los esclavos hebreos, Ciro los liberó de su trabajo para que se dirigiesen a la carretera de Babilonia. Luego de estudiar el embalse plagado de juncos, ordenó que trasladaran las carretas desde el campamento y encomendó a las tropas de infantería que retirasen las piedras del terraplén. Arrojaron las piedras al Éufrates, que discurría por el fondo de su lecho.

Simultáneamente limpiaron el canal que conducía al embalse. A medida que pasaban las horas, el río empezó a fluir hacia el inmenso embalse. Las obras continuaron hasta que la represa y los canales interconectados se anegaron y el río se hundió aún más en su lecho.

La puerta invisible

Al atardecer del día siguiente los escribas de guardia en el palacio de Esagila escribieron en las tablillas de arcilla que el rey Nabunahid declaraba inaugurado el festival de la cosecha el decimotercer día del mes de tischri. Ataviado con una túnica decorada con calcedonia y ágatas, Nabunahid firmó el decreto y se fue a pronunciar las plegarias.

Los escribas asomados al balcón también registraron el dato de que el nivel del agua había descendido en el cauce del Éufrates. Apuntaron ese hecho de una manera muy peculiar, que sólo ellos podían leer. Mediante ese ardid, la casta de escribas palaciegos acrecentaba su importancia y añadió sobornos a sus salarios pues era imprescindible apelar a ellos para leer los archivos.

A la hora de encender las lámparas, momento exacto del comienzo del festival, las puertas se cerraron para impedir la llegada de intrusos. Belchazar se paseó en su carro por lo alto de Imgur Bel. El ejército aguardaba presto en los cuarteles que bordeaban las murallas. También esperaban las máquinas junto al camino de ronda, los lanzadores de jabalinas y de piedras, y el aceite en los calderos que colgaban sobre las hogueras. Ante la menor alarma, destacamentos escogidos de portadores de lanzas serían recogidos en veloces carros y ascenderían por las rampas hasta el sitio donde se hubiera dado la voz de alarma. Los vigías de las elevadas torres informaron que todo estaba tranquilo en la llanura. Los espías de Rimut contaron que el campamento de los persas seguía montado junto al viejo embalse de Semiramis, entregados a una danza con la que celebraban su propio festival pagano.

Después de la aparición de la estrella de Ishtar, los astrónomos caldeos ocuparon sus puestos en la torre de observación de palacio para trazar el curso nocturno de la bóveda celeste. Finalizada la inspección, Belchazar descendió por la rampa hasta el río, miró curioso las aguas que discurrían lentas por el foso y regresó presuroso al salón donde las arpistas lo esperaban para escanciar el vino recio que tanto echaba de menos. A lo largo de la defensa interior de Esagila la guardia cambió y el relevo envidió al vigía que se retiraba para descansar junto a fuentes con carnes sazonadas y jarras de cerveza. Bajo las luces del pórtico del templo los reposteros diseminaron sus bandejas de pasteles sagrados. La música sonó en toda Esagila, iluminada durante la noche.

Babilonia se dividía en estratos humanos: las familias nobles se reunían en los jardines y mercaderes y artesanos poblaban las calles iluminadas. Sin embargo, los mendigos de Kebar bajaron los escalones que conducían a los desembarcaderos

ribereños. Esperaron a oscuras, junto a la compuerta baja y de piedra. Los pordioseros hebreos se reunieron para orar en silencio, como de costumbre. El agua había bajado mucho en el cauce del río y las piedras resultaban visibles.

Como la iluminación correspondía a las estructuras elevadas y como los que allí estaban se reunieron para el banquete, nadie vio a los primeros invasores. Vadearon el río con el agua hasta las rodillas y franquearon el arco.

Cuando arribaron a los desembarcaderos, los vagabundos de Kebar abrieron de par en par las esclusas de madera, hablaron en voz baja y extendieron sus delgados brazos. Los forasteros no emitieron el menor sonido al trepar con sus botas de cuero flexible; apenas se los divisaba gracias a los oscuros chubasqueros de fieltro que ocultaban las espadas, las hachas de manos y las jabalinas.

Los hircanos y los partos siguieron a sus oficiales hasta las entradas de Esagila. Una vez allí, los centinelas extendieron las astas de sus lanzas para impedir que los grupos de avanzada llegaran al recinto sagrado del palacio. Los guardias fueron reducidos y abatidos y los invasores entraron y se separaron para avanzar sobre los huecos de las lámparas de los puestos de guardia. Algunos treparon por la escalera exterior de la gran torre.

Por encima del inmenso patio, la torre era una sombra oscura contra el firmamento. La noche de las celebraciones ningún hombre estaba en su cumbre.

A esa hora de la noche los vigías de las torres gemelas de la puerta de Ishtar miraban hacia el norte. Al otro lado del foso, la procesión iluminada con teas se dirigía hacia Babilonia. Jinetes con vestidos de fiesta escoltaban una silla de manos ocupada por una figura de oro o ataviada con tela de oro –los sorprendidos centinelas no supieron si se trataba de un ser humano o de un dios–, seguida de músicos. Cuando la brisa arreció, la canción sonó con claridad y se oyó el retumbo del choque de los címbalos. Los centinelas informaron de esa aparición a su oficial, que trasladó la noticia a Belchazar, quien se encontraba en el salón de fiestas de palacio.

En palacio, las cortinas bordadas en rojo colgaban bajo las imágenes que los artistas babilonios habían realizado de las deidades conquistadas: eran imágenes de oro, plata, bronce, piedra y madera. Las imágenes miraban hacia abajo, en medio del incienso flotante, hacia la tarima en la que Belchazar estaba tendido en el sofá del monarca, dado que Nabunahid no había hecho acto de presencia. Belchazar oyó el mensaje de los centinelas y no le atribuyó la menor importancia porque esa noche muchos grupos desfilaban con teas…, y la mencionada no podría franquear la puerta de Ishtar, cerrada a cal y canto.

Esa noche Belchazar, el señor de la guerra, se dejó llevar por el capricho de beber vino de las vasijas de oro y plata que Nabucodonosor, el poderoso jefe militar, había cogido del templo de Jerusalén. Ordenó que las buscaran y las entregasen a las esposas y las prostitutas que servían a los señores de su corte, mujeres que llenaban el salón y que parecían ascender a un millar.

Las mujeres se apiñaron para beber de las vasijas y del gran cuenco de oro; rieron y colocaron velas de cera en el candelabro dorado de siete brazos. Lo dejaron contra la pared, junto a Belchazar. Allí lo vieron los viejos judíos que se ganaban el sustento como jardineros de palacio. Desde la hilera de cedros del jardín, miraron las luces centelleantes del salón a través de los alféizares.

A esa misma hora vieron que los dedos de una mano humana asomaban a través de la cortina, por encima del pie del candelabro de siete brazos. Esa mano escribió en el revestimiento de piedra caliza blanca de la pared.

Belchazar reparó en la mano en movimiento. Se volvió para leer lo que había escrito y su expresión se demudó. Los cautivos lo oyeron preguntar imperativamente por el significado de esas palabras. Sus compañeros fueron incapaces de interpretar esa escritura extraña y las mujeres no sabían leer. Por eso el impaciente Belchazar exigió la presencia de caldeos, astrólogos, eruditos y adivinos que interpretasen el significado de esas palabras.

De esa manera los astrónomos fueron apartados de sus mapas estelares, los escribas de élite de sus archivos y los intérpretes de augurios de su sueño, dado que la noche tocaba a su término. El vino encolerizó y volvió descuidado a Belchazar; en primer lugar, ofreció conceder la túnica escarlata de la ceremonia al intérprete del mensaje, luego prometió una cadena de oro que le conferiría categoría y, por último, gritó que lo convertiría en tercer gobernante del reino, después de él, el príncipe, que era el segundo. Los sabios caldeos sólo pudieron decirle que las palabras estaban escritas en hebreo.

Fue una mujer –una de las esposas de Belchazar– la que osó sugerir que mandase buscar a un hebreo para que leyese esas palabras. Poco después los cautivos vieron que conducían a un judío joven hasta la tarima. Para entonces los celebrantes habían interrumpido sus gritos en el salón y reinó el silencio cuando Belchazar quiso conocer el significado de lo escrito junto a su cabeza. ¿Se refería a él?

El joven trabajador judío respondió afirmativamente:

–Dios ha anotado tu reino lo ha liquidado. –Siguió explicándose–: Te han pesado en la balanza y no das la talla. Tu reino será dividido y entregado a medos y persas.

El silencio continuaba mientras los celebrantes miraban a Belchazar, a quien medos y persas habían apartado de la muralla del norte. Bajo la mirada de todos, Belchazar se incorporó y ordenó que entregasen una túnica y una cadena al intérprete del escrito.

En menos de una hora los atentos jardineros fueron testigos de la muerte del hijo del rey. Ocurrió cuando los centinelas de la entrada se acercaron en tropel para informar que enemigos desconocidos ocupaban el patio. Belchazar se negó a creerles. Como las palabras escritas en la pared lo habían encolerizado, cogió el arma más próxima y abandonó a la carrera el salón sin esperar a los oficiales. Los

militares se abrieron paso entre las mujeres y lo siguieron.

Belchazar y sus compañeros salieron insuficientemente armados a las penumbras del patio. Fueron abatidos y ajusticiados por las espadas de los hircanos que se acercaban a la entrada. Al ver ese espectáculo las mujeres chillaron y los esclavos del salón huyeron a ciegas, gritando que de las sombras habían surgido enemigos que mataron a todos los señores. Las protestas estallaron en los pasillos. El inspector Rimut se asomó en medio de las sombras, paseó la mirada por el patio y se escabulló a su casa. Los gritos llegaron hasta el desvelado Nabunahid, que se encontraba en su dormitorio. Aunque gritó a sus siervos, éstos sólo fueron capaces de barbotar ante el rey:

–*Ellos* llegaron caminando sobre las aguas. No, los sigue el fuego de las teas, que ilumina un dios que resplandece como el oro. Nabunahid corrió hasta la rampa del río. Vio las teas que se balanceaban a sus pies y la multitud de jinetes que se movían sobre el agua del lecho del río y que cruzaban el arco en el que el caudal se había reducido. No había un solo guardia en su puesto del arco, en el que sólo entraba agua.

Cuando se enteró de la muerte de Belchazar, Nabunahid huyó aterrorizado, primero hacia la bóveda en la que Shamura tenía sus citas y luego, ciegamente, en dirección a las cuadras palaciegas y al carro cubierto. Una puerta se abrió por orden del rey y su carro tomó el camino de Uruk, la ciudad de Ishtar.

Durante incontables años la vida cotidiana de Babilonia había discurrido bajo la voz de la autoridad. Cuando conocieron la huida de Nabunahid y la muerte de Belchazar, los principales ministros se parapetaron en sus palacios de la calle Marduk hasta saber qué ocurriría. Nadie dio órdenes a los jefes de la guarnición, que dormían o montaban guardia en las murallas exteriores. En muchos barrios de la ciudad los habitantes durmieron en medio de las perturbaciones, ignorantes de que la autoridad hasta entonces vigente había dejado de existir.

Los elamitas cruzaron el río con Gubaru en la silla de manos y marcharon sobre el patio para entrar en palacio. No encontraron la menor resistencia. Gubaru penetró en el salón de celebraciones y se instaló en el sofá de Belchazar. Estaba un poco cansado después de la marcha que había durado toda la noche. Ordenó que en los pasillos no quedara un solo siervo y que se apoderaran de los tesoros. Cuando bajaron a la bóveda de los dioses cautivos, los capitanes quedaron impresionados por las excelsas estatuas. Preguntaron a la mujer que estaba en pie junto a la lámpara solitaria si permanecía en vela.

Shamura, la hija de Nabunahid, replicó:

–No, la vigilia que yo guardaba ha tocado a su fin.

Sacó una daga del cinturón y, antes de que los elamitas pudiesen capturaría, se hundió la hoja en el cuerpo y se derrumbó ante ellos. Su sangre discurrió por el

suelo de baldosas, por debajo de las imágenes.

Al romper el alba Gubaru publicó su primer bando: «Se aproxima una nueva era. Que cada individuo realice su tarea como siempre; que ninguna puerta permanezca cerrada ni se porten armas por las calles. En Babilonia la guerra ha terminado y ha comenzado la nueva paz por orden de Ciro, el gran rey».

Los porteadores bajaron hasta los desembarcaderos, donde el nivel del agua volvía a subir. Como de costumbre, las balsas y los esquifes transportaban cereales y pescado; los animales acarrearon sus cargas hasta las calles. Cuando abrió la lonja situada sobre el puerto, los banqueros se reunieron en el pórtico, recabaron noticias y pregonaron la venta de acciones de las corporaciones del templo, pues se figuraron que, siendo paganos, los persas vencedores confiscarían los tesoros del templo. Pero Jacobo Egibi pensaba de otra manera y adquirió acciones de la corporación de Marduk.

La guarnición todavía mantenía cerradas las puertas de la ciudad; por así decirlo, las murallas de Imgur Bel y Nimitti Bel se alzaban contra la ciudadela, cuyo templo y palacio estaban firmemente en manos de los contingentes de Gubaru. Las multitudes que se apiñaban en las calles asistieron al milagro de una ciudad en la que entraron sin matanza; a medida que pasaban las horas sin violencias ni encarcelamientos, el gentío se mofó de los soldados del difunto rey, concentrados en las elevadas murallas, junto al foso, les preguntó qué defendían y cuándo bajarían a comer. Antes de que acabara el día, los militares autorizaron la apertura de las puertas de la ciudad. No habían recibido órdenes de Nabunahid ni estaban dispuestos a desencadenar una batalla por su cuenta y riesgo. Al atardecer el templo de Ekur envió una delegación de sacerdotes para que preguntase a Gubaru qué esperaba de ellos. El elamita les comunicó que sólo era el precursor del verdadero monarca, Ciro el aqueménida, que había acogido bajo su protección y su paz al afligido pueblo de Babilonia. Gubaru añadió que Ciro lo hacia por voluntad de Marduk, supremo entre los dioses, porque la deidad estaba apenada por el sufrimiento de sus adoradores y por el olvido de su ritual.

Los sacerdotes conferenciaron y preguntaron qué ofrendas de oro, plata y cosas preciosas el nuevo monarca, Ciro el aqueménida, consideraba apropiadas por parte de sus siervos, los indigentes sacerdotes de Ekur.

–Ciro me ha dicho que traerá regalos a todo el pueblo de Babilonia en lugar de reclamarlos –replicó Gubaru.

La delegación fue unánime en sus alabanzas a Ciro y se postró ante Gubaru, portavoz del monarca.

–En verdad se ha cumplido la profecía que anidaba en nuestros corazones –afirmaron–. Alguien vendría de lejos, un pastor para nuestra congregación, que quitaría el yugo de la esclavitud a los adoradores de Marduk, el gran señor.

En Kebar los hebreos alzaron los brazos al cielo y exclamaron:

–¡Babilonia ha caído! ¡La gran ciudad, la ramera de las naciones, ha caído!

El juicio de Ciro

El vigésimo noveno día del mes de tischri, los escribas consignaron en sus crónicas que Ciro el rey franqueó la puerta y que así se inicio el primer día de su reinado. (Ya no fechaban la crónica según los años de Nabunahid, que fue capturado en Uruk y enviado a Ecbatana).

Ciro se ocupó de que su entrada se convirtiese en un espectáculo impresionante. Atravesó la puerta de Ishtar por encima de las hojas de palmera que extendieron ante él y se movió entre las multitudes que agitaron pañuelos y ramas verdes; tras el monarca aparecieron los cinco mil guardias, con las espadas enfundadas y las lanzas colgadas. En la línea del horizonte se alzaron los pabellones del campamento persa. El aqueménida se tomó la molestia de dejar claro que su autoridad sería distinta a la de los reyes babilónicos que lo precedieron. Tal como le había dicho a Gubaru, el problema más difícil consistía en cómo se desempeñaría a partir del momento en que ocupase el sitio de Nabunahid.

Pese a que vestía las túnicas regias que tan bien le sentaban, no portaba el anillo ni el báculo, símbolos de la autoridad. Mientras miles de ojos lo observaban y con Gubaru a su lado como consejero, Ciro frenó ante la escalinata de palacio y permaneció en la silla de montar –para que todos lo viesen– al tiempo que convocaba a los sumos sacerdotes del santuario de Marduk y a los escribas de guardia. Después habló para que todos lo oyeran y anunció su primer bando, para que lo tradujesen al babilonio y al elamita.

–Soy Ciro –informó a la multitud que lo escuchaba–, monarca de los cuatro confines de la Tierra, gran rey de Ansan, hijo de Cambises. Mi dinastía es amada por Bel y por Nabu y mi gobierno es apreciado por sus corazones –aseguró al pueblo y de esa forma se identificó con el poderoso Nabucodonosor–. He entrado pacíficamente en Babilonia, la ciudad antigua, en medio de los aplausos y los vítores del pueblo. Estableceré mi gobierno en el palacio de sus príncipes.

Con ese comentario daba a entender que, pese a ser monarca de los lejanos medos y persas, Ciro se proponía convertir Babilonia en la capital. El aqueménida extendió la mano hacia los sacerdotes que estaban pendientes de él:

–El gran señor Marduk ha buscado un príncipe honrado que siga sus designios y me ha llamado a mí, que respondo al nombre de Ciro, para convertirme en señor del mundo. Me cogió de la mano y me hizo venir a la ciudad de Babilonia. Inclinó el corazón del pueblo a mi favor porque yo cuidé de su culto. Marduk estuvo a mi lado y me permitió entrar en Babilonia sin escaramuza ni batalla. Salvó a su ciudad, Babilonia, de las calamidades. Y puso en mis manos a Nabunahid, el rey que no le

temía.

En cuanto los sacerdotes manifestaron su aprobación, Ciro señaló con el brazo al gentío.

–No he permitido que el enemigo levantara cabeza en toda Sumeria y Acad. He pensado profundamente en la situación interna de Babilonia y en sus numerosos santuarios. Por eso quitaré el yugo de la servidumbre de los cuellos de sus habitantes, repararé las moradas en ruinas y reconstruiré los santuarios. Ordeno que así se haga.

A pesar de que había utilizado las frases al uso, de acuerdo con las instrucciones de Gubaru, al final el aqueménida tomó un compromiso insólito y los mundanos babilonios se dispusieron a comprobar cómo lo cumpliría el conquistador. La espera no fue larga. Durante la visita que realizó disfrazado, Ciro había visto muchas cosas y no le pareció adecuado explicar que había estado con anterioridad en el patio de Esagila. Seleccionó la tablilla ridiculizadora de Nabunahid, afirmó que se trataba de una mentira y ordenó que en su lugar colocasen su propia tablilla de mando. Los que habían oído que el persa no sabía leer empezaron a hacerse preguntas. Cuando se percató de que los escribas de palacio realizaban los archivos en estilo críptico, los relevó de su tarea y ordenó que los escritos se confeccionaran en caldeo, elamita y persa, lenguas inteligibles. Al ver que los comerciantes marcaban con hierro candente a los esclavos para enviarlos al mercado, ordenó que marcasen a los traficantes de esclavos por ser autores del mal. Utilizó una sencilla vara de medir a la hora de juzgar: si una acción era buena por si misma y útil para los demás, debía fomentarse: toda acción que provocaba el mal quedaba abolida. Aunque al principio esa regla pareció de gran ingenuidad para los babilonios, Ciro la aplicó sin miramientos.

Se enteró de que los encargados del templo tenían una escala de valores según la cual un buey, un esclavo, un arado y una viga de ciprés tenían el mismo precio: dos siclos de plata. Ciro asignó un valor superior al buey y al esclavo. En realidad, parecía que tomaba decisiones en función de lo que era útil para la agricultura. Los templos ostentaban el monopolio de los arados de hierro. Ciro ordenó que los repartiesen entre los trabajadores de las haciendas para aumentar la producción agrícola. De sopetón abolió el impuesto al agua de riego y sostuvo que el caudal del agua no podía restringirse, del mismo modo que no podía limitarse la benéfica luz del sol.

–¿Cómo pondréis fin a la muerte de la tierra? –quiso saber Ciro–. ¿Cómo renovaréis la vida de la tierra si el agua no fluye libremente y las semillas no fecundan? ¿Cómo se alimentarán los rebaños si no se alimentan de hierbas abundantes?

Los babilonios prometieron acatar todas sus órdenes y, subrepticiamente, siguieron haciendo todo como antes. La cólera de Ciro, siempre a flor de piel, se desató contra los partidarios de las viejas costumbres.

Vociferó contra los emisarios del templo:

–¿Qué representan esos siete demonios del mal que, según decía, siguen a cada ciudadano de este amurallado criadero del pecado? Los nombraré y será mejor que los recordéis: la suciedad de los cuerpos humanos, la enfermedad de los cuerpos, la enfermedad de las mentes, la avaricia de los poderosos, la cobardía de los débiles, así como el recelo y el miedo a los demás.

Los sacerdotes cedían ante sus iras, celebraban la veracidad de sus palabras y se iban para comentar entre ellos que el conquistador persa no tenía más inteligencia que los difuntos y poco lamentados jefes militares escitas. Aseguraban que, como sospechaban desde el primer momento, Ciro no estaba al servicio de ningún dios conocido y que, por lo tanto, carecía de protector celestial. Repetían al infinito que, si un hombre no estaba con los dioses, ¿cómo podría salvarse con sus propias fuerzas? En cuanto a los siete demonios, existían como siempre y esperaban la oportunidad de apoderarse de los humanos que no cumplían con los rituales de la antigüedad.

En los primeros días de su reinado Ciro retuvo la atención fascinada de los ciudadanos gracias a sus actuaciones circenses en las calles. A diferencia del taciturno y reservado Nabucodonosor y del sigiloso Nabunahid, el nuevo monarca aqueménida se presentaba sin ceremonial y no sólo cabalgaba por la Vía Procesional, sino por los callejones. Discutía acaloradamente con los mendigos y con los ministros y juzgaba como si escupiera, sin consignar sus decisiones por escrito ni pasar las tablillas a los funcionarios para que las archivasen. Era más divertido que un elefante de circo, aunque más peligroso si se enfurecía. Destructiva como el rayo, la ira de Ciro añadió la emoción del miedo a la curiosidad del pueblo. También hacia altos en el camino para contar anécdotas. En su primera inspección por las grandes murallas, se cruzó con un carro que, como de costumbre, estaba tirado por asnos salvajes atados al yugo. Se dirigió al cochero babilonio:

–¡Escucha! En cierta ocasión un hombre le dijo al asno salvaje: «Permíteme que te ponga el arnés y te alimentaré». El asno pensó que la propuesta del hombre era buena, pero en cuanto el yugo lo sujetó al carro, se lamentó y dijo: «Aliméntate a ti mismo, soporta tu propio yugo y deja que yo haga lo mismo».

Los habitantes recordaron la anécdota cuando Ciro selló el destino del ejército babilonio. Ofreció a todos sus miembros –tanto oficiales como lanceros y luchadores en carros– que optaran entre permanecer en los regimientos a sus órdenes o deponer las armas y regresar a sus hogares. Los regimientos optaron por permanecer en su sitio. Lo pasaron bien porque consiguieron generosas raciones para sí mismos y sus familias, que moraban en la ciudad, y porque sus obligaciones eran fáciles de cumplir. Al principio Ciro se dio por satisfecho, pero la situación no le gustó cuando vio que lanceros y carros desfilaban diariamente por las murallas. Declaró que Babilonia va no necesitaba la guarnición y ordenó que los regimientos

partieran a prestar servicios en las fronteras, donde podían ser útiles. Ante esa decisión, las dos terceras partes de la guarnición prefirieron abandonar las filas y regresar a sus hogares. Al cabo de una semana y por primera vez desde la paz de Nabucodonosor, las cumbres de Imgur Bel y Nimitti Bel se vieron libres de tropas.

En tanto ciudadanos libres, los ex soldados obtenían raciones semanales de mijo y dátiles, así como un poco de carne y de aceite de sésamo. Ciro se enteró de que en la antigüedad la *Mar Banu* –la nobleza– tenía la obligación anual de suministrar un contingente de combatientes a las fuerzas armadas; gradualmente se convirtió en el pago de una suma en dinero contante y sonante que los nobles hacían al erario lo que, a su vez, degeneró en mera contabilidad que se asentaba en los libros; como era posible sobornar a los tenedores de libros, la contribución de los nobles se redujo a los honorarios que después de año nuevo abonaban a los encargados del erario. Ciro concluyó que los babilonios sólo mantenían las viejas costumbres si éstas les facilitaban la vida.

Por ello le resultó difícil cumplir la promesa de no modificar el gobierno y las costumbres de la metrópoli.

Dos extranjeros –el inspector Rimut y Zeria, el custodio del templo– prácticamente habían administrado el Estado, dadas las ausencias de Nabunahid y la indiferencia de Belchazar. Cuando los dos pusieron regalos propiciatorios de gran valor a los pies del nuevo monarca, Ciro tocó los obsequios y los devolvió, al tiempo que mantuvo a Rimut y a Zeria en sus puestos, mientras los portadores de la ley de Susa y Pasárgada eran testigos de todas las transacciones y lo mantenían informado.

–Estos observadores de la justicia no llevan tablillas escritas, pero sus ojos y su memoria son excelentes –advirtió a los ministros–. A partir de ahora tened cuidado y acordaos de que estáis sometidos a las mismas leyes que aplicáis.

A solas con su hijo y con Gubaru, Ciro dio rienda suelta a la frustración que Babilonia le provocaba.

–Las gentes de Sardes parecían caballos salvajes que tironean en diversas direcciones; las de aquí son como bueyes que soportan el yugo y que sólo tiran si se las aguijonea.

Aspiraba a abandonar el encumbrado palacio y la torre «que acariciaba los cielos». Al enterarse del suicidio de la princesa Shamura, no quiso pisar los jardines colgantes, donde las plantas trepadoras en flor encubrían la fealdad de las calles que más abajo se extendían. Le pareció que la gran diosa debía de tener poder en semejante santuario.

–Cuentas cada día que pasa y te lamentas del paso de los días –opinó Gubaru –. Concede tiempo a las oscuras cabezas de Babilonia y ya cambiarán de idea. – Percibió la impaciencia de Ciro y añadió a toda prisa–: El alfarero puede moldear rápidamente con las manos una vasija de arcilla húmeda, pero no puede modificarla en cuanto está acabada y el fuego del horno ha fijado el esmalte.

–Puede modificarla si la rompe.

A partir de ese momento el aqueménida se consagró a la tarea de cambiar Babilonia sin destruirla. Ya lo habían intentado los hititas y los kasitas montañeses, pero la ciudad se reconstruyó a sí misma de acuerdo con el piano antiguo. Aunque no toco una sola piedra de los edificios, Ciro introdujo grandes cambios en los habitantes. Dio a Gubaru las siguientes instrucciones:

–Diles que el nuevo año supondrá, en verdad, una nueva era.

«Yo reuní a los pueblos»

Con la primavera llegó la luna de nisán y Ciro ordenó que las fiestas de año nuevo se celebrasen como de costumbre. Para inaugurarías se presentó en la Vía Procesional, acompañado por la guardia de lanceros elamitas. Caminó por la calle ancha y limpia hasta la puerta de Esagila, donde se separó de los lanceros y acudió solo al encuentro de los sacerdotes de Marduk. Éstos lo guiaron por la escalinata del templo de Ekur y retiraron la barrera simbólica para conducir a Ciro hasta el santuario.

Al detenerse ante la estatua enguirnaldada del dios y para dar a entender que entregaba su poder al señor de Babilonia, el aqueménida depositó la vara de autoridad que portaba. El sumo sacerdote le devolvió el cetro en cuanto posó sus manos sobre las de Marduk, lo que significaba que estaba al servicio del dios en amorosa armonía.

Los sacerdotes recitaron una plegaria en pro del reinado de Ciro, rey de las tierras. De esta forma concedieron al aqueménida el titulo de los antiguos monarcas de Babilonia, desde el primer Sargón hasta Nabucodonosor.

Cuando el gentío atestó la Vía Procesional, los guardias no formaron fila en los bordillos. Aparecieron mensajeros de palacio con noticias para todas las clases. Por orden de Ciro, a partir de ese momento la ciudad tendría su propio rey, que sería Cambises, hijo del gran rey, del rey de las Tierras. Las Tierras no se dividirían; como en los tiempos del primer Sargón y de Nabucodonosor, las fronteras abarcarían de mar a mar: es decir, del Gran Mar al Golfo Pérsico. Ese inmenso territorio se había convertido en una única satrapía: Babilonia o *Babirush*, como decían los persas. Y se unía con Susa porque Gubaru, señor de Susa, era sátrapa de toda Babirush.

El bando de Ciro proclamaba: «Todos los que gobiernan dentro de estas fronteras, desde el mar alto hasta el mar bajo, y los monarcas de las tierras del oeste, que en tiendas habitan, todos pondrán grandes tributos a mis pies en Babilonia».

La totalidad de las ciudades lejanas –incluidas la desértica Tema y Harran, en las tierras altas– serían restauradas y se renovarían sus tierras de cultivo.

Los dioses de esos sitios lejanos serían liberados del cautiverio en Esagila y escoltados hasta sus santuarios. Hasta Shamash sería devuelto al templo de Sippar y Shushinak al santuario de Susa. «Los dioses de Sumeria y Acad que, pese a las iras del señor de los dioses, Nabunahid ha trasladado a Babilonia, yo, Ciro, devolveré a sus moradas para que habiten por siempre en ellas y para que la alegría

vuelva a poblar sus corazones».

Con los dioses cautivos partirían los pueblos cautivos: los amoritas de los grandes llanos, los elamitas de las colinas, los artísticos maneanos, los barqueros de las Tierras del Mar, los fenicios de la costa de poniente. Fuesen prisioneros de guerra de anteriores reyes de Babilonia, esclavos o sujetos a trabajos obligatorios, esos pueblos serían liberados con sus familias y sus pertenencias. «Yo, Ciro, reuniré a todos los pueblos y los devolveré a sus hogares».

En el año 538 antes de nuestra era, Ciro dio comienzo a su proyecto para aliviar la congestión humana que albergaban las murallas de la capital. De esta forma se proponía aumentar la población de las provincias con trabajadores agrícolas y pescadores.

Dada su mentalidad medio bárbara, el gran mal de Babilonia consistía en que se había convertido en el criadero de la esclavitud. Como recordaba claramente los detalles, se ocupó de que los ex soldados abandonaran la metrópoli y los envió a trabajar a los resecos campos de Opis y Sippar. También se acordó de que los trabajadores hebreos del canal lo habían ayudado a trasvasar las aguas de Babilonia, mientras sus parientes del apestoso barrio Kebar prestaban auxilio para que el grupo de asalto se desplazara desde el río hasta Esagila.

En su archivo privado, que llevaba en un único cilindro de arcilla, había escrito algo por el estilo con pocas palabras: «Mis soldados se desplegaron pacíficamente por toda Babilonia. Impedí que en toda Sumeria y Acad quedara un hombre asustado. Me consagré a las condiciones internas de Babilonia y de las demás ciudades. Liberé a los habitantes del yugo que injustamente soportaban».

Los ancianos del salón de oraciones de Kebar buscaron a Jacobo Egibi, el primer judío que anunció la llegada de Ciro. Asustado, Jacobo evitó la presencia del conquistador, pero accedió a acompañarlos para presentar una súplica al aqueménida. También fueron otros banqueros y hombres de negocios.

Decidieron que Jacobo debía ser su portavoz porque había estado con Ciro antes de la caída de Babilonia. Jacobo aceptó, pero no mencionó el encuentro en el puente porque Ciro no había dicho nada. Jacobo habló como un extranjero que ofrenda su fortuna personal al gran monarca.

–He apartado la suma de treinta y nueve talentos y cincuenta y nueve manás de plata. Pongo esta cifra en manos de mi señor, el rey.

Para Jacobo Egibi era motivo de orgullo ofrecer su riqueza y una buena actitud diplomática ofrendar un don que allanaría el terreno para hacer una petición.

Ciro miró a Jacobo y a la delegación de ancianos y sonrió.

–En ese caso –respondió–, sería más adecuado que yo te diera otro maná para que el total de tu riqueza ascienda exactamente a cuarenta talentos.

Como correspondía, Jacobo se armó de valor para replicar:

–Permite más bien que el gran rey conceda un modesto favor, que otorgue a mi pueblo un tesoro de sublime importancia.

–Dime, ¿hablas por ti, por tu familia o por tu clan?

Eran las mismas palabras que Ciro había pronunciado hacía un año en el palmeral. Con sus maneras peculiares, el aqueménida se las había ingeniado para que el banquero de Babilonia hablase francamente. Jacobo se apresuró a responder:

–Hablo en nombre de mi tribu.

–Habla por nosotros, los de la ley mosaica, que apelamos a Josué y a los profetas –declararon con impaciencia los ancianos–. Nuestro templo es el de Jerusalén y está vacío.

Explicaron que muchos años antes Nabucodonosor se había llevado las vasijas del templo y que estaban cautivas en Babilonia, junto a las deidades de piedra, madera, plata y oro. Los cautivos de Judá no poseían una imagen divina de esas características, como las que Ciro había devuelto a los santuarios de Acad. Sólo contaban con las vasijas, que el príncipe Belchazar había utilizado para adornar su banquete. Suplicaban al gran rey que devolviese las vasijas sagradas a su custodia.

–Que se haga –ordenó Ciro.

Los ancianos lanzaron exclamaciones y gritaron al unísono. Que el gran rey les concediera el fin del cautiverio –a todos los judíos de Babilonia– para que buscasen su tierra de Judá, al otro lado del desierto del oeste, y su templo. Jehová había abandonado el templo en ruinas cuando fue arrasado.

Ciro los escuchó y dijo:

–Se ha ordenado que todos los pueblos cautivos en Babilonia retornen a sus hogares. ¿Acaso los judíos se diferencian del resto? Mi palabra os incluye. Partid cuando queráis y reconstruid vuestro templo.

Cuando la delegación se postró ante él y se dispuso a partir, el aqueménida llamó a Jacobo.

–Tú, hombre de negocios, ¿colaborarás en la restauración del templo sin imagen?

Durante unos instantes Jacobo Egibi miro en silencio al monarca. Estaba obligado a responder, por lo que dijo:

–Amo y señor, tu siervo entregará sus talentos de plata para contribuir a la construcción.

La mitad babilónica de Jacobo lo retenía en la ciudad; tanto él como la mayoría de sus compañeros habían echado raíces a orillas del Éufrates, donde habían nacido sus hijos. No se proponía viajar de Babilonia a una Judá que para entonces sólo era un nombre.

Aquella noche los judíos se reunieron para orar junto al canal de Kebar y la orilla del Éufrates. La voz de Isaías se dejó oír y sus palabras repitieron con gozo: *Así habló el Señor a su ungido, a Ciro, cuya mano derecha he estrechado, para que sometiera las naciones, aflojaré las defensas de los reyes para abrir ante él las puertas de dos hojas, que no se*

cerrarán. Me presentaré ante ti y enderezaré los sitios torcidos: haré trizas las puertas de bronce y partiré los barrotes de hierro. Te daré el tesoro de la oscuridad y de riquezas ocultas en sitios secretos y así sabrás que yo, el Señor, el que te llama por tu nombre, soy el Dios de Israel… Así habló el Señor… que de Ciro dijo: es mi pastor y hará lo que yo quiera. Incluso dijo a Jerusalén que sería reconstruida y al templo que serían puestos sus cimientos.

La partida de los cantores

De las aguas de Babilonia llegaron los trabajadores, los cavadores de canales; de los altos jardines llegaron los jardineros; de las fábricas de ladrillos y asfalto llegaron los tiznados cuidadores de los hornos y de las alcantarillas salieron los raspadores de inmundicias. Los judíos del cautiverio estaban acompañados por sus mujeres y vástagos y algunos llevaban asnos y ovejas. Los jefes y los padres de las tribus de Judá y Benjamín prepararon la ofrenda quemada de la luna posterior a tischri.

También celebraron sin ocultamientos la fiesta de los tabernáculos. Los jefes contaron al pueblo. Mitradat, el tesorero real que se había trasladado desde Ecbatana, contó las vasijas de plata y oro que estaban en el tesoro de Esagila y que fueron devueltas a los ancianos de las tribus. Sheshbazar, príncipe de Judá, reunió al pueblo y sus pertenencias para la travesía por los desiertos occidentales.

Jacobo Egibi y los demás banqueros de la lonja, así como sus familias, que habían prosperado en Babilonia, no se sumaron a los viajeros. Se habían enterado de que las colinas de Judá estaban peladas y que la prosperidad había abandonado la ciudad de David. A lo largo de dos generaciones los judíos habían construido sus hogares y practicado sus oficios en Babilonia; en la mayoría de los casos sus hijos sólo hablaban la lengua babilónica. Los mayores –que seguían estrictamente la ley mosaica– también se quedaron pues prefirieron rendir culto en sus santuarios del Éufrates, como habían hecho sus padres.

Los acaudalados que se quedaron entregaron reservas de plata a los que se dirigían a Jerusalén, que en su mayor parte eran trabajadores. Cuando iniciaron la travesía cruzando el puente de la calle Adad, portaban una considerable provisión en animales de carga porque los carros no eran adecuados para atravesar el desierto. Contaban con setecientos treinta y seis caballos, cuatrocientos treinta y cinco camellos y doscientas cuarenta y cinco mulas. Los asnos cargados ascendían a seis mil setecientos veinte, según el cómputo de los inspectores de la puerta occidental. Entre ellos habían doscientos cantores y cantoras.

Ciro y Gubaru presenciaron el éxodo judío desde la terraza de Esagila y oyeron sus cánticos. Gubaru había visto otras procesiones que retornaban a sus templos con las imágenes a bordo de embarcaciones o carros. Vio cómo escoltaban a Ishtar a través de la puerta para emprender el camino de Uruk.

–Los hebreos no tienen imágenes –musitó–. En consecuencia, es indudable que su santuario está vacío si exceptuamos un altar ante el cual oran.

Ciro pensó que Gubaru envejecía. Aún creía que la divinidad podía morar en una imagen o, por lo menos, podía conceder a ésta algunos de sus peculiares

poderes. Gubaru había escoltado con gran ceremonia la antiquísima y horrible estatua de Shushinak a su morada original en Susa, de donde Asurbanipal la había arrebatado. Sin duda, sus elamitas –a los que Gubaru seguía apreciando más que a cualquier otro pueblo– estaban muy contentos. De todos modos, en ausencia de Shushinak se las habían arreglado bien, debido sobre todo a la energía y devoción del humanísimo Gubaru.

–Nunca he comprendido qué poderes tienen los diversos dioses –reconoció Ciro–. Los magos no pudieron describir a Ahura Mazda que, según dicen, es el amo de los dioses. Al parecer, es invisible, como el Jehová de los judíos. Sostienen que está en todas partes.

–Aquí no están registrados los sacerdotes de Ahura.

Ciro asintió y pensó unos instantes. ¿Cabía la posibilidad de que un único amo de los dioses residiera más allá de la órbita de la Tierra, distante e incognoscible? Ciro no supo si semejante divinidad seria benéfica o maligna. ¿Quién osaría nombrarla? ¿Se presentarían los magos en Babilonia? Se limitó a decir:

–El agua del río debe canalizarse por el foso y por el canal al que llaman Kebar. Nabucodonosor organizó la fortificación de la ciudad mejor que su sanidad.

El aspecto de Babilonia cambiaba a cada luna que pasaba. Después de la partida del ejército y de los hebreos, los amoritas se trasladaron a su hogares allende el río. Los arameos condujeron sus rebaños hacia el oeste. Las gentes de la tierra marina partieron en sus balsas de palmera.

Simultáneamente los escribas que estaban a cargo de la crónica de Babilonia consignaron por escrito que aparecieron caravanas más allá del monte de Cristal y que los *rabs* de las ciudades fenicias –Tiro y Sidón– ofrecieron regalos a Ciro el gran rey. El gentío que iba y venía ocupaba las carreteras entre el este y el oeste. Aunque la gran torre no se modificó, la ciudad que se extendía a sus pies se convirtió en una arteria de naciones en movimiento. Como las puertas revestidas en bronce permanecieron abiertas, quedaron abandonadas las defensas de Imgur Bel y Nimitti Bel.

Nadie se dio cuenta de que estaba a punto de producirse un gran cambio. Los escribas anotaron que fue una época de «grandes perturbaciones». Las imágenes y los pueblos que salieron de Babilonia no regresaron. Los nombres de Ishtar y Nabu se mencionaron con menos frecuencia.

Una era tocaba a su fin sin que los seres humanos se percataran. Los imperios del antiguo Oriente semita se habían esfumado para no reaparecer jamás. Había nacido la nueva era de los griegos y los persas arios.

SEIS

La apelación del mago

«Las carreteras que van al mar»

La humanidad no se acuesta a dormir en la noche de la antigüedad y despierta el primer día de la era moderna. Y los profetas que vaticinan los cambios no suelen prever en qué consistirá el cambio. Los habitantes de Babirush dormían a pierna suelta durante el reinado de Ciro y despertaban convencidos de que en su viejo mundo establecido –del que Babilonia era el centro– tenían un monarca nuevo e imprevisible.

Sin embargo, las cosas va no eran así. Cuando la paz aqueménida se extendió de Bactria a Mileto, a orillas del «mar de poniente», las caravanas empezaron a realizar viajes transcontinentales hasta los puertos marítimos. Mileto prosperó y sus científicos viajaron a fin de explorar o de alcanzar riquezas mediante sus enseñanzas. Su hijo errante, Pitágoras, concluyó sus experimentos en Egipto y embarcó hacia el oeste para dar clases en Crotona –el nuevo centro de la medicina –, en la costa de lo que luego sería Italia. En la costa oeste de la futura Italia hacía mucho tiempo que se habían establecido los etruscos, que anteriormente habían emigrado de Anatolia, y que ahora trasladaron por mar sus trabajos especializados en metal. En las ciudades de las colinas –sobre todo en Tarquinia–, los artistas etruscos vivieron un renacimiento y adornaron hasta las paredes de los sepulcros de piedra con pinturas que denotaban una nueva maestría. La herencia había legado a dichos artistas un fuerte sentido de la decoración que se combinaba con la delicadeza cretense, la moderación egipcia y la naturalidad siria. Sin embargo, los artistas dejaron de pintar la silueta de las figuras humanas; improvisaron retratos a los que dotaron de animación.

Enfrente de las colonias etruscas se alzaban los puertos comerciales de los cartagineses –descendientes de los fenicios–, que habían adoptado un nuevo estilo de vida en el norte de África. Los barcos de Cartago competían con los buques mercantes etruscos y los superaron cuando surcaron el mar hasta su puerta occidental. Sólo los cartagineses se atrevieron a buscar nuevos litorales en el océano inexplorado.

La era del descubrimiento había comenzado sin presagios. Pueblos aventureros como los foceos –desplazados por la llegada de los persas a Jonia– se dieron cuenta de que existían más mares que el Mediterráneo, al que llamaban mar del Medio. Las barreras del mito griego –las columnas de Hércules por el oeste y el monte de Cólquida al que los nebulosos argonautas arribaron por el este– no impidieron que sus embarcaciones se adentrasen en aguas ignotas.

En Atenas, Pisístrato fue consciente de los nuevos descubrimientos. El tirano

culto había terminado la construcción del acueducto de piedra que, por primera vez, proporcionó agua corriente a la ciudad y había reunido los cantos victoriosos de los poemas homéricos en un solo texto escrito: la *Ilíada*. De esta forma, su pueblo contó con la tradición épica de los antepasados, esos viajeros de cuna noble que habían sido mejores espadachines que los anatolios de Troya, si bien los mismos dioses fueron cómplices de ambos bandos. Los atenienses que escucharon la lectura de la *Ilíada* se preguntaron si, en última instancia, la espada de hierro bien forjado no surtía más efecto que la intervención de Artemis. ¿Acaso un héroe humano no podía desafiar a las Parcas?

Pisístrato apeló a la tradición y fomentó la nueva moda de la exploración –pisando los talones a los foceos de tiro largo y a los carios de Jonia– colonizando la gran península del mar del este, el Euxino. El tráfico marino ateniense hasta el lejano Quersoneso podría llegar a controlar el estratégico estrecho de los Dardanelos, que los griegos todavía llamaban Helesponto, el mar de los helenos. En ese mismo estrecho las avanzadas persas habían establecido sus puestos fronterizos. De momento no hubo conflicto de intereses porque a los persas sólo les interesaba ocupar el territorio, mientras que atenienses y espartanos se limitaban a los viajes marítimos.

Por extraño que parezca, con esa actitud Pisístrato imitaba a Ciro. Envió a las familias más jóvenes y activas a cultivar las costas adyacentes y a colonizar litorales lejanos. Obviamente, esta política ateniense de descentralización tenía un propósito. Apartaba de la política a la juventud inquieta y, consecuentemente, volvía más seguro el ejercicio del poder por parte de Pisístrato. Y por mucho más extraño que parezca, la dicotomía del tirano griego contribuyó a realzar la grandeza y el alcance de Atenas, su ciudad, mientras que la diáspora de Ciro sirvió para que Babilonia se redujera al nivel de las demás capitales. A partir de ese momento los griegos trabajaron en pro de sus ciudades-estado, mientras que Ciro el aqueménida se esforzó por crear un imperio.

Pese a la adulación de los habitantes, Ciro no estaba contento en Babilonia y tampoco podía dejaría. Su reorganización de la estructura social suscitó el antagonismo de la poderosa *Mar Banu*, que se vio privada de casi toda la mano de obra esclava y de sus privilegios. Dada la indiferencia de Nabunahid, la nobleza había vivido cómodamente en sus fincas. El nuevo monarca esperaba que los nobles fuesen útiles a las otras clases, idea que para las familias de raigambre era muy difícil de aceptar. Con el paso de los meses, los magnates de Babilonia experimentaron un nostálgico pesar por el misticismo inofensivo de Nabunahid, por el renombre militar del difunto príncipe Belchazar, por las espectaculares obras públicas de Nabucodonosor y por la gloria de Babilonia como señora del mundo.

Ese antagonismo intramuros se expresó mediante quejas por el favoritismo que

se mostraba hacia los extranjeros, amos bárbaros que vestían pantalones e invocaban leyes que Sargón no había conocido. Decían que desde los tiempos de Sargón no había justicia.

Consciente de la hostilidad solapada, Ciro pidió a Rimut que tomara cartas en el asunto.

–Prepararemos una canción –propuso el experimentado Rimut–. No hay nada que conmueva tanto a los babilonios como una canción callejera.

La canción propagandística narraba las fechorías del reinado de Nabunahid. «Nabunahid se dedicó a errar y no hizo lo correcto. Impidió el paso al mercader y quitó las tierras al campesino. Anuló los gritos de alegría de las cosechas. Encerró el agua en los canales y cerró las salidas que daban a los campos. Dejó que el río discurriera sin freno. ¡Qué pena para los buenos ciudadanos! No caminaron contentos por los espacios abiertos. Sus semblantes se demudaron. No vieron alegría a su alrededor».

La canción explicaba los motivos de la mala administración de Nabunahid. «Un demonio lo dominó. Dio la espalda a sus legítimos súbditos y erigió su ciudad en el desierto. Echó al ejército de Acad. Hizo oídos sordos a los lamentos de su pueblo».

Ciro se preguntó si, de alguna manera, la canción de Rimut no contenía la ridiculización de su persona. De todas maneras, se añadieron nuevos versos que se entonaron por las calles en el frescor del atardecer: «Nabunahid se jactó insensatamente de que había vencido a Ciro. Mintió cuando dijo que Ciro no podría leer lo que había escrito en la tablilla. Tal vez Ciro no supiera leer, pero los dioses le enviaron una visión. Logró que la semilla volviese a brotar en la tierra yerma. En su primer año nuevo devolvió la alegría a los habitantes de Babilonia. Pacificó sus corazones y alegró sus vidas. Derribó paredes arruinadas y reconstruyó los santuarios de los dioses. Renovó las devastadas vidas del pueblo. Ahora, como recompensa, que Nabunahid sea arrojado a las mazmorras del infierno. Que Marduk vea con buenos ojos el reino de Ciro».

Aunque no atenuó el resentimiento, la canción encantó a la gente del común, a las multitudes que habían padecido la confiscación del agua y el peso de los impuestos que cada año aumentaban. El pueblo siempre creyó que todo cambio sería para mejor.

Por su parte, Zeria aconsejó a Ciro que recabase la ayuda de los astrónomos que llevaban el registro de los cielos. Estos científicos, que trabajaban con instrumentos silenciosos en el observatorio de la torre, despertaron la admiración del aqueménida. Habían trazado las cartas del curso de las estrellas hasta en un sesentavo de hora. Los babilonios utilizaban el sesenta como número de control. Habían descubierto el *Saros*, el enorme ciclo de años después del cual la sucesión de los eclipses volvía al punto de partida; habían consignado el paso del tiempo a través de la eternidad. En cualquier momento de un día despejado eran capaces de determinar la hora exacta mediante una aguja de bronce colocada en el centro de

un cuenco con marcas. La hora y el minuto se precisaban en el punto en el que caía la sombra de la punta de la aguja. Los observadores de los astros esclarecieron el misterio de los números. Explicaron que los números avanzaban en dos direcciones. Podías contar hacia arriba y hacia abajo y el punto central de tu cómputo comenzaba en «nada» (cero). Sin hacer grandes alharacas, estos caldeos inteligentes propusieron realizar un horóscopo favorable del monarca persa.

Después de pensarlo, Ciro les pidió que lo hiciesen para su hijo. Era probable que los mundanos babilonios no se hiciesen ilusiones con él, pero tal vez albergaban esperanzas con Cambises, que se enorgullecía del titulo de rey de Babilonia.

Después de diversos análisis, los astrónomos informaron: «El hijo del rey está bajo el signo de la luna creciente, que se conjuga con el signo de Sagitario. Por lo tanto, está claro que durante el reinado del hijo del gran rey, y esperemos que sus años de vida se alarguen, el reino crecerá y su gloria aumentará a través de la guerra».

El resuelto Cambises se tomó a pecho la profecía. Ciro se alegró de que Cambises lo representase en sacrificios y celebraciones. Gubaru se debatió con la aplicación de las nuevas leyes, que se tornaron muy complejas porque los babilonios no estaban dispuestos a aceptar la verdad expresada lisa y llanamente. El antiguo axioma persa según el cual «los poderosos no oprimirán a los débiles» figuraba en el código de la ciudad desde los tiempos de Hammurabi, pero en el ínterin lo habían rodeado de tantas puntualizaciones que los portadores de la ley persa ya no sabían distinguir entre poderosos y débiles. La idea sencilla de Ciro de entregar obsequios al monarca no sirvió para reducir los impuestos consuetudinarios.

–El estilo de Pasárgada no es el de Babilonia –le aseguró Gubaru–. El labriego entrega sus productos, pero el mercader paga con dinero y espera que le paguen. Prometiste que no modificarías las costumbres de la ciudad de Marduk e Ishtar, su esposa. ¿Por qué intentas hacerlo? Acepta los impuestos y, con ese dinero, agasaja a la *Mar Banu* con una espléndida reunión en palacio.

A su manera, Ciro siguió sus consejos. Recordó que Mandane anhelaba regresar a los jardines colgantes y mandó buscar a la viuda de Astiages. La anciana Mandane retornó a Babilonia en compañía de sus chambelanes, sus eunucos y sus tesoros y ocupó satisfecha los aposentos desocupados desde la muerte de Shamura.

–El gozo inunda mis ojos al contemplar las gloriosa ciudad que me vio nacer en los años previos a mi muerte –confió Mandane a Ciro. Colocaron su trono entre los cedros del bosquecillo artificial y quemaron incienso a su alrededor para disimular los hedores procedentes de la calle–. Hijo mío, has conquistado el mundo entero, salvo el reino del Nilo, con sus tesoros desmesuradamente ricos y sus espejos transparentes que alegrarían mis ojos. Sin duda, al llamarme has pensado en un sepulcro digno y revestido de alabastro, con grapas de oro en lugar de hierro,

para contener mis pobres restos cuando Nergal me llame a los infiernos.

Ciro experimentó una extraña sensación de grandeza y muerte junto a Mandane, en el jardín colgante. Miró hacia la punta trémula de la torre y hacia el enrejado callejero, que en lugar de zigzaguear discurría recto con relación a los cuatro lados de la muralla. Miró en lontananza, hacia el verde de las plantaciones de la llanura, que se extendían hasta el horizonte gris de los desiertos. A sus pies, multitudes de seres demacrados fabricaban máquinas y artículos raros con una habilidad aprendida desde hacia siglos. Ciro detestaba Babilonia incluso mientras la admiraba.

Entregó una carta a los escribas de la crónica en la que sostenía que Mandane, hija de Nabucodonosor, era su madre. Se trataba de una mentira incorporada a los archivos y daba a Cambises derecho a reclamar el trono, pero era mentira.

Ciro mandó llamar a Mitradat, su amigo cojo, y le encomendó las finanzas; dejó los problemas del gobierno en manos de Gubaru y dejó que Cambises actuase como gobernante. Sacó a los cinco mil de sus lujosos cuarteles y cruzó el río para explorar el desierto occidental de su nueva satrapía.

Los persas avanzaron por la llanura hacia el ocaso. Llevaban agua en botijos que portaban hileras de camellos porque se enfrentaban al verdadero desierto, a la tierra gris y vacía bajo un cielo sin nubes. Los guías arameos explicaron a Ciro que ningún gran monarca había osado pasar por allí; ningún señor de Assur, o de Hatti, ni siquiera un faraón del Nilo. Dejaron atrás las murallas de ladrillo a medio construir de Tema, donde Nabunahid se había replegado. Las murallas habían quedado parcialmente cubiertas de arena y los colonos babilonios expulsados por las tribus incursoras. Ciro supuso que no necesitaron muchas excusas para regresar a Babilonia.

Se internaron por la Tierra Roja de terrenos quemados por la canícula, donde las aldeas como colmenas se alzaban en torno a los pozos y las gentes oraban ante cumbres de roca negra. De pozo a pozo, las caravanas nabateas viajaban hacia el norte con incienso, oro y cobre sin trabajar de Arabaya. Se dirigían a Damasco o a los puertos fenicios y proporcionaban un hálito de vida a la tierra yerma que no permitía el surgimiento de una ciudad.

A la sombra protectora de una hondonada, los comerciantes nabateos moraban en pabellones bajo los sepulcros abiertos en las paredes rocosas. Ciro convocó a los jefes de la Tierra Roja, tanto a arameos como a ismaelitas, y declaró que desde ese momento vivían bajo su gobierno y ley. Prohibió las luchas tribales y de un hermano contra otro en el seno de una misma tribu. La lengua de su gobierno era el arameo y el objetivo consistía en unir las moradas de los dos ríos con el mar de poniente a través del tráfico de las caravanas. La enorme satrapía recibiría el nombre de Arabaya.

Al consejo de jefes nómadas asistieron forasteros que no habían sido invitados. Se presentaron emisarios fenicios con carros ligeros y camellos que portaban sus provisiones. Con sus gorros y sus túnicas largas de lana púrpura, los fenicios se arrojaron a los pies de Ciro y sus esclavos le entregaron ofrendas de exquisita excelencia: vasijas de cristal con los colores del arco iris, finos cuencos de bronce y jarras de cobre adornados con grifos míticos y bestias con cabezas de mujer, a las que llamaban esfinges. Para ganarse el favor de Ciro, le ofrecieron un símbolo alado de lapislázuli engastado en oro, semejante a las alas de los aqueménidas, si bien se trataba de un trabajo de los antiguos egipcios. Le ofrecieron siete doncellas de frágil belleza, cada una de un tipo, pues las habían buscado entre las hijas jóvenes de Egipto y Etiopía, las islas de Creta y Delos e incluso en la Hélade. Las doncellas portaban, a su vez, pequeños tesoros como espejos de plata, pebeteros y lámparas de alabastro para contentar al gran rey siempre vencedor.

Los fenicios abrigaban la esperanza de que las hermosas doncellas despertaran en el aqueménida el deseo de conquistar sus tierras del oeste. Ciro lo comprendió, entregó como regalo una joya distinta a cada doncella –contempló más tiempo a la hija de Creta, cuya piel blanca contrastaba con la oscuridad de sus cabellos sueltos –, las devolvió a los traficantes de esclavos y dijo:

–Ciertamente, me intimida la belleza de estas jóvenes. Se dice, y con razón, que la belleza procede de la lealtad. No es adecuado que un rey como yo tenga miedo. –Desconcertó un poco más a los enviados fenicios con otro proverbio–: Se creó el trono para un embustero que, cuando sus mentiras lo alcanzaron, le escupieron el rostro.

Los sagaces fenicios celebraron la sabiduría de Ciro y la magnificencia de su trono al tiempo que intentaban descifrar el significado de sus palabras. Finalmente Ciro dijo:

–Yo prefiero decir la verdad.

Durante una semana, mientras Ciro los agasajaba, los embajadores de Sidón y Tiro sondearon qué pensaba conseguir con ese viaje al oeste. Explicaron que conocían perfectamente la Tierra Roja porque en otros tiempos había sido su hogar. Con sus caravanas habían osado llegar al mar y cruzarlo, va que las carreteras llegaban hasta el mar. Actualmente utilizaban barcos en lugar de acémilas y los buques negros de Tiro eran superiores a las barcazas egipcias y a las galeras de remo griegas. Además, sólo sus marineros conocían los largos caminos del mar o se guiaban por las estrellas.

Al cabo de la semana llegaron a un acuerdo de palabra con Ciro porque los fenicios, a diferencia de los babilonios, no apuntaban nada por escrito, pese a que poseían el mejor papiro. Fenicia, así como Palestina, quedarían incluidas en la satrapía de Babilonia y sometidas a las órdenes del gobernador de esta ciudad –de momento, Cambises–, pero se gobernaría autónomamente sin que sus costumbres cambiasen y sólo pagaría tributos por el aumento de los intercambios comerciales

con Babilonia. Empero, la flota fenicia podría prestar servicios al gran rey.

Ciro sospechó que, de momento, no la necesitaría, pero su pacto con las ciudades marítimas sentó las bases para la invasión de Egipto –que era lo que Cambises deseaba– y de las islas griegas.

Para entonces los fenicios estaban pendientes de su palabra. Antes de despedirse de ellos, Ciro pronunció otro proverbio:

–Los peores males que existen son dos: que el labriego que obtiene el sustento de la tierra se muera de hambre y que el fuerte se apodere de las pertenencias del débil sin trabajar. –Hizo una pausa y añadió–: Me opongo firmemente a estos males.

De esta manera la noticia de la extraña paz aqueménida llegó a los litorales. Como los antiguos pueblos costeros tenían muchas expectativas puestas en su gobierno, tocó a su fin la alianza contra Ciro. Tanto Ahmés en el Nilo, como Pisístrato en la Acrópolis de Atenas, dejaron de preocuparse por la llegada de los persas.

Ciro no llegó al mar. Emprendió el regreso cuando su ejército tuvo una visión en la Tierra Roja. Más adelante, en medio del resplandor del sol, las albas murallas de una ciudadela encumbrada adquirieron forma por encima del trémulo llano. El lago se extendía bajo las murallas, bordeado de frescas arboledas. Azorados los persas exclamaron:

–¡Es Kangdiz, la fortaleza de los dioses! ¡Está ahí, ante nuestros ojos!

Acostumbrados a los espejismos, los arameos explicaron que el lago y el palacio no existían y que si seguían avanzando desaparecerían. Pero los persas estaban hartos del bochorno constante de las tierras bajas y esa aparición se convirtió en una suerte de aviso. Ciro les concedió inmediatamente la petición de dar marcha atrás. Íntimamente anhelaba ir hacia el este, no hacia el oeste. En toda su vida no había hallado restos de la tierra natal de los arios, que no podía encontrarse a orillas de ese mar occidental. El deseo de descubrir *Aryan-vej* se había ahondado con los años y ya tenía más de sesenta.

Dos circunstancias dieron pábulo a su anhelo durante el retorno. Las necesidades acuciantes lo obligaron a desplazarse de Babilonia a Ecbatana, de donde había retirado al confiable Mitradat. Cuando los correos del reino lo alcanzaron en Ecbatana, le entregaron una petición de auxilio de Zorobabel, al que no conocía. Los escribas le explicaron que Zorobabel –o Simiente de Babilonia, que era el nombre en caldeo– se había convertido en el jefe de los exiliados judíos que estaban de regreso en Jerusalén. En su misiva en arameo decía que las aldeas habían sido arrasadas desde los tiempos de Nabucodonosor y que nunca fueron restauradas: que los campos estaban yermos, las ovejas escaseaban y que la enemistad de los samaritanos contra los judíos de Babilonia era profunda. Los nativos de Judá ponían en duda el derecho del pueblo de Zorobabel a reconstruir el templo de Jehová en sus alturas. Para hacerlo necesitaban de inmediato la ayuda

del dinero de plata del gran rey.

Ciro analizó la petición y dictó la respuesta: «En cuanto a la casa de Dios en Jerusalén, que se construya el templo, el sitio donde ofrecen constantemente el sacrificio del fuego; su altura será de veintisiete metros, con una anchura de veintisiete metros, tres plantas de piedras grandes y una de madera. Que su coste corra a cargo de la casa del rey». Se acordó de las vasijas sagradas que el pueblo de Zorobabel había llevado consigo. «Que los utensilios de oro y plata de la casa de Dios, los mismos que Nabucodonosor capturó y trasladó a Babilonia, sean devueltos y llevados nuevamente al templo de Jerusalén, cada uno a su sitio. Los guardaréis en la casa de Dios».

Dictó una orden a Mitradat de Babilonia para que entregase los talentos de plata a Zorobabel de Jerusalén. Pensó que, pese a que ahora parecían empobrecidos, los refugiados que se habían dispuesto a cruzar el desierto habían llegado a su tierra natal. Era imprescindible que reconstruyeran el templo. Ciro no podía volver a ausentarse por el oeste. Ecbatana se había convertido en el corazón de su reinado e infinitos problemas lo aguardaban: delimitar las fronteras de la inquieta Armenia, abrir carreteras hasta Capadocia, enviar provisiones de emergencia a Vishtaspa porque era lo que había prometido, proporcionar algún tipo de formación a los iberios de la Tierra Hueca…

Agobiado por los problemas buscó a Creso, como solía hacer en Sardes. Encontró al lidio instalado en un modesto aposento que daba a los jardines de palacio. Reclinado bajo el sol, Creso contemplaba una vasija de alabastro y admiraba las delicadas figuras unidas por las manos a medida que giraba el objeto bajo la potente luz.

–Quienquiera que lo haya hecho pretendió que estuviera bajo el sol –afirmó–. Se trata de un artista excepcional que ha dominado el secreto de la luz.

Creso parecía totalmente satisfecho con la observación de la vasija.

–¿Confiaste en la solución que dieron a tus problemas en los oráculos de Delfos o de Sardes? –preguntó Ciro.

Creso rió sin soltar la vasija.

–Confié demasiado, mi señor aqueménida. –Frunció el ceño pensativo–. Sin embargo, el oráculo vaticinó que mi hijo hablaría. Y al menos ahora él y yo podemos hablar.

Ciro echó un vistazo a la estancia, vacía con excepción de unos pocos objetos que, al igual que la vasija de alabastro, eran bellos más que útiles.

–¿Estás cómodo aquí?

Creso evaluó la pregunta.

–Puede que no, pero disfruto. Todos los días me siento al sol. En Sardes el sol nos asaba y aquí, en las montañas, nos revive. ¡Mira cómo embellece esta vasija!

Ciro dejó al cautivo y pensó que nunca llegaría a comprender al lidio. Dondequiera que estuviese y pasara lo que pasase a su alrededor, Creso se las

ingeniaba para disfrutar. Recelaba de los oráculos y a la vez crecía en ellos. Se consolaba con lo que los griegos llamaban filosofía.

Cuando por fin pudo poner rumbo a Pasárgada, Ciro escogió la conocida carretera de Susa. Apenas reconoció el palacio que se encumbraba sobre el río. Las paredes irregulares resplandecían recubiertas de azulejos y el mármol brillaba en los suelos. La fea imagen de Shushinak reposaba en el santuario revestido en oro del templo. Las palmeras datileras de Babilonia bordeaban los muros del jardín. ¡Para adornar su palacio de esa manera, Gubaru tenía que haber arrancado muchos talentos de plata de los ingresos de Esagila! Encolerizado, Ciro pensó relevar al anciano elamita y reemplazarlo por Mitradat, que no sacaba nada del erario. Después rió y pensó que cada uno hacía su agosto.

Gubaru había trabajado cerca de dos generaciones para rehacer Susa y sus tierras. Era un territorio feliz; los campesinos disponían de los nuevos arados de hierro que Ciro había arrebatado al monopolio del templo de Marduk; los aldeanos hacían largos desplazamientos para contemplar la maravilla del templo dorado. Y Gubaru podía buscar su sepulcro en paz.

A Ciro ni se le ocurrió la idea de que el sabio elamita había logrado todo eso por su intermedio. Las expectativas de Ciro se acrecentaron cuando se internó por el camino de montaña rumbo a su valle. Al llegar al río frenó el caballo para escuchar el familiar tumulto de los rápidos, aspiró profundamente el aire fresco y creyó entrever a la sonriente Anahita en medio del rocío de las cascadas. A decir verdad, cuando entró en ese sitio protegido el cansancio de treinta años cayó sobre él como el sueño. Pese a su decisión de explorar el este más lejano, durante seis años no abandonó su valle.

La crónica guarda silencio

Los habitantes del nuevo imperio persa no se dieron cuenta de que vivieron años de paz inesperada hasta que éstos pasaron. Desde Tiro hasta Maracanda, los estadistas consultaron al aqueménida antes de emprender nuevas conquistas; los mercaderes suponían que estallaría una rebelión contra el gobierno del único hombre que abarcaba la inmensa superficie de su tráfico; los labriegos supusieron que, como de costumbre, aparecerían los incursores o un burócrata –lo que en su opinión era mucho peor– acompañado de lanceros para requisar las cosechas en nombre del rey. Y no sucedió nada semejante. Durante los últimos seis años del reinado de Ciro, la crónica de Babilonia sólo registró el paso del tiempo y los hebreos, por su parte, describieron las rencillas que retrasaron la construcción del templo de Jehová. «Cada uno se ocupa de su casa».

Varios motivos explican esta desacostumbrada tranquilidad. Los incursores nómadas del norte buscaron los ricos botines de los dominios del aqueménida –se hacían la ilusión de que entrarían con los primeros pastos buenos y se irían con las últimas cosechas–, pero se toparon con jinetes adiestrados y tan peligrosos como ellos. En cuanto a las guerras intestinas entre hermanos y príncipes impacientes por la muerte de sus regios padres, la orden de Ciro se opuso a este habitual conflicto. Tampoco quedaban tronos por los que luchar, salvo el persa. El aqueménida nombraba a los gobernadores de cada territorio y el cargo no era hereditario. Después del retiro del anciano Gubaru, Cambises el heredero gobernaba con mano de hierro la inquieta Babilonia, apoyado por soldados que habían puesto grandes esperanzas en él. La Babilonia caldea había sido, de hecho, un imperialismo mercantil y como durante el reinado de Ciro el comercio se expandió ningún jefe nacionalista se atrevió a rebelarse.

La diversidad de lenguas, digna de la torre de Babel, acabó convirtiendo el arameo en el idioma común, hasta en Jerusalén. Creso ya no era llorado en la mundana Sardes. Allí los adalides de la liberación griega tuvieron dificultades para responder a la siguiente pregunta: ¿de qué había que liberar a los jonios? Las ciudades más occidentales, como Esparta y Atenas, buscaban sus raíces en la costa jónica. Los más lúcidos observadores políticos –los sacerdotes de Apolo en Delfos– aún hacían profecías para el persa. (Gradualmente los medos cayeron en el olvido). El motivo fundamental de tanta tranquilidad era desconocido por los cronistas, si bien el pueblo llano lo sospechaba: respondía a la tolerancia del rey.

Se trataba de un concepto nuevo en un gobernante y ni asirios ni babilonios sabían cómo expresarlo. Habían creado un proverbio sobre la presencia del

gobernante: «El habla de un monarca es mas punzante que un cuchillo de doble filo. Mira porque ante ti se alza algo duro; no te demores en presencia de un rey pues su cólera es más veloz que el rayo. Haz caso de ti mismo; si se te ordena algo, piensa en un fuego ardiente; date prisa, hazlo y cúbrete las manos con arpillera porque la palabra del rey es la ira de su corazón».

En treinta años Ciro el aqueménida logró superar ese miedo. Medos y persas lo llamaban padre y en boca de los campesinos era «el rey del pueblo». No habría bastado con su tolerancia para distinguirlo, por lo que tuvo que sumar un poder superior al de Nabucodonosor. La conjunción entre humanidad y la capacidad de castigar sin miramientos ejerció un peculiar influjo que modificó acontecimientos seculares.

Se cuenta una anécdota de la tribu mardiana que moraba en las peladas tierras altas de la futura Persépolis. El jefe y los ancianos presentaron una súplica a Ciro. Los portavoces explicaron que la tierra era pobre y que trabajaban mucho para cultivarla. Por consiguiente, los mardianos deseaban recibir una tierra muy fértil, como la que su rey había conquistado en otras partes. Estaban dispuestos a emigrar a ese territorio más pródigo y menos exigente. Que Ciro dijese la última palabra.

El aqueménida evaluó la petición y replicó:

–Hacedlo. –Mientras le daban las gracias, añadió–: Pero recordad lo siguiente. Tarde o temprano, en ese territorio fértil tendréis que obedecer a un señor. En vuestras tierras altas estáis libres y no sois esclavos de nadie.

Después de analizar las palabras de Ciro, los mardianos anunciaron que habían decidido permanecer en sus tierras.

Un jefe maspiano que en ese momento era comandante de los mil, reconoció ante Ciro que se sentía recompensado por estar a su servicio. Con anterioridad, el maspiano se había visto obligado a cultivar la tierra para alimentar a su familia y a comer de las ollas. Ahora, como oficial de una guarnición, le bastaba alzar la mano para darse un banquete cuando le apetecía, con vino como bebida y criados que le ofrecían frutos almibarados mientras se reclinaba en un sofá de cedro de oloroso aroma. Después de oírlo, el aqueménida lo sometió a algunas preguntas y respuestas de sus tiempos de escolares.

–He notado que cuidas bien de tu corcel.

–¡Sí, como corresponde! –replicó el maspiano, satisfecho.

–¿Lo llevas a hacer ejercicio antes de darle de comer?

Sí, por supuesto.

–¿Para qué?

–Para que esté en forma. De lo contrario, enfermaría.

–Si tanto cuidas un caballo, ¿por qué comes antes de cumplir tu jornada de trabajo? La próxima vez me contarás qué trabajo has hecho antes de darte un festín.

Algo que nunca logró fue convencer a su pueblo para que navegara. Un jefe

aqueménida lo explicó de la siguiente manera:

–Existen tres tipos de seres humanos: los vivos, los muertos y los que deambulan por los mares.

Pese a que no introdujo cambios en las costumbres pastoriles de los persas, hacía mucho tiempo que Ciro había abandonado los viejos concilios de las tres tribus e incluso el de las diez tribus reunidas. Para entonces los persas sólo eran una parte de los pueblos iranios bajo su reinado y un fragmento de los diversos pueblos existentes. Todos los persas habrían cabido en un barrio de Babilonia. Vio que no había nada bueno y que podía conducir a muchos males dar al puñado de persas la supremacía sobre los demás, así como sobre sus caspios. Su autoridad sólo emanaba del trono y un sátrapa persa no tenía poder sobre un *hazarapat* hircano. Para contribuir a la amalgama de pueblos distintos, adoptó los títulos tradicionales de Babilonia, Ecbatana y Sardes, no eligió capital. Pasárgada, perdida en el valle, seguía siendo residencia del clan aqueménida y estaba administrada por su hermano pequeño, Bardiya, con la ayuda de sus nietos. Amitis continuaba recluida en Zadracarta, en el mar de Hircania, y allí su hija se convirtió en esposa de Darío –hijo de Vishtaspa y Hutaosa–, un militar genial, según todos los informes.

Los asesores de Ciro eran los sátrapas y, aparte de éstos, los emisarios de sus súbditos. Como no tenía ejército regular, no necesitaba hacer frente a un comandante en jefe que podría volverse peligroso.

Este rudimentario estado mundial se mantuvo unido exclusivamente gracias a la personalidad de Ciro, que se había convertido en juez supremo, protector y proveedor. La carga de semejante autoridad era más pesada que el tesoro de Creso, sobre el que había bromeado despreocupadamente en otra época. Probablemente Ciro no previó el peligro que supone el gobierno de un hombre indispensable; de todas maneras, no habría podido cambiar la situación. Al cabo de sus años sólo intentaba cumplir la promesa que había hecho ante las tres tribus persas durante su entronización, pese a que sus súbditos se habían multiplicado por cuatrocientos. Al menos tenían alimentos suficientes y la primera obligación de un pastor era dar de comer a su rebaño.

Como las multitudes lo aguardaban en el pórtico y reclamaban la presencia del gran rey, Ciro no podía ir más allá del Desierto de la Sal de los germanios ni del monte de Cristal.

Ciro se sentía solo incluso ante las multitudes. Emba ya no esgrimía las riendas de su corcel; Kassandan había muerto e hizo construir su sepulcro en los peñascos de la cueva de Anahita. Pese a sus quejas. Kassandan había amado profundamente a sus hijos. De sus dos esposas, Amitis le había ocultado sus pensamientos; los observadores le comunicaron que la elamita se había convertido a la doctrina de Zaratustra y casado a su hija con el hijo de Vishtaspa, ardoroso seguidor del

misterioso profeta. Aunque Ciro no logró deducir por qué lo había hecho, supo que existía un motivo. Sus nietos le temían porque estaba rodeado de dignatarios de la corte y los extranjeros se postraban a sus pies. Cuando Ciro se presentaba, los chambelanes exclamaban:

–¡Silencio! ¡Postráos ante la gloria real!

A Ciro ya no le apetecía compartir la mesa con cuantos lo rodeaban. En torno a su residencia –que antaño había albergado a su familia– habían construido cuatro columnatas tan elevadas como el gran salón de audiencias que medía treinta y un pasos por treinta y dos; noventa y ocho columnas se alzaban en las sencillas bases negras, sobre el suelo de mármol blanco. Ciro comía solo en una tarima, elevada como la de Astiages, por encima de cortesanos y criados. Enfrente contemplaba su imagen tallada en el revestimiento de piedra de la pared. En muda procesión, funcionarios y servidores –cada cual con su arma o herramienta– seguían al rey, sobre el que se desplegaban las alas aqueménidas. La imagen perduraba para hacer saber a todos los visitantes que se encontraban en la cámara real. Asimismo, las columnas blancas que asomaban de las bases negras –muy agradables para la vista – simbolizaban el triunfo del bien sobre el mal. La nueva dignidad de la cámara evitó un mal a Ciro, pues los poetas errantes no se atrevieron a ensalzar las glorias de su antepasado Aquemenes mientras comía.

Más allá de las columnatas, los jardines cubiertos de maleza se convirtieron en rosaledas bordeadas por cipreses oscuros por encima de los canales de agua embaldosados; para entonces los tranquilos jardines eran lugar de cita de los cortesanos que lucían las insignias de su categoría y vigilaban a cuantos recababan la presencia del monarca. Incluso en el alto de los altares de fuego, los partidarios de Zaratustra se reunían para rezar al maestro Ahura Mazda.

Sus murmullos hicieron que Ciro se acordase de un cántico de los hebreos de Kebar: «No desees el buey de tu prójimo, ni su asno…, ni nada de lo que le pertenece». Los hebreos decían que era uno de los Diez Mandamientos revelados por un profeta en la cumbre del monte Sinaí. Puesto que era harto improbable que los hebreos del Oeste hubieran hablado de esas cuestiones con los partidarios de Zaratustra en el este, las revelaciones debieron de ser parecidas. ¿Llegaría el día en que las dos congregaciones orarían juntas y presentarían ofrendas a sus fuegos de las alturas?

¿Alguna vez los filósofos de Mileto, que sondeaban la inmensidad del universo, llegarían a montar guardia con los astrónomos caldeos que trazaban el curso de los astros? Los indagadores de las mismas verdades solían llegar a convicciones distintas, pensó Ciro. Había llevado a Pasárgada algunos caldeos eruditos y sus instrumentos. En seguida montaron los relojes para seguir el paso del tiempo mediante el goteo del agua, a la vez que sus siervos caspios no tenían ni la más remota idea del tiempo más allá del alba que marcaba el comienzo de la jornada y del ocaso que le ponía fin.

Ciro, amo de todos, notó que su vida tocaba a su fin y meditó sobre el tiempo futuro en el que seguramente estaría solo. Convocó a sus arquitectos –entre los cuales se contaban varios planificadores de Esagila– y les pidió que diseñasen su sepulcro.

–¡Que los dioses no lo permitan! –exclamaron en diversas lenguas–. ¡Que los años de nuestro señor el rey no tengan fin!

–Me apetece un sepulcro pequeño, de piedra sencilla –dijo Ciro.

Cada vez que quería hacer algo, tenía la costumbre de apelar a los hombres más capaces y no les explicaba cómo debían hacerlo. Una luna después los arquitectos reales le presentaron un boceto maravillosamente coloreado en vitela inmaculada. Se trataba de una torre alta, vigilada por genios alados, con una cámara para los sacerdotes y un altar de fuego en la cumbre.

–Si se suelta, la puerta de bronce de la cámara sepulcral queda cerrada para siempre –explicaron.

Bastó que Ciro echara un vistazo al boceto para descartarlo. Diez años antes habría desatado sus iras contra los arquitectos, pero ahora los comprendía. Todo técnico trabajaba según los métodos que había aprendido. El que sabía cómo construir un arco o una bóveda los erigía para sustentar un techo. Siempre había sido necesario limitarlos a sus sencillos propósitos.

–No quiero quedar encerrado. Venid todos, iremos al sitio que he elegido y hablaremos de mi última morada.

El aqueménida fue el primero en abandonar el salón de audiencias. Tomó por un sendero que se alejaba de la escalinata de entrada y que iba hacia el sudoeste, en dirección al crepúsculo. A tiro de arco de la orilla del río, oyó las risas del agua. Miró en derredor, contempló las cumbres del valle y se dio por satisfecho. Dijo a los arquitectos:

–Aquí erigiremos los cimientos de piedra caliza blanca sobre siete escalones. En lo alto de los peldaños pondremos una habitación de la misma piedra. El interior de la cámara será de siete codos de largo por cuatro de ancho. El techo será de vertiente, como si se tratara de una casa. Caerá a ambos lados desde el caballete. –Pensó unos segundos en la casuca semejante a las que sus antepasados habían construido en los bosques–. Dos puertas comunicarán con el interior, la exterior de la misma piedra que os he descrito y la interior del mismo material. Ambas se abrirán, pero habrá que cerrar la exterior del reducido espacio antes de abrir la interior. –Pensó en el edificio y no se le ocurrió añadir nada más–. ¿Tenéis claro el estilo de mi sepulcro? ¿Queréis hacerme alguna pregunta?

–Los adornos…, ¿qué tipo de adornos quieres? –preguntó un arquitecto.

–¿Dónde colocaremos el oro? –quiso saber otro técnico.

–¿Acaso existe mejor adorno que esa buena piedra blanca? –preguntó Ciro a su vez–. Pero debe ser firme y ha de tener grapas. –Sonrió–. Poned el oro en los bordes del hierro que se vea. Así evitaremos que se oxide.

Los técnicos babilonios preguntaron cuál sería la inscripción pues si se trataba de una anotación larga, con todos los títulos e invocaciones pertinentes, convenía tallaría en la piedra antes de colocar los bloques en su sitio.

Ciro pensó en la inscripción. Tal vez fuera mejor poner una invocación. Se le ocurrió que muchos acudirían al río para mirar su sepulcro y que la inscripción debía explicar de qué se trataba.

–Me parece que la inscripción debe decir: «Oh, hombre, soy Ciro el aqueménida, el gran rey». Eso es todo.

Aunque los arquitectos alabaron su sensatez, íntimamente lamentaron tener que diseñar un sepulcro que no era más que una celda de piedra parecida a la casa de un campesino. Por lo que sabían, ningún sepulcro real tenía esas formas.

«Y todos los dioses que existen»

Al ver el goteo del reloj de agua, los caldeos dejaron caer una bolita de bronce en un cuenco del mismo metal y su retintín anunció en palacio el segundo, el instante vía hora del inicio del nuevo año del mes de nisán. Corría el año 529 de nuestra era.

Como de costumbre, al romper el alba Ciro salió del palacio y franqueó el umbral del genio guardián, la imagen de su fravashi. Subió los largos tramos de escalones hasta los altares de fuego, donde los sacerdotes esperaban con las varas balsámicas. El gentío que aguardaba más abajo de la terraza de mármol estaba formado, en su mayor parte, por partidarios de Zaratustra. Ciro notó que entre ellos había varios peregrinos de la congregación blanca y le molestó que los visitantes del este nunca entraran en su salón de audiencias para reverenciarlo, algo a lo que no eran remisos ante el fuego de Bactria. Oyó sus cánticos a Ahura Mazda, el invisible y omnipresente. No mencionaron el nombre de ninguna otra deidad. Probablemente cuando el sol tocase la roca del sitio elevado de los hebreos, sólo rezarían a Jehová. Yen los templos de Egipto orarían a Amón…

Los congregados guardaron silencio cuando Ciro elevó los brazos. Los sacerdotes prestaron atención pues querían saber a quién invocaría el monarca. De todos era sabido que Ciro no creía en un dios concreto. Había estado dispuesto a estrechar las manos del ídolo de Babilonia, pero aquí se había detenido ante el altar de fuego de Ahura Mazda.

Consciente de la situación, Ciro pensó en qué podía decir sin faltar a la verdad. Los sacerdotes del santuario atribuían importancia a la palabra hablada, al margen de los sentimientos del corazón del orador. ¿De qué servía la palabra si no procedía del corazón?

Ciro meditó y entonó:

–Por Ahura Mazda…, y todos los dioses que existen.

Su frase fue oída y repetida. Desató muchos debates en cuanto a la identidad de las divinidades que, voluntaria o involuntariamente, el monarca no había mencionado.

Aquel año Ciro tuvo graves problemas en Pasárgada. En Babilonia, el franco Cambises reunió unas grandes fuerzas armadas para intimidar a las facciones descontentas; después de formar ejército tan potente, el hijo solicitó autorización para marchar sobre Egipto a través de Jerusalén y sostuvo que la conquista del valle del Nilo pondría fin a las disputas fronterizas con Babirush. Por su parte, el envejecido Amasis –que sin duda deseaba conseguir una paz que acrecentara su

fama– envió una impresionante embajada para solicitar, y solicitar fue la palabra utilizada por los orgullosos egipcios, un tratado de alianza y defensa mutua con Ciro. Del mismo modo que un buey bien alimentado podía solicitar una alianza con un león…

En el mar del Medio, los barcos de guerra fenicios atacaron los convoyes griegos y afirmaron que actuaban para proteger sus buques mercantes contra los piratas. Era evidente que, en ese mar, cualquier enemigo se convertía en pirata. En el fondo, los astutos fenicios pretendían destruir la flota de sus rivales…

El sátrapa de Sogdiana escribió desde Maracanda para informar que los incursores cruzaban el río fronterizo. Como los puestos fluviales de guardia eran escasos, el sátrapa pedía un pago del tesoro real para establecer nuevos puestos y guarniciones más adecuadas. Ciro pensó que no serviría de nada construir fortificaciones contra miembros de las tribus, ya que se limitarían a rodearlas. Ni siquiera la muralla de Nabucodonosor había garantizado la seguridad de Babilonia…

Una benigna tarde de verano Ciro despidió a los demandantes para descansar media hora antes de la cena. Abandonó el trono y a los guardias y se dirigió a la columnata del fondo, donde podía caminar sin que nadie lo molestase. Evaluó el último informe de su observador en Sardes. Se refería a los misios, un pueblo eolio –es decir, ario– que moraba a orillas de los Dardanelos, en torno a las ruinas de Troya. De hecho, los misios reclamaban parte de la gloria de la defensa de Troya durante el asedio que Creso le había descrito a Ciro. De momento cobraban impuestos a los barcos griegos que cruzaban el estrecho cargados de cereales, pieles y esclavos del Euxino. El sátrapa de Sardes estaba de acuerdo porque incrementaba los ingresos de su territorio. A Ciro le disgustó porque los misios retenían espontáneamente a los barcos griegos que no pagaban el impuesto. Además, no entendía que los misios del litoral reclamasen las aguas entre los mares. Por añadidura, corrían el riesgo de provocar amargas disputas a cambio de una módica suma de dinero.

Mientras caminaba, Ciro llegó a la conclusión de que no serviría de nada ordenar a Sardes que permitiese la libre navegación por el estrecho. La orden sería oficialmente cumplida y los misios seguirían cobrando derechos. La mejor solución consistía en crear una nueva satrapía misia y que el gobernador se hiciera responsable, en el lugar, de todas las actividades en el estrecho.

Había tomado todas esas decisiones cuando reparó en que entre las columnas había un hombre. El rostro del desconocido le resultó familiar y en su túnica gris se veían las manchas de barro seco de un largo viaje. Sin duda, esperaba hacia un buen rato y ningún chambelán se había tomado la molestia de anunciarlo. Cuando Ciro lo miró, el hombre extendió la mano e imploró:

–Gran rey, protege el valle de Zaratustra.

Ciro reconoció al mago por la voz. Se trataba del esclavo de la torre de

Ecbatana y del que había hablado ante el sepulcro del profeta Zaratustra.

–Mago, por fin has decidido franquear mi puerta –comentó sorprendido.

El peregrino sonrió.

–Tu puerta está demasiado protegida. Tu maestro de ceremonias quiso saber qué funcionario me envió para solicitar la misericordia del rey. Por eso me colé por la puerta de atrás.

–De todos modos, te doy la bienvenida a mi casa. No recuerdo que me recibieras con los brazos abiertos cuando entré en tu valle por la puerta de atrás. –El mago asintió y Ciro añadió–: ¿Qué necesita tu valle? Tengo entendido que todo va bien.

–El fuego y la espada lo arrasarán. Los nómadas del norte han invadido las tierras y no tenemos medios para defendernos. Ciro, te comprometiste a defender Bactria.

El mago habló como si recordase a Ciro una fruslería olvidada. Parecía que el peregrino no sabía nada de la guerra. Ciro se acordó del informe de la frontera de Maracanda e intentó explicar que se trataba de una cuestión que debía resolver el sátrapa de Sogdiana. La frontera noroeste se alzaba a un mes a caballo…, a la velocidad a la que cabalga un correo. Hacia muchos años que el aqueménida no podía retornar a Bactria. Si los nómadas se movían concentrados, podía enviar al hazarapat para que reuniese las levas de Partia y Corasmia a fin de expulsar a los invasores. Ciro empezó a explicárselo al hombre que había recorrido tan largo camino y sólo pensó en la promesa que había hecho. Se detuvo a reflexionar unos instantes y dijo:

–Mago, mucho has viajado. Comparte mi mesa y descansa después. Hombre, soy Ciro y cumpliré la promesa que os hice.

La batalla en las estepas

Cuando Ciro dio a conocer su decisión de viajar al río de las Arenas para repeler a los invasores nómadas, sus consejeros se opusieron. Le suplicaron que llamase a Cambises y al ejército de Babilonia para que lo acompañasen. Ciro ordenó a su hijo que se trasladase a Pasárgada para representarlo en su ausencia. Recordó a sus asesores la ley de los persas y los medos, según la cual el monarca y su heredero no podían abandonar el país al mismo tiempo. Añadió que partiría al alba del día siguiente.

Esa noche oyó la voz de su fravashi a la derecha del diván, que le dijo que era bueno emprender ese viaje; oyó claramente las risas de la atractiva Anahita en el tumulto del río. Soñaba con contemplar el rostro de la diosa y, para variar, sentir su cuerpo entre sus brazos. Se dijo que se estaba convirtiendo en un viejo lascivo pues soñaba con poseer el cuerpo de una muchacha elusiva.

Salieron del valle bajo el calor de un día de mediados de verano, con las llamaradas de las amapolas entre la hierba. Cabalgaron a la velocidad de los correos a lomos de los nisayanos y subieron por la carretera real de Ragas y el monte de Cristal, con su penacho de nieve voladora. Un millar de los cinco mil seguía al monarca, sin chambelanes, escribas, portadores de sillas ni espantamoscas. Así fue como no se consignaron las peripecias de la travesía, salvo las noticias del final.

En las aldeas de la vera del camino las mujeres ofrecieron al rey cestas con granadas, melones y manzanas, y Ciro calculó que aquel verano las cosechas eran buenas. Entregó a cada mujer una moneda de oro acuñada en Sardes y prometió que moraría en sus aldeas cuando volviera de castigar a los dahaes, es decir, los enemigos. En el barranco del mar de Hircania, las levas de guerreros hircanos cabalgaron a su encuentro, encabezados por Darío, el hijo de Vishtaspa. Era un hombre callado que pensaba por si mismo, un excelente jefe, en opinión de Ciro. Más allá del desfiladero rojo de Coara los partos acudieron en tropel a su encuentro. A decir verdad, los jóvenes espadachines de las tierras del este estaban deseosos de alcanzar la fama yendo a la guerra con el gran rey. Ciro lamentó haber estado tanto tiempo ausente de las acogedoras tierras del este. Tuvo la sensación de que el más sombrío Oeste lo retenía encadenado con sus disputas y conspiraciones.

Como se desplazaron muy rápido, no tuvo tiempo de probar los nuevos regimientos o reemplazar a los oficiales. Una vez cruzado el ancho Río del Mar, los corasmios se reunieron con él y no aguardó la llegada de la infantería de Maracanda. De todas maneras, los soldados de infantería no estaban en

condiciones de seguir el ritmo de los jinetes. Ya tendría tiempo de visitar los jardines de Maracanda a su regreso.

Por fin llegaron a la zona devastada. Las aldeas de casas de barro con techos de paja no eran más que cenizas y los nómadas se habían llevado las cosechas o las habían quemado. Ciro aceleró la marcha del ejército y poco después encontraron cadáveres en medio de las ruinas. Pertenecían a campesinos, ancianos y niños muy pequeños; a los demás se los habían llevado. Los miembros de las tribus bárbaras los habían matado con armas afiladas a fin de economizar flechas. Los invasores eran sármatas de las estepas norteñas y se habían replegado a la manera de los nómadas al ver que el ejército civilizado se aproximaba.

La fortaleza de Ciro, en plena frontera, había ardido. En la ribera llena de juncos del Río de las Arenas no se veía un solo ser humano, pese a que abundaban las aves de carroña que buscaban cadáveres. Ciro ordenó que tendieran un pontón sobre el río para proseguir la persecución. Dados sus efectivos, no deseaba regresar sin dar justo castigo a los miembros de la tribu.

El ejército siguió avanzando sobre una llanura seca en la que los tamariscos grises danzaban al viento cual espectros de los árboles. El camino de los nómadas estaba marcado por los restos de las hogueras y los macilentos cadáveres de los prisioneros demasiado débiles para marchar a la velocidad de los jinetes. El ejército aceleró el paso y avistó las patrullas nómadas que se escabulleron por el horizonte. Serpenteó a través de colinas que se alzaban grotescamente por encima del polvo rojo y que estaban calcinadas por el sol abrasador. Los exploradores informaron que la nube de polvo correspondía a las hordas en retirada, que no les llevaba más de una hora de ventaja al galope rápido. Ciro ordenó que el último campamento continuara en pie y vigilado por los guerreros enfermos o sin monturas.

El aqueménida reunió a los luchadores más capaces y continuó la persecución. Los persas cabalgaron por las negras colinas. El terreno descendió hasta un valle estrecho, una especie de pasillo entre las cumbres.

A uno y otro lado aguardaban los nómadas, que ya no huían. Cuando la columna persa se internó en el valle, las masas nómadas se lanzaron sobre sus flancos. Por delante aparecieron más hombres.

–¡Son masagetas! –advirtieron los exploradores a Ciro.

Los sármatas en retirada los habían conducido hasta ese valle en el que aguardaban los masagetas. Los persas quedaron atrapados en la emboscada nómada. Los veloces caballos levantaban nubes de polvo que hacían toser a los soldados y en medio de la polvareda siseaban las flechas. A cada carga el ulular de los miembros de las tribus se elevó como el aullido de los lobos. Los jinetes escogidos de los mil rodearon a Ciro para protegerlo.

Ciro se dio cuenta de que los superaban numéricamente y de que no podían organizar una formación de ataque para expulsar al enemigo del estrecho valle. Impartió la orden de que los regimientos de la retaguardia se retiraran y de que los

demás lo siguiesen. Ordenó al comandante de los mil que repeliera a las tribus y que se replegasen compañía tras compañía.

Retrocedieron a través de las colinas negras, mientras sármatas y masagetas se lanzaban sobre ellos desde las hondonadas. Los disciplinados mil resistieron mientras caballos y jinetes caían. Ciro ordenó a sus regimientos que cabalgasen a través del campamento hasta campo abierto. Supuso que los entusiasmados nómadas que perseguían a la columna se desbandarían para saquear el campamento y matar a sus defensores.

Ocurrió lo que esperaba. Sármatas y masagetas dejaron de perseguirlos al llegar al campamento persa y se movieron entre las tiendas como manadas de lobos ante una res muerta.

A la llamada de sus jefes, los persas se reorganizaron en el llano. Volvieron a formar centenas y millares. Ciro no se atrevió a darles tiempo para que las monturas recobrasen el aliento. Cabalgó en primera línea para que lo viesen –se distinguía por los penachos blancos de su diadema– y ordenó a los regimientos que lo siguiesen, que siguieran a los oficiales hasta donde él los conducía.

Se trataba de una vieja estratagema. En el valle estrecho habían estado al borde del desastre, pero a campo abierto podían cabalgar sin dificultades y, al seguirlo, sin duda arrasarían al enemigo desbandado, como había ocurrido tantas otras veces. No estaba cansado y gritó al oír los cascos de los nisayanos. Oyó los gritos de los persas.

Ciro fue alcanzado por una flecha en las lindes del campamento. Cuando la carga se introdujo entre las tiendas, sufrió una lanzada. Los guardias lucharon a su alrededor y formaron un círculo para repeler al enemigo. Lo retiraron del campo de batalla.

Los persas supervivientes cerraron filas para replegarse hacia el río con Ciro. Lo cobijaron entre las paredes de adobe de una choza. Al tercer día, Ciro el aqueménida murió junto al río.

Como los escribas no acompañaron al ejército, nunca se escribió la verdad de lo que ocurrió más allá del río. La crónica de Babilonia se limitó a consignar, secamente, que Ciro –el rey de las Tierras– murió en las estepas del nordeste luchando con los dahaes, los enemigos. Cuando los poetas griegos analizaron la situación, le añadieron un componente romántico y contaron que Ciro fue llevado a las estepas por una reina sármata que respondía al nombre de Timiris. Los poetas narraron que Timiris se vengó retando a Ciro en el campo de batalla y que, después de muerto, la reina de los sármatas alzó la cabeza del aqueménida con sus manos para contemplar la sangre que goteaba hacia la tierra. Es posible que haya algo de verdad en ese relato, pero la pura verdad nunca se sabrá.

Las noticias volaron hasta Maracanda, bajaron a Bactria y recorrieron tres mil

kilómetros de carretera real hasta llegar a Mileto y las islas del mar. A lo largo del trayecto el pueblo lloró al hombre que durante veinte años los había gobernado. Los militares supervivientes cubrieron con cera el cadáver de Ciro y lo trasladaron en una litera tirada por caballos. El fuego de Bactria se apagó en su cumbre y los altares de fuego de Pasárgada se oscurecieron.

Cambises esperaba en la puerta norte del valle de Pasárgada. A la llegada de la litera, desmontó para coger las riendas de los nisayanos y guiarlos por el sendero hasta el valle, donde estaban reunidos los jefes de las tribus antiguas y los sátrapas del imperio mundial.

Para entonces estaba terminado el pequeño sepulcro de los siete peldaños, a orillas del río. Nadie preguntó qué había que hacer con el cuerpo del monarca. Muchos aqueménidas pensaron que la oscura cámara de piedra no estaba en condiciones de convertirse en la morada de Ciro, el primer gran rey de su raza. Convencieron a Cambises y a los portadores de la ley de que construyesen un sarcófago de oro puro, como el de los faraones egipcios. Colocaron a Ciro en su interior, con la tiara de joyas y el paño de oro batido, sobre un diván con patas de oro forjado. Los jefes y los sacerdotes tuvieron que encender una tea y esgrimirla en alto porque la puerta interior del sepulcro no se abría a menos que la exterior estuviese cerrada. En el reducido espacio que quedaba junto al diván, sobre una mesa de oro forjado, los acompañantes depositaron la espada de Ciro –que casi nunca había usado–, su túnica de hilo babilonio, sus pantalones de montar teñidos de púrpura con tinte tirio, un cinto de joyas y botas de cuero flexible. Las paredes de la celda estaban adornadas con tapices tejidos en Sardes.

Tuvieron la sensación de que Ciro se proponía tener un visitante en la cámara. Semejante visita sólo podía ser el heredero de los poderosos reinos del imperio persa. Por consiguiente, el primer visitante fue Cambises. Después de entrar en la tumba y vestir las prendas de Ciro, salió y los aqueménidas lo escoltaron hasta los altares gemelos, donde hizo la promesa real de proteger a su pueblo y compartió la comida compuesta por higos, terebinto y leche agria. Esa comida representaba que Cambises el gran rey no era, en realidad, distinto de un campesino. A continuación Cambises dio su primera orden: volver a encender los fuegos de los altares.

En medio de su luto por Ciro, los múltiples pueblos –incluso los de Babilonia y Bactria– no pusieron en duda el derecho de Cambises de ascender al trono desde el que se gobernaba al mundo.

Al finalizar la coronación tuvo lugar un incidente peculiar, que no concordaba con las costumbres de persas y medos. Encontraron a un mago que montaba guardia en el peldaño más bajo del sepulcro. Era peregrino, pero explicó que su peregrinación acababa allí. Llevaba una pala y dijo que le gustaría crear un jardín en torno al sepulcro de Ciro, que era el mejor trabajo que podía hacer.

Permitieron que el viejo mago canalizara agua del arroyo más cercano y, una vez creado el jardín, le construyeron una pequeña choza junto al río para que lo

cobijase y le concedieron raciones semanales de una oveja, harina, fruta y vino.

A los visitantes que no sabían leer y que se sorprendían ante ese sepulcro insólito, el mago les explicaba:

–Oh, hombre, quienquiera que seas, has de saber que éste es Ciro, el que fundó el imperio persa y gobernó el mundo. No lo envidies en su monumento.

Epílogo

El dominio mundial

Ciro el grande murió innecesariamente. La expedición punitiva contra sármatas y masagetas a través del lejano río limítrofe pudo estar encabezada por Cambises o por otro jefe militar. Al dejar a su hijo en Pasárgada, el centro del reino, Ciro garantizó que Cambises asumiera sin oposición el gobierno del estado mundial aún en formación. Cambises (Kambuyiya) se limitó a añadir el titulo de rey de las Tierras al de rey de Babilonia. Contaba con la firme lealtad de los iranios y asignó a Bardiya, su hermano pequeño, el gobierno de la zona norte formada por Media, Armenia y Cardusia (Kurdistán), con residencia en la ciudad de Ecbatana, una confluencia decisiva. De acuerdo con la costumbre persa, contrajo matrimonio con sus dos hermanas más jóvenes.

Sin embargo, con Ciro murió «el rey del pueblo». Había hecho realidad el novedoso concepto del gobernante responsable de todos sus súbditos, lo que Clément Huart considera «una idea nueva en Oriente, con principios de gobierno desconocidos hasta entonces». No fue capaz de concluir la organización de su nuevo estado. La tarea recayó en Darío (Darayous, el hijo de Vishtaspa), que la realizó de una manera ligeramente distinta. Los ideales de Ciro influyeron inevitablemente en lo que ocurrió después, incluidos los macedonios y los romanos.

Los comentarios del pueblo llano a menudo ofrecen retratos esclarecedores de sus dirigentes. Los iranios decían: «Ciro fue un padre, Cambises un amo y Darío un tacaño».

La nueva lealtad de los diversos pueblos al hombre que ocupaba el trono quedó de manifiesto en la gran empresa de Cambises: la conquista de Egipto. (No se sabe por qué Ciro no lo intentó. Tal vez su veta nómada le impidió internarse en el tórrido puente del desierto rumbo a África; no parecía estar cómodo en la cálida costa lidia, entre griegos y anatolios. Al parecer, lo atraía el gran territorio interior de los arios y, de todas maneras, nunca se alejó mucho de la imprecisa pero crítica frontera norteña, más allá de la cual aguardaban los bárbaros escitas. Entre sus logros figuran el haber puesto fin a las incursiones de los nómadas del norte, invasores endémicos de los antiguos imperios).

Cambises se consagró a someter a los últimos: el Egipto de Sais. Lejos de estar moribunda, la tierra de los faraones disfrutaba del renacimiento comercial bajo el gobierno del envejecido Amasis, mientras los colonos griegos se apiñaban en el puerto de Naucratis y las flotas fenicias hacían el trayecto desde las costas occidentales hasta Cartago. Cambises llevó los dominios persas casi hasta esos extremos. Su invasión contó con casi todas las características de las empresas de su

padre: la novedosa entrada aqueménida, con asesores amistosos a la vera del rey, pueblos vecinos que se sumaban a la marcha y comandantes enemigos que se pasaban a las filas de los aqueménidas. Empero, Cambises no pudo repetir la hazaña de Ciro de conquistar Babilonia «sin batalla ni escaramuza».

Basta observar su entrada cuando la muerte de Amasis dejó a Egipto en manos de Psamético, que era más débil. El filosófico Creso formó parte de la marcha para asesorar a Cambises; los jefes árabes le proporcionaron camellos de transporte para el difícil tramo del desierto más allá de Gaza, «avanzada de África y puerta de Asia». Polícrates –tirano de la isla de Samos y aliado de Amasis– contrabandeó hombres y naves para ayudar a Cambises a lo largo de la costa y los fenicios, que técnicamente también eran aliados de los faraones, hicieron otro tanto. La expedición de Cambises se topó con el ejército egipcio en Pelusium. Como entonces era habitual –y seguiría siéndolo durante dos siglos– ambos bandos habían contratado mercenarios griegos. Fanes –el jefe de los mercenarios contratados por Egipto– tuvo una discusión sobre la paga, se pasó a Cambises y le proporcionó información decisiva sobre las defensas egipcias. Los persas ganaron la batalla de Pelusium y demostraron cuál sería el destino de Egipto.

Cuando los persas llegan al Nilo, el comandante naval egipcio les entrega Sais a traición. Psamético huye río arriba hasta Menfis y en esa gran ciudad es capturado a principios de 525. A continuación el puerto de Naucratis –colonia griega– abre sus puertas y Cambises concede tantos privilegios a sus mercaderes que también se someten los puertos greco-libios de Cirene y Barce, del oeste. De esta forma Cambises se convierte en señor de casi todos los centros griegos de Asia y África del norte, así como de las flotas fenicias. Por primera vez los persas controlan la navegación del Mediterráneo oriental y el comercio concomitante.

Una vez que el Bajo Egipto estuvo en sus manos, Cambises siguió el ejemplo de Ciro en Babilonia y presentó los debidos respetos a los antiguos dioses egipcios. En las inscripciones aparece con la serpiente real y se lo describe como «Cambises, poseedor de toda vida, de toda seguridad y de buena fortuna, salud y bienestar».

El almirante rebelde, a quien se recompensó con el puesto de médico jefe, dejó una nota en la que explicaba que se convirtió en el gobernador del palacio del «gran señor de todas las tierras extranjeras, el gran rey de Egipto». Al igual que Babilonia, Egipto se consideraba el centro del mundo y tomaba por extranjeros a los habitantes de otras tierras. Para entonces el imperio aqueménida abarcaba dos continentes.

Según Ciro había previsto en Babilonia, Cambises se topó con las dificultades de administrar un territorio totalmente extraño bajo la guisa de faraón. (Dos siglos después, el macedonio Alejandro Magno imitaría ese método). En ocasiones los observadores han considerado disparatados los actos extraordinarios de Ciro; en Egipto sostuvieron que su hijo se había vuelto realmente loco. Podemos restar importancia a las anécdotas de la demente ferocidad del aqueménida más joven,

como la que se refiere a la supuesta matanza del toro sagrado de Apis. Cambises era un hombre nervioso y susceptible. Al principio trató con indulgencia a Psamético III, el monarca cautivo; al conocer la noticia de la conspiración contra los persas, Psamético fue ajusticiado. Cambises envió al ejército por la costa norafricana a fin de que capturase Cartago, que estaba a punto de alcanzar su gran supremacía marítima. Los marineros fenicios se negaron a atacar a sus camaradas cartagineses. La expedición emprendió el regreso porque no había flota que la abasteciera a lo largo de la costa desolada. (La historia de que marchó y se perdió en los desiertos sin que quedara un solo superviviente es pura fantasía). Ese fracaso influyó en Cambises. Hasta entonces los ejércitos persas habían triunfado en todas las campañas y la última expedición de Ciro había logrado repeler a los invasores nómadas al otro lado de la frontera.

Simultáneamente y, debido tal vez al contratiempo de Cartago, el aqueménida tuvo problemas con los templos. El ardoroso almirante-médico jefe lo había convencido de que ofreciese grandes regalos y honrase los templos de Sais. En otros sitios la jerarquía de los templos –fundamento y carga de la vida comunal egipcia– no recibió regalos reales del persa. En realidad, Cambises redujo tajantemente los ingresos de los sacerdotes salvo en Menfis y en Sais. Los sacerdotes recibieron la orden de conseguir su propia leña y madera para barcos y de criar gansos. (La gallina, ave de corral irania, aún no había llegado a Egipto). En cuanto al ganado, Cambises ordenó que los tributos se redujeran a la mitad de los que habían recibido durante el gobierno del faraón Amasis. A modo de reacción, la mayoría de los sacerdotes se dedicaron a hacer propaganda contra el «persa loco» y contaron historias acerca de la destrucción de santuarios. Empero, las pruebas demuestran que la vida de los egipcios apenas cambió y que durante el mandato de Cambises el campesinado pasó menos privaciones que con Amasis.

Aunque molesto por los problemas de gobierno de esa tierra de antiguos privilegios, Cambises extendió su autoridad Nilo arriba, más allá de Tebas y de la primera catarata, hasta adentrarse en Etiopía. Este país exótico despertó la curiosidad de los persas por sus elefantes, su marfil y su oro. Se decía que en Etiopía los presos llevaban grilletes de oro. Durante la marcha entablaron amistad con un asentamiento judío de Elefantina, circunstancia que tuvo consecuencias trascendentales; siglos después, los documentos encontrados en las ruinas de esa colonia y escritos en arameo esclarecieron el gobierno de los aqueménidas y proporcionaron, entre otras cosas, la única copia de la autobiografía de Darío, que sucedió a Cambises.

Aunque no estaba loco, el hijo de Ciro había pasado demasiado tiempo lejos del centro de su imperio. Cinco años después, cuando finalmente nombró al sátrapa egipcio y dejó el Nilo, ya era demasiado tarde. Nunca había pisado las tierras del este y, si a eso vamos, tampoco Anatolia. Sus virreyes, que se encontraban a miles de kilómetros de distancia, tenían problemas; no eran los pueblos sometidos sino

las camarillas de los centros provinciales las que estaban a punto de rebelarse. En Babilonia reinaba la agitación, incierta ante las noticias procedentes de Egipto. Doce líderes rebeldes convencieron a Bardiya de que se declarase gran rey. Cuando lo hizo en su fortaleza montañesa, en Babilonia lo reconocieron. Los custodios de la crónica fecharon el año nuevo de 522 como el primero del reinado de Bardiya (al que los autores griegos solían llamar Smerdis). Aunque obtuvo apoyo popular porque abolió durante tres años los tributos, Bardiya no se ganó la lealtad de los nobles feudales iranios.

Cambises se encontraba cerca del monte Carmelo cuando se enteró de la rebelión de su hermano. Se dice que murió allí, a causa de una lesión que sufrió montando a caballo, o que se suicidó. Sea cual fuere la verdad, Cambises murió y siete meses después Bardiya fue asesinado por un contrarrevolucionario en los montes de Medea. No había más herederos al trono por parte de Ciro.

Ese año concluye la oscuridad de los albores del imperio aqueménida. Un año después, gracias al ascenso y dominio de Darío –hijo de Vishtaspa y marido de una hija de Ciro–, el imperio se presenta bajo la luz plena de la historia. En 521 comenzó la construcción de Persépolis y el abandono de Pasárgada. Durante el reinado de Darío la fe de Zaratustra se convirtió en religión de todos los iranios y las leyes de medos y persas se codificaron en el derecho del primer estado mundial occidental que se extendía «desde la India hasta Etiopía». Así quedó escrito en el Libro de Esther en tiempos de Asuero, que era Jerjes, el hijo de Darío.

Es paradójico que conozcamos el imperio persa por las batallas de Maratón y Salamina, durante campañas realizadas en una pequeña provincia de Europa. Apenas se las menciona en los archivos del inmenso imperio asiático.

Ciro y Darío

Con el surgimiento de este dominio, «el mundo civilizado estuvo mas cerca que nunca, antes o después, de estar bajo un único control». Ocurrió en un lapso de cincuenta años, durante las vidas de Ciro, Cambises y Darío. Supuso un cambio tan profundo que nosotros, en el siglo XX, tenemos dificultades para imaginar la transición. Tocaron a su fin dos milenios del Oriente semita más antiguo; de las páginas de la historia desaparecieron tres imperios pequeños: el medo, el lidio y el neobabilónico o caldeo; Egipto dejó de ser soberano en su aislamiento, y en Judea el reino de la casa de David dio lugar al pueblo judío dividido. Por primera vez India entró en contacto con Etiopía y con las costas orientales del Mediterráneo. La reticente crónica de Babilonia se vio obligada a consignarlo como el periodo de «las grandes perturbaciones». La otra frase al uso en la época, «el fin de la muerte de la tierra», abarca más de lo que podemos imaginar. En primer lugar, es posible que la llegada de los aqueménidas haya preservado la civilización que en Occidente se ha convertido en nuestra herencia.

Pensamos en Darío como en el fundador del imperio. Su nombre es el que figura en la inscripción de la roca de Behistun y en los primeros monumentos de Persépolis; desde luego, era bastante conocido por los griegos, que lo consideraban un adversario temible. Sin embargo, el imperio aqueménida no surgió plenamente desarrollado, como la célebre Atenea de la frente de Zeus, totalmente armada y lanzando un grito de guerra. Vio la luz de manos de Ciro. Edouard Meyer, estudioso del tema, define así la relación en Ciro y Darío: «Las características fundamentales de la organización imperial sin duda se debieron a Ciro. Darío siguió sus pasos y concluyó la impresionante estructura. Su papel consistió, sobre todo, en completar y perfeccionar la obra de su gran predecesor».

La oscuridad que rodea a Ciro queda ahondada por tres circunstancias tan insólitas que hasta hace poco han desconcertado a los historiadores. En primer lugar, los restos de Pasárgada en las colinas perdidas escaparon a la búsqueda de los arqueólogos hasta este siglo, mientras que Persépolis –que da a la carretera principal entre Ispahán y Shiraz– fue explorada por los viajeros europeos en época tan temprana como el siglo XVII. En segundo lugar, prácticamente no hay crónicas de la construcción del imperio hacia el este por parte de Ciro. Herodoto menciona las obras de riego en el Amu Daria, así como su muerte más allá del Sir Daria. No obstante, el metódico Darío apuntó todas las satrapías orientales, desde Partia hasta Sogdiana (antes de visitarlas personalmente). Pero éstas tienen que haber sido

conquistas de su predecesor. En tercer lugar, Darío era un aplicado practicante del zoroastrismo y en todos sus discursos públicos veneraba a «Ahura Mazda y los otros dioses que existen». Ciro no hizo nada parecido en las pocas inscripciones que perduran. De hecho, su célebre cilindro está consagrado a su tributo propagandístico a Marduk durante la campaña de Babilonia, lo que demuestra la vigencia desde antiguo de la frase que dice que París bien vale una misa. Esta gran diferencia religiosa entre los dos grandes aqueménidas, cuyas vidas se superpusieron, han desconcertado profundamente a los eruditos. Cabe la posibilidad de que la explicación más sencilla corresponda a la verdad. Probablemente Ciro no estuvo en contacto con los discípulos de Zoroastro –que a la sazón se encontraban en las tierras del este– hasta la madurez. Tal vez Ciro haya sido pagano y creído en las divinidades arias más antiguas. Da la impresión de que Darío se crió en el zoroastrismo. Sin duda, el aqueménida más viejo debió de encontrarse con conversos a dicha fe, de ahí el mago de nuestro relato.

La religión de los aqueménidas

La religión motivó los actos de los iranios durante y después de los aqueménidas.

Como demuestra un bando del hijo de Vishtaspa: «Darío el rey decía así: Bajo la protección de Ahura Mazda, éste es mi carácter, amo lo que está bien y detesto lo que no está bien. Nunca ha ocurrido [durante mi reinado) que un siervo creara problemas al señor o éste al siervo. No soy de los que se enfurecen y reprimo la cólera en mi corazón. A quienquiera que haya herido a otro, yo lo castigo según la lesión. Tampoco confío en la palabra del hombre que no dice la verdad».

El advenimiento de esta fe misionera fue apocalíptico. Quizá no fuese novedoso el concepto de un solo dios que sería venerado universalmente. Sin embargo, el hecho de que la deidad fuese beneficiosa para los hombres, en lugar de simplemente temible, resultaba inimaginable en el antiguo Oriente semita. El viejo miedo al juicio final dio lugar a la esperanza de la inmortalidad del alma. La brusca interrupción de las guerras, gracias a la paz aqueménida, parecía una señal visible del cambio espiritual. En su forma más simple y primitiva, el zoroastrismo influyó en los conceptos del judaísmo y se convirtió en el precursor de las confesiones de misterio de los romanos y del cristianismo.

El misterio de las conquistas iranias

Aparte de la religión, ¿de qué manera el oscuro grupo tribal de los persas aislados en las tierras altas del sur de Irán alcanzó la supremacía del mundo civilizado en poco más de una generación? Hasta entonces eran casi desconocidos. Empero, la ola de conquistas fue tan veloz como la de los mongoles de Gengis Jan, aunque de naturaleza totalmente distinta.

Dado que existen pocas pruebas, la mayoría de los historiadores se han dado por satisfechos con considerarlo un hecho consumado y se han ocupado de la administración de Darío, cuyos registros abundan. Edouard Meyer considera que una de las causas de «este éxito sorprendente» radica en el superior dominio del arco por parte de los iranios, tanto montados como a pie. Prácticamente ostentaban el monopolio de los caballos de raza nisayana, muy buscados por los asirios y los medos. Sin embargo, en la misma época tanto los kurdos como los partos poseían arcos «largos» más potentes y los nómadas de la estepa eran igualmente impresionantes a caballo.

Tal vez Ciro guió a los persas en uno de esos escasos intervalos en que era posible alcanzar semejante éxito militar. Se había producido un flujo y reflujo de las mareas humanas en las grandes llanuras donde se alzaban los centros de la civilización. Pueblos más bárbaros como los hititas, los hurritas, los kasitas y los asirios habían salido de las tierras altas del norte para volver a replegarse o quedar contaminados. Los medas arios emprendieron sus conquistas después de que Ciaxares remodelara el ejército según las pautas de los asirios, los germanos del antiguo Oriente. Durante el gobierno de Astiages la expansión de los medos se detuvo para disfrutar de los lujos obtenidos en los saqueos. Es evidente que Ciaxares cometió el error de reclutar la caballería entre las tribus persas políticamente débiles pero físicamente imponentes. Cuando accedió al trono en Ecbatana, Ciro contaba con la maquinaria de un ejército preparado al que dotó de su propia energía.

A menudo se dice –a falta de algo mejor– que Ciro fue un comandante extraordinariamente preparado, pero no es así. Dependía de los consejos de sus generales, como Hárpago (así lo llaman los autores griegos y romanos). Ciro o sus generales utilizaron hábilmente la estrategia para desconcertar al enemigo. Herodoto –que un siglo después viajó por la carretera real hasta los campos de batalla– oyó el relato de la forma en que los camellos persas espantaron a los caballos lidios y del modo en que treparon hasta la ciudadela de Sardes después de ver que un defensor se descolgaba por el acantilado para buscar su casco. Aunque

es verdad que Herodoto tenía predilección por las anécdotas, la extraordinaria captura de Babilonia mediante el trasvase del río está consignada en los escritos de los hebreos, en los archivos de los babilonios y en las narraciones del padre de la historia. Prácticamente es la única ocasión en que Ciro sale de la oscuridad de la leyenda.

Asimismo, era capaz de actuar con pasmosa rapidez y a menudo aparecía inesperadamente desde su fortaleza en la montaña, a través de la cual medos y persas viajaban a gran altura por sus propios caminos. (Esos caminos todavía existen. Yo mismo he viajado por los valles altos a lo largo de las montañas que ahora reciben el nombre de montes Zagros, desde el golfo Pérsico hasta el lago de Van, la primitiva tierra natal de los persas).

Aunque no fuera un jefe militar extraordinariamente capaz, Ciro poseía las mismas dotes de mando que Aníbal. Al igual que el gran cartaginés, se las ingenió para ganarse el favor de la mayoría de los pueblos con que se topó y los hizo combatir por él en lugar de en su contra. La tolerancia del primer gobierno persa conquistó aliados de una manera que para asirios o babilonios era desconocida. Los persas convirtieron la diplomacia en su mejor arma y en ocasiones no utilizaron ninguna otra. Suponemos que eran bárbaros porque abandonaron inesperadamente su reclusión pastoral, pero tenían cultura pese a ser nómadas a medias. George Cameron nos recuerda que eran «sumamente eficaces». A medida que viajaba, Ciro construía carreteras y, en líneas generales, estaba bien informado de lo que acontecía mediante correos. A menudo hemos leído que en 480 antes de nuestra era Jerjes condujo a sus huestes desde Asia para invadir Grecia. Y no somos capaces de reparar en que, con la misma frecuencia, los ingenieros persas tendieron un pontón a través de las traicioneras corrientes de los Dardanelos e intentaron cortar el cuello de la península del monte Athos mediante un canal de barcos, que todavía hoy es visible. (Posteriormente completaron dicho canal desde el Nilo hasta el mar Rojo).

En el siglo VI antes de nuestra era, la cultura griega estaba representada, sobre todo, por los mercenarios que servían en Asia y África.

Cuando los griegos se encontraron con los persas

Aún consideramos a los griegos europeos como los mercenarios acorazados de los victoriosos campos de batalla. Nuestros padres estudiaron las anécdotas de los héroes de esa historia griega: Leónidas y los trescientos espartanos (que en realidad fueron cinco mil al comienzo de la batalla), el paso de las Termópilas, el corredor que portaba la noticia de la victoria desde el llano de Maratón y Temístocles que reunió los barcos griegos para el decisivo conflicto de Salamina. (Temístocles, hijo de Neocles, al final de su vida huyó de las murmuraciones de sus compatriotas y se asiló en la costa persa).

A partir de la repetición de esos relatos se ha creado la ilusión de que «nuestros» antepasados se opusieron heroicamente a los «enemigos» de Asia, el falso concepto de Occidente en armas contra un Oriente difusamente lujoso, de los europeos que defendieron nuestro patrimonio de los invasores asiáticos. Herodoto contribuyó a crear esta ilusión pues se consagró a la causa de sus paisanos. Transcurrirán varias generaciones antes de que la imagen que representó –y que Esquilo dramatizó– vuelva a la realidad. Los escolares del presente se imaginan a Jerjes como un déspota que desde las orillas de Asia condujo a los sátrapas, a hordas heterogéneas y a las armadas en el intento de esclavizar a nuestros antepasados.

No obstante, una lectura cuidadosa de Herodoto ofrece elementos particulares que demuestran que el mismo Jerjes fue un hombre enterado y de ideales elevados dentro de la tradición irania. Salva la vida a los dos emisarios espartanos que le comunicaron la muerte por tortura de los enviados persas que se trasladaron a Esparta, a los que arrojaron a un pozo seco para que encontrasen «la tierra y el agua» que reclamaban como signo de sumisión. Rechaza el regalo de la fortuna del lidio Pitio y replica que preferiría darle las siete mil monedas que redondearían su fortuna en cuatro millones (la anécdota que en este libro se aplica a Ciro). Con extraña generosidad, ordena que abran el pontón de los Dardanelos a fin de que pasen tres barcos cerealeros que proceden del mar Negro, cuyo cargamento servirá para alimentar a sus enemigos. Al llegar al venerado monte Olimpo, Ciro se conmueve con la belleza de la costa y sale al mar en un trirreme para verla mejor (pese a que Herodoto sostiene que lo que pretendía era espiar). Tanto interés por la belleza del paisaje no es característico de los pragmáticos aqueos, sino de los aqueménidas. La defensa griega de su tierra natal fue muy valerosa, pero no mostraron el menor idealismo en la guerra. *Sir* William Ramsay nos recuerda que sus codiciosos métodos comerciales despertaron la inquina de los habitantes de la costa del mar Negro, de la que ciudades como Atenas obtenían provisiones básicas

como cereales y atún. Nunca lograron ganar para el gobierno griego a los anatolios. La cultura griega se fundamentó en el trabajo de los esclavos. En fecha tan tardía como la de la llegada de Alejandro, los jonios –«hijos de Yavan»– consideraron a su ejército de mercenarios como una fuerza invasora hostil. En cuanto a las islas del «mar de poniente», sólo durante un período breve y agitado los atenienses pudieron imponer su poderío naval en las islas del Egeo, incluso en el momento culminante de su poder.

Con excepción de las expediciones a Tracia y a Grecia, los aqueménidas mantuvieron la paz a lo largo y a lo ancho de los inmensos territorios del interior. No basaban el estado en el trabajo de los esclavos, sino en el de los campesinos.

Nuestros antepasados en Oriente y Occidente

«Para la mayoría, el inmenso panorama iranio en el que surgieron y prosperaron nuestros antepasados es tan remoto como la luna», escribió sobre los aqueménidas el doctor J. H. Iliffe en *The Legacy of Persia*, publicado en Oxford en 1953. «Para nosotros la historia primitiva se reduce a las ocasiones en que formó parte de la de Israel o la de Grecia. Nuestras simpatías se decantan por los exiliados judíos, los dramas de Maratón y de las Termópilas, la marcha de los Diez mil o la carrera meteórica de Alejandro Magno; para nuestra mentalidad son secundarios acontecimientos como el alcance del dominio de Asuero [forma hebrea del griego "Jerjes"], los orígenes del edicto de Ciro, rey de Persia [el decreto de la construcción del templo de Jerusalén, Esdrás I, I], la iniciativa que Darío mostró después de su subida al trono o el ascenso del zoroastrismo. El motivo parcialmente responde, sin duda, a que Persia no ha tenido su propio cronista. Entre los persas no ha descollado (o sobrevivido) un Herodoto ni un Jenofonte; todos los defensores están de parte de los griegos… Presentar el lado persa de las cosas significa asumir el papel de "abogado del diablo"».

Si nos convertimos en abogados del diablo, en nuestros antepasados del este encontramos características que nos resultan muy conocidas. No se volvieron «orientales» por el mero hecho de emigrar a la meseta irania en lugar de a la península griega. El doctor Iliffe nos recuerda lo siguiente:

El rey aqueménida no era, en modo alguno, un déspota que sólo respondía ante sí mismo. Se semejaba al «rey en consejo» occidental y sus actos estaban limitados por las costumbres y las tradiciones.

Los persas primitivos eran muy afectos a los perros, animal que Zoroastro había elegido para honrar.

Celebraban los cumpleaños con fiestas familiares. Dentro de sus puertas mantuvieron la tradición de la hospitalidad hacia el forastero.

Creían que la ética influía en la vida humana: el hombre estaba en lucha contra el Mal, al que reconocían como fuerza activa.

En asuntos de gobierno desarrollaron el primer sistema provincial, fundamento de imperios occidentales posteriores como el romano.

La red de postas de los persas (que mejoraba la meda) se convirtió en modelo del famoso sistema viario romano.

Antes que los romanos, utilizaron con éxito la política de *divide et impera*. La división de los pueblos en grupos nacionales a las órdenes de un gobernador permitió que los pueblos divididos tuviesen acceso directo para apelar al gran rey.

Asignaron una categoría especial a los grupos aislados, como los sacerdotes de Jerusalén.

Pese a que la moneda anatolia fue la primera, los persas crearon el primer sistema monetario mundial, oficialmente garantizado, y lograron que funcionara. Como es lógico, durante el reinado de Darío se acuñaron «dáricos», monedas que llevaban estampada la figura del monarca utilizando el arco.

Establecieron una lengua oficial, el arameo de la cancillería. Aunque predominó más en las regiones occidentales, el arameo llegó a conocerse en tierras tan orientales como la India… y sus consecuencias todavía no están plenamente determinadas. Simultáneamente, también se extendió la lengua indoeuropea de los persas.

En el mar, que al principio les era desconocido, realizaron exploraciones oficiales, como la travesía hacia la India que Escilax de Caryanda emprendió alrededor del año 500 antes de nuestra era. Durante el reinado de Darío (521-486), el saber de la astronomía se incorporó a la ciencia de la navegación. Darío fundó en Egipto la primera escuela de medicina conocida porque en el país del Nilo los estudios de medicina estaban muy avanzados.

Muchos de los ideales que plantearon a la humanidad no se hicieron realidad, pero no murió el concepto de que, más que los gobernantes, el gobierno podía ser bueno para el pueblo. Tampoco quedó descartada la idea de que el mundo civilizado podía tener un solo gobierno.

Es posible que los edificios construidos por los primeros aqueménidas muestren, más que todo lo demás, su parentesco con los arios occidentales, sobre todo con los griegos.

El secreto de Pasárgada

El hogar de los monarcas aqueménidas entre 559 y 520 antes de nuestra era podría contarnos muchas cosas acerca de ellos. A lo largo de más de veinticinco siglos el deterioro de los elementos y las manos de los enemigos humanos han dejado muy poco en pie, básicamente una columna solitaria, el extraño sepulcro de Ciro parecido a una casa, vestigios de frisos, terrazas y suelos de piedra caliza, canalizaciones de agua y pórticos con columnas.

Al visitarlo, se percibe la majestuosidad del valle abandonado y situado en medio de colinas peladas. Al igual que Palmira –la ciudad de las caravanas, también abandonada–, las ruinas hablan de los seres que las habitaron porque no hay edificios construidos en fecha posterior. Pasárgada nos afecta como una acrópolis fragmentaria que nada tiene que ver con ninguna Atenas. A lo largo de las dos últimas generaciones arqueólogos iraníes y extranjeros han realizado excavaciones en busca de construcciones aqueménidas y han encontrado muy pocas porque estas estructuras fueron escasas y muy distintas a los impresionantes edificios asirio-babilonios. También se diferenciaban de los palacios y harenes apiñados en lo alto de la escalera formada por la meseta rocosa de Persépolis, a unos ochenta kilómetros de distancia. Los arqueólogos han comprobado lo extraña que era la ciudad en que Ciro residía. Carecía de muralla que la rodeara, ciudadela, templos y palacios en el sentido lato de la palabra, así como de prisiones militares, tesorerías e inmensos patios típicos de las ciudades más antiguas, desde Hattusa de los hititas hasta Susa.

Las amplias estancias con fachadas en forma de galerías, situadas a sólo seis escalones del suelo, desembocaban directamente en el jardín arbolado o *paraíso* de los aqueménidas. Este retiro contaba con una imponente puerta de entrada y un único santuario de altares de fuego gemelos en el punto más alto, por encima del río. No poseía la figura de un dios monstruoso, «el oscuro genio de Assur», ni de las deidades antropomórficas de la Hélade, que hoy habitan en tantos museos europeos. Las figuras que al principio parecieron demonios resultaron ser espíritus de la guardia: los fravashi.

La totalidad de las figuras estaban grabadas y en el decorado se fundían con las paredes que eran de caliza blanca más que de ladrillos de adobe, como las de Sumeria y Acad. Las columnas eran más delgadas y elevadas que las de los templos griegos. La simplicidad de los adornos denota moderación; la sencilla combinación de blanco y negro resulta singular. Aunque muchos de estos elementos son prestados –por ejemplo, los animales alados asirios y los símbolos florales egipcios

–, el todo se funde en un arte nuevo. Dicho arte no podía ser una expresión de deseos de los nómadas rápidamente enriquecidos y ávidos de adornos. El profesor A. T. Olmstead sostiene que «pone de relieve una cultura nacional plenamente desarrollada». Cita las características que se recuerdan de la anterior arquitectura del norte: el tejado de dos aguas y el porche con columnas. Ahora bien, se trata de características fundamentales de la arquitectura griega en fecha posterior a la de Pasárgada. Los persas de Ciro nos proporcionaron el primer arte que podemos denominar «ario». Los logros griegos fueron posteriores.

El arte de Pasárgada entre 559 y 520 es tan maduro como el ateniense tres generaciones después.

Quizá sea algo más utilitario. Los edificios cumplen una función y la escultura sirve para adornar la arquitectura. No hay una sola estatua al margen de las estructuras y los modelos se repiten. A los persas les gustaba presentar objetos de a pares o en cuartetos, pues consideraban que un par duplicado era mejor que un solo par. Las figuras grabadas se mueven rítmicamente y rompen con la inmovilidad de los modelos anteriores de Egipto y Babilonia. En esa fase –y en la primera época de las obras en Persépolis del reinado de Darío–, las figuras humanas y de animales se estilizan.

Se trata de un arte real, fomentado por el monarca y arquitectónicamente limitado –aunque no en los objetos menores– a sus residencias.

Se trata de un arte religioso. Sin embargo, al igual que el románico europeo de fecha posterior, se ocupa de expresar las convicciones religiosas en lugar de ofrecer objetos de culto. Tiene un toque de gracia espiritual y carece de la recargada configuración del paganismo más antiguo. Un Marduk macizo y con túnica o un Júpiter musculoso y desnudo habrían resultado monstruosos entre las alas delicadas, los símbolos florales, los pies ligeros y los rostros elevados de Pasárgada.

Si Pasárgada recuerda el románico, la culminación del arte de Persépolis después del reinado de Darío evoca el gótico. Es el comienzo de la decadencia, el «estilo imperio» de los aqueménidas. La escala aumenta y las figuras resultan naturales, pese a que siguen marchando en procesión. Es posible que el célebre friso de los portadores de tributos haya sido modelado del natural. Los monarcas posteriores aparecen con todas sus galas, con túnicas, entronizados, con cortesanos detrás y demandantes delante. Por encima del rey se ciernen las alas aqueménidas, añadidas al globo del sol sobre el cual se encuentra la pequeña cabeza coronada de Ahura Mazda.

Como es obvio, el misterio de un arte maduro surgido en el yermo histórico iranio requería una explicación. Y hace mucho tiempo se halló una explicación satisfactoria: según los expertos, dicho arte no existía. Los persas se limitaron a tomarlo prestado, toscamente, de asirios y elamitas; si sus obras tenían belleza, se debía a que los déspotas de Persépolis habían importado artistas griegos. Esa explicación satisfizo a todos, salvo a algunos orientalistas que meditaban hasta que,

bien entrado el siglo XX, Ernst Herzfeld se trasladó a trabajar a Irán y los arqueólogos de la escuela moderna se dedicaron a cavar a mayor profundidad.

La teoría de las artes prestadas pareció quedar demostrada por lo que, en Susa y Persépolis, se veía sobre el suelo. Sin embargo, Darío I había reconstruido con gran esplendor el palacio de Susa y utilizó, sobre todo, azulejos esmaltados que, más que persas, eran elamitas. Los restos más visibles de Persépolis eran los guardianes de la entrada, los toros alados y con cabeza humana de ascendencia asiria. En seguida Herzfeld desenterró muchos objetos exclusivamente persas. Por todo Irán aparecieron pequeñas obras maestras de plata, bronce y sellos tallados. También se descubrió que los artistas griegos no colaboraron con los sucesores de Ciro hasta después de la expedición de Darío y Jerjes –a comienzos del siglo y antes de nuestra era–, momento en el cual el arte persa había entrado en decadencia.

El propio Darío dio testimonio de los diversos artesanos que convocó para la construcción del palacio de Susa. Una de las inscripciones de los cimientos dice: «Erigí este palacio en Susa. De lejos llegaron los adornos…, los babilonios se ocuparon de los ladrillos moldeados. La madera de cedro se trajo de una montaña llamada Líbano. La trasladaron los asirios, que la recibieron de los carios y los jonios. El oro utilizado fue traído de Sardes y Bactriana. La piedra, tanto cornalina como lapislázuli, proceden de Sogdiana. La turquesa vino de Corasmia y la plata y el cobre de Egipto. Los adornos de las paredes fueron recogidos en Jonia. Los picapedreros fueron jonios, los orfebres medos y egipcios y también ornaron las paredes… Aquí, en Susa, yo, Darío, ordené un trabajo espléndido y espléndido ha quedado».

Los relieves esculpidos en los muros de Persépolis, así como en Susa y Pasárgada, en modo alguno fueron sillería vulgar. El color los dotó de vida. Apenas quedan huellas de los azules turquesa y lapislázuli, del verde esmeralda y del dorado de los adornos metálicos. El amarillo y el morado crearon contraste y la ilusión de dar profundidad a los fondos.

Aunque reconoce que los persas tomaron prestados elementos de los centros culturales más antiguos, Olmstead añade: «No obstante, el todo se funde en un arte nuevo cuyos orígenes habrá que rastrear en los emplazamientos que aun no se han excavado».

El misterio de los orígenes

La búsqueda de los prototipos de Pasárgada condujo, inevitablemente, a la exploración de la ruta migratoria de las tribus iranias y de su naturaleza. Henri Frankfort lo sintetiza así: «Una tribu de jinetes nómadas o seminómadas se hizo cargo del mundo civilizado y, en lugar de destruirla, realzó la civilización».

En algún lugar del camino –que todavía se desconoce– desde el noroeste del mar Caspio, bordeando sus orillas hasta las tierras de Ansan, los persas entraron en contacto con las artes de otros pueblos y, de alguna manera, crearon su propio estilo. Da la sensación de que eran muy conservadores y, una vez establecida una pauta, se atenían a ella, del mismo modo que se mantuvieron fieles a su actitud vital. Al referirse a los diversos artesanos y materiales variados que Darío menciona en la reconstrucción del palacio de Susa, Frankfort dice: «Es sorprendente que un grupo humano tan abigarrado produjese un monumento original y coherente; el estilo arquitectónico y el escultórico poseen unidad e individualidad hasta un extremo que, por ejemplo, los fenicios jamás alcanzaron. El espíritu esencial y el diseño mismo de edificios y relieves no cambió desde el reinado de Darío I hasta la derrota de Darío III [331] a manos de Alejandro. Aquel espíritu, y también el diseño, fueron persas».

La ruta de los persas comenzó en las estepas de los nómadas norteños. Era ineludible que sus primeras muestras artísticas se limitaran a lo que utilizaban los nómadas a caballo, como hachas, avíos para equinos, alfombras y adornos corporales. La ornamentación correspondía al estilo escita o «animal». Herzfeld ha encontrado similitudes entre los dibujos persas –en especial el venado yacente– y diseños autóctonos tan lejanos como los del río Yenisei. Excavaciones recientes en los sepulcros escitas de Pasirik, en la cabecera del Obi, dieron por resultado alfombras tejidas a la manera persa. Los primeros comerciantes persas buscaron este tipo de alfombras escitas-persas de pelo. Por cierto, los escitas que vivían arriba del mar Negro (el Mar de Hierba de Ciro) anhelaban un producto de los artesanos griegos: los cascos de batalla. Probablemente algunos llevaban puestos esos cascos cuando se lanzaron sobre Ciro.

Herzfeld considera que los orígenes de la arquitectura aqueménida sustentada en pilares corresponde, más que a la imitación de los templos egipcios con columnas, a las casas enmaderadas de los antepasados iranios del norte. Sin duda, los persas que se dirigían al sur mantuvieron durante varios siglos estrechos contactos con los medas, arios del tronco común. Sin embargo, de momento, los arqueólogos han encontrado poquísimas muestras de arte meda que sobrevivan en

las fortalezas montañosas. Han aparecido varios sepulcros de piedra, vigilados por figuras nómadas en medio relieve. Tal vez los medos carecieron de la imaginación creadora de los persas.

Hace muchos años caí bajo el influjo de la abandonada Pasárgada y recorrí la ruta probable de la migración irania, atravesando las montañas del Kurdistán y bordeando las orillas del Caspio. A lo largo del trayecto a ras de tierra casi no quedan restos de la civilización de hace veinticinco siglos, pues están esparcidos por tumbas desconocidas y emplazamientos de ciudades ocultas bajo túmulos de tierra.

Empero, en diversos puntos la tierra ha desvelado secretos celosamente guardados. Hace varías décadas aparecieron los bronces de Luristán en las tumbas cavadas por los miembros de las tribus. Eran de tipo nómada pues consistían en armas, bocados para caballos y artículos pequeños de fácil transporte. Los científicos occidentales quedaron confundidos, ya que se trataba de un arte maduro próximo al estilo animal escita, al tiempo que denotaba influencia babilónica. ¿Por qué trabajadores cualificados del metal, perdidos en las montañas, fabricaron esos objetos para clientes nómadas en fecha tan antigua como 1200 antes de nuestra era?

En 1947 se produjo el descubrimiento del «tesoro de Ziwiye». Se trata de una colección de piezas de oro y artículos preciosos que evidentemente enterraron para ponerlos a buen recaudo, que nunca recuperaron y que aparecieron en las cercanías de una aldea llamada Sakkiz, nombre que sin duda proviene de *sakai* o escita. Los arqueólogos volvieron a toparse con el misterio de la artesanía cualificada de los diseños asirios, que empleaban los motivos del estilo animal escita y también persa. El tesoro de Ziwiye nos ofreció una muestra representativa de cosas que al parecer no guardaban relación entre sí. ¿Era una colección azarosa de diversos objetos de valor o la obra de maestros desconocidos? Frankfort está convencido de que tanto en Ziwiye como en el Luristán nos encontramos ante la obra de trabajadores del metal muy cualificados que trabajaban por encargo de señores todavía nómadas, que se convertirían en los arios conquistadores, sea escitas o iranios. Si es así, al sur del Caspio, en las montañas sin explorar, debía de haber existido una civilización de gran relevancia durante el período profundamente oscuro que va de 1200 a 700. Y nuestros persas, más o menos en la época del legendario Aquemenes, debieron de colarse a través de una cultura «caspia» que la historia no registra en modo alguno.

Diez años después, en 1958, apareció el eslabón perdido. En las ruinas de una ciudad-estado amurallada de Hasanlu, próxima a las orillas del lago Urmia –al sudoeste del mar Caspio–, se rescató un gran cuenco de oro. Resultó que los cadáveres desenterrados correspondían a montañeses maneanos, que databan del siglo IX antes de nuestra era. El cuenco de oro era, evidentemente, el tesoro del templo, si no del monarca maneano desconocido; los adornos constituían una fusión de artes aparentemente dispares, pues representaba una diosa a lomos de un

león con símbolos asirios, un dios que surgía de la montaña según la leyenda caspia y leones del tipo de los que había en Ziwiye y Persépolis.

Los maneanos trabajadores del metal habían aprendido de maestros asirios o de otro sitio, pero habían desarrollado su propia artesanía.

Cuando poco después llegaron a los pastos altos de Ansan, los persas no tuvieron necesidad de tomar prestadas las artes de Susa, Babilonia o la Nínive de Asurbanipal. La cultura ya existía en las montañas y a partir de ella los persas forjaron la propia.

Ciro y Alejandro

Sin Ciro, Alejandro no habría existido.

Alejandro tenía varias ventajas para la conquista del imperio aqueménida: contó con el engranaje del potente ejército macedonio y con el consejo de generales veteranos como Parmenión, para no hablar de que había sido educado por Aristóteles. Su padre, Filipo, había establecido en Grecia las bases de la hegemonía.

El gran macedonio confiaba en sus estrategas y en la capacidad combativa de la falange y de la élite de la caballería; como carecía de las dotes de estadista del aqueménida, recurrió con frecuencia al conflicto cruento y a prolongados asedios, como en Tiro y en territorio indio. Su famoso incendio de Persépolis probablemente fue casual. Al igual que Ciro, hizo frente al violento desafío de las tribus escitas más allá del Sir Daria, pero sobrevivió. Extendió hacia el este los límites del imperio, superando el Indo. Sin embargo, cuando tuvo que organizar el imperio macedonio fracasó allí donde Ciro había triunfado. El gobierno de los aqueménidas perduró dos siglos hasta que fue derrocado por el hijo de Filipo, al que no sobrevivió.

De hecho, Alejandro intentó llevar a la práctica ese gobierno mediante la creación del estado eurasiático, con la dirección compartida entre macedonios y persas; incluso apeló a los apresurados matrimonios a gran escala entre sus oficiales y las persas. Estaba más cómodo entre los iranios arios que en Egipto o en Babilonia, pese a que intentó convertir en capital esta antigua ciudad. El parentesco entre los arios orientales y los occidentales era evidente dos siglos después de que enterraran a Ciro en el sepulcro de Pasárgada. Alejandro rindió honores a esa tumba y castigó a los saqueadores que la violaron en su ausencia. Comprobó que los magos aún montaban guardia en la casa junto al río.

Se afirma gratuitamente que la cultura griega entró por primera vez en Oriente con el macedonio vencedor. No obstante, la helenización de las costas asiáticas había empezado mucho antes y los griegos ya tenían puertos comerciales como Naucratis, a orillas del Nilo, y Tanais, en la desembocadura del río Don. Había existido un flujo y reflujo humano –tanto hacia el este como hacia el oeste– entre la europea Grecia y la costa anatolia desde que Agamenón condujo a sus incursores rumbo a Troya. Después de las guerras persas del siglo V, los visitantes griegos viajaron hacia el este hasta Susa; Herodoto y Esquilo rindieron homenaje a la grandeza y a la decadencia del pueblo del gran rey. Herodoto explica que los persas descubrieron la homosexualidad a través de los griegos.

El logro de Alejandro consistió en abrir las puertas de la humanidad. Derribó

las barreras entre el mundo mediterráneo y la India: trasladó la influencia griega a los partos, fundó un estado griego en Bactriana y dispersó las semillas del arte helénico por cumbres como las de Gandhara. A partir de entonces se dejó notar la influencia de esta fusión cataclísmica de pueblos, lenguas y conceptos. Vestigios del pensamiento zoroástrico y de la lengua aramea aparecieron en los dominios de Chandragupta y los tesoros aqueménidas llegaron a un punto de confluencia tan lejano como Taxila.

Fue un tráfico en dos sentidos. Por regla general no se habla de lo que salió de Persia a Occidente después de Alejandro. Es posible que entonces surgiera el concepto de la ruta del oro a Maracanda, cuando las riquezas de la lejana China y el Turquistán viajaban por el Nilo hasta Alejandría. Durante la construcción de Roma aparecieron trucos de la arquitectura oriental; los trabajos en bronce y los esmaltes invadieron las artes de los occidentales, al tiempo que las convicciones de misterio llegaron con el culto de Mitra y perturbaron la ecuanimidad romana. Cuando el gobierno romano buscó su último refugio en Bizancio, a orillas del Bósforo, la corte imitó el ceremonial de la *apadana* persa, mucho más compleja que en tiempos de Ciro.

Después de seis siglos el gran rey que sobrevivía no era macedonio, sino persa.

El testimonio de Jenofonte

Jenofonte, un ocioso caballero ateniense, tal vez fue discípulo de Sócrates, el cual le salvó la vida en una escaramuza. Al parecer, fue un político capaz y, sin duda, un observador agudo. Viajó a Asia con los mercenarios griegos al servicio de otro Ciro, se convirtió accidentalmente en comandante de los soldados contratados y cumplió soberbiamente la tarea de conducirlos al mar Euxino. Escribió la *Anábasis* –o viaje de retorno–, que se hizo famosa como relato de la retirada de los Diez mil en 401, a finales de la dinastía aqueménida y anterior a Alejandro.

Mientras combatía por los desiertos y las montañas que Ciro había conquistado, Jenofonte quedó fascinado por la leyenda del primer aqueménida. Al igual que Herodoto, cuya travesía fue menos ardua, Jenofonte recopiló anécdotas a medida que se desplazaba y se sintió cada vez más interesado por la personalidad –y, sobre todo, por la educación– del extraordinario Ciro, que no encajaba en el patrón griego de vida que el soldado y escritor conocía.

Jenofonte comentó: «La totalidad de este inmenso imperio estuvo gobernada por la mente y la voluntad de un solo hombre: Ciro. Quiso y cuidó a sus súbditos como si fueran hijos y ellos lo veneraron como a un padre».

Más adelante, Jenofonte –hijo de Gilus– escribió otro libro, mucho menos conocido que la *Anábasis*, al que tituló *La ciropedia*, es decir, la educación de Ciro. En esta obra intentó reconstruir la vida y la educación del aqueménida, al que consideraba una especie de héroe. Como no disponía de muchos datos, en realidad el militar ateniense esbozó el retrato de un joven griego en el escenario asiático. (A menudo su obra se considera la primera novela histórico documental). Había estado en parte del territorio de Ciro, se había cruzado prácticamente con las mismas gentes y salpicó su fantasía helénica con fragmentos de realidad aqueménida. Retrató a los armenios y a otros pueblos montañeses, comprendió la personalidad de algunas mujeres y logró dar una idea clara sobre los fines y las dotes de mando de Ciro. En esta obra se han utilizado muchos de los incidentes que el griego menciona. Jenofonte el militar fue mucho mejor relator que Herodoto el historiador, como suele ocurrir en el presente.

En el epilogo Jenofonte medita sobre la decadencia de los persas que conoció –correspondientes a seis generaciones después de Ciro–, con relación a las pautas de la época del primer aqueménida, lo que sirve para esclarecer el rigor de la vida en tiempos de Ciro. No obstante, es conveniente aclarar que tal vez Jenofonte se dejó llevar por la fantasía.

«En la antigüedad era honrado el hombre que se jugaba la vida, sobre todo por

el rey. Y ahora cualquier Mitrídates o Ariobarzanes…, es colmado de los máximos honores si se confabula para beneficiar al rey.

»Tampoco se ocupan de sus cuerpos como antaño, cuando no escupían ni se sonaban la nariz. Solían fortalecerse mediante el trabajo y el esfuerzo, pero eso ha pasado de moda… Una vez más, desde el principio la regla consistía en tomar una sola comida al día. La regla sigue en pie, pero la comida comienza a una hora temprana para el desayuno y acaba cuando deciden irse a la cama. Asimismo, antes se abstenían de comer carne y beber mientras estaban de campaña, mientras que ahora las marchas son tan cortas que ni siquiera hay que preguntarse por la abstinencia…

»En los viejos tiempos salían de cacería con frecuencia, lo que permitía que hombres y caballos hicieran ejercicio. Cuando llegó el día en que Artajerjes [probablemente Artajerjes II, Mnenón, en 404 antes de nuestra era] y su corte empeoraron a causa del vino, la vieja costumbre comenzó a perderse.

»Aunque todavía existe el hábito de llevar a los chiquillos a las puertas de palacio, la buena equitación se ha perdido porque no hay sitio para que los niños puedan mostrar sus habilidades. Se ha trastrocado la vieja idea de que los niños persas aprendan lo que es la justicia oyendo las decisiones de los jueces. Ahora basta con que los niños abran los ojos para descubrir que el veredicto favorece a quien tiene la bolsa más llena. Antaño los niños aprendían de todo sobre plantas para reconocer las tóxicas, pero ahora parece que quieren saberlo todo sobre las venenosas para dárselas a los demás.

»En tiempos de Ciro se aferraban a la moderación persa y sólo adoptaron de los medas el estilo de la vestimenta y cierta gracia vital. Hoy se entregan a la debilidad meda. Ya no les basta con buenas sábanas y mantas en las camas; necesitan alfombras bajo las columnas de los lechos. En invierno exigen mangas largas y guantes en las manos. Tampoco los satisface la sombra de los árboles y de las rocas; quieren tener al lado esclavos con sombrillas artificiales.

»Antes no se veía a un solo persa a pie porque imperaba la idea de conseguir jinetes perfectos. Ahora ponen sobre el lomo del caballo más mantas que en sus propios lechos.

»En el pasado los siervos de un terrateniente tenían que participar activamente en la milicia y las tropas de las guarniciones lejanas recibían un paga regular. Ahora los nobles persas se han inventado una suerte de caballería para cobrar paga como despenseros, cocineros y reposteros, o como ayudantes del baño y masajistas».

Jenofonte concluye las comparaciones con una crítica acerba de la moral de las tropas persas de su tiempo. Está convencido de que Ciro formaba a los combatientes para que chocasen con el enemigo y de que los recompensaba según su comportamiento en el campo de batalla. «Los generales de hoy se jactan de que los hombres sin formación prestan un servicio tan útil como los adiestrados. Ahora ninguno se lanza al campo de batalla sin la intervención de los helenos… Los

persas de hoy son menos religiosos, menos obedientes con sus parientes, menos justos con los demás hombres y menos valientes en la guerra. Si alguien duda de mí, que analice sus propios actos».

HAROLD ALBERT LAMB (Alpine, New Jersey, 1892 - Rochester, New York, 9 de abril de 1962). Fue un historiador, novelista y guionista de cine estadounidense. Se crio en el estado de New Jersey y asistió a la Universidad de Columbia, donde se interesó por la historia de Asia. Su trabajo se hizo conocido a través de la revista *Adventure*, donde escribió desde los diecinueve años. El éxito de su biografía de Gengis Kan en 1927 lo convirtió en un reconocido biógrafo de personajes históricos: *Tamerlán* (1928), *Omar Jayyam* (1934), *Alejandro Magno* (1946), *Solimán el Magnífico* (1951), *Carlomagno* (1954), *Aníbal* (1958) y *Ciro, el grande* (1960). Hablaba francés, latín, persa y árabe. Sus investigaciones lo llevaron a recorrer Asia e incluir descripciones precisas de la geografía y las costumbres de la Tartaria y el Irán. Su libro *Omar Jayyam* fue dedicado a los persas que compartieron sus hogares con él. Su libro *Ciro, el grande* fue el resultado de una investigación casual del autor durante su servicio en Segunda Guerra Mundial.

Trabajó como guionista de Hollywood desde 1935, cuando escribió *Las cruzadas*, de Cecil B. DeMille, con quien colaboraría en otras cuatro películas.

Notas

[1] Principal elemento de los templos caldeos, asirios y babilónicos. Construida en forma de pirámide escalonada, a través de escaleras exteriores se llegaba al punto más alto, donde se encontraba el santuario del dios. *(N. del T.)* <<